RAINER MAUSFELD

¿Por qué callan los corderos?

CATARATA

"Un excelente manual para llegar al fondo del adoctrinamiento cotidiano. Este libro es tanto una iluminación como una llamada a la acción"

RAINER MAUSFELD

¿Por qué callan los corderos?

CATARATA

"Un excelente manual para llegar al fondo del adoctrinamiento cotidiano. Este libro es tanto una iluminación como una llamada a la acción"

CATARATA

RAINER MAUSFELD

Ha sido profesor de Psicología en la Universidad de Kiel. Sus especialidades son la psicología de la percepción y la ciencia cognitiva. Con sus conferencias, disponibles en YouTube, ha llegado a cientos de miles de personas (entre ellas “¿Cómo se controlan la opinión y la democracia?” y “El miedo de las élites del poder al pueblo”). Su best seller Warum schweigen die Lämmer? (¿Por qué callan los corderos?) se publicó en Westend Verlag.

Rainer Mausfeld

¿Por qué callan los corderos?

Cómo la democracia de élites y el neoliberalismo están destruyendo nuestra sociedad y nuestros modos de vida

CATARATA

© Rainer Mausfeld, 2022

© WESTEND VERLAG GMBH, FRANKFURT, 2021 TÍTULO ORIGINAL: WARUM SCHWEIGEN DIE LÄMMER?

DERECHOS NEGOCIADOS POR MEDIACIÓN DE UTE KÖRNER LITERARY AGENT

© DEL PRÓLOGO: JUAN CARLOS MONEDERO, 2022

TRADUCCIÓN: MARIELLA ROSSO

IMAGEN DE CUBIERTA: AGNUS DEI, FRANCISCO DE ZURBARÁN (1635)

© Los libros de la Catarata, 2022

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

¿POR QUÉ CALLAN LOS CORDEROS?CÓMO LA DEMOCRACIA DE

ÉLITES Y EL NEOLIBERALISMO ESTÁN DESTRUYENDO NUESTRA SOCIEDAD Y NUESTROS MODOS DE VIDA

ISBN: 978-84-1352-583-9

e-isbn: 978-84-1352-560-0

DEPÓSITO LEGAL: M-26.352-2022

THEMA: JPHV/JPV/KCSA

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Índice

Prólogo, por Juan Carlos Monedero

¿EL FIN DE LAS GRANDES ESPERANZAS? Una mirada poco amable a las democracias representativas

Introducción

¿Por qué callan los corderos? Cómo hacer que los crímenes de guerra y las violaciones más graves de las normas morales sean invisibles para la población

El miedo de las élites del poder al pueblo Gestión de la democracia mediante técnicas de poder blando

El adoctrinamiento neoliberal Conversación con Jens Wernicke para NachDenkSeiten

“Quien es dueño del país también debe gobernarlo”Democracia representativa como medio para impedir la democracia

Adoctrinamiento en los medios de comunicación Entrevista con Jens Wernicke

Cómo mantener EN EL REDIL AL “rebaño confundido” La restricción del espacio de debate público y la proscripción de la disidencia

El centro fantasma, los partidos del cártel y las elecciones del Bundestag

Racismo, capitalismo y la comunidad de valores de los “dueños y señores”Entrevista con Marko Junghänel

Democracia y tortura blanca Cómo contribuyó la psicología a hacer invisible la tortura

Un epílogo que también puede leerse como prefacio

Bibliografía

Índice onomástico

Prólogo

¿EL FIN DE LAS GRANDES ESPERANZAS? Una mirada poco amable a las democracias representativas

“El pastor no está comprometido con el bienestar del rebaño, sino con el bienestar del dueño del rebaño. Es significativo que el propietario del rebaño no se mencione en la metáfora. Entonces, ¿para qué sirve la metáfora del rebaño que impregna la filosofía política de Occidente?”

Rainer Mausfeld

Las metáforas sobre el rebaño convierten a la gente en rebaño. Por eso se usan. Se trata de que no veas, de que no te diferencies, de que no fuerces las lindes. Con tanta obediencia, como en una revolución pasiva, lo imposible se vuelve posible. Pero marcha atrás. ¿Quién dijo que siempre se progresa?

Un virus invisible te confina en tu casa, igual que a otros tres mil millones de seres humanos. Te mata un dron que no ves, escondido detrás de una nube. Un algoritmo que no descifras te despide, convierte tu jornada laboral en un castigo humillante o deslocaliza la empresa en la que trabajas. Una decisión de la que nadie te informa, tomada en la sala de juntas de un banco a miles de kilómetros de tu ciudad, te arruina, te hace perder tu casa, niega a tus hijos ir a la universidad, te condena a la miseria. Una reunión secreta en un restaurante donde a los postres, junto a los licores y los puros, policías, empresarios, jueces y periodistas deciden matarte civilmente y logran demonizar en tu comunidad lo que piensas y lo que haces. Una imagen de satélite que no entiendes pasa por la prueba de la existencia de armas de destrucción masiva; otra demuestra el supuesto almacenamiento de silos de armamento; y una tercera, la acumulación de peligros inimaginables que te aterran. Todas justifican el asesinato de cientos de miles de seres humanos. Inocentes. Porque no ves, no sientes, no entiendes y no sospechas. Callas. El silencio de los corderos.

En la Edad Media, el pacto feudal era visible: el noble te defendía —a menudo de él mismo— y tú le entregabas el diezmo de tu cosecha. En las Capitulaciones de Santa Fe de 1492, los Reyes Católicos entregaban a Cristóbal Colón el 10% de lo que robara de la tierra que "descubriera". En el capitalismo posterior, alguien se queda con una parte de tu trabajo pero asientes porque crees que es un acuerdo entre iguales y tienes un espacio para negociar tu salario. En el neoliberalismo, una parte de tu supervivencia pasa porque seas un cordero, no trences conexiones con los demás corderos y, sobre todo, hagas del silencio una doctrina. Vota y no te metas en política.

La democracia tiene un problema cuando el desencanto con la democracia no tiene un destinatario a quien responsabilizar de lo que no funciona. Cuando esto ocurre, se carga la ira, en un enfado abstracto, contra la política, casi siempre de la mano de los chivos expiatorios clásicos: inmigrantes, mujeres, el mundo LGTBI, otras religiones, judíos, izquierdistas… "La voluntad de cambio no tiene destinatarios entre los responsables reales", dice el autor. Quieres cambiar pero no encuentras cómo. Trasiegas de la compra de ropa a ver otra vez un partido de fútbol, de planear un viaje low cost a ver un reality show. Siempre sin terminar de identificar tu malestar. Se naturaliza e interiorizas que no se puede hacer nada para cambiar las cosas. Solo restan los estallidos. Que terminan operando como consolidadores del poder. El desorden suele asustar incluso a los que solo pueden mejorar si acaece un nuevo orden. Añadamos el perfeccionamiento de los medios de comunicación a la hora de modelar las conciencias. Poco queda en el siglo XXI de la democracia del siglo XX. El dibujante argentino Daniel Paz lo resumía con maestría:

En la campaña de las elecciones en Madrid, en 2021, andaba almorzando con un periodista amigo en un modesto bar del centro de la capital. Le comentaba al veterano periodista mi perplejidad por el hecho de que mucha gente que ganaba apenas el salario mínimo iba votar por esa derecha que precisamente había votado en el Parlamento en contra de la subida del salario mínimo. Una derecha que, a ciencia cierta, le iba a empeorar a las mayorías humildes de Madrid, cuando menos, la sanidad, la educación, los transportes y los servicios públicos en la comunidad en donde vivían. La conversación, que era entre amigos, fue grabada por un "periodista" del panfleto de extrema derecha OK Diario (si me seguía o fue casualidad de coincidir en el restaurante, es indiferente). Algo que nunca hubiera expresado en público se convirtió en un titular: "¿Qué hacemos con los gilipollas que cobran 900 pavos y votan a Ayuso?". Y seguía preguntándome retóricamente en la charla: ¿será necesario que la gente se pegue un batacazo votando a la extrema derecha para que cuando la vida le empeore pueda darse cuenta de su error?

Era una pregunta retórica. Quería explorar el argumento. Porque no estoy de acuerdo. Mausfeld tampoco. No es verdad que el dolor, sin más, genere conciencia. El "cuanto peor mejor", ese principio escrito de alguna manera en la idea revolucionaria y lineal heredada de la Revolución francesa, ya hemos visto que no funciona. Hemos vivido en una idea errónea de revolución. Esa idea de que hay un mundo ideal fraterno, justo, libre e igualitario, y un mundo diabólico real —el que vivimos— que suma todos los males. Para acceder al paraíso basta fracturar lo que existe con la palanca de la revolución para que todo mejore. Parece un hechizo y tiene poca consistencia teórica y práctica. Cuanto peor, nos contó Walter Benjamin en los años del nazismo, peor. Por eso, lanzó como hipótesis que quizá la revolución, lejos de acelerar la historia, consistía en "echar los frenos de emergencia de la historia". El empeoramiento de las condiciones de vida en la Alemania de la década de 1920, entre otras cosas por los errores del Tratado de Versalles de 1919 (que cerró mal la Primera Guerra Mundial, como bien vio con premura Keynes en su brillante Las consecuencias económicas de la paz), no trajeron el paraíso socialista sino a la Wehrmacht y la Gestapo desfilando en Unter den Linden.

Publicamos este importante libro coincidiendo con la victoria del posfascismo en Italia, que ha colocado de nuevo como presidenta de un país de la Unión Europea (una Europa que nació precisamente de la derrota del fascismo y con el objetivo de proscribir para siempre su posibilidad) a una heredera del Movimiento Social Italiano que reivindica el papel de Benito Mussolini, un dictador asesino, colaborador del nazismo y del franquismo y que protagonizó el episodio más negro de la historia de Italia. Coincide igualmente con el regreso de la guerra a suelo europeo, con la vuelta a las políticas de austeridad y con la absoluta certeza popular, como dicen todas las encuestas en todos los países, de que los medios de comunicación mienten. Al contrario, en América Latina parece que renace un nuevo momento de optimismo. Optimismo trágico, vigilado, demediado, pero optimismo. ¿Qué le pasa a la democracia?

La mera pregunta se convierte en algo subversivo. ¿Hay democracia cuando las élites controlan los mecanismos de fondo del sistema político (vía financiación electoral legal e ilegal de las campañas, a

través de los propios sistemas electorales, del control absoluto de las redes sociales y los medios de comunicación)? Lancemos incluso un poco más allá la pregunta: ¿hay democracia si, cuando estos elementos fallan, el control último del Deep State, ese Estado profundo que puede investigar ilegalmente a opositores, encarcelarlos, matarlos civilmente (en no pocos lugares también físicamente) o ridiculizar su mensaje hasta su insignificancia, se pone en marcha?

¿Hay democracia cuando el elemento central de la democracia liberal —la rotación de las élites sobre la base de elecciones con información suficiente para evaluar la política del Gobierno y de la oposición— se ha convertido en una caricatura o en el sarcasmo de los bulos?

¿Hay democracia cuando los medios de comunicación son oligopolios que responden a intereses ajenos a los propios del periodismo?

¿Hay democracia cuando la decisión de la ciudadanía no puede hacer nada contra las decisiones de los factores económicos internacionales, como le pasó a Syriza en Grecia? ¿Hay democracia, como ha pasado en España, cuando puede activarse desde el Gobierno una policía política que se inventa pruebas y las convierte en recorridos penales y mediáticos en colusión con periodistas que las difunden, jueces que las asumen como ciertas y las procesan judicialmente, todo financiado por empresarios que costean a su vez a fuerzas políticas y medios que actúan como defensores de sus estrictos intereses?

Estas preguntas son la que intenta responder con éxito, y no pocas dosis de pesimismo, el autor: “La democracia real ha sido sustituida por la ilusión de democracia, el debate público libre por la gestión de la opinión y la indignación y el ideal del ciudadano responsable por el ideal neoliberal del consumidor políticamente apático. De las esperanzas asociadas a los conceptos de democracia y libertad, solo se han mantenido las palabras vacías de una falsa promesa de los poderosos, pues con ellas se puede manipular eficazmente la conciencia de la mayoría de los sometidos al poder”.

Todos los seres humanos tenemos juicio moral, recuerda el

psicólogo Mausfeld. La tarea es socavarlo, interrumpirlo, bloquearlo. Con el juicio moral bloqueado, la empatía desaparece. Ya no ves seres humanos: ves monstruos, enemigos, alimañas, hormigas, insectos. Y eso da inmunidad a las verdaderas alimañas: han matado más el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial que Hitler y la Segunda Guerra Mundial. De la misma manera que la Primera Guerra Mundial y la más importante transferencia de fondos del sur al norte, de los pobres a los ricos, de lo público a lo privado, fue la conquista de América. Algunos siguen llamándola "el descubrimiento de América".

Déjese entrar, ocupado lector, en estas páginas de un científico de la mente que, al igual que el lingüista Chomsky, ha ido desde su disciplina a la mirada crítica al mundo social y político.

Entren y constaten por ustedes mismos que su medio de comunicación preferido, o el que más les acompaña, quizá les engaña: y, quizá también, a usted le parezca bien porque quiere que le cuenten lo que ya piensa. Hay alguien que ha puesto mucho empeño para que eso sea así. ¿Dispuesto a quitarle la sábana al espejo?

La conclusión nos la puede dar el mismo Mausfeld: "En la metáfora del rebaño, la democracia representativa centra la atención pública en los pastores y hace invisibles a los dueños del rebaño; la energía del pueblo para el cambio se limita a elegir a otros pastores, miembros del personal del propietario". El chiste era del franquismo, pero ¿no sigue siendo, al fin y al cabo, válido para las democracias representativas?

El neoliberalismo nunca quiso solventar los problemas del conjunto de la ciudadanía. Se trataba de redistribuir la propiedad desde la mayoría a unas minorías, de drenar dinero del sur al norte, de recolocar la parte que le correspondía al trabajo y al capital en el producto nacional de cada país inclinando la balanza a favor del capital. El neoliberalismo es la venganza de las élites por su derrota en la Segunda Guerra Mundial.

Como eso iba a generar oposición, hacía falta construir un nuevo sentido común que justificara el derecho del pez grande a comerse al pez chico. Para eso había que hacer ver que el barco había naufragado, que solo había una balsa y que solo los más fuertes tenían derecho a subirse a ella. El camino al fascismo estaba brindado. Aún no había ganado Bolsonaro, Orban, Salvini o Trump. Pero la alfombra roja para que caminaran triunfantes se había desenrollado.

Las grandes preguntas de la Ilustración —la libertad, la igualdad y la fraternidad— siguen vigentes. Hay que variar las respuestas. De esa voluntad mueren los viejos partidos de la izquierda y quieren

nacer los nuevos. Pero enfrente están los que defienden que ni las preguntas ni las respuestas de la Ilustración valen. Y que para consumir, que es el objetivo, no hacen falta tantas disquisiciones. Si acaso va de luces, que sean las luces de neón de los grandes centros comerciales (los reaccionarios españoles dirían "el traje de luces" en las plazas de toros). Brillos que deslumbren. Luces que cieguen. Resplandores que encandilen. ¿Acaso no es eso el escaparate del neoliberalismo? Con un rótulo bien grande a la entrada: bienvenidos al silencio de los corderos. No hacen falta ni siquiera los balidos. Porque de lo que se trataba era de aprender la arquitectura mental que llevara a las teclas que logran la obediencia.

Especialmente cuando las religiones dejaron de hacer esa tarea. La ciencia sustituye a Dios, los medios de comunicación a la Biblia y el cruce de neurobiología, psicología, herramientas cognitivas y afán de lucro, a la Iglesia que fundara san Pablo hace 2.000 años. Es Walter Lippmann, adelantándose a Margaret Thatcher, diciendo: el rebaño no existe, solo existen las ovejas individuales. Y John Dewey contestándole: las ovejas no son nada sin el rebaño. ¿No habría que ir un paso más allá de esa negación del grupo que condena a todas las ovejas —ovejas o carneros o corderos, todos de la misma especie más allá de la edad y el género— al silencio?

Solo cuando las ovejas conquistan la democracia nos damos cuenta de que en la gente ordinaria hay posibilidades extraordinarias. ¿Alguien antes de Mausfeld había reparado en que las ovejas son ovejas porque previamente las han torturado? (En las televisiones para ovejas, son torturadores los dueños de los medios, los redactores, los presentadores y ahora, con las redes sociales, también los troles, los bots e incluso una buena parte de los destinados a ser torturados).

Cuando hasta las ovejas interiorizan que son solo ovejas destinadas a ser pastoreadas, el único peligro es el lobo. E incluso, si a alguien le interesa, otros rebaños de ovejas. ¿No nacieron así las guerras? Con miedo no hacen falta ni siquiera los pastores. Llegados a ese punto, todas las ovejas son de centro. ¡Abajo la distinción entre derecha e izquierda!, grita el dueño del rebaño. No sería un mal epitafio para las democracias actuales: si los loros fueran marxistas

serían marxistas ortodoxos, las ideologías no existen y las ovejas son todas de centro menos las negras.

Pero ¿en verdad es el lobo el único peligro? Entonces, ¿por qué siempre hay ovejas negras empeñadas en desobedecer? ¿Y si los lobos fueran en verdad ovejas negras que se niegan a ser silenciosos corderos? Si algunos cuentan ovejas para dormir, Mausfeld ha buscado las ovejas negras para estar despierto. Y nos da una pista para hablar y para hacer antes de que regrese definitivamente otra vez la noche del fascismo: primero, ver al miedo; después, desterrarlo. Las ovejas son más que los pastores y muchas más que los dueños del rebaño. Sigan, que este prólogo solo es una invitación a que pasen corriendo, sin pavor, a las siguientes páginas. Quítense antes la piel de cordero. No hace falta aullar con los lobos para que no nos devoren. Pero tampoco ponérselo tan fácil.

Juan Carlos Monedero

Introducción

Democracia y libertad. Son dos palabras cargadas de promesas sociales capaces de desatar enormes energías de cambio para hacerlas realidad. Hoy no queda más que una sombra de las ilusiones que originalmente se asociaban a ellas. ¿Qué ha ocurrido?

Probablemente nunca dos palabras, a las que se atribuyen esperanzas tan vehementes, han sido tan dramáticamente vaciadas de su significado original, tan distorsionadas, utilizadas y dirigidas contra aquellos cuyos pensamientos y acciones las han inspirado. La realidad es que democracia significa en la actualidad una oligarquía electoral de élites económicas y políticas, en la que las áreas centrales de la sociedad, en especial la economía, están esencialmente alejadas de cualquier control y responsabilidad democráticos, quedando partes importantes de la organización social de nuestras propias vidas fuera de la esfera democrática. Y libertad significa, hoy sobre todo, la libertad de los económicamente poderosos. Con esta reinterpretación orwelliana, ambos términos ocupan en la actualidad un lugar especial en el interminable diccionario falso de la historia. Es así cómo, intoxicando dos palabras, nuestras esperanzas civilizatorias en una sociedad más humana y en una contención de las relaciones violentas se confunden, se enturbian, se desintegran y prácticamente se borran de la memoria colectiva. Debido a la pérdida de ese afán civilizador asociado a estos dos conceptos, hoy nos resulta difícil articular políticamente, o peor aún, siquiera pensar, en una alternativa humana atractiva a las relaciones de poder imperantes.

Si queremos abordar estos asuntos, confrontamos, aunque no siempre de forma consciente, un campo de tensiones del que no podemos escapar. Si miramos la realidad social a través de la lente de nuestros propios intereses, obtendremos una imagen y sacaremos conclusiones diferentes a las que obtendríamos si intentásemos

adoptar una perspectiva universalizable, casi suprapersonal, guiada por el empeño de participar de manera activa en la configuración de nuestra comunidad y orientada hacia los principios de libertad, igualdad y espíritu público en el sentido de la Ilustración. Si queremos debatir sobre diferentes perspectivas de la realidad social, debemos ser conscientes de esta tensión, aunque en última instancia sea irresoluble. Por lo tanto, merece la pena echar primero un vistazo a nuestra visión social del mundo, porque muchos de los textos siguientes pueden ser difíciles de conciliar con nuestras propias experiencias.

La forma en que experimentamos el mundo está inevitablemente determinada por nuestra posición en él y el ángulo desde el que lo observamos. De igual forma, el modo en que juzgamos las relaciones sociales depende del lugar —geográfico, histórico, social o intelectual— desde el que lo contemplamos: el espectro de perspectivas posibles es casi ilimitado.

Ahora bien, si al menos compartimos la ubicación histórica y, en gran medida, también la geográfica, nuestras instancias de sociabilización aseguran que también compartimos nuestra visión sobre la sociedad. Esto reduce el espectro de ópticas posibles y crea semejanzas. A grandes rasgos, nuestra imagen de una realidad social podría dibujarse así: nuestra vida está determinada por una época mucho más civilizada que la larga y violenta historia que la precede. Observamos el mundo desde un lugar en el que no ha habido guerras ni hambrunas durante más de 70 años, uno que permite a la mayoría de las personas un nivel de vida muy superior al de sus padres y abuelos, cuyo orden social está determinado por un Estado de derecho democrático, que garantiza la libertad de expresión, la protección de los derechos civiles y el respeto de los derechos humanos, y que brinda estabilidad y seguridad a nuestra vida. Desde este ángulo, y con la perspectiva adecuada, verdaderamente hay motivos suficientes para estar satisfechos con el desarrollo de nuestra sociedad y con lo que hemos conseguido. Además, desde una panorámica histórica más amplia, las cosas nos resultan realmente favorables. El sistema económico capitalista ha liberado a amplias capas de la población del hambre y de la miseria. Solo en los últimos 150 años, las revoluciones industriales, la mecanización y la industrialización de la agricultura, las

posibilidades técnicas de la cría masiva de ganado, los avances de la biotecnología, la globalización de las industrias agrícolas y alimentarias, el progreso de la medicina, la tecnología farmacéutica y la asistencia sanitaria han aumentado sin precedentes la calidad y la esperanza de vida.

Todos estos logros han hecho posible el bienestar de las masas y su participación en el progreso tecnológico en todos los ámbitos de la vida a niveles que las generaciones anteriores solo podían soñar, ya sea en la nutrición, la comunicación, la movilidad o la salud. Las posibilidades que ofrecen el consumo de masas y la industria del entretenimiento —que impregnan nuestra vida cotidiana— también han conseguido hacer más soportable el trabajo alienado y contener el malestar social. Del mismo modo, en el plano internacional, las relaciones entre los Estados también se han desarrollado de manera favorable. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, se fundó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para garantizar una paz duradera en el mundo. Este objetivo se cristalizó en la Carta de las Naciones Unidas y en la prohibición general del uso de la fuerza, que impide a cualquier Estado librar una guerra de agresión. La Corte Internacional de Justicia de La Haya surgió como el principal órgano judicial de la ONU; la legislación y el derecho internacionales se desarrollaron para garantizar la paz, la democracia y los derechos humanos. Por lo tanto, desde el punto de vista de la historia de la civilización, hemos alcanzado mucho y tenemos motivos suficientes para celebrar los logros de nuestra comunidad occidental de valores. De todas las formas de organización social construidas hasta ahora a gran escala y de forma estable, la combinación de capitalismo y democracia ha demostrado su valor a pesar de todos los inconvenientes. Por supuesto, sabemos que, a pesar de todos los avances, seguimos enfrentándonos, en todos los ámbitos, a una abrumadora cantidad de problemas graves. Pero teniendo en cuenta que el hombre, en palabras de Kant, está hecho de madera torcida y que nada totalmente recto puede ser modelado, y considerando además que las complejidades y limitaciones del mundo no permiten esperar soluciones perfectas, confiamos en que el progreso técnico y una mayor eficacia en la organización de la sociedad y en el diseño de los mercados comerciales nos permitirán superar los problemas que hoy nos parecen amenazantes.

Evidentemente, vivimos en lugares y tiempos privilegiados que solo pueden calificarse de afortunados si se miden en grandes escalas históricas. Sin embargo, no todos están dispuestos a unirse a este coro de autocomplacencia. Algunos, es de suponer que la inmensa mayoría de las personas que viven en este planeta, sin duda se atreverían a decir —si hubiera algún interés en escucharlas— que con ese "nosotros" no podemos referirnos a ellas. Por lo tanto, merece la pena examinar más de cerca el "nosotros" que subyace en esta perspectiva compartida.

Desde una visión histórica más amplia y una perspectiva global, podemos contarnos entre los ganadores y beneficiarios del actual orden mundial. Ahora bien, en todo momento, los vencedores, los ganadores y los beneficiarios de este orden social tienden no solo a aprobarlo, sino también a considerarlo bien ordenado y a culpar a los perdedores de su situación. También tienden a ser optimistas sobre el futuro. Sin embargo, desde la perspectiva de los perdedores y las víctimas, las cosas se ven de forma muy diferente a la óptica desde la que "nosotros" las observamos. Un lugar geográfico o social diferente, a solo unas calles o a la distancia de un continente, en una época distinta, con solo unos años de diferencia o en una generación futura, son suficientes para ver completamente otro panorama.

Hemos mantenido en gran medida la guerra y el terror, la opresión y la violencia abierta, el hambre, la devastación ecológica por la sobreexplotación y el saqueo de los recursos, la esclavitud y la tortura fuera de nuestras esferas de vida. Sin embargo, cuando pensamos en qué se basan nuestros propios modos de vida, tenemos que tomar conciencia y reconocer que se nutren del aprovechamiento de estas condiciones insostenibles. No las hemos eliminado; simplemente las hemos externalizado a otros lugares del mundo. Ya casi no aparecen en nuestra conciencia. Ya casi no son visibles; moralmente, ya no nos sentimos responsables de ellas.

Es evidente que hay mucho margen para diferentes perspectivas sobre las condiciones sociales. El ángulo desde el que las observamos determina cómo seleccionamos y ponderamos los hechos y las conclusiones que sacamos de ellos. En cualquier caso, gozamos del privilegio de tener un gran margen de maniobra

intelectual para establecer nuestros propios juicios sobre la situación en la que estamos inmersos y sobre un contexto más amplio que el nuestro. Se mire como se mire, “nosotros” somos los ganadores y beneficiarios de las actuales relaciones económicas y de poder.

Pero ¿qué perspectivas quedan para las víctimas, para los perdedores? Ser una víctima ya implica una aterradora reducción de perspectivas. A los hambrientos, a los torturados y a los que ven amenazada su existencia física y psicológica les queda poco más que la experiencia y el espacio de pensamiento de una víctima. Sin embargo, son precisamente las víctimas, a las que no se refiere el “nosotros”, las que exponen con más énfasis las ventajas del actual orden de poder y económico.

El “nosotros”, por supuesto, excluiría a:

Las víctimas globales de “nuestro” orden económico, cuyo número apenas puede estimarse. Jean Ziegler, Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el derecho a la alimentación de 2000 a 2008, calcula que el número de personas asesinadas por nuestro sistema es de más de 50 millones al año: ningún otro orden social en la larga historia de la civilización se equipara al neoliberal.

Las más de 800 millones de personas, más de una décima parte de la población mundial, que sufren desnutrición crónica. De ellas, más de 30 millones mueren de hambre cada año y casi 100.000 cada día. Ytodo ello a pesar de que, según el Informe Mundial sobre la Alimentación de la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), la agricultura mundial en su estado actual de desarrollo podría alimentar fácilmente a 12.000 millones de personas, casi el doble de la población mundial).

Las más de mil millones de personas que viven al borde de la subsistencia.

Los más de doce millones de seres humanos en Alemania que están amenazados por la pobreza y, por lo tanto, excluidos de la participación social y cultural. Una quinta parte de los niños crece

permanentemente en una especie de pobreza heredada. La situación no es diferente en otros países denominados industrializados o Estados de derecho.

El número incalculable de los que ya no cuentan para nada: cientos de millones de "superfluos" y "excedentes" que no son utilizables como consumidores o para la acumulación y que están en los márgenes de la sociedad para ser desechados.

Los más de 40 millones de seres humanos que actualmente son víctimas de formas modernas de esclavitud.

Las más de 6 millones de personas que mueren cada año como consecuencia de la destrucción del medio ambiente.

Las víctimas civiles de las bombas que "nosotros", es decir, los miembros de la comunidad occidental de valores, lanzamos sobre otros Estados en nuestra "autodefensa" y para la "promoción de la democracia y los derechos humanos". Solo en 2016, el último año de la presidencia de Obama, se lanzaron un total de 26.171 bombas sobre siete países islámicos (cada una de las bombas está registrada en la base de datos THOR del Instituto de Investigación de la Fuerza Aérea de Estados Unidos con el lugar y la hora del lanzamiento). Las estimaciones de los civiles muertos por la acción militar de Estados Unidos desde la fundación de la ONU oscilan entre 8 y 30 millones, dependiendo de la base de datos y los criterios utilizados. Las víctimas de "nuestra" "guerra contra el terror", temporal y espacialmente ilimitada, suman hasta ahora unos 1,3 millones de muertos solo en Irak, Afganistán y Pakistán.

A quienes sufren por nuestras guerras económicas y financieras contra gobiernos "indeseables", especialmente en forma de sanciones.

La lista de los que no pueden o no quieren contarse en nuestro "nosotros" es casi interminable. Todas estas víctimas, consecuencias de nuestro actual —y violento— orden económico están prácticamente ausentes de nuestros medios de comunicación y de la conciencia pública y, si acaso, están presentes como hechos

escuetos. Dicha ausencia refleja el sentimiento generalizado de que, después de todo, no somos responsables de ellas. Por un lado, no se nos puede culpar por los delitos cometidos por nuestros líderes democráticamente elegidos. Por otro lado, dicen que las víctimas son responsables de las consecuencias de sus propias acciones o sufren las provocadas por las circunstancias, las limitaciones o las leyes naturales de un mundo complejo. De este modo, las víctimas también son consideradas responsables por los perpetradores, al ser ellos mismos víctimas. La historia nunca deja de demostrar que los vencidos se equivocan con los vencedores.

La evaluación de nuestros logros civilizatorios para asegurar la paz interna y externa, es decir, la realidad de la democracia y la del derecho internacional, también depende de la perspectiva: un pequeño cambio en el punto de vista suele ser suficiente para reconocer lo que hay detrás de la retórica política y de los prejuicios ideológicos. La democracia, que originalmente estaba asociada a grandes esperanzas de autodeterminación política y de seguridad interna y externa, se ha convertido en una cáscara formal en la configuración de la sociedad y se ha reducido a un espectáculo de elecciones periódicas en las que la población puede elegir en un "espectro de élites" predefinido. La democracia real ha sido sustituida por la ilusión de democracia, el debate público libre por la gestión de la opinión y la indignación y el ideal del ciudadano responsable por el ideal neoliberal del consumidor políticamente apático. De las esperanzas asociadas a los conceptos de democracia y libertad, solo se han mantenido las palabras vacías de una falsa promesa de los poderosos, pues con ellas se puede manipular de forma eficaz la conciencia de la mayoría de los sometidos al poder.

El derecho internacional también se ha convertido en un instrumento descarado de la política del poder. La autoproclamada comunidad occidental de valores vuelve a cultivar de manera abierta su creencia casi religiosa en la eficacia de la violencia, en la salubridad de las bombas y la destrucción, en los asesinatos con drones y la tortura, en el apoyo a los grupos terroristas, en el estrangulamiento económico y otras formas de violencia que sirven a sus propósitos: una veneración política de la violencia, cuyos efectos pueden verse en todo el mundo.

Queda poco más que un recuerdo histórico de las grandes esperanzas asociadas originalmente a la democracia y el derecho internacional, es decir, la esperanza en que la civilización sirva para moderar las relaciones de poder y violencia. A través de la potente retórica de la democracia y el derecho internacional, los poderosos económica o militarmente tratan de obtener el consentimiento de la población para su práctica de una realpolitik de la violencia. En la realpolitik actual, el derecho del más fuerte ha recuperado hace tiempo su reconocimiento. Doscientos años después de la Ilustración, a la que tanto crédito damos en el discurso político, vivimos una época de contrailustración radical. Al mismo tiempo, a los poderosos les gusta referirse a la Ilustración cuando esta sirve a sus intereses de poder, para reafirmar su pretendida superioridad civilizatoria frente a los que ven como sus enemigos.

Así que todo depende de la perspectiva: lo que vemos, lo que queremos ver y, más aún, lo que no queremos ver. Las conclusiones que sacamos y estamos dispuestos a sacar de lo que vemos, experimentamos y conocemos también dependen de la perspectiva. No solo de la que otorga el lugar geográfico y social y el tiempo en el que vivimos, sino de las gafas mentales con las que lo miramos. Es decir, por nuestras propias experiencias —directas o indirectas— ofrecidas por nuestra socialización, por nuestras normas y prejuicios, por nuestros miedos y preocupaciones, por las visiones del mundo y los prejuicios de los grupos a los que sentimos que pertenecemos, y por la imagen que tenemos de nosotros mismos y de nuestro papel en el mundo. Todo ello produce una variedad de perspectivas muy diferentes sobre las condiciones sociales, una que puede ir acompañada de tensiones en una comunidad política. Por lo tanto, para asegurar la paz interna para la acción política, se necesitan procedimientos para desactivar estas tensiones. El esfuerzo por conciliar de manera pacífica la pluralidad de intereses y visiones diferentes y a menudo incompatibles, es precisamente una característica de la idea democrática de la Ilustración. El principio fundamental en este caso es que la igualdad de derechos se aplica a estos procedimientos a pesar de la desigualdad de intereses sociales. Además, la idea democrática fundamental de la Ilustración se esfuerza por lograr procedimientos de consenso que no tengan que estar basados en la regla de la mayoría, sino que tienen en cuenta esta pluralidad. En una democracia, el intercambio

tiene lugar en el espacio de debate público, donde todos pueden expresar libremente y en igualdad de condiciones sus diferentes intereses. Los procedimientos centrales de la construcción del consenso democrático se basan, pues, en un principio igualitario.

Una democracia de élites viola ese principio y representa una contradicción en sí misma. En una democracia de élites hay elementos democráticos formales, pero están estructuralmente reducidos al mínimo. A pesar de este minimalismo, los elementos democráticos no están exentos de riesgo para los centros de poder político y económico. Para asegurar su estatus, las respectivas élites dependen de su blindaje contra las reclamaciones democráticas. El punto débil es precisamente el espacio de debate público, que —sobre todo en las elecciones periódicas—podría poner en riesgo la estabilidad. Pero ¿cómo controlar y minimizar este riesgo en una democracia de élites? Si se eliminaran también los elementos residuales participativos, ya no sería posible mantener la retórica democrática, útil para evitar la revolución, ya que el espacio de debate público y las elecciones periódicas son indispensables incluso para la mera ilusión de democracia. Si los centros de poder actuales quieren mantenerlos, necesitan caminos que puedan asegurar la estabilidad y una democracia libre de riesgos.

En las últimas décadas, quienes ejercen el poder han hecho grandes esfuerzos por desarrollar nuevas formas para asegurar dicha estabilidad y proteger los elementos democráticos residuales de riesgos de empoderamiento que quedan en una democracia de élites. Esto incluye, en particular, nuevas formas estructurales de organización del poder, así como métodos psicológicos de manipulación de la conciencia. Es cierto que las raíces de esta evolución se remontan a mucho antes, pero en las últimas décadas se han acelerado y se han afianzado institucionalmente. Este proceso de transformación social, sistemáticamente planificado y ejecutado, se asemeja a los efectos de una “revolución desde arriba”, es decir, un proyecto de las élites económicas para ampliar y consolidar sus intereses. El proceso de transformación que acompaña a esta revolución se apoya de manera esencial en dos pilares.

El primer pilar consiste en que las formas organizativas del poder

son cada vez más abstractas y están diseñadas para responsabilizar a la sociedad, de modo que el malestar, la indignación o la ira de los sometidos al poder ya no encuentran objetivos concretos, es decir, políticamente eficaces, y la voluntad de cambio de la población ya no tiene destinatarios entre los responsables reales. Este proceso de transformación consiste en la creación sigilosa de estructuras institucionales y constitucionales adecuadas, lo más invisibles posible para la población, a través de las cuales se pueden estabilizar las relaciones de poder y sustraer permanentemente los procesos de redistribución del control democrático haciéndolos en gran medida irreversibles. Para lograrlo, las estructuras democráticas —ganadas a pulso históricamente— deben ser eliminadas o socavadas hasta el punto de neutralizar su eficacia. Además, el derecho interno e internacional debe "desarrollarse" de tal manera que los centros de poder económico y político puedan hacer valer legalmente sus intereses de manera autoritaria dentro del marco jurídico así creado. Este debe ser tal que permita la transformación del poder económico en poder político y que dé a los mecanismos de redistribución pretendidos o establecidos un marco jurídico que, con las posibilidades mínimas restantes, no pueda ser anulado democráticamente. La criminalidad organizada de la clase propietaria no solo se legaliza con esta juridificación, sino que también se solidifica en el tiempo y se sella contra posibles intervenciones democráticas.

El segundo pilar consiste en el desarrollo de técnicas sofisticadas y muy eficaces mediante las cuales se puede manipular convenientemente la conciencia de los sometidos al poder. Se supone que estos ni siquiera deben saber que hay centros de poder detrás de la superficie política aparentemente controlada democráticamente y que transmiten los medios de comunicación. El objetivo más importante es neutralizar la voluntad de cambio social de una población o desviarla hacia objetivos políticamente irrelevantes. Para conseguirlo de la forma más sólida y coherente posible, las técnicas de manipulación van mucho más allá de las opiniones políticas: estas pretenden configurar de manera deliberada todos los aspectos que afectan a nuestra vida política, social y cultural, así como a nuestro estilo de vida individual. En cierto sentido, buscan crear un "hombre nuevo" cuya vida social se desvanece en el papel de un consumidor políticamente apático. En

este sentido son totalitarios, por lo que el gran teórico de la democracia Sheldon Wolin habla, con razón, de un "totalitarismo invertido", una nueva forma de totalitarismo que no es percibida como tal por la población. Las técnicas para ello se han desarrollado y se están desarrollando desde hace unos cien años con un gran coste y con la participación sustancial de las ciencias sociales, cuyo florecimiento está estrechamente ligado a la provisión de métodos de control social. Un elemento central de estas técnicas de manipulación es la creación de ideologías adecuadas, que son en gran medida invisibles para la población como ideologías y que, por lo tanto, se supone que proporcionan un marco que apenas puede ser cuestionado, un contexto a todas las experiencias sociales del individuo. El núcleo de estas ideologías, que culminaron en la doctrina neoliberal en las últimas décadas, es la ideología de una experta "democracia de élites capitalista" en la que se supone que las élites competentes y comprometidas con el bien común deben guiar el destino de la comunidad de la manera más eficiente posible. Gran parte de la filosofía política y de la sociología comparten, explícita o implícitamente, las premisas que subyacen a dicha ideología.

Ambos pilares sirven para hacer que el poder sea inidentificable e invisible; para socavar nuestros mecanismos naturales de defensa psicológica contra el control externo. Ambos son características de las formas contemporáneas de las democracias capitalistas de élites. Solo si las comprendemos podremos desarrollar estrategias promisorias de resistencia contra el actual orden de poder y violencia. Lo mismo ocurre con las técnicas de manipulación de (las peculiaridades) de nuestra mente con fines políticos.

Todos los textos de este volumen giran en torno al tema de la democracia —y a las estrategias y métodos de obstrucción, de desmantelamiento y de gestión de la misma—, así como a los métodos para hacer que todos estos procesos sean lo más invisibles posible para la población. Debido a este eje común, es inevitable que haya solapamientos en los capítulos. Sin embargo, esto tiene la ventaja de que cada uno puede leerse de forma independiente, lo que puede contribuir a una mejor comprensión de las cuestiones centrales al enmarcarlas en diferentes perspectivas y contextos.

Los temas y cuestiones políticas que se abordan a continuación son de carácter fundamental y, en su mayoría, bastante elemental. Cualquier persona interesada en moldear nuestra sociedad puede ocuparse de ellos; no se requiere un conocimiento experto, aunque las cuestiones que se abordan sean a veces abstractas y su comprensión requiera un trabajo intelectual independiente. Por supuesto, en una sociedad altamente diversificada, prácticamente todas las cuestiones organizativas relevantes conducen rápidamente a áreas que solo pueden ser tratadas por el conocimiento experto. Sin embargo, a partir de ellas siempre se pueden identificar cuestiones fundamentales de carácter social para la toma de decisiones y la acción política, ya que todos somos capaces de debatir y decidir gracias a nuestro entendimiento. En esto precisamente se basa la idea rectora de la democracia.

La mencionada tensión entre la perspectiva personal determinada por nuestros intereses particulares y la suprapersonal universalizable de los intereses sociales y ecológicos comunes —en el sentido de la Ilustración—, y de la salvaguarda de la paz interna y externa, acompañará también a la preocupación por los temas tratados en este libro. Sin embargo, si queremos participar en un intercambio y un proceso de consenso democrático, tenemos que soportar y superar esta tensión. Todos estamos preparados para ello, pero debemos decidir conscientemente el hacer uso de esa capacidad. Así, esta tensión puede convertirse precisamente en una fuente productiva de acción política.

La acción política emancipadora tiene que enfrentarse a grandes retos en el neoliberalismo. Esto se debe a que este tiene una flexibilidad y una adaptabilidad aparentemente ilimitadas para garantizar su supervivencia incluso cuando las circunstancias externas cambian. Su capacidad de aprendizaje y adaptación se debe también a sus posibilidades de adquirir la intelectualidad necesaria, por ejemplo, en grupos de expertos y universidades. De este modo, el neoliberalismo ha sido capaz hasta ahora de neutralizar rápidamente las estrategias locales exitosas de las luchas sociales, de dividir, desintegrar o mercantilizar los movimientos emancipatorios, es decir, de someterlos a su lógica de economizar todas las esferas sociales. De este modo, incluso es capaz de asimilar la disidencia y de utilizarla para estabilizarse.

Los movimientos emancipadores se enfrentan, por lo tanto, a la gran tarea de aprender y adaptarse para desarrollar estrategias adecuadas. Ante la totalidad de las relaciones de poder y violencia, y la gigantesca asimetría de la relación entre los que ejercen el poder y los que están sometidos a él, los individuos somos literalmente impotentes y solo podemos mitigar o romper ocasionalmente esas asimetrías con acciones de solidaridad. Sin embargo, estas acciones comunitarias deben integrarse en un conjunto con sentido, deben estar guiadas por algo que les dé coherencia y permanencia; de lo contrario, seguirán siendo fugaces y, por lo tanto, políticamente ineficaces frente a la estabilidad comparativa y la solidificación de las relaciones de poder. Un primer paso necesario en el desarrollo de estas estrategias emancipadoras es superar la despolitización de la población generada de modo sistemático. Para ello, primero debemos recuperar nuestra memoria social colectiva, deliberadamente fragmentada, porque tenemos a nuestra disposición un tesoro prácticamente ilimitado de ideas teóricas, sobre las que pueden ordenarse las experiencias políticas y formular objetivos políticos pequeños y grandes.

Disponemos de una amplia e históricamente probada caja de herramientas de metodología de pensamiento crítico de la ideología y una igualmente amplia de estrategias de acción políticamente eficaces que deben ser utilizadas, adaptadas y ampliadas según las formas actuales de organización del poder.

Sin embargo, mientras estemos aislados de la gran tradición de los movimientos emancipatorios, difícilmente tendremos la oportunidad de unir nuestras experiencias políticas cotidianas en un conjunto con sentido, de reconocer una lógica de los mecanismos de acción detrás de la confusa multiplicidad de sucesos individuales cotidianos y de extraer implicaciones adecuadas para la acción a partir de nuestras experiencias. Para ello, no puede haber ni instrucciones ni autoridades. Los siguientes textos no contienen —ni podrían contener— directrices concretas de actuación ni estrategias sobre cómo lograr una sociedad más humana. Las opciones de solución para la acción política solo pueden desarrollarse desde “abajo” de forma conjunta y adaptándose a las condiciones existentes. Hay suficiente espacio para la acción política. La historia

está abierta y depende de la acción humana, que depende a su vez de lo que cada uno quiera. Así pues, la historia es, en última instancia, lo que todos hacemos de ella, ya sea mediante una voluntad activa de cambio, ya sea mediante la aquiescencia o la aprobación tácita o ya sea mediante el desinterés o la apatía política. Nuestro futuro depende, en gran medida, de nuestros objetivos, de nuestra voluntad de configurar la sociedad y de nuestra determinación.

Algunos comentarios más sobre la génesis de este libro. Los distintos textos fueron escritos en el contexto de conferencias sobre temas sociopolíticos que no tienen conexión profunda con mi campo de trabajo científico, el cual reside en cuestiones teóricas básicas de la investigación sobre la percepción y la cognición. Su objetivo era acompañar las conferencias y proporcionar a los interesados en la política material de trabajo y sugerencias de lecturas adicionales para la reflexión independiente. Sin embargo, están estructurados de tal manera que también pueden leerse de forma independiente. Lo que tienen en común estos aportes es la perspectiva política sobre el tema de la democracia, a la que tratan de aproximarse desde una postura democrática radical. En los textos se detectan diversas influencias, directas e indirectas, de la gran y riquísima tradición democrática radical. En particular, es fácil ver cuánto le debo al trabajo de Noam Chomsky e Ingeborg Maus. Noam Chomsky —junto con las tradiciones intelectuales en las que está anclado y que encarna— ha tenido una influencia formativa en mi pensamiento, tanto en el ámbito cognitivo-científico como en el político. Ingeborg Maus, cuya obra, por desgracia, he conocido recientemente, desarrolla con gran profundidad de pensamiento, rigor y coherencia el concepto de "democratización de la democracia" a partir de los planteamientos democráticos radicales de la Ilustración. Ella defiende de forma incorruptible e incondicional la protección de los derechos humanos naturales de la libertad ante el Estado y contra las tendencias autoritarias inherentes a todos los aparatos estatales, y proporciona principios procedimentales para resolver los problemas que surgen de la pluralidad y heterogeneidad de los intereses sociales.

Este volumen de aportes escritos para y en diferentes ocasiones no estaba previsto. Que haya surgido es gracias a la iniciativa y el

entusiasmo de la editorial Westend. Por ello y por el gran compromiso con el que esta me ha acompañado en todas las fases de su realización, les doy las gracias. Mi agradecimiento especial a Gisela Bergmann-Mausfeld, mi compañera.

¿Por qué callan los corderos?Cómo hacer que los crímenes de guerra y las violaciones más graves de las normas morales sean invisibles para la población

Las democracias se caracterizan por el hecho de que quienes ejercen el poder dependen de la legitimación de sus acciones políticas a través del consentimiento de la población. Así, las democracias plantean un reto especial para los poderosos si estos no quieren renunciar a actos que violen las normas legales o morales al perseguir sus objetivos. Casos especialmente graves son, por ejemplo, el asesinato de civiles o la tortura. A medida que la idea de la democracia como única forma legítima de gobierno ha ido ganando terreno, ha sido necesario desarrollar formas de democracia que no entrañen riesgos para la clase pudiente. Esto solo es posible con una gestión adecuada que evite que la creación de la ilusión democrática sea visible para el pueblo y que garantice que quienes ejercen el poder estén realmente sujetos a la responsabilidad democrática. Esta gestión de la democracia abarca un amplio espectro de técnicas para influenciar a las masas que se han ido perfeccionando a lo largo de décadas de desarrollo. Parte de estas técnicas consiste en hacer que los crímenes de guerra y las graves violaciones de las normas sean moral y cognitivamente invisibles para la población.

Son moralmente invisibles las violaciones de las normas morales si son visibles como hechos pero, a la vez, están insertas en un contexto que impide que desencadenen malestar moral o indignación entre la población. Un ejemplo son las consecuencias sociales y humanitarias de la violencia estructural asociada al orden económico neoliberal, que se están haciendo patentes sobre todo en el llamado tercer mundo pero también cada vez más en los países occidentales industrializados.

Son cognitivamente invisibles las violaciones de las normas legales y morales cuando son visibles como hechos pero están insertas en

un contexto que impide sacar conclusiones de ellas. En particular, estos casos no se relacionan con otros comparables, porque las respectivas élites los evalúan según criterios completamente diferentes. Un ejemplo son los llamados “asesinatos selectivos” de personas que un Estado considera un riesgo para la seguridad. Estos asesinatos constituyen una clara violación del derecho internacional[1] y no se aceptarían de forma comparable si los llevaran a cabo los Estados que “nosotros” consideramos como adversarios.

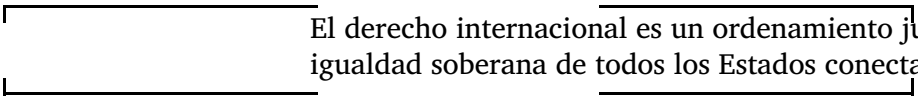
- La violencia estructural suele referirse a formas de v

La visibilidad e invisibilidad de los hechos está esencialmente filtrada por los medios de comunicación, que, además de los hechos, suelen transmitir al mismo tiempo el contexto de interpretación y, por lo tanto, la cosmovisión política deseados. La cuestión de cómo los crímenes de guerra más graves y las violaciones de las normas morales pueden hacerse invisibles para la población es parte de nuestra vida cotidiana y nos concierne a todos. Las cuestiones que se plantean aquí son de carácter fundamental y, en su mayoría, bastante elemental. No se necesitan conocimientos especializados para tratarlos, aunque las élites gobernantes intenten limitar los discursos sobre estos temas a grupos de "expertos". Todos, de forma innata, estamos dotados de una facultad intelectual, una "luz de la razón", un lumen naturale —como lo llamaron los pensadores de la Ilustración—, para las cuestiones que nos conciernen a todos como citoyens, es decir, como ciudadanos que se esfuerzan por dar forma a nuestra política en el espíritu de la Ilustración. Por lo tanto, podemos abordar las cuestiones fundamentales en juego sin necesidad de una formación especializada.

Una de las capacidades innatas de nuestra mente es la de cuestionar la terminología utilizada para categorizar, ordenar y evaluar los fenómenos y hechos en la esfera sociopolítica. Un ejemplo destacado es la terminología neoliberal utilizada para disfrazar y ocultar lo que realmente se quiere decir, y con la que se podría llenar de manera fácil un diccionario de neolengua orwelliana. En ella se encuentran términos como reformas estructurales, voluntad de reforma, reducción de la burocracia, desregulación, pacto de estabilidad, austeridad, paquete de rescate del euro, libre mercado, Estado mínimo, liberalización, armonización, democracia acorde con el mercado, sin alternativa, capital humano, trabajo temporal, costes laborales no salariales, rencor social, proveedores de servicios, etc. Estos términos transmiten visiones ideológicas del mundo cuyo carácter totalitario debe ser expuesto y nombrado. Para no sucumbir a estas cosmovisiones ideológicas de forma inconsciente e involuntaria, tenemos que identificar y tomar conciencia de las premisas tácitas, los prejuicios y los componentes ideológicos de la terminología con la que hablamos de los

fenómenos sociopolíticos. Para esto tampoco se necesitan conocimientos especializados. Todos estamos equipados intelectualmente y de forma natural para ello, aunque esta facultad haya que ponerla en práctica y perfeccionarla.

▪



Trataremos aquí de identificar algunas premisas tácitas y componentes ideológicos que se esconden tras la terminología con la que las élites gobernantes de las sociedades democráticas tratan de estabilizar su poder. Pero primero me gustaría ilustrar con un fenómeno perceptivo lo que está en juego en el problema de invisibilizar los hechos.

En la imagen de la izquierda vemos algo que presumiblemente percibimos como elementos geométricos aislados, sin poder reconocer una conexión significativa entre ellos. Por lo tanto, los elementos aislados carecen de significado para nuestro sistema perceptivo. ¿Por qué su contexto específico es invisible, mientras que es fácilmente reconocible en la imagen de la derecha? La respuesta que da la psicología de la percepción es que el sistema perceptivo solo puede aplicar sus categorías de significado si tiene información sobre la conexión mental entre elementos aislados y cómo esta debe hacerse. Esta información se refiere en particular a la manera en que están conectados determinados elementos y al conocimiento de otros factores que hacen que su conexión ya no sea reconocible. El sistema perceptivo necesita una historia causal, por así decirlo, de por qué se ha producido la fragmentación de un objeto significativo en elementos aislados. En la imagen de la derecha, esa historia causal se ofrece al sistema perceptivo en forma de una cobertura negra, como la que resultaría, por ejemplo,

cuando se derrama tinta sobre una hoja de papel. Todos los fragmentos grises de la imagen de la izquierda son exactamente idénticos a los de la derecha. Sin embargo, los fragmentos grises de la imagen de la izquierda no nos proporcionan un sentido del conjunto, mientras que los de la imagen de la derecha son fácilmente reconocibles como partes de figuras significativas, concretamente de la letra “R”.

En el momento en que se reconoce que un recubrimiento es la causa de la fragmentación de un conjunto, podemos completar mentalmente sin esfuerzo lo que está tapado y reconocer el contexto. Aquí se pone de manifiesto un patrón mental que también es de interés para nuestro tema: un contexto puede disolverse o hacerse invisible mediante una presentación fragmentada. Entonces percibimos estos hechos, como solemos hacer al leer un periódico, como una mera colección de pedazos aislados de información. Sin embargo, en cuanto existe la posibilidad de relacionarlos entre sí, podemos reconocer la causa de la fragmentación: ya no tenemos ninguna dificultad para identificar el contexto del significado.

La paradoja de la democracia

El problema de gestionar la democracia de forma que se hagan invisibles las violaciones sistemáticas de las normas morales está directamente de forma directa con lo que a veces se llama la paradoja de la democracia, es decir, un problema de relación entre las élites de poder y el pueblo, cuyo estudio sistemático se remonta a la antigüedad. En el discurso político, el pueblo se compara a menudo con un rebaño propenso a los afectos irracionales y que, en consecuencia, debe ser controlado. Por lo tanto, para gobernar un pueblo es importante interpretar el silencio de la manada y hacerlo en función de sus acciones políticas[2]. En tiempos más recientes, este tema se ha popularizado sobre todo a través de Richard Nixon, que como presidente de EE UU interpretó el silencio de la mayoría como una aprobación de la guerra de Vietnam.

El historiador griego Tucídides (454-399 a. C.) fue el primero en abordar estas cuestiones de forma sistemática. Fue también el primero en reconocer la estrecha relación entre nuestras ideas sobre las formas de gobierno y nuestras suposiciones sobre la naturaleza humana. Toda forma de gobierno está siempre relacionada, implícita o explícitamente, con la imagen que nos formamos de la naturaleza de la mente humana. Tucídides creía que las masas tienden a los afectos y a la pasión, en detrimento de la razón: "Las masas son erráticas y volubles en sus opiniones, y culpan a los demás de sus fracasos [...]". Los líderes políticos, en cambio, se guían en sus acciones principalmente por un "deseo de poder para satisfacer su sed de dominio y su ambición". Reconoció que toda buena forma de organización de una sociedad debe tener en cuenta las debilidades de la naturaleza humana. En su opinión, la democracia no puede hacerlo. En su obra sobre la Guerra del Peloponeso —conducida por el gobierno de Pericles—, Tucídides veía más bien como forma ideal de gobierno "una democracia solo nominal, dominada en realidad por el primer ciudadano".

El filósofo Aristóteles (384-322 a. C.) tenía una opinión similar. Él consideraba que la timocracia, el "mandato de los distinguidos y los propietarios", era la forma ideal de gobierno. Los elementos democráticos y oligárquicos debían equilibrarse de tal manera que ni las masas o los pobres ni las élites o los ricos pudieran tener el predominio. Aristóteles veía la democracia como una forma decadente de timocracia, pues contenía la posibilidad de que "los pobres, por ser mayoría, se repartieran entre ellos la riqueza de los ricos", lo que Aristóteles consideraba una injusticia. La misma idea básica se encuentra también en los orígenes de la Constitución estadounidense: toda forma de gobierno debe diseñarse de manera que "proteja a la minoría de los ricos contra la mayoría de los pobres", decía James Madison (1751-1836), uno de los padres de la Constitución estadounidense. La solución propuesta por Madison a esta tensión entre el pueblo y las élites era la democracia representativa —de facto, una forma de oligarquía— que podía garantizar la protección de los intereses propios de la minoría rica.

Estos pocos ejemplos pueden bastar para ilustrar que toda la historia de las ideas occidentales está impregnada de un profundo escepticismo hacia la democracia y, a menudo, de hostilidad hacia

ella.

En el discurso político, así como en la retórica política de los tiempos modernos, el concepto de democracia desempeña, sin embargo, un papel cada vez más importante. La democracia ya no es solo una de las formas posibles de gobierno, sino que es la única en la que el poder político puede legitimarse. Al mismo tiempo, las élites gobernantes la consideran una "ilusión necesaria" y, detrás de su retórica, se esfuerzan al mismo tiempo por establecer estructuras oligárquicas adecuadas para asegurar sus propios intereses. Al hacerlo, declaran los logros democráticos esenciales como "exceso de democracia" e intentan erosionar sus estructuras de la forma más invisible posible para la población, un proceso que se ha acelerado de forma alarmante en el presente[3].

El establecimiento de estructuras oligárquicas bajo un manto democrático ha tenido un éxito impresionante, ya que las democracias occidentales, si se examinan más de cerca, tienen en realidad más el carácter de oligarquías. Esta opinión no solo la tienen los críticos de este proceso de desdemocratización, sino que también la comparten las propias élites dirigentes. Por ejemplo, en Estados Unidos, en un informe de 1975 titulado The Crisis of Democracy —por "crisis de la democracia" los autores se referían a un "exceso de democracia"—, el politólogo Samuel Huntington señalaba que cuando el presidente Truman todavía podía "gobernar el país con la cooperación de un número relativamente pequeño de banqueros de Wall Street", la gestión de la democracia era relativamente fácil. Desde entonces, el "exceso de democracia" se ha corregido con amplitud, de modo que The Washington Times del 21 de abril de 2014 afirmó: "Estados Unidos ya no es una democracia, no importa la república democrática imaginada por los padres fundadores". El expresidente estadounidense Jimmy Carter calificó a Estados Unidos de "oligarquía" con un "poder ilimitado de soborno", en una entrevista del 28 de julio de 2015. El carácter oligárquico de Estados Unidos es, pues, una especie de evidencia para las propias élites. Aquellos que no dan importancia a estas declaraciones quizás puedan reconocer la obviedad si está respaldada por la metodología científica. Los politólogos Martin Gilens y Benjamin Page utilizaron recientemente (en 2014) el ejemplo de Estados Unidos para investigar el peso del voto con el

que la voluntad de la gran mayoría del pueblo interviene en las decisiones políticas. Sus análisis muestran que este es casi nulo y que el 70% de la población no tiene ninguna influencia en las decisiones políticas[4].

La situación no es diferente en Europa. Si se quiere obtener una imagen medianamente realista de la situación, resulta esclarecedor consultar los medios de información de las respectivas élites, por ejemplo, The Wall Street Journal. En estos medios se encuentra a veces una visión relativamente objetiva de la verdad, porque para la élite financiera, y para hacer negocios, es importante tener una visión ideológica no demasiado distorsionada de la realidad. Como estos medios se dirigen a las élites, pueden prescindir de la burda retórica política y la propaganda que suelen ofrecer a la población los medios de comunicación de masas. The Wall Street Journal del 28 de febrero de 2013 señala con sobriedad que el programa neoliberal —a pesar de las correspondientes decisiones electorales en numerosos países— ya no puede ser revocado de manera democrática[5]. También en Europa se ha demostrado que la idea de que los votantes influyen seriamente en las decisiones políticas relevantes es una ilusión.

Esto no es de extrañar, sobre todo cuando se trata de cuestiones de política económica, ya que el neoliberalismo y la democracia son realmente incompatibles. Milton Friedman (1912-2006), uno de los padres del neoliberalismo, lo expresó de modo abierto en un boletín de la Sociedad Mont Pèlerin en 1990: “una vez establecida una sociedad democrática, destruye la economía libre”, lo que lógicamente debe ser impedido desde la perspectiva de las élites. Por lo tanto, la democracia solo se considera admisible en tanto la esfera económica sea liberada de los procesos democráticos de toma de decisiones, es decir, mientras no sea una democracia. En este sentido, el neoliberalismo es su mayor enemigo en todo el mundo.

Desde el punto de vista de las empresas multinacionales, la democracia es, sobre todo, un riesgo empresarial. Si la población no está dispuesta a aceptar que la organización de una sociedad debe tener en cuenta las “limitaciones económicas” y que los salarios y las prestaciones sociales son factores extremadamente perjudiciales para el crecimiento del capital, las élites gobernantes tienen que

aplicar las “medidas de ajuste estructural” adecuadas por medios autoritarios.

Una verdadera democracia es, pues, incompatible con las formas de sociedad favorecidas por las élites dirigentes. Si, en el ejercicio político, la democracia se considera una ilusión necesaria, esta debería adoptar más bien la forma de una “democracia de espectadores guiada por expertos adecuados” más que la de una democracia participativa, como sostenía el influyente periodista Walter Lippmann en su libro El público fantasma, en 1925. En una democracia de espectadores se puede mantener la ilusión de la democracia y, al mismo tiempo, garantizar la estabilidad del estatus actual de las élites políticas.

Estos eran precisamente los problemas que se abordaban en el mencionado informe The Crisis of Democracy, encargado por la Comisión Trilateral en 1975. El término “trilateral” se refiere al hecho de que los miembros de esta comisión asesora procedían de los tres grandes bloques económicos de Norteamérica, Europa y Japón. La Comisión Trilateral tiene estrechos vínculos con otras redes elitistas, en especial con la Conferencia de Bilderberg y el Atlantik-Brücke. Los miembros de la sección alemana son, por ejemplo: Josef Ackermann, Gerhard Schröder, Claus Kleber, Stefan Kornelius, Josef Joffe, Cem Özdemir, Michael Hüther, Wolfgang Ischinger, Friedrich Merz y Joachim Gauck.

En The Crisis of Democracy se señala que solo es posible solucionar y manejar la crisis de la democracia creada por un “exceso de democracia” si no hay mucho interés ni participación por parte de la población (“el funcionamiento efectivo de un sistema político usualmente requiere de una medida de apatía e indiferencia por parte de algunos individuos y grupos”). No hace falta aclarar que los “individuos y grupos” cuya no participación se considera esencial no son miembros de las élites gobernantes, sino del pueblo. Así pues, la democracia de espectadores que desean las élites gobernantes solo puede lograrse si la población está ampliamente despolitizada.

Para este objetivo deben existir técnicas adecuadas, en especial de creación de apatía (mediante la preocupación por el sustento económico, el miedo, el consumismo, etc.) o técnicas de gestión de

la opinión y de la indignación.

Democracia y propaganda

Si se comparan las ventajas y desventajas de las distintas formas de gobierno, entonces —como decía el politólogo estadounidense Harold Lasswell (1902-1978) de acuerdo con una opinión muy extendida entre las élites— hay que dar preferencia a la democracia siempre que sea posible mantener a los ciudadanos de acuerdo con el sistema político y con las decisiones que una clase política especializada toma por ellos. Esto solo podría garantizarse mediante técnicas adecuadas de propaganda. La propaganda es, por lo tanto, una parte esencial e inevitable de una democracia que funciona. Las técnicas de gestión de la opinión tienen también la ventaja, frente a las técnicas de control de una dictadura, de que son "más baratas que la violencia, el soborno u otros métodos". En este sentido, la democracia guiada por la gestión de la opinión podría considerarse una forma óptima de gobierno.

Edward Bernays (1891-1995) también lo expresó con una especial —y hoy ya no común— franqueza. Bernays fue el propagandista más influyente, cuyos fundamentos y técnicas recogió en su famoso libro Propaganda, publicado en 1928. La propaganda es todo intento sistemático de socavar el juicio natural de las personas y crear actitudes, convicciones y opiniones mediante las cuales se pueda abusar de ellas en beneficio de las respectivas élites gobernantes ("incapacitación", "intencionalidad")[6].

Bernays escribe: "La manipulación consciente e inteligente del comportamiento y las actitudes de las masas es un componente esencial de las sociedades democráticas. Las organizaciones que trabajan en secreto dirigen los procesos de la sociedad. Forman un gobierno invisible que es el verdadero poder gobernante de nuestro país". Debemos notar que la situación descrita por Bernays no era un objetivo, sino que se trataba ya de la situación real de la época, la cual ha empeorado de manera considerable desde entonces. La

propaganda, en el mencionado sentido, debe considerarse hoy en día como una parte necesaria del sistema de adoctrinamiento de todas las sociedades occidentales. Y el "gobierno invisible, que es el verdadero poder gobernante de nuestro país", está formado por redes casi ocultas de las diferentes élites.

Estas "dirigen los procesos sociales", controlan las decisiones políticas y las comunican a la opinión pública a través de los periodistas de los medios de comunicación de masas, como una obligación inevitable para el bien de la población[7].

Pero ¿cómo lograr ese "gobierno invisible" y esa dosis justa de apatía en la población, tal como desean las élites? Los medios de comunicación, por supuesto, juegan un papel fundamental. Paul Lazarsfeld, uno de los más importantes expertos de la comunicación y uno de los fundadores de la moderna investigación social empírica, tiene muy clara su función: "Hay que envolver a los ciudadanos con una avalancha de información para que tengan la ilusión de estar informados". Esta "ilusión de estar informado" proporciona al ciudadano una conciencia políticamente clara: se siente conocedor de todo lo esencial y puede irse a la cama por la noche con tranquilidad[8].

En este sentido, para Lazarsfeld, los medios de comunicación se encuentran entre los "más respetables y eficientes de los narcóticos sociales". Los ciudadanos que leen el Süddeutsche Zeitung en el desayuno, miran Der Spiegel online por la tarde y ven el Tagesschau por la noche están tan satisfechos de sí mismos y se sienten tan informados que ya ni siquiera pueden reconocer la enfermedad que padecen, según Lazarsfeld "para evitar que el adicto reconozca su propia enfermedad".

Las llamadas "clases cultas" son particularmente susceptibles a la ilusión de estar informadas. Por razones obvias, son específicamente adoctrinadas por la respectiva ideología gobernante. Esto no era diferente bajo el nacionalsocialismo; a través de su silencioso consentimiento, son un importante elemento estabilizador de las respectivas ideologías gobernantes.

Hay suficientes ejemplos de cómo se puede conseguir esa anestesia[9]. Además de las técnicas de sedación, las de generación de miedo

desempeñan un papel especial en el campo político del control afectivo. En la retórica de la legitimación de las operaciones militares se utiliza a menudo una doble estrategia: para ganarse a la parte más educada de la población, se hace bajo la bandera de las "intervenciones humanitarias", mientras al resto se la convence mejor generando miedo a las fuerzas maliciosas y violentas.

Un ejemplo famoso, con enormes consecuencias, tuvo lugar el 5 de febrero de 2003, cuando el entonces secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, sostuvo un tubo lleno de polvo durante su comparecencia ante el Consejo de Seguridad de la ONU. Se suponía que debía demostrar de forma inequívoca que el gobernante iraquí Saddam Hussein tenía armas de destrucción masiva. Esta "prueba" estaba dirigida principalmente a la población estadounidense y tenía como objetivo aumentar sus temores para que apoyaran la invasión de Estados Unidos a Irak. Esta manipulación emocional fue muy eficaz, y tuvo como efecto colateral la muerte de más de 100.000 civiles iraquíes. Un grave ejemplo de cómo se puede hacer política hegemónica mediante el alarmismo es la cobertura mediática del conflicto entre Rusia y Ucrania[10].

En general, para conducir a la población son preferibles las técnicas que no solo tienen un efecto a corto plazo, sino que tienen efectos más duraderos. En este sentido, el control de las opiniones es más importante que lo puramente emocional, porque estas suelen ser más estables que los afectos. Estas técnicas cumplen un papel especial a la hora de controlar las opiniones de forma adecuada. Aquí solo trataré algunas, bastante sencillas, para las que no se necesitan conocimientos de psicología y que son la práctica habitual de los medios de comunicación:

Declarar los hechos como opiniones. Como señaló Hannah Arendt, en la actitud de tratar los hechos como si fueran meras opiniones reside uno de los aspectos más aterradores de los sistemas de pensamiento totalitarios.

Fragmentar la presentación de los hechos que están realmente conectados de tal manera que se pierda el contexto.

Descontextualizar los hechos para que aparezcan como casos individuales aislados.

Recontextualizar los hechos, insertándolos en un nuevo contexto con ideas “positivas” que los acompañen de manera que pierdan su sentido original y, de paso, un posible potencial asociado de indignación moral.

Más allá de estas sencillas técnicas, la psicología ha identificado una gran cantidad de mecanismos mucho más sutiles y a veces sorprendentes de nuestra toma de decisiones y formación de opiniones que pueden utilizarse para un muy eficaz control de la opinión pública. Esto es tanto más cierto en cuanto que estos procesos se desarrollan de forma inconsciente y no están sujetos a ningún control voluntario. Solo dos simples ejemplos:

Varios estudios demuestran que el receptor considera más cierta una afirmación cuantas más veces la escucha, incluso si esta fue declarada previamente como falsa por el experimentador. Estos procesos se ejecutan de forma automática e inconsciente, así que no podemos defendernos de ellos. Incluso si el sujeto está informado de antemano sobre este fenómeno, esto no cambia el efecto: cuanto más a menudo escucha una opinión, más verdadera le parece. Aquí también abundan los ejemplos de la prensa diaria, ya sea “los griegos no están dispuestos a hacer reformas” o, en relación con Crimea, el término “anexión”. La repetición constante tiende a aumentar el valor de verdad percibido[11].

Cuanto menos sabemos sobre un área, más procuramos buscar la verdad en el centro, por así decirlo. Así, tendemos a considerar que todas las opiniones son de igual modo válidas y evitamos los bordes del espectro de opinión que se consideran extremos, aunque la opinión correcta se encuentre realmente allí.

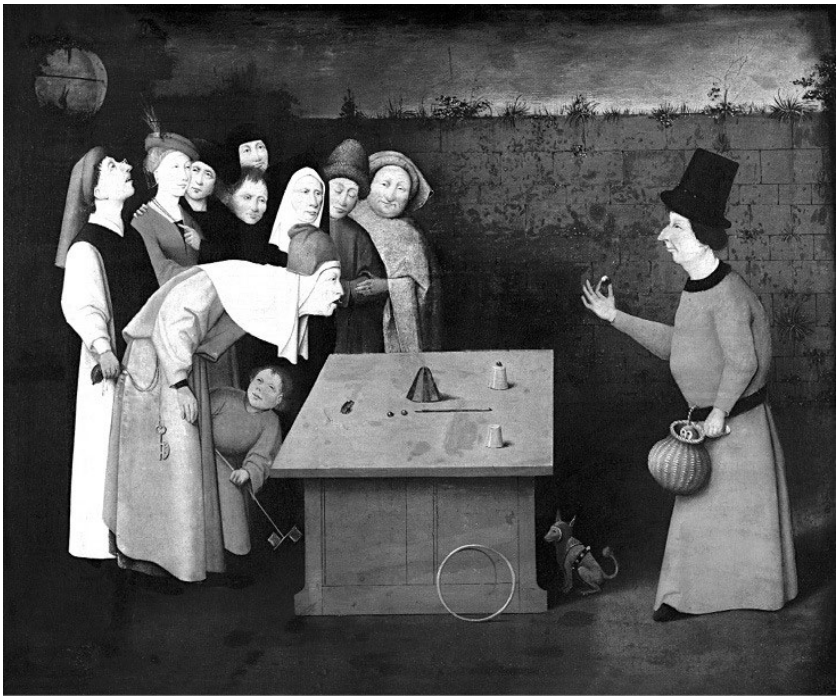
Por lo tanto, la formación de la opinión pública puede controlarse de modo muy eficaz definiendo primero los límites de lo que se considera “razonable”. Quien es capaz de acotar el espectro de opinión visible para la colectividad ya ha logrado una gran parte de la gestión de la opinión. En una concepción neoliberal de la

democracia, “adecuada al mercado”, es muy importante marcar el límite izquierdo (político) de lo permisible, es decir, de lo que todavía se considera responsable. Por ejemplo, las élites gobernantes pueden declarar que las opiniones del filósofo Jürgen Habermas representan el límite de lo que estamos dispuestos a aceptar en nuestra democracia liberal. Las posturas más radicales, y que apuntan más claramente al centro del poder, ya están señaladas como “irresponsables”. Por lo tanto, ya no pertenecen al ámbito de lo aceptable ni lo discutible.

¿Cómo se pueden hacer invisibles, desde el punto de vista cognitivo y moral, los hechos políticamente desfavorables?

Una vez que hemos ajustado un poco la mirada en estas técnicas de gestión de la opinión, podemos abordar un interesante fenómeno que, por desgracia, la historia ha puesto de manifiesto en abundancia: una paradoja de autoevaluación y comportamiento que diverge en el ámbito de los Estados y las naciones. Los Estados pueden cometer las peores atrocidades —como la tortura, los asesinatos masivos o el genocidio— con la aprobación y el apoyo de la mayoría de sus ciudadanos y seguir convencidos de que sus acciones no son moralmente reprobables, lo que plantea profundos interrogantes sobre la naturaleza humana. Al fin y al cabo, tenemos una sensibilidad moral innata, un juicio sobre lo que percibimos como injusticias, al menos cuando se trata de las acciones de los demás. Para que se produzca la mencionada paradoja, nuestro juicio moral debe ser convenientemente socavado o bloqueado, y la forma más fácil de hacerlo es convirtiendo en moralmente invisibles las atrocidades cometidas por nuestra propia comunidad.

Al principio, puede parecer difícil invisibilizar los hechos evidentes, pero el arte de la magia nos ilustra que no es tan difícil conseguirlo mediante una gestión adecuada de la atención.



El prestidigitador (1502), El Bosco (1450-1560), Museo municipal, Saint-Germain-en-Laye.

El cuadro El prestidigitador de El Bosco nos lo muestra. En él, varias personas están reunidas frente a una mesa y, a juzgar por sus ropas, pertenecen a la clase más acomodada. Todas han sucumbido a la seducción que un prestidigitador ha desencadenado con herramientas bastante banales —en su propio beneficio, por supuesto—. Algunos de los asistentes son voyeurs, pero otros más bien parecen espectadores casuales. Un hombre vestido con el traje laico de una orden religiosa, que evidentemente sabe leer —como indican las gafas en la punta de su nariz—, capta la situación y la utiliza en su beneficio: aprovecha que la persona que tiene delante se ha quedado hipnotizada por los trucos del mago para robarle el monedero. Volveré a esta imagen más adelante en un contexto inesperado.

Como ilustra la imagen de El Bosco, no hace falta mucho para manipular la atención de la gente de manera que ya no se fijen en lo obvio y para que los hechos evidentes se vuelvan invisibles.

Quiero mostrar que esto también es posible en el ámbito político con una eficacia notable y desconcertante mediante hechos directamente relacionados con la mencionada paradoja de la autoevaluación, es decir, con las graves violaciones de las normas morales por parte de las comunidades políticas a las que pertenecemos. Sin embargo, al hacerlo, me gustaría invertir la perspectiva política habitual: en lugar de interrogar a los gobiernos por qué motivos reales o aparentes han cometido estos crímenes, me gustaría interpelar a la población, es decir, a nosotros mismos, y preguntar por qué no reaccionamos ante ellos con la indignación moral adecuada.

Dado que los hechos solo sirven de base para abordar estas cuestiones, me limitaré a exponer de modo breve algunos ejemplos que cumplen los tres criterios siguientes: 1) se refieren a acciones de las que somos responsables "nosotros", es decir, la comunidad política a la que pertenecemos; 2) constituyen violaciones claras de las normas morales y son delito, es decir, son actos ante los que responderíamos con indignación y condena moral si los cometieran nuestros "adversarios", y 3) son indiscutibles y están bien documentados, y los medios de comunicación de masas también se hicieron eco de ellos (aunque de forma fragmentada y, en su mayoría, convenientemente recontextualizados).

Hacer invisibles los hechos "pequeños"

Los casos en los que los hechos resultan moralmente invisibles son aquellos que tienen poca visibilidad moral por su magnitud, por su escaso peso político o porque se refieren a cuestiones bastante abstractas. Estos pequeños hechos pueden ser visibles en el sentido literal de la palabra y, sin embargo, moralmente invisibles. Los medios de comunicación pueden, por lo tanto, informar sobre ellos

sin riesgo, pero sin darles importancia o incrustándolos en una cadena de trivialidades de tal manera que no toquen nuestro juicio moral natural.

La invisibilidad moral se consigue sin esfuerzo en los casos de graves violaciones de las normas morales causadas por relaciones abstractas de violencia. A diferencia de la violencia concretamente visible, la violencia estructural socava nuestra sensibilidad moral innata. Como ejemplo se encuentran los efectos derivados de las oligarquías del capital financiero globalizado que ya no pueden ser controladas democráticamente. La mente humana no está bien equipada para percibir las causas que no se pueden captar sensorialmente, que son de naturaleza abstracta; normalmente no las reconocemos, aunque tengan enormes consecuencias. Jean Ziegler, que fue Relator Especial de la ONU sobre el derecho a la alimentación, señaló en 2012 en el periódico Junge Welt: “El fascismo alemán necesitó seis años de guerra para matar a 56 millones de personas; el orden económico neoliberal puede hacerlo fácilmente en poco más de un año”. Incluso cuando se puede identificar la causa, nos resulta difícil reaccionar con indignación moral ante estructuras abstractas. Un ejemplo es el Banco Mundial, cuya tarea es proporcionar instrumentos de financiación para proyectos de desarrollo y reconstrucción a largo plazo, del que varias organizaciones llevan años denunciando violaciones de los derechos humanos. De vez en cuando, este tema también aparece en los medios de comunicación. Por ejemplo, el Süddeutsche Zeitung publicó el 16 de abril de 2015: “En los proyectos de infraestructura financiados por el Banco Mundial en África, los barrios pobres a veces son arrasados sin previo aviso. Los residentes son reubicados a la fuerza o se quedan sin hogar”. Por su parte, Die Zeit difundió el mismo día, bajo el título “El Banco Mundial viola los derechos humanos en todo el mundo”, que solo en la última década “3,4 millones de personas han perdido sus tierras o parte de sus medios de vida en más de 900 proyectos del Banco Mundial”. La población puede ser informada de estos hechos trascendentales sin riesgo siempre que el contexto necesario para su comprensión —en este caso, que el Banco Mundial representa uno de los pilares institucionales del proyecto de redistribución neoliberal— permanezca en gran medida invisible; entonces, tales crímenes no interesarán ni preocuparán mucho a la población.

La situación es diferente en el caso de hechos concretos, como la tortura. Con la tortura hay un autor. Si la causa de un delito no es abstracta, si pueden identificarse autores específicos, es más probable que se active nuestra natural indignación y sensibilidad morales. Pero con la fragmentación y la descontextualización adecuadas, la invisibilización moral también puede lograrse de manera fácil.

Uzbekistán, por ejemplo, está considerada una de las peores dictaduras del mundo. Su régimen comete, de forma sistemática, las más graves violaciones de los derechos humanos: asesinatos masivos, torturas y trabajo infantil. Sin embargo, dado que Alemania mantiene una base aérea allí y, por lo tanto, persigue intereses estratégicos, tolerar la tortura en Uzbekistán supone una razón de Estado para Alemania[12].

Se pueden encontrar con facilidad otros ejemplos de hechos que pueden hacerse moralmente invisibles sin esfuerzo.

Hacer invisibles los hechos "grandes"

Entonces, ¿cuál es la posibilidad de invisibilizar los casos que, por su magnitud, no se pueden ocultar? Esto requiere un esfuerzo considerable, tanto en la esfera política como en el arte de la magia. Pero ya sabemos que David Copperfield demostró en 1983 que podía hacer desaparecer la Estatua de la Libertad ante los ojos de sus espectadores. En el arte de la magia, esto requiere un aparato técnico elaborado y sofisticado. En la gestión de la opinión, el aparato que permite invisibilizar los hechos también es, en cierto sentido, elaborado —la disponibilidad de medios de comunicación de masas—, pero las técnicas psicológicas aplicadas no son especialmente sofisticadas.

A este propósito citaré solo un ejemplo: el número de civiles muertos en intervenciones llevadas a cabo por Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Ya que se considera el aliado más próximo a Alemania y que, según el Ministerio de Asuntos

Exteriores alemán, estas “relaciones transatlánticas se basan en valores compartidos”, los hechos relevantes entran en una esfera política de la que compartimos la responsabilidad.

Si se cuentan las víctimas civiles de las intervenciones estadounidenses, estas suman entre 10 y 15 millones solo en las guerras de Corea y Vietnam, y entre 9 y 14 millones más por acciones bélicas de Estados Unidos y de sus agentes indirectos (por ejemplo, en Afganistán, Angola, Congo, Timor Oriental, Guatemala, Indonesia, Pakistán o Sudán). En total, según las cifras oficiales o las estimaciones de las organizaciones de derechos humanos, Estados Unidos ha sido responsable de la muerte de 20 a 30 millones de personas desde la Segunda Guerra Mundial a través de ataques a otros países.

▪

EXITOSO (+) O INTENTO ( ) DE “CAMBIO DE SISTEMA” POR PARTE DE

China 1949 hasta principios de la década de 1960	Cuba 1959 hasta hoy (+)	Libia años 80 ( )
Albania 1949 53 ( )	Bolivia 1964 (+)	Nicaragua 1981 90 (+)
RDA años 50 ( )	Indonesia 1965 (+)	Panamá 1989 (+)
Irán 1953 (+)	Ghana 1966 (+)	Bulgaria 1990 (+)
Guatemala 1954 (+)	Chile 1964 73 (+)	Albania 1991 (+)
Costa Rica hasta mediados de la década de 1950 ( )	Grecia 1967 (+)	Irak 1991 ( )
Siria 1956 57 ( )	Costa Rica 1970 71 ( )	Afganistán años 80 (+)
Egipto 1957 ( )	Bolivia 1971 (+)	Somalia 1993 ( )
Indonesia 1957 58 ( )	Australia 1973 75 (+)	Yugoslavia 1999 2000 (+)
Guayana Británica 1953 64 (+)	Angola 1975, 1980 ( )	Ecuador 2000 (+)
Irak 1963 (+)	Zaire 1975 ( )	Afganistán 2001 (+)
Vietnam del Norte 1945 73	Portugal 1974 76 (+)	Venezuela 2002 (+)
Camboya 1955 70 (+)	Jamaica 1976 80 (+)	Irak 2003 (+)
Laos 1958 (+), 1959 (+), 1960 (+)	Seychelles 1979 81	Haití 2004 (+)
Ecuador 1960 63 (+)	Chad 1981 82 (+)	Somalia 2007 hasta hoy (-)
Congo 1960 (+)	Grenada 1983 (+)	Honduras 2009 (+)
Francia 1965 ( )	Yemen del Sur 1982 84 (b)	Libia 2011 (+)
Brasil 1962 64 (+)	Surinam 1982 84 ( )	Siria 2012 ( )
República Dominicana 1963 (+)	Lyon 1987 (+)	Ucrania 2014 (+)

Estos crímenes van acompañados de un coro de autocomplacencia por parte de políticos occidentales y de voluntariosos periodistas e intelectuales, para quienes estos actos no son más que la expresión de los esfuerzos caritativos de “la fuerza más grande del mundo para la paz y la libertad, para la democracia, la seguridad y la prosperidad”, como los calificó el expresidente estadounidense Bill Clinton (28 de abril de 1996).

Solo en los últimos 15 años, cuatro millones de musulmanes han sido asesinados por “nosotros”, es decir, por la llamada “comunidad occidental de valores”, para erradicar el terrorismo en el mundo. Esto forma parte de una larga continuidad histórica: desde el colonialismo europeo y su “misión civilizadora” sobre la guerra de Vietnam, en la que entre uno y dos millones de civiles fueron asesinados para liberarlos del comunismo —es decir, por atreverse a llevar una forma de vida errada—, hasta las “intervenciones humanitarias” y las “misiones civilizatorias para la democracia y los derechos humanos” del presente.

Estados Unidos es el “mayor proveedor de violencia

-
-

“Si hay un país que ha cometido atrocidades indecib

Hace falta una considerable fragmentación en la representación mediática de estos crímenes y una recontextualización radical como "lucha por la democracia y los derechos humanos" para que crímenes de esta magnitud y su continuidad histórica sean casi invisibles para la opinión pública. Pese a que están documentadas de manera amplia, estas atrocidades continúan prácticamente ausentes en la conciencia pública.

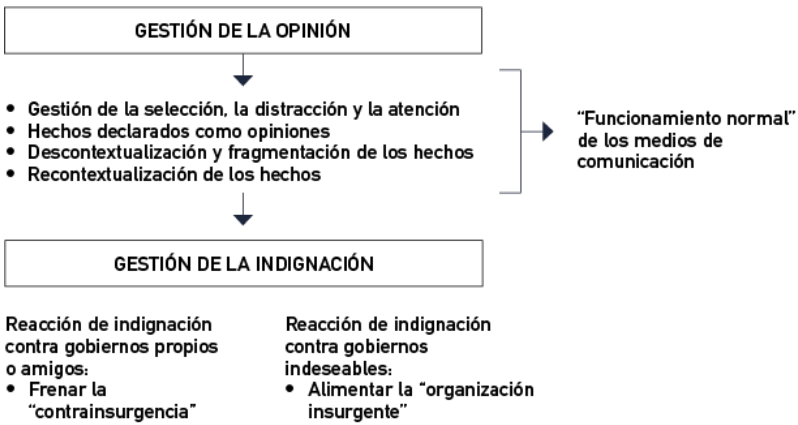
"¿Cuántas personas hay que matar para ganarse el título de asesino de masas y criminal de guerra?", preguntó el dramaturgo inglés Harold Pinter en su discurso en la entrega del Premio Nobel de Literatura en 2005. Nos recordó "una vasta alfombra de mentiras, de la que nos alimentamos". Para "mantener el poder de las élites gobernantes", continuó Pinter, "es esencial que la gente siga siendo ignorante, que viva en el desconocimiento de la verdad, incluso de la verdad de sus propias vidas". A esa red de mentiras pertenece que los crímenes mencionados sean invisibles a la población; simplemente no ocurrieron.

"Nunca sucedió. Nunca pasó nada. Incluso cuando pasó, no pasó. No importaba. A nadie le importaba". Lo que plantea la aterradora cuestión de cómo se puede conseguir una apatía moral de tal magnitud. "¿Qué le ha ocurrido a nuestra sensibilidad moral? ¿La tuvimos alguna vez? ¿Qué significan esas palabras?". La respuesta nos lleva de nuevo al arte de la magia, porque crear tal apatía moral es "un acto de hipnosis brillante, incluso ingenioso, uno extremadamente exitoso".

El medio más importante para semejante hipnosis colectiva es, por supuesto, el lenguaje. Los que dominan el lenguaje, es decir, la terminología y las categorías en las que se hablan y se piensan los fenómenos sociopolíticos, tienen pocos problemas para controlarnos. "Con la ayuda del lenguaje, se mantiene el pensamiento en jaque"[13].

Incluso los grandes hechos pueden hacerse moralmente invisibles mediante sencillas técnicas psicológicas, como se resume en el gráfico. Apenas se reconoce la utilización consciente de estas técnicas, pero están profundamente arraigadas en el funcionamiento

habitual de los medios de comunicación y, prácticamente, constituyen su rasgo más característico. Ni siquiera es necesario que un poder central las ejerza, sino que son, en definitiva, una mera expresión de la sabiduría popular “no muerdas la mano que te da de comer”. Si se conoce dónde está la comida, los métodos surgen por sí solos.



La necesidad de gestionar la indignación

Ahora bien, desde el punto de vista de las élites dirigentes, puede haber situaciones especialmente peligrosas para la estabilidad de un sistema porque conllevan una potencial reacción en cadena. Por norma, estas situaciones se desatan por incidentes que apelan a la sensibilidad moral de la población, que reacciona con indignación. Tales situaciones deben desactivarse rápida y eficazmente. Las técnicas destinadas a controlar las opiniones a largo plazo no suelen ser suficientes para este fin, por lo que se requieren técnicas especiales para controlar y conducir la indignación desencadenada. Un ejemplo típico de una situación en la que un “desafortunado percance” apeló de forma tan violenta a la sensibilidad moral de la población —que reaccionó con indignación— fue la publicación de imágenes de tortura de la prisión iraquí de Abu Ghraib, gestionada por Estados Unidos.

Este ejemplo también es ilustrativo sobre el papel de los medios de comunicación en una situación así. Después de que Amnistía Internacional informara detalladamente el 23 de julio de 2003 y el 18 de marzo de 2004 sobre la tortura de prisioneros por parte de EE UU mediante descargas eléctricas, privación del sueño, palizas o ataduras de los genitales y actos similares, los principales medios de comunicación alemanes decidieron no informar sobre estos crímenes y mantenerlos invisibles a los ojos de la población. Aunque la ARD y la ZDF informaron de ello en sus propias páginas web, callaron estos crímenes en los informativos Tagesschau, Tagesthemen y Heute. Después de que se hicieran públicas las primeras fotos de las torturas, el 28 de abril, ya no se pudo mantener el silencio mediático. Bajo el título “Sin fotos no hay escándalo”, el Frankfurter Allgemeine Zeitung informó, el 30 de abril de 2004, de la ocultación sistemática de estos crímenes en los principales medios de comunicación alemanes y las razones que estos dieron con posterioridad para no hacerlo antes del 28 de abril: Der Spiegel, por ejemplo, citó como motivo la “falta de pruebas”, a pesar de los detallados informes de Amnistía; el Süddeutsche Zeitung estaba convencido de que dichos informes eran “información poco concreta”; y para Stern, su contenido resultaba irrelevante por los “desmentidos de las agencias estadounidenses”. Pero ahora que la publicación de las imágenes hacía imposible negar los hechos, se apresuraron a presentar a la opinión pública la sistemática falta de información como una lamentable excepción periodística. El Frankfurter Allgemeine Zeitung hablaba de la “crónica de un fracaso colectivo” y declaraba así la verdadera regla del funcionamiento de los medios de comunicación como una aparente excepción.

▪

“... Nunca sucedió. Nunca pasó nada. Incluso mientra

Desde el punto de vista de las élites, las muestras de indignación de la población que ponen en peligro la estabilidad —como en los casos de tortura o de vigilancia masiva— deben contenerse rápidamente o desviarse hacia objetivos falsos apropiados.

Sin embargo, las reacciones de indignación de la población de un país amigo también pueden ser peligrosas para la estabilidad —con lo que, por regla general, se entienden los propios intereses hegemónicos— y, en consecuencia, deben controlarse de forma adecuada. Esto es especialmente cierto cuando se manifiestan de forma colectiva y organizada. En este caso, las técnicas de control necesarias se denominan contrainsurgencia. Si, por el contrario, se trata de reacciones de indignación de la población de los Estados que no son prooccidentales, en los que "nosotros" nos esforzamos por un cambio de sistema, entonces, por supuesto, no hay que luchar contra las insurgencias, sino avivarlas mediante técnicas de gestión de la indignación y dirigirlas a objetivos adecuados. En estos casos, se habla de "revoluciones de colores", que pueden utilizarse de forma adecuada para "promover la democracia" y "los derechos humanos".

Contrainsurgencia

Los métodos de contrainsurgencia (counterinsurgency) como operaciones militares de las "guerras de baja intensidad" (low intensity warfare), constituyen en la actualidad el ámbito más importante y completo de los métodos de intervención y superan con creces la importancia de la guerra clásica. Incluyen métodos que también se consideran terrorismo según la definición oficial del término: actos ilícitos de violencia para conseguir objetivos políticos o ideológicos generando miedo[14]. En el caso de la contrainsurgencia, sin embargo, esta forma de terrorismo se denomina antiterrorismo (counterterrorism). La única diferencia entre la lucha antiterrorista y el terrorismo reside en quién comete

los actos de violencia: si nosotros, la comunidad occidental de valores, o nuestros enemigos. El término “terrorismo” es profundamente ideológico. Lo mismo sucede con “contrainsurgencia”. También aquí es importante exponer sus premisas tácitas: la palabra “insurgentes” siempre implica la perspectiva del orden gobernante respectivo. Los insurgentes son los que amenazan la estabilidad de un orden que queremos; los luchadores por la libertad, en cambio, son los que amenazan la estabilidad de un orden que no queremos.

Los métodos de contrainsurgencia abarcan un amplio espectro, cuyo estudio también está tratando de perfeccionarse en el ámbito universitario. Además de las “operaciones de información”, los métodos de control de la opinión pública incluyen un amplio arsenal de formas represivas mediante las cuales se puede controlar y disciplinar a la población.

Unidades especiales de la CIA o del Joint Special Operation Command asumen las formas sangrientas de la contrainsurgencia. The New York Times publicó el 7 de junio de 2015 un informe detallado sobre estas unidades de contrainsurgencia, que han sido descritas como una “máquina de caza humana global”, bajo el título “A secret history of quiet killings and blurred lines”. Lo poco que ha salido a la luz sobre ellas muestra un largo historial de “fiestas de matanza” de civiles. Estas unidades, según Jeremy Scahill, autor de Blackwater. El auge del ejército mercenario más poderoso del mundo, tienen un presupuesto anual de 8.000 millones de dólares.

Si bien el artículo de The New York Times había provocado efímeras reacciones de indignación, también había reforzado la convicción de los ciudadanos de que en “nuestra democracia” todo acabaría saliendo a la luz y que, por lo tanto, no había motivos para alarmarse seriamente. Además, el informe vuelve a incluir el relato de estos crímenes en el contexto habitual de lamentables casos aislados y, al fragmentar la historia, oscurece la larga tradición de estas unidades.

Los métodos sangrientos de la contrainsurgencia se ensayaron principalmente en la guerra de Vietnam, por ejemplo, con la Tiger Force, una unidad especial estadounidense. Sin embargo, la continuidad de estos métodos es prácticamente invisible para la

conciencia pública.

Por ejemplo, más de 40.000 civiles —en su mayoría mujeres y niños — fueron asesinados en la Operación Phoenix de la CIA en Vietnam entre 1965 y 1972. Los principales medios de comunicación alemanes también se hicieron eco de este hecho, por ejemplo, Der Spiegel el 16 de abril de 2004. Bernd Greiner escribe en su libro Guerra sin frentes. Estados Unidos en Vietnam: "Durante siete meses, la Tiger Force dibujó un rastro de sangre a través de Qang Tin y el valle de Song Ve. Disparaban a los campesinos en el campo sin motivo alguno y asesinaban a las personas que se cruzaban en su camino, torturaban a los prisioneros y los ejecutaban de manera individual o en grupos, invadían los pueblos a altas horas de la noche o a primera hora de la mañana y ametrallaban a todos los que podían capturar: campesinos que se habían reunido para comer o estaban durmiendo, niños que jugaban fuera, ancianos que salían a pasear. [...] Robaron e incendiaron, golpearon a sus víctimas hasta la muerte o las violaron hasta dejarlas inconscientes, dispararon a los residentes a los que acababan de lanzar panfletos y querían cumplir la orden de evacuación, organizaron un 'tiro al blanco' contra personas que estaban en el lugar y el momento equivocados. No perdonaron ni a los heridos ni a los enfermos, disparando a distancia con el M16 así como a corta distancia con armas pequeñas". Luchar contra personas que no quieren someterse a nuestros ideales tiene su precio. Nadie de estas unidades ha sido responsabilizado legalmente por estos crímenes. La continuidad histórica de las formas de "contrainsurgencia" de antes y de ahora sigue siendo invisible para la opinión pública en su representación de los medios de comunicación —como en el informe de The New York Times—, resultado de la fragmentación y la descontextualización histórica[15].

La activación de la insurgencia

Por el contrario, se sigue una estrategia completamente diferente cuando los levantamientos se dirigen contra un gobierno impopular

para la comunidad occidental de valores. En el caso de los movimientos que prometen un cambio de sistema adecuado, hablamos de que reflejan el deseo de libertad de la población y, por lo tanto, deben alentarse para "promover la democracia".

Lograr un cambio de sistema de manera que no se requiera el uso de la fuerza militar y que, además, parezca provenir del pueblo, tiene una serie de ventajas para Estados Unidos en comparación con las docenas de golpes militares y golpes de Estado llevados a cabo o iniciados por la CIA en las últimas décadas. Los cambios de sistema organizados de forma encubierta no solo son menos costosos, sino mucho más aceptados por la opinión pública occidental y la comunidad internacional, que los golpes de Estado. Un régimen que ha llegado al poder aparentemente por medios no violentos y como expresión ostensible de la voluntad del pueblo se considera, por lo tanto, ya legitimado democráticamente.

Para apoyar de forma encubierta un cambio de sistema, existen redes financieramente sólidas de organizaciones privadas y sin ánimo de lucro dedicadas a "promover" la democracia y los derechos humanos en países que no ven con simparías los valores occidentales. Una de las organizaciones más influyentes es la National Endowment for Democracy (NED), así como las ONG privadas financiadas por la NED, como Freedom House y el Open Society Institute de George Soros. Afortunadamente, el expresidente de la NED, Allen Weinstein, dejó clara en 1991 la continuidad de estas organizaciones con respecto a los golpes organizados por la CIA: "Mucho de lo que hacemos hoy lo hizo la CIA de forma encubierta hace 25 años". Y, de hecho, la NED puede señalar una larga lista de regímenes autoritarios no violentos pero favorables a Estados Unidos, en especial en Centroamérica y Sudamérica. En la actualidad, se centra en la "promoción de la democracia" en Europa del Este.

Además, todas estas actividades de promoción de los intereses hegemónicos van acompañadas de empresas de propaganda globalmente activas y altamente especializadas que se autodenominan "agencias de relaciones públicas". Todas las intervenciones estadounidenses de las últimas décadas han sido preparadas y acompañadas propagandísticamente por este tipo de

empresas que, a pesar de su gran influencia en los medios de comunicación, son en gran medida invisibles para la opinión pública, como Burson-Marsteller, Rendon Group y Hill & Knowlton Strategies, esta última famosa por la mentira de la incubadora de 1990, según la cual los soldados iraquíes asesinaron a bebés kuwaitíes. Todas han demostrado a nivel mundial, con un éxito considerable, que pueden vender a la opinión pública no solo las guerras, sino también la realidad política que deseen.

Esta continuidad a lo largo de varias décadas es, en gran medida, invisible para la opinión pública porque los medios de comunicación fragmentan esta persistencia. La convierten en sucesos aislados, como si el objetivo de cada intervención fuera promover la democracia y los derechos humanos y, en el caso de los levantamientos en Europa del Este o en los países predominantemente islámicos, fuera únicamente el pueblo el que se expresara para lograr precisamente el cambio de sistema a alcanzar.

El arte del engaño

No solo la opinión pública, sino también su potencial de indignación, es un bien demasiado preciado como para dejarlo en manos del pueblo o del azar. Sin embargo, dado que por naturaleza tenemos sensibilidad moral, para controlar nuestro potencial de indignación es necesario generar un nivel suficiente de apatía política en la población. Además, hay que disponer de técnicas para hacer moralmente invisible cualquier hecho que pueda poner en peligro esta apatía. Entre ellas se encuentran, en particular, las violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos, porque es probable que apelen a nuestra sensibilidad moral.

En general, la realpolitik utiliza las referencias a la democracia, los derechos humanos o las normas morales como retórica hueca para controlar de modo eficaz a la población; para ello se requieren técnicas apropiadas para ocultar a la población la divergencia entre la retórica política y la realidad, y así garantizar la estabilidad del

orden político respectivo.

Cuanto más tengamos en cuenta las leyes de nuestra mente, más eficaz será el engaño. En las últimas décadas, la psicología ha obtenido una gran cantidad de nuevos y más profundos conocimientos sobre su funcionamiento. Muchos de estos conocimientos pueden utilizarse para perfeccionar las técnicas de la propaganda y el engaño, las llamadas técnicas "de poder blando", para ejercer el poder.

A la luz de las experiencias históricas, no es de extrañar que haya suficientes psicólogos que se pongan de buen grado al servicio de tal empresa, lo que naturalmente les hace ganar la estima de los círculos relevantes. Solo un ejemplo: la Asociación Americana de Psicología (APA), la mayor organización profesional de psicólogos del mundo, organizó en 2003 un taller sobre la "ciencia del engaño" junto con la CIA. El objetivo de este taller era debatir y ensayar los últimos descubrimientos psicológicos, a partir de los cuales se podría engañar mejor a la población "con fines de seguridad nacional". Los miembros de la APA también participaron en el desarrollo y la aplicación de las técnicas de tortura practicadas en el centro de detención de Guantánamo, y la APA se esforzó públicamente por justificar estas técnicas. Existe una larga tradición de cooperación entre la APA y la CIA.

Otros servicios de inteligencia también se interesan por estos hallazgos de la psicología, los cuales abren posibilidades para desarrollar técnicas más refinadas de engaño y manipulación de la opinión. Entre los documentos que el informante Edward Snowden sacó a la luz se encontraba un manual del servicio de inteligencia británico (Government Communications Headquarters)[16], dedicado a las formas de engañar a la población y de invisibilizar los hechos usando los principios del funcionamiento de nuestras mentes. El manual se titula precisamente "El arte del engaño" y, apropiadamente, presenta como portada el mismo cuadro del prestidigitador de El Bosco que se mostró antes.

Este manual enumera, de forma meticulosa, las áreas funcionales de nuestra mente —por ejemplo, para el control de la atención, para la formación de juicios, para la generación de significados o para el control de los afectos—, así como las propiedades específicas de

estas áreas funcionales que pueden utilizarse con fines de engaño.

¿Podemos protegernos de una manipulación sistemática de nuestras actitudes, convicciones y opiniones?

En el desarrollo de estas técnicas de manipulación, se apunta a los aspectos funcionales de nuestra mente que pueden ser utilizados como puntos débiles. El aspecto más importante es que nosotros no accedemos de manera consciente a las funciones de nuestra mente que se utilizan para tales fines, debido a razones fundamentales de nuestro diseño mental. Si se utilizan con fines manipuladores, sucumbimos a las mismas de forma casi automática, involuntaria e inconscientemente. Aunque sepamos cómo funcionan estas técnicas de manipulación y qué propiedades de nuestra mente utilizan, no somos inmunes a ellas. Los procesos internos que se activan con ello no están sujetos a nuestro control voluntario. Una vez que se activan, es inútil intentar escapar de ellos.

En este sentido, no se comportan de forma diferente a los procesos inconscientes. Por regla general, no podemos corregir voluntariamente las llamadas ilusiones perceptivas. Un ejemplo es la ilusión de movimiento que experimentamos cuando miramos por la ventanilla de un tren parado al tren que está a punto de partir en la vía de al lado: en ese momento tenemos la impresión de que nuestro propio vagón empieza a moverse. Estos efectos se producen de forma inconsciente y automática y no desaparecen, aunque los conozcamos bien. Por eso, si queremos evitarlos, tenemos que evitar las situaciones que los desencadenan.

Lo mismo ocurre con las propiedades específicas de los procesos mentales que se intentan explotar con fines de manipulación. Entre ellas se encuentran el juicio y la toma de decisiones, la influencia del lenguaje (en especial, de las metáforas) en la formación del significado, el papel de los procesos afectivos —como el miedo, la negación o la represión— en la memoria y la formación del juicio, y un sinfín de otras propiedades.

Los procesos implicados, una vez desencadenados por determinadas situaciones, también funcionan en gran medida de forma inconsciente y no pueden controlarse cognitivamente. Por lo tanto, solo podemos eludir los efectos psicológicos que explotan de forma dirigida las técnicas de manipulación evitando en lo posible la situación desencadenante. Solo si reconocemos que estamos en un contexto de manipulación y evitamos activamente los medios a través de los cuales se transmiten las manipulaciones, tenemos la posibilidad de conservar cierta autonomía residual en esas situaciones.

Sin embargo, si nos exponemos de forma voluntaria al contexto de la manipulación y además estamos convencidos de que, en general, ya somos capaces de distinguir la verdad del engaño en las noticias de los medios de comunicación privados o públicos, cumplimos de forma óptima todos los requisitos para el éxito de las correspondientes técnicas de manipulación.

El diseño de la mente humana ofrece muchas posibilidades de manipulación y, por lo tanto, siempre hay quien ejerce su poder para utilizar a las personas. Sin embargo, contamos de forma innata con un rico repertorio de posibilidades para reconocer y evitar de manera activa los contextos de manipulación. Disponemos de un sistema inmunológico natural contra la manipulación. Solo tenemos que decidirnos a utilizarlo.

El lema de la Ilustración era sapere aude, atrévete a conocer, atrévete a notar o, en palabras de Kant, atrévete a usar tu propio entendimiento. Solo si nos decidimos a hacer uso de nuestro entendimiento, si superamos nuestra apatía moral inducida, si ya no estamos dispuestos a contentarnos con la ilusión de estar informados, con la ilusión de la democracia, la ilusión de la libertad, solo entonces tendremos una oportunidad de escapar de estas técnicas de manipulación. No es una tarea fácil, pero no tenemos otra opción. La elección es nuestra.

1. Véanse, por ejemplo, Paech (2013) y Paust (2015).

2. Véase, por ejemplo, Zumbrunnen (2008).

3. La democracia en la antigua Atenas era un gobierno del pueblo de gran alcance; solo por esta razón, esta forma de democracia no tiene en absoluto el carácter ejemplar para las élites actuales que a menudo se le atribuye en la retórica política. “En la democratia de Atenas, el pueblo ejercía plenamente el poder legislativo, gubernamental, de supervisión y judicial. Así, la democracia ateniense era un régimen de gobierno directo e inmediato del pueblo, basado en la plena participación de todos los ciudadanos y sin distinción entre ricos y pobres. El demos ateniense poseía así una concentración de poder sin precedentes. El poder legislativo, judicial y ejecutivo emanaba del pueblo y permanecía en él. Gobernar y ser gobernado eran una sola cosa, o, como decía Aristóteles, tenían lugar “alternativamente” (Vorländer, 2004: pp. 10-11). Véanse también Tarkiainen (1966) y Ober (2009). La concepción antigua de la democracia —a diferencia de la concepción moderna adquirida en la Ilustración— no conocía aún una estricta división funcional de poderes entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial. En la concepción radicalmente democrática y, a la vez, constitucional de la Ilustración, el pueblo tiene la soberanía indivisa de la legislación, pero no de la aplicación de la ley. Al mismo tiempo, todos los aparatos del Estado se limitan a la mera ejecución de las leyes establecidas democráticamente (véase Maus, 2011).

4. Martin Gilens y Benjamin Page (2014) descubrieron que “las preferencias del estadounidense medio parecen tener solo un impacto minúsculo, casi nulo y estadísticamente no significativo en las políticas públicas”. “Cuando la mayoría de los ciudadanos no están de acuerdo con las élites económicas y/o con los grupos de interés organizados, suelen perder”. “Incluso cuando una mayoría bastante amplia de estadounidenses está a favor del cambio de políticas, generalmente no lo consiguen”. Gilens y Page concluyen a partir de sus resultados: “Ya no es posible creer en el dogma original de la democracia”.

5. The Wall Street Journal, 28 de febrero de 2013: “Eso es la democracia en la zona euro actual. Los franceses, españoles, irlandeses, holandeses, portugueses, griegos, eslovenos, eslovacos y chipriotas han votado en mayor o menor medida contra el modelo económico del bloque monetario desde que comenzó la crisis hace tres años. Sin embargo, las políticas económicas han cambiado poco en respuesta a una derrota electoral tras otra”.

6. El propio Bernays demostró la eficacia de estas técnicas de propaganda en numerosas campañas en los ámbitos económico y político. En 1954, por ejemplo, prestó un apoyo propagandístico muy exitoso a una operación de la CIA (en la que más de 250.000 civiles fueron asesinados) que Washington utilizó para derrocar al primer Gobierno democrático de Guatemala (porque Guatemala se había convertido en “una amenaza creciente” para la “estabilidad” de Centroamérica a través de su reforma agrícola y su amplio programa social). El libro de Bernays, Propaganda, sigue siendo un clásico de la política y el marketing. También fue apreciado por Goebbels, por lo que después de la guerra Bernays consideró que el término estaba sesgado y lo sustituyó por “relaciones públicas”.

7. Los intentos de hacer más visible este “verdadero poder gobernante de nuestro país” se difuminan con una de las herramientas más exitosas de la propaganda política, el concepto de la “teoría de la conspiración”, que la CIA hizo florecer: “La campaña de la CIA para popularizar el término ‘teoría de la conspiración’ y hacer de la creencia conspirativa un objetivo de burla y hostilidad debe acreditarse, por desgracia, como una de las iniciativas de propaganda más exitosas de todos los tiempos” (DeHaven-Smith, 2014: p. 25).

Otro punto importante: la propaganda no debe ser reconocible como propaganda para ser efectiva. Esto también ha sido declarado explícitamente muchas veces, por ejemplo, por Bernays, Goebbels o el presidente estadounidense Eisenhower. Esto se ha conseguido de

forma tan completa y —casi— perfecta que Alex Carey (1997) puede afirmar, en su libro Taking the Risk out of Democracy: “[...] que estemos libres de propaganda es uno de los logros propagandísticos más significativos del siglo XX”.

8. “La exposición a esta avalancha de información puede servir para narcotizar más que para dinamizar al lector medio... Su conciencia social permanece inmaculada. Está preocupado. Está informado. Y tiene todo tipo de ideas sobre lo que debería hacerse. Pero después de haber cenado y de haber escuchado sus programas de radio favoritos y haber leído su segundo periódico del día, es realmente la hora de acostarse” (Lazarsfeld y Merton, 1948).

9. Un ejemplo de efectos de sedación seleccionados al azar: una fotografía elegida por Reuters como “imagen del día” el 8 de junio de 2015 y colocada en los medios de comunicación alemanes, entre ellos en la primera página del Süddeutsche Zeitung, mostraba a Angela Merkel con el presidente estadounidense Barak Obama frente al romántico telón de fondo montañoso del castillo de Elmau con motivo de la cumbre del G7, ambos en un ambiente relajado: Obama de espaldas a la cámara, disfrutando de la idílica vista de los Alpes, y Merkel de frente, gesticulando y conversando con él. El valor informativo político de la foto es nulo, pero el efecto sedante no puede ser mejor. La imagen pretende tranquilizarnos y sugerirnos: todo está en las mejores manos, “realmente es hora de dormir”.

10. La generación sistemática de miedo por parte de los medios de comunicación no representa una aberración periodística ni un mero recurso para aumentar las cifras de difusión, sino que es un elemento esencial del control afectivo de la población por parte de las respectivas élites dirigentes. Lasswell lo resumió en su obra de 1927, Propaganda Technique in the World War: “No debe haber ninguna ambigüedad sobre a quién debe odiar la opinión pública”. Si el odio no se despierta con facilidad, es útil suscitarlo haciendo

hincapié en las atrocidades. El odio puede generarse con especial eficacia declarando a las personas como objetivos. Las comparaciones con Hitler son un medio particularmente popular y flexible para hacerlo. En cambio, dirigir el odio de la población hacia objetivos más abstractos, como el comunismo o el islamismo, requiere un esfuerzo propagandístico mayor y más continuado, por lo que difícilmente puede hacerse sin la participación del sistema educativo y la formación. Por otro lado, esto tiene la ventaja de que el miedo generado es mucho más estable en el tiempo.

11. Se puede reconocer una disposición en el juicio humano a partir de observaciones cotidianas, incluso sin fundamentos científicos. Joseph Goebbels, jefe de la Oficina de Propaganda del Reich del NSDAP, responsable de la prensa, el cine, la radio y la "educación popular", afirmaba que toda mentira puede convertirse en verdad por simple repetición.

12. Uzbekistán está considerada como "una de las peores dictaduras del mundo", según informa el Tagesspiegel del 15 de enero de 2015. La tortura está firmemente anclada en el sistema jurídico uzbeko, como señalan año tras año las organizaciones de derechos humanos. Además, el Estado promueve el trabajo infantil y forzado a gran escala para la cosecha de algodón (Uzbekistán es uno de los mayores exportadores de algodón del mundo). En 2005, el régimen de Karimov llevó a cabo una masacre durante una protesta. Como escribió Amnistía Internacional en junio de 2015: "Hace diez años estalló un levantamiento espontáneo en la importante ciudad uzbeka de Andizhán contra el régimen autoritario del país. Los militares dispararon a cientos de manifestantes, en su mayoría desarmados: niños, mujeres, hombres. Hasta la fecha, no ha habido ninguna investigación independiente sobre la masacre". Este es un caso claro para imponer sanciones. Y de hecho, en octubre de 2005, la Unión Europea impuso sanciones a Uzbekistán y también prohibió al entonces ministro del Interior, Sokir Almatov, uno de los principales responsables de la masacre de Andijan, la entrada en la UE y, por lo tanto, también en Alemania. Sin embargo, Alemania permitió a Almatov entrar en el país sin obstáculos para recibir

tratamiento médico en Hannover. Uzbekistán es militarmente importante para Alemania porque la Bundeswehr controla una base aérea en Uzbekistán que es importante para la guerra en Afganistán. Por esta razón, Alemania intentó que se levantaran las sanciones de la UE. El entonces ministro de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, que fue el primer titular de Exteriores occidental que visitó al dictador después de la masacre, no pensó mucho en las sanciones, al menos en este caso. Estas no eran un fin en sí mismas y "no conseguirían nada más que arrojar a Tashkent bajo el autobús" (Die Zeit, 13 de mayo de 2015). Steinmeier ha demostrado en repetidas ocasiones que tiene la elasticidad moral necesaria para la realpolitik cuando se trata de juzgar las violaciones de los derechos humanos, siempre que las cometa el bando "correcto". Aunque los medios de comunicación alemanes informaron de todo ello, estos hechos permanecen cognitiva y moralmente invisibles: cognitivamente, porque no se establece ninguna relación con los casos en los que se consideran indispensables las sanciones a causa de las graves violaciones de los derechos humanos; moralmente, porque las informaciones sobre torturas sistemáticas y masacres de civiles se insertaron en los medios de comunicación de tal manera que se consideraron como algo sin un peso político especial y que, además, no está dentro de nuestra esfera de responsabilidad. En resumen: dado que Alemania persigue intereses estratégicos en este caso, tolerar la tortura en Uzbekistán forma parte de la razón de Estado de Alemania.

13. Resulta obvio que no fue especialmente difícil hacer que el discurso de Pinter sobre el Premio Nobel fuera invisible para la opinión pública. Como es lógico, los medios de comunicación apenas se hicieron eco de su contenido y, si lo hicieron, fue de forma despectiva. El Frankfurter Allgemeine Zeitung (8 de diciembre de 2005), por citar un ejemplo, acusó a Pinter de "la mayor unilateralidad". Aunque no hay nada más unilateral que la tortura y el asesinato de un ser humano, a los medios de comunicación y a ciertos intelectuales les gusta fingir que la unilateralidad reside en la denominación, pero no en la perpetración de tales crímenes.

14. Como ejemplo, el Army Field Manual de Estados Unidos de 2001: “el uso calculado de la violencia ilegal o la amenaza de violencia ilegal para inculcar el miedo. Su objetivo es coaccionar o intimidar a gobiernos o sociedades... [para alcanzar] objetivos políticos, religiosos o ideológicos”.

15. Véanse también Valentine (1990) y Turse (2013).

16. Publicado en The Intercept, 25 de febrero de 2014.

El miedo de las élites del poder al pueblo Gestión de la democracia mediante técnicas de poder blando

La pregunta “¿por qué callan los corderos?” parece ejercer una peculiar fascinación en nosotros, aunque es bastante evidente que no tiene sentido, ya que no se puede hacer hablar a los corderos. Así que la fascinación debe residir en la metáfora del rebaño y el pastor. Es evidente que esta metáfora apela a ideas y afectos relacionados con nuestra situación política y social. Así pues, analicémosla con más detenimiento, ya que su historia genera, por sí sola, informaciones interesantes.

Homero fue uno de los primeros en utilizarla para caracterizar la relación entre el pueblo y el estadista. La palabra “pastor” suena inicialmente a cuidado y bondad. Pero ¿por qué se convierte al pueblo en corderos que luego necesitan un pastor? ¿Cómo llega en realidad el pastor a cumplir su papel? ¿Y por qué necesita perros pastores para mantener el rumbo del rebaño?

Por lo tanto, vemos que esta metáfora está profundamente impregnada de ideología desde el principio. En Platón, encontramos las primeras dudas sobre si el pastor, cuando apacienta a sus ovejas en los verdes pastos, realmente tiene en mente el interés superior de las ovejas o más bien el festín posterior o el beneficio a través de la venta. La metáfora pretende ocultar la siguiente verdad: por supuesto, el pastor no está comprometido con el bienestar del rebaño, sino con el bienestar del dueño del rebaño. Es significativo que el propietario del rebaño no se mencione en la metáfora. Entonces, ¿para qué sirve la metáfora del rebaño que impregna la filosofía política de Occidente?

La historia de las ideas en la filosofía política muestra que la metáfora del pastor sirve sobre todo para justificar el estatus de las élites del poder. Con esta metáfora, la gente se convierte mentalmente en el rebaño. Crea la construcción ideológica de un

pueblo inmaduro y al mismo tiempo disfraza el interés propio de quienes se ofrecen como líderes; solo crea una distinción categórica entre “pueblo” y “élite gobernante” que constituye la base de las nociones de democracia imperantes. Esta oposición ideológica de “pueblo” y “élite” es precisamente el fundamento de nuestras actuales nociones de “democracia”, que será el tema de lo que sigue.

¿Qué hace que la democracia sea atractiva?

¿Por qué la idea de la democracia ha desarrollado tal fascinación, tal atracción, aunque solo sea en los últimos 150 años?

Resulta obvio que debe haber grandes ventajas en esta forma de gobierno, porque Freedom House —una ONG que, de forma bastante altruista, se dedica a la promoción de la democracia— afirma que, de los 195 Estados del mundo, 125 son democracias, al menos en el sentido electoral. La democracia se considera la única forma legítima de gobierno en el mundo occidental actual. Esto plantea la cuestión de qué es lo que realmente hace que sea tan atractiva.

Como es lógico, la respuesta depende de la perspectiva social desde la que se aborda esta cuestión.

Desde el punto de vista del pueblo, es decir, visto “desde abajo”, la democracia es atractiva porque tenemos intrínsecamente una concepción de la “coacción” y, por lo tanto, también de la “libertad”. Queremos sentirnos autónomos; no queremos estar sometidos a la voluntad de otro.

Ya en 1549, el jurista francés Étienne de La Boétie (1530-1563) desarrolló este aspecto en su escrito Sobre la servidumbre voluntaria del hombre. Boétie subrayó que “no solo nacemos en posesión de nuestra libertad, sino también con el impulso de defenderla”. El lingüista estadounidense Noam Chomsky está convencido, desde la perspectiva de la investigación cognitiva

moderna, de que tenemos un “instinto de libertad”, una necesidad innata. Aquí es precisamente donde encontramos la fascinación en la idea de democracia.

Pero ¿qué puede hacer que la democracia resulte atractiva para los poderosos, cuyo poder mismo limita y amenaza? La respuesta es muy sencilla: ¡nada! Porque la democracia significa limitar las necesidades de poder de los ricos y los poderosos, lo que, es natural, no les interesa. Esto da lugar a una tensión entre las necesidades de los gobernantes de consolidar su estatus y nuestra necesidad de sentirnos autónomos con respecto a nuestra situación social.

En la historia, esta relación de tensión fundamental ha estallado a menudo en forma de revoluciones. Desde el punto de vista de los gobernantes, ¿cómo se puede desactivar esta tensión y evitar revoluciones sangrientas?

La solución pasa por satisfacer la necesidad de libertad de los ciudadanos con un sucedáneo, una droga sustitutiva, a saber, la ilusión de la democracia. Para crear tal ilusión, se necesita, sobre todo —y aquí es donde entra de nuevo en juego la metáfora del rebaño— una ideología de justificación que fundamente por qué el pueblo es inmaduro y necesita un liderazgo. Además, la idea de democracia, tan atractiva para el pueblo, debe ser vaciada de tal manera que se limite solo a un acto electoral. Y, por último, es necesaria una gestión continua de la democracia para garantizar que el pueblo quiere lo que se supone que quiere en el acto de votar.

Estas serán las áreas que abordaremos a continuación. Al hacerlo, nos fijaremos de modo especial en cómo las élites hablan entre sí sobre estos problemas. Porque entre ellas suelen hablar de forma más abierta que cuando se dirigen al pueblo.

Para introducir la cuestión, permitamos que un asesor jefe de un antiguo secretario de Estado de EE UU explique las ventajas de la democracia —o, de manera más exacta, de una democracia retórica — en materia de política exterior. Howard J. Wiarda fue asesor principal de Henry A. Kissinger entre 1983 y 1984, secretario de Estado de EE UU con Richard Nixon y Gerald Ford, criminal de guerra[1], Premio Nobel de la Paz y dirigió la Comisión Nacional

Bipartita sobre Centroamérica. Escribió en 1990, en su libro The Democratic Revolution in Latin America, que "una retórica democrática nos ayuda a salvar la distancia entre nuestros intereses geopolíticos y estratégicos fundamentales y la necesidad de expresar nuestros intereses de seguridad en un lenguaje moralista. La agenda democrática, en definitiva, proporciona una especie de cobertura de legitimidad para nuestros objetivos estratégicos más fundamentales".

También se pueden encontrar afirmaciones similares sobre las ventajas políticas internas de una retórica de la democracia. Pero si la democracia no es más que un método para ocultar los intereses propios de las élites del poder, esto debería salir a la luz en algún momento y quedar también claro para la ciudadanía soberana. Porque precisamente la idea básica de la democracia es la soberanía popular[2], es decir, la soberanía indivisa de la autolegislación del pueblo[3]. Si echamos un vistazo a las valoraciones de los ciudadanos sobre la realidad de esta idea básica, una encuesta de Gallup de 2015 muestra que en Europa occidental la mayoría de los ciudadanos no cree que esta idea básica se haga realidad. A la pregunta "¿Diría usted que su país está gobernado por la voluntad del pueblo?", el 56% de los europeos occidentales respondió "no" o "más bien no".

Sin embargo, esta apreciación no parece ser especialmente problemática, porque al mismo tiempo la mayoría de los ciudadanos está bastante satisfecha con su liderazgo político.

Según una encuesta realizada por ARD en octubre de 2016, entre el 55% y el 60% de los simpatizantes de los llamados partidos mayoritarios estaban satisfechos con el Gobierno; según una encuesta realizada por el Forschungsgruppe Wahlen en septiembre de 2016, la intención de voto del 68% de los ciudadanos se dirigía a los partidos mayoritarios CDU/CSU, SPD o Die Grünen (Los Verdes). La gran mayoría de los habitantes del Estado cree, por lo tanto, que su bienestar está en buenas manos con los actuales pastores políticos.

Es sorprendente que el 68% quiera votar a los partidos responsables de la situación política actual. Al fin y al cabo, no ha sido el pueblo; no ha sido, por seguir con la metáfora, el rebaño, sino los pastores

políticos de estos partidos, los que han destrozado el estado de bienestar, los que han vertido 236.000 millones en el rescate bancario, los que están ampliando el Estado de vigilancia y seguridad, los que están impulsando la militarización de la UE y la expansión hacia el este de la OTAN, por nombrar solo algunos puntos de la larga lista de desastres provocados de manera deliberada.

Curiosamente, todas estas cosas no parecen molestar mucho a la mayoría de la población. Los pastores, según las encuestas, parecen haber enderezado todo en interés del pueblo, y el pueblo parece estar satisfecho con sus pastores.

Pero hay descontento, sobre todo entre las élites. Entre otros muchos, el entonces presidente alemán Joachim Gauck lo expresó en julio de 2016: “Las élites no son el problema en absoluto, las poblaciones son el problema en este momento”. Solo para que no haya malentendidos: el presidente federal no pertenece a las élites del poder, sino al personal de las élites del poder. La misma melodía de quejas impregna los diarios en los que dichas élites se comunican entre sí. Por ejemplo, Foreign Policy, una de las principales publicaciones de formación de opinión en el ámbito de la política exterior estadounidense, publicó el 28 de junio de 2016: “Es hora de que las élites se levanten contra las masas ignorantes”. Las élites llaman a la revuelta contra el pueblo. Esto es aún más peculiar porque desde hace al menos cuatro décadas estamos en una guerra de clases cada vez más agresiva “desde arriba”, es decir, de las élites contra el pueblo. Resulta obvio que las élites, que hasta ahora han sido medianamente capaces de mantener al rebaño controlado, están cada vez más inquietas por el hecho de que el pueblo, en sus decisiones electorales, no siempre quiere lo que se supone que quiere.

Debe parecer una situación paradójica que la mayoría del pueblo no haya perdido la confianza en sus pastores a pesar de todos los desastres que han provocado, y también que las élites estén descontentas con el pueblo despistado e ignorante o incluso llamen a la sublevación contra el mismo.

Para obtener algo de claridad sobre esta situación, debemos remontarnos a los inicios históricos y observar cómo hemos llegado

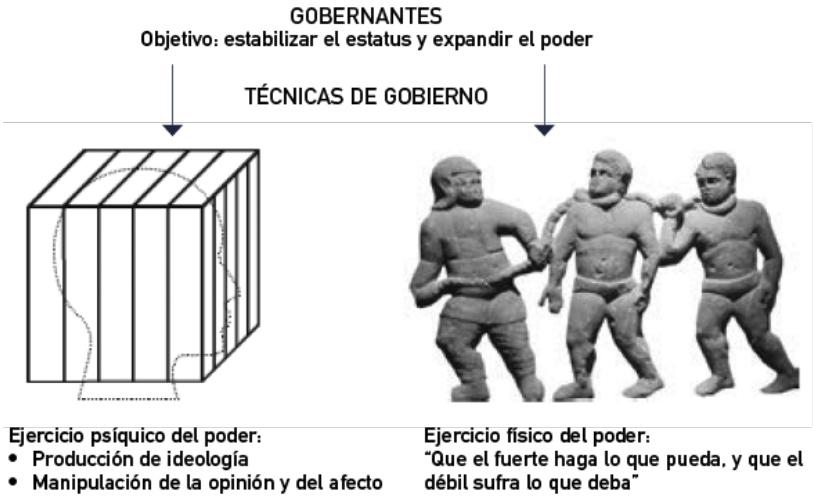
hasta aquí.

Ejercicio físico y psíquico del poder

En todas las sociedades históricas —a excepción de las primeras arcaicas— se puede contrastar un pequeño número de gobernantes con un gran número de gobernados. El objetivo natural de los gobernantes es siempre estabilizar su dominio. De acuerdo con la naturaleza humana, hay dos formas de conseguirlo: un burdo ejercicio de poder dirigido al cuerpo y otro más sofisticado dirigido a la psique.

El ejercicio psíquico del poder pretende esclavizar la mente, por así decirlo, mediante la producción de ideologías adecuadas y la manipulación del pensamiento y el sentimiento. El ejercicio físico del poder sigue una lógica bastante simple: "Que el fuerte haga lo que pueda, y que el débil sufra lo que deba". Esta famosa cita procede de la obra del historiador griego Tucídides La guerra del Peloponeso, en la que describe la historia de los conflictos entre Atenas y Esparta. Atenas estaba entonces en la cúspide de su poder y de su desarrollo cultural. A nivel interno, había inventado y puesto en práctica una forma de democracia participativa[4]. En política exterior, llevó a cabo una política hegemónica agresiva hacia las ciudades-Estado circundantes y las obligó a organizarse de forma similar a la OTAN para Estados Unidos. Atenas no toleraba ningún Estado neutral en sus inmediaciones —comparable a la Doctrina Truman— y daba a las ciudades-Estado vecinas la posibilidad de elegir: la sumisión o la aniquilación. Sin embargo, Melos, una pequeña isla del mar Egeo que había sido neutral durante 700 años, insistió en permanecer neutral en el conflicto entre Atenas y Esparta. Los melios no pudieron explicar que su neutralidad no perjudicaría a Atenas, y esta declaró irrelevante toda forma de argumentación y replicó que la ley solo podía aplicarse entre partes con igual fuerza; de lo contrario, los fuertes hacían lo que podían y los débiles sufrían lo que debían. Atenas sitió entonces la capital de la isla hasta que la ciudad se quedó sin suministros y se

vio obligada a rendirse; todos los habitantes varones fueron entonces asesinados y todas las mujeres y niños esclavizados. El llamado “diálogo de melios” ejemplifica las pautas básicas de la realpolitik: para las potencias hegemónicas solo podía aplicarse la ley del más fuerte y, por lo tanto, las cuestiones morales y jurídicas serían irrelevantes.



Así pues, las cuestiones fundamentales pertenecen a la antigüedad y han permanecido hasta hoy. Esto también se aplica a las dos categorías de técnicas de poder: el ejercicio psicológico del poder y el físico. Ambos se han ido perfeccionando en el desarrollo cultural de las sociedades y ahora suelen denominarse “poder blando” y “poder duro”. El “poder duro” incluye no solo el poder militar, sino también el poder económico —empobrecimiento social y económico —, aunque los límites del “poder blando” sean fluidos.

Desde el punto de vista de los gobernantes, el uso del “poder duro” entraña desventajas, ya que tendemos a reaccionar frente a él con indignación y rebeldía debido a nuestra natural sensibilidad moral. Esto, a su vez, tiene un coste para los gobernantes. El influyente politólogo y teórico de la propaganda estadounidense Harold D. Lasswell lo resumió en 1930 en la Enciclopedia de las Ciencias Sociales: la gestión de la opinión es “menos costosa que la fuerza, el

soborno o cualquier otra técnica de control".

Por eso, desde los inicios históricos, se han intentado desarrollar técnicas de poder que puedan igualmente subvertir nuestras sensibilidades morales, es decir, que activen una menor resistencia entre la gente. En la actualidad suelen denominarse "poder blando", y abarcan todo el espectro de técnicas para manipular la opinión pública. Los intermediarios de estas formas de poder son —apoyados por fundaciones, think tanks, redes de élite y lobbies— especialmente los medios de comunicación privados y públicos, las escuelas y todo el sector de la educación y la formación, así como la industria cultural. Los efectos de las técnicas de "poder blando" son en gran medida invisibles para la población, por lo que no cabe esperar protestas contra estas formas de adoctrinamiento.

Son razones de poder económico las que hablan a favor de utilizar de modo predominante el "poder blando" y de perfeccionar y optimizar estas técnicas con fines de manipulación a partir de la investigación científica de nuestras características cognitivas y afectivas. Esto ha ocurrido de forma sistemática y trascendental en los últimos cien años.

Mencionaré aquí solo dos ejemplos representativos de la extensa literatura con la que la élite se informa sobre estos desarrollos: un libro publicado en 2005, Soft Power, de Joseph S. Nye, y otro de 2009, Nudge, de Cass Sunstein y Richard H. Thaler. Nye es un influyente político, politólogo y miembro de numerosos think tanks; su mensaje es que el futuro del poder está en el "poder blando". El libro de Thaler —un economista conductual que ha asesorado, entre otros, al presidente de EE UU Barack Obama— y Sunstein —un jurista, abogado constitucionalista y también asesor de Obama— ofrece una visión general de la investigación sobre los escollos y las trampas del comportamiento humano en la toma de decisiones. La investigación cognitiva arroja gran cantidad de pruebas que demuestran que los seres humanos, por naturaleza, no toman sus decisiones sobre una base puramente racional[5]. Thaler y Sunstein argumentan que se puede persuadir solo a las personas —y con ello se refieren sobre todo al pueblo— para tomar decisiones racionales mediante una porción de astucia y un empujón adecuado (nudge) y que, por lo tanto, las élites —que como tales no tienen limitada su

racionalidad— deben darles un empujón en la dirección correcta para las decisiones más complicadas.

Así pues, el "poder blando" consiste, en última instancia, en una guerra psicológica contra la población, supuestamente invisible para los ciudadanos, que explota las vulnerabilidades naturales de la mente humana. Desde la perspectiva del pueblo, el problema es que las élites gobernantes tienen acceso al conocimiento de estas vulnerabilidades acumulado en las universidades y en los think tanks, y, por lo tanto, saben mucho más sobre nosotros, sobre nuestras necesidades e inclinaciones naturales y nuestras vulnerabilidades a la manipulación que nosotros mismos. Como no somos conscientes de estas debilidades, apenas tenemos posibilidad de defendernos de estas manipulaciones.

La psicología y las ciencias sociales han florecido en EE UU desde principios del siglo pasado porque han contribuido de forma significativa al estudio de esos puntos débiles manipulables[6]. Como resultado, se convirtieron "cada vez más en un instrumento de control de las masas y, por lo tanto, en otra amenaza para la democracia"[7]. El gran sociólogo C. Wright Mills señaló ya en los década de 1950, en su clásico La élite del poder: "El discurso público, que forma parte de la democracia, ha sido sustituido por una despiadada guerra psicológica".

Las técnicas de esta guerra psicológica contra la población se han desarrollado y perfeccionado en los años transcurridos desde entonces de una manera difícilmente comprensible para el individuo.

Como resultado, las élites tienen un conocimiento exhaustivo de las características de nuestra psique que se prestan a la manipulación, mientras que el objeto de la manipulación, el pueblo, no tiene idea de qué puntos débiles de la mente humana utilizan las élites para manipular opiniones y sentimientos.

Dado que las formas capitalistas de democracia depe

Gestión de la democracia mediante la creación de ideología. La distinción categórica entre “pueblo/masa” y “élites”

Un elemento fundamental de las técnicas de “poder blando” se basa en la visión psicológica de que siempre necesitamos algún tipo de “relato marco” a través del cual podamos dar contexto a nuestras experiencias sociales y políticas. Para que estas técnicas sean efectivas, las élites necesitan construir y comunicar un relato adecuado que convenza al pueblo de que un gobierno popular solo puede significar un gobierno de élites. Esto puede parecer una tarea imposible, casi orwelliana. Pero tal relato se construye casi por sí solo si se consigue dotar a la distinción entre rebaño y pastor de un fundamento aparentemente científico. Esto requiere aceptar la tesis de que la humanidad está dividida en dos clases categóricamente diferentes: hay personas que han nacido para gobernar y otras para servir, es decir, que hay pastores y ovejas de nacimiento. Esta distinción ya se encuentra de manera explícita en Aristóteles. Los que son por naturaleza “ovejas” se llaman ahora “pueblo” o, en la sociedad industrial, “masas”. Los que se sienten llamados a gobernar —es decir, los que crean esta distinción en primer lugar— se llaman a sí mismos “élite”. Se trata, sin duda, de una hábil maniobra de las autoproclamadas élites.

Ahora solo hay que rellenar esta distinción con las características predominantes de la “élite” y el “pueblo” o las “masas” de tal manera que sea creída por el propio pueblo. Obviamente, basta con afirmar continuamente que el pueblo es por naturaleza irracional, infantil, impulsivo, caprichoso, egoísta e inaccesible ante argumentos racionales, y que las élites son por naturaleza inteligentes, educadas y racionales[8]. De una ideología tan básica se deduce, inevitablemente, que el gobierno del pueblo solo puede significar el gobierno de las élites.

Con esta distinción categórica entre “pueblo” y “élite”, surge una concepción completamente nueva de lo que se entiende por “pueblo”. Cuanto más fascinaba al pueblo la idea de una

democracia, más intentaban los gobernantes socavar esta idea con dicha ideología. Por ejemplo, el rey prusiano Federico el Grande opinaba que “la chusma no merece ninguna ilustración” y escribió a Voltaire en 1766: “El pueblo llano siempre se está pudriendo en el fango de los prejuicios”.

▪

ÉLITE	PUEBLO-MASA
Inteligente, educada, racional “El hombre es infantil” (Walter Lippmann)	Irracional, infantil, impulsivo, ignorante

Con la construcción deliberada de esta ideología, se reconstituyen los términos “pueblo” y “élite”. Ambos son construcciones ideológicas que dan a la metáfora del rebaño un fundamento seudocientífico y pretenden proporcionar una ideología de justificación del dominio. Esta ideología se supone que asegura que el estatus de los gobernantes —en particular de las clases propietarias— tampoco está en peligro en una democracia. Casi todas las nuevas concepciones de la democracia se basan precisamente en esta ideología básica, que fue elaborada —ya en la época de la Ilustración y desarrollada, sobre todo, en la primera mitad del siglo XX— por una casta de voluntariosos intelectuales y comunicada a la población a través de todos los medios de información y socialización, con un éxito considerable, ya que entretanto el pueblo la ha interiorizado en gran medida y, por lo tanto, está convencido de que el gobierno popular solo puede significar un gobierno de élites[9].

¿Está permitido mentir al pueblo?

Federico el Grande, considerado un monarca ilustrado, estaba sin embargo convencido de que el pueblo —“esos animales” y “tontos”— tenían poca razón y querían que les mintieran. Para investigar de modo científico esta cuestión, en 1777 presentó a la Real Academia Prusiana de Ciencias de Berlín la pregunta de “Si es útil engañar al pueblo” (“S’il peut être utile de tromper le peuple”)[10].

La Academia de Berlín no estaba especialmente contenta de tener que discutir, en la época de la Ilustración, sobre la utilidad de engañar al pueblo. Porque ya en la formulación de la pregunta se puede entrever que se trata del beneficio de los gobernantes y no del beneficio del pueblo y que, por lo tanto, los pastores no tienen en mente el bienestar del rebaño, sino el suyo propio. Para no hacerlo demasiado evidente, se reformuló la pregunta: “¿Puede ser

beneficioso para el pueblo algún tipo de engaño, ya sea que consista en llevarlo a nuevos errores o a perpetuar los antiguos?”, planteaba Rudolph Zacharias Becker en 1781. En esta reformulación ya no se reconocía que la pregunta se refería al beneficio del engaño para el engañador, sino que pretendía interesarse por el beneficio para las personas engañadas. Este pequeño ejemplo histórico muestra de manera clara cómo funciona una “buena” construcción ideológica.

▪

Rudolph Zacharias Becker: “¿Cualquier tipo de engai

De los 42 documentos presentados, dos tercios —para disgusto del rey— eran más bien de la opinión de que el pueblo no debía ser engañado. El tercio restante opinaba, a gusto de Federico el Grande, que solo el caos y la revolución serían el resultado de decir la verdad al pueblo. Por lo tanto, era importante engañar al pueblo; por su propio bien, claro. El premio se dividió entre las dos facciones. El premiado en el grupo de los que apoyaron los objetivos de la Ilustración fue Rudolph Zacharias Becker (1752-1822), un gran ilustrado popular. Hoy en día, las proporciones estarían probablemente más a favor de la posición de que es permisible mentir y engañar al pueblo. La mentira es una parte natural del quehacer político cotidiano, tanto para los políticos como para los medios de comunicación[11]. En abril de 2011, el entonces primer ministro de Luxemburgo, Jean-Claude Juncker, que fue presidente de la Comisión Europea entre 2014 y 2019, declaró sin reparos: "Cuando la cosa se pone seria, hay que mentir". Y, por supuesto, siempre es serio en la política.

Sin embargo, es más fácil para las élites ocuparse del bienestar del pueblo si no necesitan mentir, en primer lugar, porque el pueblo ya no está interesado en la verdad. Esto es especialmente cierto cuando el pueblo es políticamente apático e infantilizado. Los ayudantes intelectuales de las élites del poder se dieron cuenta, de manera rápida, de que la democracia solo puede funcionar en el sentido deseado si las técnicas de "poder blando" consiguen crear una amplia despolitización y un letargo político. Mediante las técnicas adecuadas, se puede promover así la "servidumbre voluntaria" del hombre analizada por Étienne de La Boétie, en la que los oprimidos aceptan paradójicamente la opresión, haciéndose lo más agradable posible mediante el consumismo, la infantilización y la feliz inmadurez, una evolución social que Aldous Huxley ya anticipó astutamente en su novela distópica Un mundo feliz (1932). Huxley describe las formas en que, explotando con habilidad las debilidades de la mente humana, "los gobernantes políticos y su ejército de gestores pueden dominar a una población que no necesita ser coaccionada porque ama su servidumbre". Gestión de la democracia mediante la generación de letargo.

Por supuesto, se requiere un esfuerzo por parte de las élites para educar a la gente hasta que esté preparada para aceptar la división ideológica entre "élite" y "pueblo" y se convenza así de que su bienestar está mejor servido por las élites. Una forma de conseguirlo sería inculcar las correspondientes convicciones a la población utilizando las técnicas clásicas de propaganda. Sin embargo, es mucho más eficaz y sostenible empezar con un nivel más básico y bloquear la capacidad de formación de convicciones. George Orwell y Hannah Arendt, utilizando diferentes medios, reconocieron claramente este aspecto en su análisis de los sistemas totalitarios de gobierno. Hannah Arendt subrayó que "el objetivo de la educación totalitaria nunca ha sido inculcar ciertas convicciones, sino destruir la capacidad de formar alguna"[12].

Una forma eficaz de evitar que el pueblo se forme convicciones políticas es mediante el letargo. Por eso no es de extrañar que los principales intelectuales de las élites del poder alaben el letargo político como algo casi indispensable para una democracia y piensen en las técnicas para conseguirlo.

Citaré solo dos voces destacadas de la extensa literatura al respecto: Robert Michels (1876-1936), un importante sociólogo alemán, escribió en 1911, en su clásico Los partidos políticos: "El elemento distintivo y más valioso de la democracia es la formación de una élite política que compite por los votos de un electorado principalmente pasivo"[13].

Del mismo modo, Leo Strauss (1899-1973) —uno de los filósofos políticos más influyentes de Estados Unidos, feroz opositor de la Ilustración, defensor radical del gobierno de las élites y filósofo neoconservador— veía el letargo político popular como una condición necesaria sin la cual la democracia no podía funcionar. "En lo que respecta a las masas, una de las condiciones más importantes para el buen funcionamiento de la democracia es la apatía electoral, es decir, la falta de espíritu público. Aunque no es la sal de la tierra, la sal de la democracia moderna son los ciudadanos que no leen más que las páginas de deportes y la sección de historietas"[14].

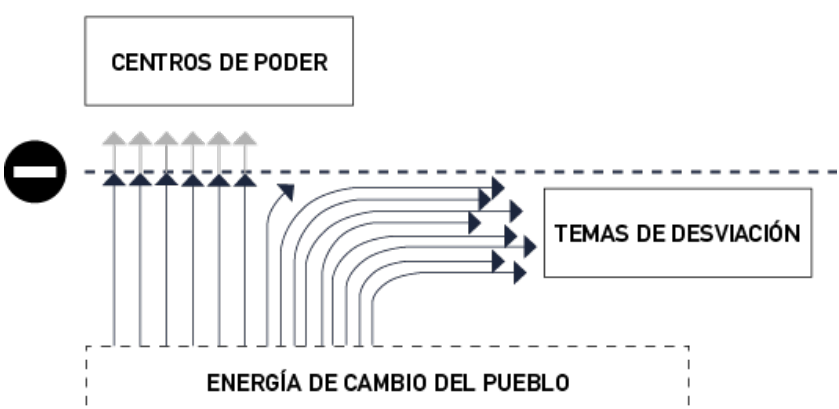
Es cierto que, en los tratados actuales de los principales intelectuales políticos de las élites, esto ya no se dice tan

abiertamente como en los clásicos de la democracia de élites. Pero no hay necesidad de declaraciones tan explícitas, porque las élites a quien más temen es al ciudadano responsable. En consecuencia, hacen todo lo posible para evitar que los ciudadanos maduren políticamente. Para ello, utilizan una amplia gama de estrategias y métodos de manipulación cognitiva y afectiva.

Gestión de la democracia mediante técnicas de envenenamiento mental

Son especialmente eficaces los tipos de manipulación que van de manera directa al núcleo de nuestras capacidades mentales para crear un caos del que luego se puede obtener un beneficio político. A falta de una expresión más adecuada, llamaré aquí "envenenamiento mental" a estas formas de manipulación. La intoxicación mental puede dirigirse a áreas más afectivas o cognitivas de nuestra mente.

La forma más fácil de conseguirlo es la afectiva. Mediante la creación de afectos intensos adecuados, se puede paralizar el pensamiento y desviar la atención de los centros de poder reales y dirigirlo hacia los objetivos y temas de distracción respectivamente deseados.



La generación sistemática de miedo y odio siempre ha sido uno de los instrumentos más eficaces para controlar a la opinión pública. Lasswell lo dejó claro ya en 1927: “No debe haber ninguna duda sobre a quién debe dirigirse el odio de la opinión pública”[15]. Al generar odio, se proporciona al miedo un objeto adecuado sobre el que dirigir los afectos del pueblo. De este modo, la energía de la indignación y la necesidad de cambio no apuntan contra los centros de poder. La generación estructural de temores a nivel socioeconómico también se puede utilizar para este objetivo, mediante un fuerte estrés laboral, el miedo social al fracaso y el temor al descenso social. Otros métodos para desviar la atención de los verdaderos centros de poder son la distracción a través de la inundación mediática con trivialidades[16]: el consumismo, la formación de “falsas identidades” o la infantilización. En el proceso, se abusa de las naturales necesidades humanas regresivas de pasividad y de abdicación de la responsabilidad.

Existe una riquísima paleta de técnicas de envenenamiento mental afectivo elaborada de forma sistemática desde hace décadas, a través de la cual se pretenden disfrazar los intereses de las élites e impedir a los ciudadanos una articulación social de sus propios intereses[17].

El envenenamiento mental también puede apuntar a nuestras capacidades cognitivas y afectar a nuestro pensamiento de tal manera que ninguna forma de argumentación racional ayuda a que —tal como se decía en la época de la Ilustración— “vuelva a brillar en la mente de las personas”. La forma más fácil de hacerlo es utilizar los términos adecuados y cambiar el significado de estos. Esto incluye, en particular, las “palabras falsas” orwellianas con las que los políticos y los principales medios de comunicación intentan determinar nuestro pensamiento a través del lenguaje. Se pueden encontrar ejemplos en abundancia, como “libre comercio”, “costes laborales no salariales”, “voto de protesta”, “rescate”, “terrorismo”, “intervención humanitaria”, “daños colaterales” o “críticos de la globalización”.

Cartelera en la Highway 99, en California. Campaña publicitaria nacional patrocinada por la National Association of Manufacturers, Dorothea Lange, 1937, Library of Congress, Prints & Photographs Division.

La eficacia de estos conceptos se basa en que estamos naturalmente inclinados a una especie de superchería de la palabra y, por lo tanto, a la convicción de que las palabras también reflejan hechos. Tendemos a utilizar con ingenuidad palabras con las que nos tropezamos para organizar nuestros pensamientos. Al hacerlo, pasamos por alto el contenido ideológico y las presuposiciones tácitas que estas transmiten. Por desgracia, es muy difícil superar nuestra natural superchería de la palabra y ver cada una de ellas —sobre todo en el ámbito político—como un paquete de presuposiciones ideológicas que primero hay que deshacer cuidadosamente. Esta actitud de cuestionar de forma crítica el significado y el lastre ideológico de las palabras requiere una formación intensiva. Precisamente, la Ilustración se había centrado en este aspecto de la crítica de la ideología y había desarrollado métodos muy eficaces para identificar prejuicios y elementos

ideológicos ocultos. Es comprensible que las élites gobernantes no tengan interés en que estos métodos se enseñen y transmitan en las instancias de socialización de la sociedad.

Los términos de denuncia y difamación constituyen otra clase de envenenamiento mental cognitivo. Hoy en día, términos como "tercera vía", "teoría de la conspiración", "antiamericanismo" o "populismo" son habituales entre las élites del poder y las élites funcionales. Estos términos tienen una lógica pérfida: se basan en una cierta forma de confusión mental de diferentes temáticas, sugiriendo que dos áreas completamente independientes están, por así decirlo, entrelazadas por su propia naturaleza. De este modo, los temas cuya discusión pública se considera indeseable y perjudicial para el estatus de las élites de poder y sus grupos de apoyo, se desacreditan al vincularse con temas desterrados o considerados de dudosa reputación, como las opiniones de extrema derecha o racistas. A través de esta asociación, las élites de poder y funcionales pueden inmunizarse contra las críticas prohibiendo ciertos temas en el espacio de debate público.

Términos como "tercera vía" no solo sirven para desviar las críticas de los centros de poder, sino también para promover una autodescomposición de las posiciones de izquierda.

No solo les interesa a las propias élites del poder, sino también a los representantes de una izquierda reformista y "abierta al sistema" que intentan encubrir su actitud simbiótica con el poder limitando la esfera pública del pensamiento a objetivos "razonables", es decir, estabilizadores del sistema. Si se combina una crítica de la izquierda al poder con la acusación de aproximarse a las posiciones de la derecha, esta queda "infectada" por ideas desterradas y se convierte así en una zona intelectual prohibida.

Estos términos de contaminación y patologización, destinados a marcar como inadmisible una crítica fundamental de los centros reales de poder, son particularmente populares entre los intelectuales y periodistas afines a los poderosos. Pertenecen al lenguaje del oportunismo, que proclama su cortejo a los poderosos, poniéndose con gusto al servicio de la ideología dominante respectiva.

Otros términos silenciadores, en especial “antiamericanismo” y “populismo”, tienen usos más complejos. También se utilizan como términos de denuncia y difamación para bloquear una crítica fundamental a las élites del poder. Al mismo tiempo, describen con precisión actitudes reales y fenómenos sociales que requieren un debate público serio.

Antiamericanismo como término de lucha política

Efectivamente, existe antiamericanismo en el sentido de un resentimiento contra la cultura y el pueblo americano. Este tipo de antiamericanismo, en el sentido de racismo cultural, estaba muy extendido en Europa a principios del siglo XX, en especial entre las clases medias cultas y los representantes intelectuales de la contrailustración. Hoy en día, todavía se puede encontrar en la derecha etnonacionalista y en el populismo de derechas, donde suele traducirse en un discurso de soberanía nacionalista.

Sin embargo, en los debates públicos políticamente relevantes, este concepto de antiamericanismo, de resentimiento antiamericano, apenas juega ya un papel. En este caso, se utiliza más bien para bloquear una crítica más profunda a los centros de poder de una potencia hegemónica. El historiador estadounidense Max Paul Friedman, que rastrea y analiza la historia de este concepto, ve en él un término de lucha política para rechazar las críticas y, sobre todo, para estabilizar ideológicamente la idea del excepcionalismo estadounidense[18].

El término “excepcionalismo estadounidense” se refiere a una ideología según la cual EE UU ocupa una posición única entre las naciones del mundo debido a su historia especial y a su poder único. El excepcionalismo es el núcleo de la ideología política de Estados Unidos[19]. También se expresa, como escribe el periodista estadounidense Stephen Kinzer, en el hecho de que EE UU es la única nación en la historia moderna que está convencida de estar realizando la obra de Dios al ofrecer, es decir, imponer, su sistema

político y económico a los demás[20].

Debido a su singularidad, Estados Unidos, según los defensores del excepcionalismo, está vinculado a los acuerdos internacionales solo en la medida en que le sean útiles[21]. Tampoco pueden aplicársele los criterios morales empleados para evaluar los actos del resto de las naciones. No puede haber "equivalencia moral" entre EE UU y otros Estados en la evaluación de sus actos, ya que los crímenes de los "intrínsecamente buenos" no pueden ser evaluados por los estándares aplicados a los crímenes cometidos por los "intrínsecamente malos". En consecuencia, Estados Unidos puede cometer errores ocasionalmente, pero por razones fundamentales no comete crímenes de guerra, ni en Vietnam, ni en Irak, ni en Siria. Y por razones igualmente fundamentales, no puede asesinar a civiles; los civiles mueren simplemente como consecuencia colateral de las mejores intenciones.

No hace falta mucho para reconocer que el excepcionalismo —que ha aparecido y sigue apareciendo de muchas formas a lo largo de la historia, incluida la europea— es una patología moral e intelectual responsable, en parte, de las mayores manchas de sangre de la historia de la civilización.

Sin embargo, son innumerables los intelectuales que están dispuestos a dotar a esta patología de una ideología justificativa. Dado que EE UU es esencialmente bueno, sus actos están fuera de toda evaluación según las normas del derecho internacional[22].

El principal fiscal estadounidense en los juicios de Nuremberg, Robert H. Jackson, declaró en su momento[23] que los principios jurídicos desarrollados en Nuremberg eran universalmente válidos y que, por lo tanto, tendrían que utilizarse también como base en futuras evaluaciones jurídicas de los crímenes cometidos por otros Estados, incluido Estados Unidos[24]. Si se tomara en serio esta afirmación, entonces, como afirmó Noam Chomsky, todos los presidentes estadounidenses de la posguerra deberían haber sido colgados como criminales de guerra[25].

Populismo como término de lucha política

Al igual que “antiamericanismo”, “populismo” es también un término con un uso complejo. En el fondo, supone una forma de comunicación política que apunta a los afectos a través del discurso popular y de simplificaciones inadmisibles. En este sentido, todos nuestros principales partidos son populistas. Si los grandes partidos utilizan de manera sistemática métodos y estrategias netamente populistas, resulta inevitable que surja la pregunta de por qué utilizan tan persistentemente el término “populismo” para el enfrentamiento y la exclusión.

La respuesta puede encontrarse en otro rasgo característico de las actitudes populistas: su crítica fundamental a las élites[26]. Y, naturalmente, es precisamente este aspecto el que desagrada a las élites del poder. ¿Cómo es posible que una crítica tan fundamental se convierta en una zona de exclusión intelectual y, por lo tanto, quede apartada del espacio de debate “razonable”? Una vez más, vinculándola a posiciones proscritas.

El populismo de derechas, con sus elementos centrales ideológicos, es muy útil para ello[27]. Por parte de la derecha etnonacionalista, el enfrentamiento entre el pueblo y las élites se intensifica una vez más. Sin embargo, el término “pueblo” no se refiere simplemente al pueblo constituido en Estado, sino a un “cuerpo popular” étnicamente muy homogéneo. En este pensamiento, la unidad e integridad de este cuerpo ya no se basa en las identidades raciales, sino en las identidades culturales o nacionales, conceptos tan ficticios como el biológico que distingue razas humanas. La tarea de un liderazgo político es la de expresar la “voluntad del pueblo”. Sin embargo, las élites actuales no son capaces de hacerlo porque son demasiado corruptas e inmorales. El populismo de derechas se dirige, pues, directamente contra “los de arriba”, pero no porque esté en contra del dominio de las élites, sino porque quiere sustituir a las élites actuales por otras nacionalistas y racistas.

De este modo, el populismo de derechas se presta a ser vinculado conceptualmente con aquellas actitudes populistas que —aunque por razones por completo diferentes— también contienen una crítica fundamental a las élites. Si las actitudes populistas se vinculan de esta manera con el populismo de derechas, la crítica a

las élites puede convertirse en un espacio general de exclusión. Porque, a través de esa amalgama, las élites quieren sugerir: los que se oponen al establishment y a las élites del poder se inclinan también por actitudes extremistas, cuando no por el racismo, quedando fuera del discurso democrático. Es precisamente esta posibilidad de exclusión lo que hace que la acusación de populismo sea tan popular entre las élites.

Gestión de la democracia mediante la manipulación de la opinión y el adoctrinamiento

Las técnicas de "poder blando" de envenenamiento mental no pretenden tanto anclar actitudes y convicciones específicas en la mente de las personas, sino que van mucho más allá al tratar de bloquear nuestra capacidad de formar convicciones. El control efectivo de la opinión pública, sin embargo, requiere formas adicionales de manipulación, a través de las cuales pueden anclarse en la mente de la población determinadas actitudes, opiniones y posturas.

Se pueden distinguir dos tipos de adoctrinamiento: a corto y a muy largo plazo. Los llamaré "adoctrinamiento actual" y "adoctrinamiento profundo". El adoctrinamiento actual se produce con la recepción diaria de las noticias. Su objetivo es transmitir un relato de los acontecimientos políticos y sociales cotidianos que coincida con la visión de las élites y, de este modo, crear y estabilizar una visión social del mundo. Y que pretende hacer "invisibles" los hechos que podrían poner en peligro el marco de esta narrativa ideológica mediante una adecuada selección de hechos y una descontextualización y una recontextualización apropiadas; es decir, arrancarlos de su contexto de significado real y colocarlos en otro que los despoje de su impacto político y que los ajuste a la visión de las élites.

Los principales mediadores de la actualidad son los medios de comunicación. El papel de estos en la gestión de la democracia ha

sido analizado de manera profusa, especialmente en los últimos tiempos. Uno de los grandes autoengaños del periodismo es la pretensión de que los medios de comunicación nos proporcionan una imagen adecuada de la situación social y política. Esta afirmación ha sido refutada de manera amplia durante más de cien años —incluso en estudios de casos empíricos metódicamente cuidadosos—; por ello, se requiere una enorme distorsión de la realidad para considerarla siquiera digna de discusión.

La Agencia Federal para la Educación Cívica (Bundeszentrale für politische Bildung) proporciona un criterio general muy útil para distinguir entre "propaganda" y "noticias" en los medios de comunicación y, por lo tanto, para identificar el adoctrinamiento informativo: "Es característico de la propaganda que no se presenten los diferentes aspectos de un asunto y que se mezclen las opiniones y la información. Según este sencillo criterio, la mayoría de lo que nos ofrecen los medios del sistema como noticias pueden ser clasificadas como propaganda"[28].

El adoctrinamiento profundo tiene como objetivo transmitir visiones del mundo político y social y del sistema de valores a largo plazo. Estas visiones del mundo o "narrativas" quedan tan profundamente ancladas cognitiva y afectivamente que ya no las reconocemos como interpretaciones ideológicas del mundo, sino como algo natural. Esto las hace en gran medida inmunes a los hechos y a las críticas. Por lo tanto, el adoctrinamiento profundo no solo puede hacer invisibles los hechos perturbadores desde el punto de vista cognitivo y afectivo, sino también los espacios y las posibilidades de pensamiento completas. Las instancias mediadoras del adoctrinamiento profundo son todas las instancias de socialización, los medios de comunicación y la industria cultural y del entretenimiento. En particular, las escuelas y las universidades se encuentran entre las principales instancias mediadoras del adoctrinamiento profundo. Históricamente, esto no es sorprendente, porque la educación obligatoria, por ejemplo, no se introdujo para producir ciudadanos maduros, sino para crear "piadosos asistentes a la iglesia y funcionarios obedientes"[29].

El filósofo, matemático y activista político inglés Bertrand Russell resumió la función social de los sistemas educativos ya en 1922:

Los sistemas educativos no se han desarrollado para impartir verdaderos conocimientos, sino para que el pueblo se someta a la voluntad de los gobernantes. Sin un sofisticado sistema de engaño en las escuelas, sería imposible mantener la pretensión de democracia. No se desea que el ciudadano común piense por sí mismo, porque se cree que las personas que piensan por sí mismas son difíciles de manejar. Se supone que solo las élites piensan. El resto debe obedecer y seguir a sus líderes como un rebaño de ovejas. Esta doctrina ha corrompido fundamentalmente todos los sistemas educativos estatales, incluso en las democracias[30].

En la época de Russell, la función de adoctrinamiento de los sistemas educativos era fácil de identificar —comparativamente hablando—; hoy es mucho más difícil. Así como la propaganda política, que también podía identificarse de manera más fácil en aquellos días, se ha vuelto desde entonces profundamente refinada y, por así decirlo, invisible, los mecanismos de adoctrinamiento de los sistemas educativos también se han vuelto más sutiles y apenas son reconocibles como tales. En particular, funcionan menos a través de contenidos concretos de mecanismos de filtrado y selección silenciosamente subyacentes. Sin embargo, en esencia, los aspectos más importantes de la crítica de Russell siguen siendo válidos para el presente[31].

A continuación, me gustaría examinar más de cerca dos ejemplos de adoctrinamiento profundo particularmente poderosos y trascendentales.

La ideología de un “imperio benévolo”

El primer ejemplo es la idea de un “imperio benévolo”, es decir, uno cuyas acciones se deben a una intención desinteresada. Si se echa un vistazo a la historia, tal idea resulta absurda, pero con suficiente esfuerzo propagandístico, incluso los absurdos pueden aparecer como evidentes. La idea de EE UU como “imperio benévolo” o “hegemonía benévola” quedó firmemente anclada en la conciencia

pública de Europa, en especial en Alemania, tras la Segunda Guerra Mundial. La comunicación de esta ideología fue estratégicamente diseñada y perseguida. El Consejo de Relaciones Exteriores (Council of Foreign Relations, CFR) desempeñó un papel fundamental en ello. El CFR es probablemente el think tank privado más influyente del mundo y siempre ha desempeñado un papel destacado en la formulación de las estrategias de política exterior de Estados Unidos[32].

En 1949, el CFR pidió un "programa informativo-propagandístico-cultural" que convenciera a los pueblos extranjeros de que sus motivos eran buenos[33]. Un año más tarde, en Europa —y especialmente en Alemania—, el Congreso por la Libertad de la Cultura (Congress for Cultural Freedom, CCF), fundado con este fin, comenzó sus actividades para moldear la opinión pública.

Desde 1950 hasta la década de 1970, el CCF, financiado y organizado por la CIA, fue la pieza central de una campaña de propaganda para presentar a la opinión pública de Europa occidental la visión del mundo de Estados Unidos y su "American Way of Life", y convencerla de la "benevolencia" del país. Para ello, se valió de una amplia y ramificada red de periodistas, intelectuales, científicos, políticos, agentes de los servicios secretos y representantes empresariales. La periodista británica Frances Stonor Saunders (2001) escribe en su obra de referencia sobre el CCF: "Les guste o no, o si eran conscientes de ello o no, hubo pocos escritores, poetas, artistas, historiadores, científicos naturales o críticos en Europa después de la guerra cuyos nombres no pudieran asociarse con este proyecto secreto. Sin obstáculos y sin ser detectada, la red de espionaje estadounidense pudo librar una batalla cultural muy sofisticada y fuertemente subvencionada en Occidente durante más de veinte años; una batalla por Occidente y en nombre de la libertad de expresión".

Desde que, tras el colapso de la Unión Soviética, la ideología de una "lucha contra el comunismo" ya no ofrecía suficientes posibilidades para disimular los motivos imperialistas, estos tuvieron que ser revestidos y propagados cada vez más con un idealismo moral estadounidense. En primer lugar, Estados Unidos se declaró un imperio y la única superpotencia mundial[34], con un poder, según

Robert Kagan, —uno de los neoconservadores más conocidos de Estados Unidos—, “mucho mayor que el que ha poseído cualquier nación desde el Imperio romano”. Por su parte, el politólogo Joseph Nye subrayó: “Desde Roma, ninguna nación se ha distinguido tanto de las demás”. En segundo lugar, Estados Unidos afirmaba no ser simplemente un imperio; más bien, según el influyente publicista Charles Krauthammer, era un “imperio singularmente benigno; eso no es una mera autocomplacencia, es un hecho”[35]. Bill Clinton calificó a Estados Unidos como “la mayor fuerza mundial para la paz y la libertad” (28 de abril de 1996). Barack Obama expresó sus convicciones excepcionalistas con las siguientes palabras: “este país sigue siendo la última esperanza sobre la tierra” (9 de abril de 2007). Y Hillary Clinton calificó a Estados Unidos como “el país más grande que se ha creado sobre la faz de la tierra durante toda la historia” (25 de julio de 2016). No se trata de declaraciones individuales, sino que denotan las convicciones ideológicas centrales de la identidad estadounidense[36].

En las correspondientes autodescripciones, el Imperio romano y la “pax romana” se utilizan de manera repetida como punto de referencia. El objetivo natural de la política exterior de Estados Unidos es, por lo tanto, una “pax americana”[37]. Para entender esta comparación[38] hay que tener en cuenta que la palabra latina pax, en relación con la “pax romana”, no significa simplemente “paz”, sino un orden impuesto por la fuerza por una nación abrumadoramente más fuerte a otras más débiles. En la retórica imperialista moderna, esta forma de paz se llama “asegurar la estabilidad”[39]. La ideología de una “hegemonía benévola” de EE UU encuentra su correspondencia en el objetivo de una “pax americana”.

Dejando a un lado la retórica del idealismo moral y de una “hegemonía benévola” como retórica legitimadora para la opinión pública, lo que queda —aquí como en otros casos— es la cuestión de las verdaderas fuerzas motrices de la política exterior imperialista. George F. Kennan, uno de los más brillantes estrategas políticos estadounidenses y representante de la llamada “escuela realista”, ha expresado de qué se trata:

Tenemos cerca del 50% de la riqueza mundial, pero solo el 6,3% de

su población. [...] Nuestra verdadera tarea en los próximos tiempos es encontrar una forma de relación que nos permita mantener esta desigualdad de riqueza sin comprometer seriamente nuestra seguridad nacional. Para lograrlo, tendremos que renunciar a todos los sentimentalismos y ensoñaciones; y en todas partes tendremos que concentrar nuestra atención en nuestros propios proyectos nacionales. No debemos engañarnos pensando que hoy podemos permitirnos el lujo del altruismo y la felicidad mundial. [...] Deberíamos dejar de hablar de objetivos vagos —y para el Lejano Oriente— poco realistas como los derechos humanos, la mejora del nivel de vida y la democratización. No está lejos el día en que nuestras acciones deban estar guiadas por un pensamiento de poder sobrio. Cuanto menos nos obstaculicen los eslóganes idealistas, mejor[40].

Hasta aquí el análisis de Kennan sobre la política del poder[41]. Dado que otras naciones están poco dispuestas a pagar los costes de mantener la prosperidad de EE UU, "hay que prescindir de todo sentimentalismo y ensoñación"[42].

El historiador social estadounidense William A. Williams revela las verdaderas razones de las políticas imperialistas: "El resorte principal de este imperio es, y siempre ha sido, la falta de voluntad para vivir dentro de sus posibilidades"[43].

En comparación con las cifras dadas por Kennan, la situación ha empeorado aún más. La revista Scientific American cita los siguientes datos en 2012:

Estados Unidos representa menos del 5% de la población mundial y consume

el 33% del papel del mundo,

el 23% del carbón,

el 27% del aluminio y el 19 por ciento del cobre [...]

Nuestro consumo per cápita de energía, metales, minerales, productos forestales, pescado, cereales y agua potable hace que el consumo total de todos los habitantes del tercer mundo parezca ínfimo.

Los estadounidenses solo representan el 5% de la población mundial, pero generan el 50% de los residuos globales.

La llamada "huella ecológica" —es decir, la superficie terrestre necesaria para sostener el estilo y el nivel de vida de una persona— es de 8 hag ("hectárea global", es decir, una superficie de una hectárea con una productividad biológica media en todo el mundo) en Estados Unidos. La de Alemania es solo ligeramente inferior, unos 5 hag, lo que también supone un alto valor en una comparación internacional[44]. Pero como también hay que defender el nivel de vida alemán en el "tercer mundo", es necesario, por supuesto, que Alemania vuelva a "asumir más responsabilidad" y contribuya a "asegurar la estabilidad" en el mundo. El aumento del gasto en armamento, la preparación para las misiones de la Bundeswehr y una militarización consecuente de la UE son pasos importantes e inevitables en esta dirección[45].

Dominancia de todo el espectro

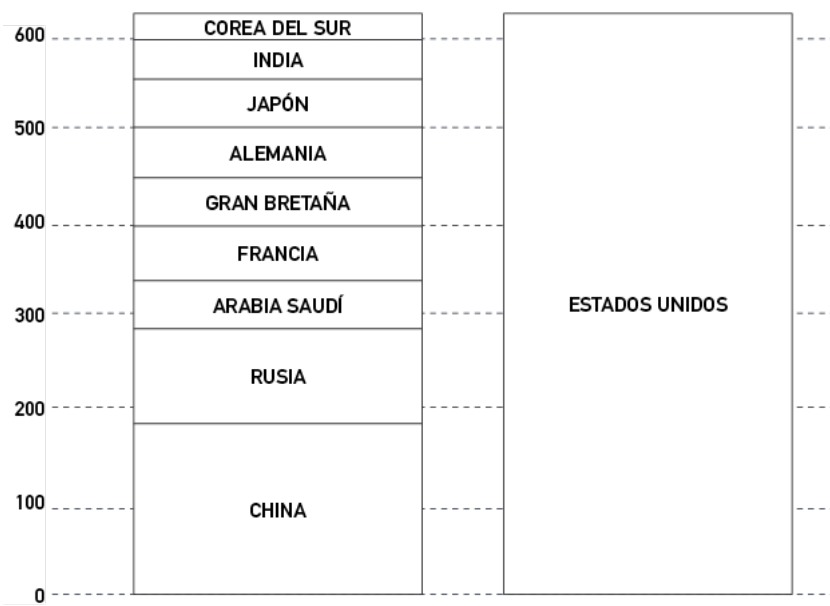
Que Estados Unidos es un "imperio singularmente benévolo" lo demuestran también otros numerosos indicadores. En primer lugar, por supuesto, su gasto armamentístico, que es tan elevado como la suma del gasto de todos los países que figuran en los nueve puestos siguientes.

Este gigantesco presupuesto es necesario para asegurar la "dominancia del espectro completo" que reclama Estados Unidos, es decir, el control de la tierra, de todos los mares, del espacio aéreo,

el espacio exterior, el ciberespacio y todos los recursos importantes[46]. La inversión para controlar a la opinión pública ("nuestra capacidad para moldear la opinión mundial", Barack Obama, 28 de mayo de 2014) también supera a la de todos los demás Estados juntos.

La "benignidad única" de EE UU es también evidente en las actividades de docenas de agencias de inteligencia que operan en todo el mundo. The New York Times informó en 2014 sobre los asesinatos y atentados cometidos por la CIA con referencia a un informe secreto de la propia organización sobre su apoyo a los terroristas en las últimas seis décadas[47]. Noam Chomsky señaló que la única conclusión que se podía extraer de este informe era que Estados Unidos —según los criterios que él mismo daba para definir un Estado terrorista— era un Estado terrorista de primer orden[48].

Comparación del gasto militar de EE UU (EN MILES DE MILLONES DE DÓLARES)

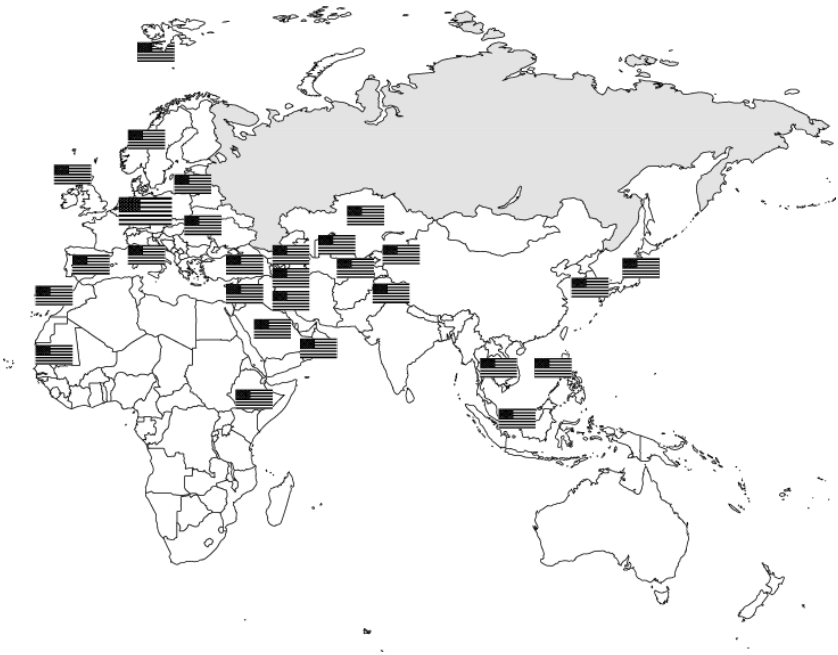


Fuente: OMB, National Priorities Project

Las tropas estadounidenses u otro personal militar operan en 160 países. Como señaló en 2015 George Friedman, influyente asesor político y fundador del think tank Stratfor, Estados Unidos controla todos los océanos del mundo, algo que ninguna potencia había logrado antes. Según Friedman, esto tiene la ventaja de que EE UU puede invadir otros países, pero ellos no pueden invadirlos a ellos, lo cual es una situación agradable[49].

Esta "situación agradable" se basa también en el hecho de que Estados Unidos tiene 800 bases militares en unos 80 países. Gran Bretaña tiene siete, Francia cinco en antiguas colonias, y Rusia ocho en antiguas repúblicas soviéticas y una en Siria[50]. Así, Estados Unidos tiene cerca del 95% de las bases militares del mundo en el extranjero (con un coste total de más de 150.000 millones de dólares al año)[51].

Para "asegurar la estabilidad", es esencial rodear a otras grandes potencias que hasta ahora han eludido el control estadounidense con un anillo de seguridad de bases militares.



Rusia siempre había sido un objeto de deseo especial para Estados Unidos, y la presidencia de Yeltsin[52] había despertado enormes esperanzas de un saqueo económico y político. Dado que estas esperanzas se vieron defraudadas con su sucesor, Putin, Estados Unidos tuvo que intentar alcanzar este objetivo por otras vías. Los esfuerzos correspondientes también se reflejan en el creciente número de bases militares estadounidenses que Estados Unidos estableció para “asegurar la paz” y contener la “agresión rusa”.

Ya en 1957, el escritor Arno Schmidt se preguntaba: “¿Quién ha rodeado a quién?”. Tanto entonces como ahora, “un vistazo al mapa del mundo es suficiente, pues allí se buscan en vano las amenazantes bases soviéticas en las Bermudas, en Cuba, en México, Alaska, Canadá, Groenlandia… ¡pero sí se encuentran las americanas, desde Noruega, pasando por la República Federal de Alemania, Grecia, Turquía y Pakistán, hasta las islas Kuriles! (Pero la “mayoría absoluta” del pueblo alemán occidental quería orientarse hacia el “salvaje oeste”, y que así sea: ¡pero que no se quejen luego, cuando haya ‘pasado’ de nuevo!”)[53].

Ya en la década de 1950, el adoctrinamiento profundo de un "imperio benévolo" estaba anclado en la mente de la gente. Ahora ya ni siquiera es reconocible en la conciencia pública como adoctrinamiento, sino que se ha convertido en una cuestión rutinaria que difícilmente pueden rectificar los hechos. Los lectores de prensa que configuran su realidad política a través de Der Spiegel, Süddeutsche Zeitung, Frankfurter Allgemeine Zeitung o Die Tageszeitung, por ejemplo, podrían decir al mirar el mapa mundial que este muestra de manera clara la agresividad con la que Rusia se ha acercado a las bases estadounidenses.

Si se llega a un enfrentamiento final entre Rusia y EE UU —algo que, al parecer, llevan en el corazón Hillary Clinton y gran parte de las élites de poder estadounidenses, así como los principales medios de comunicación alemanes—, Europa será la víctima nuclear, pero, en su benevolencia, EE UU estará probablemente dispuesto a hacer ese sacrificio.

En los últimos años, la desinhibición con la que los principales medios de comunicación alemanes se ponen al servicio de las élites transatlánticas y la obsesión ideológica con la que agitan contra Rusia ha alcanzado nuevas cotas. Pero la rusofobia siempre ha estado muy arraigada en los principales medios de comunicación alemanes. Ya en mayo de 2009, Mijaíl Gorbachov señaló en la radio alemana Deutschlandfunk, con respecto a la cobertura de Rusia: "La prensa alemana es la más despiadada de todas"[54].

Las ONG y los misioneros laicos de la comunidad occidental de valores

La pretensión de hegemonía mundial de Estados Unidos, expresada en la doctrina del "dominio de todo el espectro", se expresa no solo mediante técnicas de "poder duro", sino también —en un crecimiento desmesurado— mediante el "poder blando". Estas técnicas de gestión de la opinión, de la democracia, de la indignación y de la participación, en cuyo desarrollo y aplicación se

han invertido sumas gigantescas en las últimas décadas, se han perfeccionado tanto que apenas son perceptibles para la opinión pública como técnicas de manipulación dirigidas.

Las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONG) u organizaciones de la sociedad civil (OSC) contribuyen cada vez más al control de la opinión pública. Las ONG financiadas y organizadas directa o indirectamente por las élites del poder desempeñan un papel político especial y en realidad deberían llamarse "falsas ONG"[55]. Sirven, sobre todo, para recoger las necesidades de participación de los ciudadanos y conducirlos por caminos conformes a los intereses de las élites dirigentes. De este modo pueden, por ejemplo, contribuir a los cambios de sistema en otros Estados o desviar la atención de los verdaderos orígenes de los problemas sociales y dirigirla hacia seudoobjetivos adecuados para superar los síntomas. Su éxito se fundamenta en disimular lo más eficazmente posible su función política al servicio de los intereses hegemónicos de Estados Unidos mediante objetivos cívicos o filantrópicos u otras formas de "samaritanismo" político y social. También en este caso, las técnicas de "poder blando" han resultado muy eficaces, ya que se presta poca atención al papel político de las ONG en el espacio de debate público[56]. Por ello, la autora y activista india Arundhati Roy advierte urgentemente contra una "ONGización de la resistencia"[57].

Numerosas ONG, como Open Society Foundations de George Soros, Chatham House o Foreign Policy Initiative —un think tank neoconservador—, que representan los intereses económicos y políticos de diversas agrupaciones de las élites de poder bajo el manto de la promoción de la democracia y los derechos humanos, son extremadamente poderosas desde el punto de vista financiero, tienen una inmensa influencia política y no rinden cuentas a nadie más que a sus donantes. Un ejemplo destacado es la Fundación Bill y Melinda Gates, la más poderosa del mundo desde el punto de vista financiero, según su propia descripción: "optimistas impacientes que trabajan para reducir la injusticia". Sin embargo, detrás de esa retórica filantrópica, a menudo se descubren intereses económicos especiales y dependencias de la financiación del Estado y del sector privado. Estas "falsas ONG" son especialmente adecuadas para transformar el poder económico en poder político

de forma prácticamente invisible. De este modo, pueden —sin ser públicamente manifiestas ni responsables en su influencia política— contribuir de manera significativa a asegurar el statu quo de las élites de poder y forman una especie de red de seguridad ideológica global para ellas.

Desde el colapso de la Unión Soviética y los esfuerzos de Estados Unidos por lograr un cambio de sistema adecuado, Rusia ha sido el campo de operaciones preferido para las ONG financiadas por Estados Unidos. Con el “Russian Democracy Act of 2002”, Estados Unidos intervino oficialmente en los asuntos internos rusos y apoyó a 65.000 ONG en Rusia[58]. Para entonces, ya habían invertido más de 20.000 millones de dólares en promover una economía de libre mercado allí, principalmente a través de la Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Estas intervenciones también estaban motivadas, por supuesto, por una benevolencia altruista y tenían como objetivo fomentar “la democracia, la buena

gobernanza y los programas de lucha contra la corrupción en la Federación Rusa con el fin de promover y fortalecer el gobierno democrático, la sociedad civil y los medios de comunicación independientes en ese país"[59]. Hay que añadir que por "democracia" se entiende la "democracia estadounidense", es decir, una forma de democracia caracterizada por la celebración de elecciones periódicas y en la que los intereses económicos y políticos de las élites de poder no se ven afectados por lo demás[60]. Como siempre, un simple ejercicio de simetría es suficiente para exponer el contenido ideológico de dicha retórica sobre la democracia: es imaginable la reacción de EE UU si Rusia, en una escala comparable, apoyara a las ONG estadounidenses que se dedicaran a promover "la democracia, el buen gobierno y los programas anticorrupción en EE UU".

La idea de que EE UU es un "imperio benévolo" y que la promoción mundial de la "democracia estadounidense" es una expresión de esta benevolencia, es probablemente uno de los adoctrinamientos en profundidad más exitosos de la historia. Prácticamente se toma de forma tácita como base en la interpretación de las actividades de la política exterior de EE UU y, por lo tanto, ya ni siquiera es reconocible como ideología.

La "democracia representativa" como medio para impedir la democracia

Otro ejemplo de adoctrinamiento profundo muy exitoso, es decir, casi invisible, es la creencia de que la forma de gobierno de la "democracia representativa"[61] es la mejor o al menos la única encarnación realizable de la idea rectora democrática. Este tipo de adoctrinamiento en profundidad está directamente relacionado con la mencionada ideología de una "democracia americana". Como resultado de este profundo adoctrinamiento, las concepciones que difieren fundamentalmente de las formas de democracia representativa que prevalecen en la actualidad se han vuelto prácticamente invisibles en el espacio del debate público. Es cierto

que en la retórica política dichas formas se sitúan en un contexto histórico con la idea rectora original de la democracia tal y como se implantó en la antigua Atenas. Sin embargo, en realidad tienen poco que ver con ella. La ateniense era una democracia participativa. Y lo era, según el historiador de la antigüedad Moses Finley, "en el sentido más literal de 'gobierno del pueblo'"[62].

Sin embargo, esa forma de gobierno popular debía evitarse a toda costa, algo en lo que coincidían las élites desde la antigüedad hasta hoy. Hasta mediados del siglo XIX, la democracia —en alusión a la democracia participativa de la antigüedad— seguía siendo difamada como gobierno de la plebe[63]. Los padres fundadores de Estados Unidos también compartían en gran medida esta profunda aversión al pueblo y a toda expresión democrática. Querían una república y no una democracia, y la diferencia entre ambas residía en que en la república el ejercicio del poder se transfería a un pequeño número de ciudadanos elegidos por el resto. Es cierto que los padres fundadores de EE UU se preocuparon en parte por crear una forma de gobierno legitimada por elecciones regulares y libres que, en palabras de Abraham Lincoln, era "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo". Sin embargo, por su profunda desconfianza en el pueblo, querían limitar estrechamente la influencia del mismo en el poder legislativo y dividir la soberanía entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial, de modo que el estatus de las élites y las libertades individuales asociadas, y en especial el sistema de propiedad, no se viera comprometido en una democracia mayoritaria[64]. Para ello, crearon un novedoso sistema de representación —y separación de poderes—, para el que uno de los padres fundadores, Alexander Hamilton, utilizó, por primera vez en 1777, el término "democracia representativa". El principio de la representación parlamentaria pretendía crear un mecanismo para el ejercicio del poder en la sociedad que uniera dos objetivos. Por un lado, había que satisfacer la necesidad del pueblo de un gobierno popular. Al mismo tiempo, dicho mecanismo de representación se entendía, en palabras de la historiadora social estadounidense Ellen Meiksins Wood, "como un medio para mantener al pueblo fuera de la política" y "mantener a una oligarquía propietaria en el poder mediante elecciones con el apoyo de la masa de la población". Esto requería una "redefinición de la democracia" que enmascarara las ambigüedades de un enfoque oligárquico[65]. La idea de la

democracia representativa sirvió así para alejar la democracia desde el principio[66]. El término “democracia representativa” fue la fórmula mágica histórica que permitió tener una democracia nominal y, al mismo tiempo, asegurar el dominio de las élites y proteger el sistema de propiedad[67].

La Constitución estadounidense se convirtió en el modelo histórico de una teoría elitista de la democracia. Su forma más influyente hasta hoy se remonta a Joseph A. Schumpeter (1883-1950), uno de los economistas más importantes del siglo XX. Según Schumpeter, una democracia funcional debe limitarse a una elección competitiva de las élites. Sin embargo, un amplio espectro de teóricos democráticos, abogados constitucionalistas y filósofos políticos se opusieron a tal concepción de gobierno, argumentando que la mera garantía de un procedimiento de “elección” no podía constituir una legitimación suficiente del poder y del gobierno[68].

El grabador, artista político y creador de pictogramas Gerd Arntz (1900-1988) representó en 1932, en su grabado Mesa giratoria electoral, el problema de una forma de gobierno en la que la cuota democrática se limita a una elección competitiva de las élites funcionales.

Mesa giratoria electoral, Gerd Arntz, 1932.

La idea de legitimar el gobierno a través de una elección competitiva de miembros de grupos de élite no puede conciliarse con la idea rectora de la democracia, que apunta a la soberanía popular. Esto es, el derecho del pueblo a formular una constitución según sus propios deseos en cualquier momento, así como someter el aparato estatal a la ley democrática. Además, significa permitir a

los ciudadanos participar adecuadamente en la comunidad. El elemento central de esta participación es el consenso democrático sobre todas las cuestiones relevantes para la comunidad. Las elecciones o un procedimiento de sorteo pueden ser instrumentos útiles; sin embargo, reducir la participación democrática a las elecciones contradice la idea rectora de la democracia tal y como fue adquirida durante la Ilustración.

Las elecciones son solo un aspecto menor de la formación de la voluntad democrática. Sin embargo, a las élites de poder les gusta ponerlas en primer plano —descuidando y despreciando elementos cruciales de la idea rectora democrática— porque son especialmente adecuadas para crear una ilusión de democracia y soberanía popular. Esta ilusión puede utilizarse para paralizar la resistencia natural a un orden social ajeno. En las estructuras oligárquicas, como las encarnadas en una democracia de élites, las elecciones no son una expresión de la soberanía popular; por el contrario, son un instrumento muy adecuado para neutralizar la necesidad de cambio y desviarlo en la dirección deseada. Por lo tanto, a pesar de su desconfianza fundamental en el pueblo, a las élites les gusta hacer uso de las elecciones para explotar la función de pacificación social asociada a ellas. Esto se aplica incluso a las formas de gobierno autocráticas y autoritarias. Benito Mussolini expresó en 1922 su posición ante las elecciones de forma especialmente contundente: “Todo el mundo puede votar, hasta el aburrimiento, hasta el embrutecimento”[69].

Frente a la democracia de élites —tal como se expresa en las formas actuales de democracia representativa— hay una multitud de alternativas que se acercan mucho más a la idea rectora de la democracia. Siempre han sido objeto de un intenso debate en la literatura especializada, a menudo bajo palabras clave como “democracia participativa”, “democracia radical” o “democracia de los consejos”. Sin embargo, que sean invisibles, que en la práctica estén ausentes del debate público, es el resultado de décadas de adoctrinamiento, en las que la forma actual de “democracia representativa” no solo se transmite como la mejor opción, sino que no presenta alternativa[70].

Los conceptos alternativos a la idea de democracia también

dependen de las formas de representación y de las élites funcionales. Sin embargo, las cuestiones generales de procedimiento de la soberanía legislativa del pueblo y la subordinación de todos los aparatos del Estado a la ley democráticamente establecida, así como las cuestiones de participación y la responsabilidad y rendición de cuentas de los representantes elegidos ante el pueblo, tienen prioridad sobre estos asuntos específicos de procedimiento.

Debido al adoctrinamiento sobre la falta de alternativas a la democracia representativa, hemos olvidado las verdaderas fuerzas motrices históricas del gobierno de las élites y ya no somos capaces de reconocer que la idea de la democracia representativa se creó precisamente para defenderse de la democracia real[71].

Para bloquear la crítica a esta forma de gobierno de las élites con apariencia democrática, las élites del poder y funcionales vuelven a utilizar la estrategia de fijarse en áreas del pensamiento que están socialmente proscritas. Para ello, el nacionalismo etnonacionalista y racista es especialmente apropiado. En el pensamiento de la derecha etnonacionalista el "pueblo" no se define como un demos —es decir, como un pueblo principalmente heterogéneo de ciudadanos muy diferentes—, sino como un ethnos, es decir, como una comunidad étnica y culturalmente homogénea. Solo si ese "cuerpo del pueblo" (ficticio) fuera lo suficientemente homogéneo, su voluntad común (ficticia) podría ser expresada por las élites adecuadas y, por lo tanto, llegar a ser políticamente eficaz. En consecuencia, el pueblo y su voluntad común podrían estar tan bien representados por un líder autoritario como por un parlamento, de modo que en este sentido la democracia no se opondría a la dictadura. Es fácil ver que la derecha etnonacionalista y el populismo de derechas no estén precisamente preocupados por la aplicación de la idea rectora democrática, sino por la abolición de una democracia en el sentido de la Ilustración. La crítica del populismo de derechas a la democracia representativa, que surge de tal actitud, es utilizada por las élites como una estrategia de bloqueo para hacer de la crítica a la democracia representativa un área intelectual prohibida.

Por lo tanto, la democracia representativa debe ofrecer ventajas inestimables a las élites del poder ya que estas, mediante un intenso

adoctrinamiento, la presentan como carente de alternativa y, al mismo tiempo, tratan de bloquear cualquier crítica. La democracia representativa fue concebida desde el principio como un gobierno de élites que se justificaba por el postulado ideológico de que —según los padres fundadores de Estados Unidos, Hamilton y Madison, en 1788— los representantes electos "poseen suficiente sabiduría para discernir el bien común para la sociedad y suficiente virtud para buscarlo". La realidad es diferente, lo que no sorprende: el pueblo, según Ingeborg Maus, está "realmente dominado por los autorizados"[72]. Los verdaderos centros de poder son y siguen siendo invisibles para el pueblo[73].

Ricos y pobres, pintor flamenco desconocido del s. XVII, Museum der Brotkultur Ulm.

En el feudalismo, el objetivo de un deseo de cambio era claramente reconocible. Esto significaba que la acción política también tenía un objetivo, y las tensiones sociales podían desatarse, a menudo de

forma muy sangrienta, en las revoluciones. Sin embargo, mientras los verdaderos centros de poder sean invisibles, la necesidad de cambio político del pueblo solo podrá dirigirse hacia objetivos de distracción y, por lo tanto, políticamente quedará en nada[74]. La democracia representativa tiene la ventaja para los centros reales de poder de que toda la energía de cambio del pueblo se agota en la elección de representantes de un determinado espectro. Así, dentro de las formas actuales, faltan mecanismos a través de los cuales la voluntad de cambio pueda hacerse políticamente efectiva. Precisamente por eso, la democracia representativa encarna una forma de gobierno casi perfecta para las élites; una oligarquía que, sin embargo, aparece ante el pueblo como democracia.

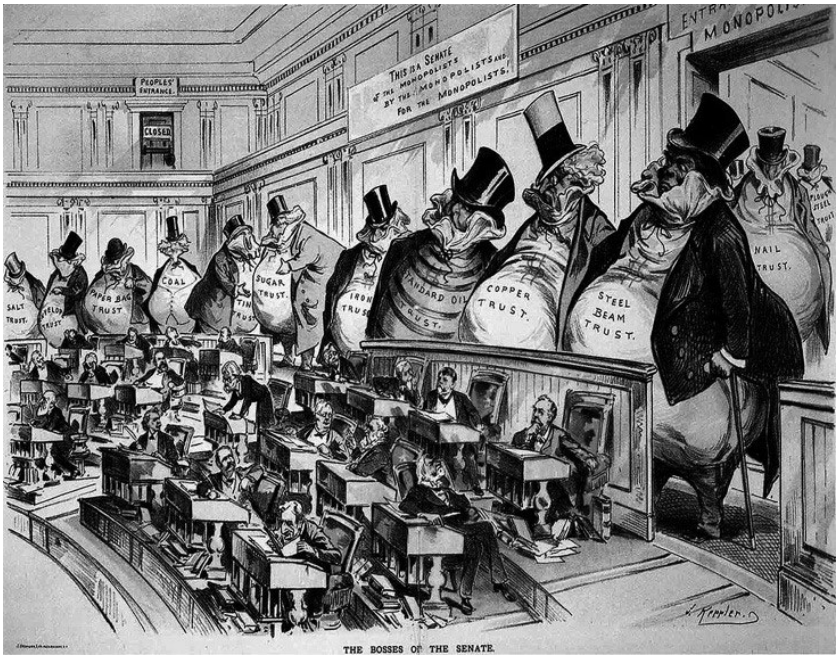
En la metáfora del rebaño, la democracia representativa centra la atención pública en los pastores y hace invisibles a los dueños del rebaño; la energía del pueblo para el cambio se limita a elegir a otros pastores, miembros del personal del propietario[75]. El caricaturista estadounidense Joseph Keppler ya plasmó este problema, en 1889, en su dibujo Los jefes del Senado.

Si tenemos la impresión de que esta caricatura es una exageración grotesca del problema de la representación, es porque simboliza en sí misma el éxito de décadas de adoctrinamiento. Es exagerada solo en su expresión artística, pero en el fondo es un retrato exacto de las verdaderas relaciones de poder de la época. Desde entonces, estas han evolucionado todavía más a favor de las estructuras oligárquicas y plutocráticas. Además, las élites de poder y funcionales han perfeccionado la "invisibilización" de los centros reales de poder político de forma cada vez más sistemática, con una intensa investigación de las debilidades de la mente humana.

El vaciado sistemático de elementos participativos en la democracia representativa y su transformación autoritaria ya había sido señalado muchas veces antes de que comenzara la revolución neoliberal. El politólogo Johannes Agnoli (1967) sometió a un lúcido análisis este proceso de "transformación de la democracia" en un "Estado autoritario de tipo constitucional".

El historiador Sebastian Haffner señaló en su reseña del libro de Agnoli: "Nominalmente, vivimos en una democracia. Es decir, que el pueblo se gobierna a sí mismo. Pero en realidad, como todo el

mundo sabe, el pueblo no tiene la más mínima influencia en el gobierno, ni en la gran política, ni siquiera en asuntos administrativos tan cotidianos como el IVA y la subida de las tarifas de transporte. [...] El pueblo desempoderado no solo ha aceptado esa condición, sino que prácticamente se ha encariñado con ella".



Los jefes del Senado, Joseph Keppler, 1889, Biblioteca del Congreso, Colección FSA/OWI.

En 1967, el filósofo Karl Jaspers se lamentaba en su respuesta a las críticas de su documento "Wohin treibt die Bundesrepublik" (Hacia dónde se dirige la República Federal): "Paradójicamente, se podría decir que estamos en la decadencia de una democracia que en realidad no estaba con nosotros. Nos estamos pudriendo sin la existencia de una sustancia que se hubiera podrido".

El filósofo social francés André Gorz señalaba: "En Europa occidental y en el continente americano no queda ningún país en el

que las asambleas elegidas sigan representando una concepción democráticamente desarrollada de la sociedad y del interés general, en el que las decisiones importantes no sean tomadas por comités de expertos alejados de la opinión pública, y en el que los debates parlamentarios no hayan degenerado en ceremonias sin sentido". Y señaló que "la democracia representativa es y siempre ha sido una mistificación de la democracia".

Según su propia ideología capitalista, los aspectos centrales de la sociedad están fuera de su control: "[...] la naturaleza y la orientación de la producción en función de las necesidades de las masas, la división técnica y social del trabajo, las decisiones de inversión de los monopolios privados y del Estado, el uso de los excedentes económicos [...]". Estos son solo algunos ejemplos que muestran que la revolución neoliberal no hizo más que completar un proceso de destrucción de la democracia que ya había comenzado mucho antes.

El neoliberalismo y la creación de un sistema de irresponsabilidad organizada

Esta evolución de la invisibilidad de los centros reales de poder político ha alcanzado un nuevo clímax en el neoliberalismo como forma extrema de capitalismo. Por un lado, el neoliberalismo ha creado una ideología que declara las decisiones conscientes de las élites como meras consecuencias de las leyes naturales racionales de un libre mercado (ficticio), lo que las exime de cualquier responsabilidad. Por otra parte, tras el neoliberalismo se crearon nuevos y poderosos tipos de actores políticos: las grandes corporaciones, que, en el curso de un desarrollo aparentemente natural, la llamada globalización, fueron dotadas de derechos que las privan por completo de control y responsabilidad democráticos[76] y las convierten en las estructuras totalitarias más perfectas jamás creadas en el desarrollo de la cultura.

En efecto, este proceso no es otra cosa que una juridificación

sistemática del crimen organizado de la clase propietaria. En su marco se han creado y se están creando, de manera sistemática, mecanismos a través de los cuales el poder económico puede transformarse en poder político (y viceversa). De este modo, se ha producido un gigantesco desplazamiento del poder de los gobiernos a las grandes empresas, de modo que los verdaderos centros de poder son ahora mucho más difíciles de identificar que antes[77].

En jurisprudencia, la lex mercatoria es el término uti
(también como nueva ley mercante) comprende la to

Una forma especialmente grave de juridificación de la delincuencia organizada de la clase propietaria es el sistema de derecho comercial internacional, que se está independizando de los Estados constitucionales democráticos, estableciendo una justicia paralela en forma de tribunales de arbitraje. Esta evolución representa una forma de refeudalización en la que el derecho se desvincula del proceso democrático y se reprivatiza para que los actores económicamente poderosos puedan liberarse del derecho democrático y hacer valer sus intereses al sustituirlo por un derecho transnacional. Ingeborg Maus afirma: "La forma más extrema de refeudalización asociada a este proceso [la aparición del derecho mercantil transnacional] consiste en la retirada de la diferenciación entre el poder económico y el político que era el sello de la modernidad [...]. Bajo la actual globalización, es posible que los grandes actores económicos eludan básicamente los requisitos legales. [...] que los grandes actores económicos se estén volviendo autosuficientes en cuanto al derecho que les concierne —y que sigue exclusivamente sus intereses—. Los intereses sociales globales más poderosos se vuelven así autárquicos. [...] Las normas que surgen aquí provienen del discurso de las partes interesadas y no tienen que enfrentarse a la prueba de un proceso legislativo controlado democráticamente. El problema de la justificación de la lex mercatoria que se desarrolla hoy en día consiste, por lo tanto, en su producción contractual privada, que se libera de cualquier estipulación legal".

En esta producción contractual privada de un derecho que convenga a sus intereses, los actores económicos poderosos utilizan a menudo una estrategia de "creative treaty shopping"[78]. Con esta estrategia, y mediante transacciones comerciales adecuadas, seleccionan Estados en los que pueden protegerse de las decisiones democráticas que perjudican la propiedad y los beneficios, sobre cuya base negocian luego nuevos acuerdos de protección de las inversiones de mayor alcance[79].

Incluso si existiera voluntad política para modificar estos acuerdos, estos desarrollos del derecho internacional hechos por y para las corporaciones solo podrían revertirse de manera parcial y a nivel

nacional.

Estos restringen el ámbito de regulación de los Estados de derecho democráticos de una manera inimaginable hasta ahora, y apenas tienen consecuencias apreciables para las condiciones de vida de sus ciudadanos. A pesar de su inmensa importancia para el futuro de la democracia y para la contención del poder económico ilegítimo, no es de extrañar que apenas haya entre los periodistas y la "élite jurídica" quienes se hayan molestado en hacer un esfuerzo por describir estos entramados tan complejos —y sus consecuencias para la opinión pública— para hacerlos transparentes y ser objeto de una resistencia democrática adecuada.

El proyecto neoliberal llevado a cabo en las últimas cinco décadas no se limita a la esfera económica, sino que abarca toda la vida social y pretende crear un nuevo ser humano, reducido a un papel de consumidor, que ve su servidumbre voluntaria como la mayor felicidad[80]. Este proyecto fue impulsado desde el principio por el deseo de una redistribución radical, y ahora ha dado lugar a la mayor redistribución de la historia —después del colonialismo europeo—, una redistribución de abajo a arriba, del sur al norte y del sector público al privado. Solo dos ejemplos de distribución de la riqueza privada: el 10% de los hogares más ricos de la eurozona poseen más de la mitad de toda la riqueza y las ocho personas más ricas del mundo —Bill Gates, Amancio Ortega, Warren Buffett, Carlos Slim Helú, Jeff Bezos, Mark Zuckerberg, Larry Ellison y Michael Bloomberg— poseen una riqueza mayor que el 50% más pobre de la población mundial en términos de distribución de la riqueza[81].

El neoliberalismo como una ideología totalitaria

En el neoliberalismo se pueden identificar con facilidad los rasgos típicos del totalitarismo, es decir, los rasgos de las formas autoritarias de gobierno que impregnan todas las relaciones de la vida social.

El fascismo puede considerarse el prototipo del totalitarismo. Aunque tanto el fascismo como el neoliberalismo tienen un carácter totalitario, difieren sustancialmente en cuanto a su objetivo y carácter; por ejemplo, el neoliberalismo depende de la globalización, mientras que el fascismo depende de un marco nacional. No obstante, se pueden identificar algunas similitudes estructurales.

Una visión comparativa puede contribuir a comprender mejor por qué los representantes del neoliberalismo se sienten a veces fascinados por las posibilidades de las formas totalitarias de gobierno[82].

Tanto el neoliberalismo como el fascismo están unidos por su odio a "1789", es decir, a los logros sociales y políticos de la Ilustración. En ese año, la Asamblea Nacional francesa declaró los derechos civiles y humanos. Desde la perspectiva del neoliberalismo y el fascismo, ese año representa el Estado social y la democracia igualitaria. Ambos comparten un darwinismo social con su glorificación de los fuertes y su desprecio por los débiles. Ambos son elitistas y comparten el desprecio por el pueblo. Ambos exigen la adaptación y la completa subordinación a una ficción, el libre mercado por un lado, el "pueblo" étnicamente homogéneo por el otro.

■

~~CARACTERÍSTICAS DEL NEOLIBERALISMO~~	~~CARACTERÍSTICAS DEL FASCISMO~~
Origen histórico: Odio a "1789", el "socialismo" y la "democracia igualitaria"	Origen histórico: Odio a "1789", el "socia

1789 y los logros de la Ilustración

¿Cuáles fueron las posiciones simbolizadas por la fecha de 1789 que convirtieron al neoliberalismo y al fascismo en sus principales oponentes?

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, adoptada por la Asamblea Nacional francesa en 1789, formula en sus diecisiete artículos disposiciones fundamentales sobre los derechos naturales e inalienables de las personas y sobre las relaciones entre estas y el Estado. En el preámbulo, "los representantes del pueblo de Francia, constituidos en Asamblea Nacional" considerando que "la ignorancia, el olvido o el menosprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las calamidades públicas y de la corrupción de los gobiernos", adoptan una declaración sobre los derechos naturales e inalienables del hombre. Entre ellas se encuentran:

Artículo 1. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común.

Artículo 2. La finalidad de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Esos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

Artículo 3. La fuente de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún individuo, ni ninguna corporación pueden ser revestidos de autoridad alguna que no emane directamente de ella.

Artículo 6. La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen derecho a contribuir a su elaboración, personalmente o a través de sus representantes. Debe ser la misma para todos, tanto para proteger como para sancionar. Además,

puesto que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, todos ellos pueden presentarse y ser elegidos para cualquier dignidad, cargo o empleo públicos, según sus capacidades y sin otra distinción que la de sus virtudes y aptitudes.

Al igual que sus modelos americanos, esta Declaración se basa en la universalidad de los derechos humanos. Esto significa que no es necesario crearlos y concederlos primero.

La Declaración de 1789 formuló un programa político radical y trascendental, pues la igualdad de todas las personas según la ley natural y los derechos que de ella se derivan solo pueden realizarse mediante una democratización consecuente y reformas sociales radicales. Por lo tanto, los beneficiarios del orden gobernante se opusieron tan resueltamente como todos aquellos que albergan un profundo desprecio por el pueblo y que consideran que el gobierno de las élites es la única forma "razonable". Esto permite comprender el odio que tanto el neoliberalismo como el fascismo albergan contra el pensamiento simbolizado por 1789.

En el centro de la Ilustración está el objetivo de liberar la mente humana de las cadenas de sus prejuicios y convertir a las personas racionales en ciudadanos responsables. Del pensamiento de la Ilustración radical se pueden extraer varios principios centrales. El más importante puede describirse como humanismo universal, es decir, el reconocimiento de una igualdad fundamental de todos los seres humanos. Según Kant, el ser humano tiene "no solo un valor relativo, es decir, un precio, sino un valor intrínseco, es decir, la dignidad". Por lo tanto, no puede tener un "precio de mercado", porque como "persona", es decir, como ser racional autónomo, es un "fin en sí mismo" y nunca debe ser utilizado como medio para los intereses de otros.

El humanismo universal excluye toda idea de primacía del propio grupo biológico, social, cultural, religioso o nacional, en especial el racismo, el nacionalismo o el excepcionalismo.

Otro principio estrechamente relacionado con este es el derecho a la autodeterminación política. Todo ciudadano debe tener una

participación justa en todas las decisiones que afectan a su propia vida social. Así, todos los ciudadanos tienen derecho a una amplia participación democrática en todos los aspectos relevantes de la sociedad. Las áreas centrales de una sociedad, especialmente la economía, no deben quedar excluidas de la legitimación y el control democráticos. Todas las estructuras de poder deben demostrar su razón de ser y justificarse ante los ciudadanos; de lo contrario son ilegítimas y, por lo tanto, deben ser eliminadas.

Otro principio importante puede denominarse "universalismo moral": los criterios morales con los que evaluamos las acciones de los demás deben utilizarse también para evaluar nuestras propias acciones.

Desde el principio, hubo una enorme resistencia a estos principios en diversas corrientes de la llamada contrailustración. Se caracteriza por una negación de estos principios, en especial por actitudes que expresan una prioridad del propio grupo biológico, social, cultural, religioso o nacional. El neoliberalismo y el populismo de derechas forman, desde diferentes perspectivas, centros ideológicos esenciales de una contrailustración en la actualidad.

Los principios e ideas de la Ilustración radical se remontan a la historia de las ideas. Sin embargo, se formularon de forma especialmente sucinta durante la Ilustración. Desde entonces, se han perfeccionado y desarrollado continuamente en muchas direcciones[83]. Con probabilidad, representan los mayores logros sociales que hemos obtenido en la lucha milenaria por una sociedad humana. Hoy, en la época de una contrailustración radical, han sido prácticamente olvidados en la esfera pública de discusión, se les ha quitado su radicalidad y han degenerado en la retórica ilustrada de los discursos políticos dominicales. En consecuencia, prácticamente ya no están a nuestra disposición como ideas rectoras con las que podemos organizar mentalmente nuestras experiencias y concentrar de manera colectiva nuestra energía para el cambio y hacerlo efectivo. No solo estamos fragmentados socialmente, sino que estamos despolitizados, sumidos en gran medida en la apatía y la resignación política, y hemos sido desarraigados de lo mejor de nuestra historia social de las ideas. ¿Por qué? Para que sigamos

desorientados políticamente y olvidemos por qué vale la pena luchar.

No se trata de desarrollos casuales, sino del éxito de décadas de adoctrinamiento sistemático por parte de las élites gobernantes. Más de cincuenta años de democracia de élite nos han mostrado a dónde conduce este camino. Es el camino de la destrucción. La destrucción de la comunidad, la destrucción de la idea de comunidad, la destrucción de millones de vidas, la destrucción de la civilización y la cultura —especialmente en el tercer mundo— y la destrucción de nuestros fundamentos ecológicos. Los beneficiarios de esta destrucción no ven ninguna razón para cambiar sus costumbres. La energía necesaria para el cambio solo puede venir de abajo, de nosotros. Esa es nuestra tarea y nuestra responsabilidad.

1. Véase, por ejemplo, Hitchens (2001).

2. Sobre la historia de las ideas de este concepto, véase, por ejemplo, Thiele (2008).

3. Con el concepto de “soberanía popular” es importante tener en cuenta —como señala cuidadosamente Ingeborg Maus (2011)— que el término “popular” de este concepto no puede definirse positivamente, sino solo negativamente. El “popular” es una categoría puramente constitucional que no debe confundirse con una categoría sociológica o de otro tipo determinada de forma sustantiva. Este concepto de pueblo no conoce “ningún criterio étnico, cultural o sociológico que pueda justificar afiliaciones o exclusiones”. En particular, la “soberanía popular” significa que solo los no funcionarios, pero en ningún caso los funcionarios, tienen derecho a la soberanía de la legislación. Para una introducción esclarecedora a los conceptos básicos de la teoría democrática en la historia de las ideas, véase Thiel (2008).

4. Véase, por ejemplo, Finley (1973).

5. En la entrada de Wikipedia “Sesgo cognitivo” se pueden encontrar ejemplos de estas limitaciones de la racionalidad en la toma de decisiones.

6. Véase Simpson (1994).

7. Lynd (1949).

8. Para que la gente esté dispuesta a ver tal distinción como significativa y justificada, los acontecimientos históricos deben ser reinterpretados en consecuencia. Ingeborg Maus señala que en algunas de tales reinterpretaciones “las experiencias históricas con las élites políticas funcionales son mucho más negativas que lo que implica el desprecio imperante por la democracia de bases” y que, por regla general, los referendos “no han sacado a la luz en absoluto una estupidez política que hubiera igualado o incluso superado la de las élites políticas funcionales”.

9. El concepto evaluativo de las élites, tal y como subyace a esta distinción categórica entre “pueblo” y “élites”, se distingue de los conceptos sociológicos descriptivos de “élites funcionales” o “élites de poder”; por ejemplo, las “élites de poder” se definen operativamente, según C. Wright Mills, como aquellos grupos que disponen de medios de poder para impulsar decisiones políticas que tienen repercusiones nacionales o internacionales a favor de sus intereses.

10. Adler (2007).

11. Véase Mearsheimer (2003).

12. Arendt (1951: cap. 13).

13. Michels (1911).

14. Strauss (1995).

15. Lasswell (1927: p. 47).

16. La importancia de la avalancha de tonterías para la cuestión de cómo hacer que la gente acepte su servidumbre también fue reconocida por Aldous Huxley, quien escribió en 1958 que solía pensarse que la identificación de la propaganda era simplemente una cuestión de si un mensaje era verdadero o falso. Sin embargo, esta visión no tiene en cuenta lo que realmente ocurrió "en nuestras democracias capitalistas", es decir, que "el desarrollo de una industria de los medios de comunicación no se preocupa por lo correcto o lo incorrecto, sino por cosas más o menos completamente irrelevantes". En otras palabras, las primeras ideas sobre la propaganda no tuvieron en cuenta el deseo casi insaciable del ser humano de distraerse con trivialidades. En este caso, la cuestión más profunda sigue siendo qué factores sociales y psicológicos dan lugar a desarrollos psíquicos como el "afán por las futilidades" (y por la basura y los trastos) en primer lugar. Véase Huxley (1958).

17. Por lo tanto, estas técnicas son un elemento esencial de los métodos de la "pacificación" social y la generación de aquiescencia y consentimiento. Véase Fraser (2015) para los desarrollos históricos correspondientes en EE UU.

18. Friedman (2012).

19. Véase, por ejemplo, McCrisken (2002; 2003).

20. "Los EE UU son los únicos en la historia moderna que están convencidos de que están haciendo la obra de Dios al llevar su sistema político y económico a otros" (Kinzer, 2006).

21. "Está surgiendo un nuevo orden internacional, pero se está elaborando a la medida de los objetivos imperiales estadounidenses. El imperio se adhiere aquellas partes del ordenamiento jurídico transnacional que le convienen (la OMC, por ejemplo), mientras que ignora o incluso sabotea las partes (la Corte Penal Internacional, el Protocolo de Kioto, el Tratado ABM) que no le convienen" (Ignatieff, 2002). Véanse también Koskenniemi (2004) y Coates (2016).

22. Al evaluar las reglas y normas del derecho internacional, se plantea la cuestión de hasta qué punto su desarrollo no está ya configurado predominantemente por los intereses de las potencias coloniales y hegemónicas: "Si … se considera que los problemas actuales de inestabilidad mundial —las guerras en curso, la desintegración ecológica y las crecientes disparidades de ingresos o de bienestar social— no pueden ser resueltos por el actual régimen internacional, tal vez incluso como causados por las políticas y prácticas de los Estados 'civilizados', habrá que contar una historia diferente, que desafíe tanto el marco temporal del derecho

internacional como los preceptos del excepcionalismo estadounidense" (Saito, 2010: p. 228).

23. "Si ciertos actos y violaciones de los tratados son delito, lo son tanto si los lleva a cabo Estados Unidos como Alemania. No estamos dispuestos a establecer contra otros una norma de conducta penal que no estaríamos dispuestos a que se invocara contra nosotros" (Robert H. Jackson, citado en Taylor, 1993).

24. Sobre las cuestiones de la "justicia de los vencedores" y el doble rasero en el desarrollo del derecho penal internacional, véanse, por ejemplo, Mégret (2002) y Schabas (2012).

25. Los Estados Unidos han sido culpables de innumerables crímenes de guerra desde la Segunda Guerra Mundial y al mismo tiempo han desarrollado una "cultura de la impunidad que el derecho internacional ha convertido en la ley del más fuerte". "Si el país más poderoso del mundo —un país que todavía, décadas después del fin de la Unión Soviética, se autodenomina 'el líder del mundo libre'— puede violar las leyes internacionales de la guerra y los derechos humanos con total impunidad, ¿por qué debería tener límites cualquier otra nación?" (Gordon, 2016: p. 8).

26. Para conocer las características y manifestaciones del actual "zeitgeist populista", véanse, por ejemplo, Mudde (2004) y Abts y Rummens (2007).

27. Véase, por ejemplo, Mudde (2007).

28. Véase en https://bit.ly/3Mr38Sw.

29. Ludwig (1988: p. 265).

30. Russell (1922).

31. Incluso antes de que el sector de la educación se viera sometido a restricciones económicas a raíz de la revolución neoliberal, Ivan Illich afirmó, en 1971, que el sistema escolar "es al mismo tiempo un baluarte del mito social, la institucionalización de las contradicciones de este mito y el lugar del ritual que reproduce y disfraza las disonancias entre mito y realidad. Ninguna otra institución podría disfrazar de manera más eficaz a sus integrantes la profunda discrepancia entre los principios sociales y la realidad social del mundo actual". Véase Illich (1971/2003).

32. Shoup (2015).

33. Markel (1949).

34. Véase, por ejemplo, Huntington (1999): "Estados Unidos, por supuesto, es el único Estado con preeminencia en todos los ámbitos del poder —económico, militar, diplomático, ideológico, tecnológico y cultural— con el alcance y las capacidades para promover sus intereses en prácticamente todo el mundo. Ahora solo hay una superpotencia". O Karl Rove, uno de los asesores más importantes de George W. Bush, que dijo: "Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras estudias esa realidad —juiciosamente, como lo harás— actuaremos de nuevo, creando nuevas realidades, que también podrás estudiar, y así se arreglarán las cosas. Somos los actores de la historia y ustedes, todos ustedes, se limitarán a estudiar lo que

hacemos". Véase en https://nyti.ms/2Mx3SsR.

35. Krauthammer, como otros miembros de las élites estadounidenses, habla con razón de un "imperio". La cuestión de "si tiene sentido llamar a Estados Unidos un imperio o una hegemonía" también es examinada por Maier (2006). Según él, la diferencia es que "un imperio castigará a los desertores de su control, mientras que una hegemonía no hará más que confiar en los intereses comunes y la persuasión moral" (p. 64). En este sentido, Estados Unidos debe ser visto como un imperio y no simplemente como una potencia hegemónica.

36. El importante historiador de ideas estadounidense Richard Hofstadter escribe que ya en los inicios históricos "nuestro destino como nación no era tener ideologías, sino ser una" (Hofstadter, 1963: p. 43).

37. En su influyente libro Pax americana, publicado en 1967, el historiador estadounidense Ronald Steel no dejó que la guerra de Vietnam le disuadiera de su visión de un "imperialismo benévolo de pax americana", caracterizado por "la construcción de imperios con fines nobles y no por motivos tan bajos como el lucro y la influencia".

38. Para una comparación de este tipo, véase, por ejemplo, Parchami (2009).

39. Para un ejemplo típico, véase Condoleezza Rice (enero de 2000): "El poder militar de Estados Unidos debe ser seguro porque Estados Unidos es el único garante de la paz y la estabilidad mundiales".

40. George F. Kennan, Memo PPS23, de 28 de febrero de 1948, desclasificado el 17 de junio de 1974.

41. No se puede esperar, por supuesto, un análisis de realpolitik de las fuerzas motrices reales sobre las aspiraciones imperialistas. Debido a nuestra natural sensibilidad moral, podría dar lugar a la indignación. Por lo tanto, es mejor atenerse al marco ideológico de un "imperio benévolo". Para Barack Obama: "Eso es parte de lo que nos hace especiales como estadounidenses. A diferencia de los antiguos imperios, nosotros no hacemos estos sacrificios por territorio o por recursos. Lo hacemos porque es lo correcto. No puede haber una expresión más completa del apoyo de EE UU a la autodeterminación que dejar a Irak en manos de su pueblo. Eso dice algo de lo que somos" (véase en https://bit.ly/3Te0RMF). Charles S. Maier afirmó con precisión en Entre imperios: "La hipocresía es el tributo que el imperialismo paga a la democracia".

42. Chomsky (2017), Nugent (2008), Blum (2004) y McClintock (1992), entre otros, describen cómo es esa renuncia a los "sentimentalismos" en la realidad.

43. Williams (1980).

44. Véase en https://bit.ly/3fVZraZ.

45. Dentro de las élites de poder y funcionales, se da más o menos por sentado que las guerras económicas en el llamado tercer mundo —en la tradición de la "diplomacia del cañonero" de las potencias coloniales— pueden ser necesarias para asegurar "las rutas comerciales libres y el suministro de materias primas".

Véanse las directrices de política de defensa de 2011, en https://bit.ly/2Ni1tj0.

En 2002, el entonces ministro de Defensa del SPD, Petr Struck, lo dejó claro: "Hoy, la seguridad de la República Federal de Alemania se defiende también en el Hindú Kush". Y en 2010, el entonces presidente federal Horst Köhler estuvo de acuerdo con él, diciendo que "en caso de emergencia, la acción militar también es necesaria para proteger nuestros intereses". Por supuesto, no se podía esperar que el pueblo sacara conclusiones adecuadas de tal apertura, lo que llevó a la dimisión de Köhler.

46. Tal y como se formula en el documento de estrategia Joint Vision 2020, publicado por el Departamento de Defensa estadounidense el 30 de mayo de 2000. Véase en https://bit.ly/3SQKpls.

47. Véase en https://nyti.ms/3EpNyVc. Véanse también, por ejemplo, Valentine (2017) y Johnson (2004).

48. Véase en https://bit.ly/3CHlivT.

49. George Friedman (Stratfor), 5 de abril de 2015, Consejo de Chicago sobre Asuntos Globales.

50. Véase la lista de bases militares rusas en el extranjero en Wikipedia.

51. Sobre las bases militares estadounidenses, véanse Vine (2015) y Nick Turse (2017).

David Vine (2005), “Operaciones especiales, guerras en la sombra y la edad dorada de la zona gris”. Véase en https://bit.ly/3T6xuM6.

“Los Estados Unidos probablemente tienen más bases militares en el extranjero que cualquier otro pueblo, nación o imperio de la historia”, The Nation, 14 de septiembre. Véase en https://bit.ly/3SZQGLw.

52. Boris Yeltsin, primer presidente de Rusia entre 1991 y 1999, abrió el país, con las consabidas consecuencias de un capitalismo depredador y del saqueo por parte de oligarcas y consorcios occidentales. Tal “curso de las reformas” de Yeltsin correspondía exactamente a las ideas de “democratización” de Estados Unidos y la UE. Por ello, la reelección de Yeltsin en 1996 fue organizada en gran medida por Estados Unidos. Como informó Der Spiegel (15/7/1996): “Los estadounidenses habían organizado la campaña electoral de Boris Yeltsin. Solo después de su victoria, la revista estadounidense Time presentó todos los detalles de la intervención extranjera en los asuntos internos de Rusia”.

53. Arno Schmidt (1958).

54. Véase en https://bit.ly/3VjCKOy.

55. En contraste con estas, existen, por supuesto, innumerables ONG que representan importantes instrumentos para una “globalización desde abajo”. Véase, por ejemplo, Altvater y Brunnengräber (2002).

56. Véase, por ejemplo, Roelofs (2003).

57. Roy (2003).

58. Estas técnicas de “poder blando” para provocar un “cambio de sistema” en Rusia están en continuidad con las técnicas de una “infiltración cultural occidental” desarrolladas durante la Guerra Fría (Hixson) en la Unión Soviética. Véanse Hixson (1998) y Schwartz (2009).

59. Véase en https://bit.ly/3CN6Jam.

60. Esta forma de “promoción de la democracia” por parte de Estados Unidos, en forma de influencia masiva en las elecciones, no se limita a Estados “enemigos” como Rusia. Estados Unidos también ha interferido y sigue interfiriendo masivamente en las elecciones de países “amigos” mediante operaciones encubiertas. Especialmente en Grecia, Italia, Francia y Alemania, se aseguró repetidamente en el periodo de posguerra que los resultados de las elecciones cumplían los requisitos de una “democracia americana”. Véanse, por ejemplo, Chomsky (1992) y Levin (2016).

61. Sobre los antecedentes generales de los conceptos de democracia en la historia de las ideas, véase, por ejemplo, Saage (2005).

62. Sobre la idea y la práctica de la democracia en la antigua Grecia, véanse, por ejemplo, Nippel (2008) y Finley (1973). La diferencia entre la concepción antigua de la democracia y la moderna adquirida en la Ilustración radica en la idea de una estricta división funcional de poderes entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial. En la concepción antigua, el pueblo no solo tenía la soberanía para legislar sino también para aplicar la ley. En la concepción radicalmente democrática y al mismo tiempo

constitucional de la Ilustración, el pueblo tiene la soberanía indivisa de la legislación, pero no de la aplicación de la ley. Al mismo tiempo, todos los aparatos del Estado se limitan a la mera ejecución de las leyes establecidas democráticamente.

63. Véase, por ejemplo, Roberts (1994).

64. Véanse Nedelsky (1990) y Rittstiege (1975). Por eso, como recuerda Gerstenberger (2017: p. 92), la liberación de los esclavos nunca fue un objetivo de la Revolución americana. "No solo la esclavitud, sino también su prohibición contradecía los fundamentos de la Constitución estadounidense, ya que esta última —como se señaló anteriormente— solo había surgido porque los padres fundadores habían acordado aceptar también la propiedad privada de los seres humanos como lícita".

65. Wood (2010).

66. "La representación, al menos como idea política y práctica, surgió solo a principios de la modernidad y no tuvo nada que ver con la democracia" (Pitkin, 2004).

67. Como señala Klarman (2016): "La tendencia predominante de la convención no solo era nacionalista, sino también sorprendentemente antidemocrática, incluso para los estándares de la época". Bouton (2007: pp. 261-263) escribe: "No nos equivoquemos: la élite fundadora restringió el significado y la práctica de la democracia de formas fundamentales que siguen dando forma a nuestro gobierno y a nuestra sociedad en la actualidad. [...] Al transformar la democracia en un concepto que fomentaba la acumulación desinhibida de la riqueza en lugar de la igualdad de la misma, la élite fundadora —y las generaciones

posteriores de élites— domesticaron lo que no podían vencer". Engels (2015) ve en los conceptos de los federalistas, especialmente en la forma de "democracia representativa" que desarrollaron, una nueva variante de la antigua "misodemia", el odio a la democracia: "El federalista actualizó y alteró fundamentalmente estos antiguos discursos misodémicos, desechando el vocabulario más tradicional de los pocos y los muchos y, en su lugar, medicalizando la misodemia, marcando la democracia como incubadora de las "enfermedades" propias de los "organismos públicos". Véanse también Horne (2014) y Engels (2010).

68. Véanse, por ejemplo, Arendt (1963), Manin (2007) y Maus (2011).

69. "¡Ma voti! Votiamo tutti fino alla noia e fino alla imbecilità!", citado según Tasca (1938).

70. Un compromiso serio con la idea central de la democracia conduce inevitablemente a cuestiones muy difíciles y profundas, como las que se debaten en el ámbito de la teoría democrática. Existe una gran cantidad de literatura especializada sobre este tema. Sin embargo, los conocimientos adquiridos en ella requieren mediadores intelectuales adecuados para que puedan estar disponibles en el espacio de debate público y, por lo tanto, ser socialmente eficaces. He aquí solo tres ejemplos de libros que, con diferentes preocupaciones, proporcionan esa mediación. Daniela Dahn, reconocida ensayista y cofundadora en 1989 del grupo de oposición de la RDA "Demokratischer Aufbruch", defiende en su brillante ensayo de 2013, Wir sind der Staat! Warum Volk sein nicht reicht (¡Somos el Estado! Por qué no basta con ser pueblo), una concepción radical de la democracia en la tradición de los grandes ilustrados populares del siglo XVIII, en el que presenta los problemas centrales de la teoría de la democracia de forma clara y comprensible y los relaciona con nuestro presente político-social. El libro de la destacada historiadora social marxista Ellen Meiksins

Wood (2010) Democracia contra capitalismo traza las transformaciones conceptuales de la comprensión de la democracia desde la antigüedad hasta la modernidad en el contexto de una crítica exhaustiva del capitalismo. Y en su libro de 2004, Política y perspectiva: continuidad e innovación en el pensamiento político occidental, Sheldon Wolin, uno de los más importantes teóricos democráticos y filósofos políticos contemporáneos, ofrece una visión general del amplio mapa intelectual del desarrollo de las concepciones de la democracia.

71. “Nos hemos acostumbrado tanto a la fórmula de la “democracia representativa” que la mayoría de las veces olvidamos que esta idea estadounidense fue una novedad. En su forma federalista, significaba que lo que hasta entonces había sido entendido como la antítesis de la autodeterminación democrática ya no solo no era compatible con la democracia, sino constitutiva de ella: no el ejercicio del poder político, sino el rechazo del mismo, su transferencia a otros, es decir, su alienación” (Wood, 2010: p. 219).

72. Maus (2011: p. 19). Esto se puede ver, entre otras cosas, en el hecho de que las decisiones de los empoderados por el pueblo a través de las elecciones están determinadas esencialmente por las preferencias del 1% más alto de la distribución de la renta, mientras que las preferencias del 50% más bajo no tienen prácticamente ninguna influencia en las decisiones políticas socialmente relevantes, como se demostró para Estados Unidos en el estudio empírico de Gilens y Page (2014).

73. Ya en 1919, Max Weber expresó su preocupación por el hecho de que la representación proporcional, con sus elecciones por lista, convirtiera al parlamento en un órgano en el que las personalidades “que actúan por mandato ‘imperativo’ de los intereses económicos” marcaran la pauta (Weber, 1988: p. 502).

74. El sentimiento resultante de profunda impotencia política puede conducir a una mayor disposición por parte de los votantes a identificarse con la persona “fuerte” fantaseada como salvadora; los “portadores de esperanza” carismáticos y los líderes autoritarios, generalmente de mentalidad nacionalista, son especialmente adecuados para este propósito.

75. En estas condiciones, las elecciones solo pueden decidir —en palabras de Karl Marx— “qué miembro de la clase dominante va a aplastar y pisotear al pueblo en el parlamento”.

76. Ingeborg Maus habla en general de una “refeudalización de todo el sistema jurídico”. En la política medioambiental, por ejemplo, los conflictos se retiran de la esfera política y se trasladan a los tribunales; así, la atención de la población que protesta se desvía a este escenario secundario de la justicia que, sin embargo, es básicamente impotente desde el punto de vista político para iniciar un cambio fundamental en la dirección del desarrollo actual. En el contexto de este desplazamiento de las cuestiones sociales de la esfera política al ámbito de las decisiones jurídicas, “la mera tramitación judicial de los casos individuales de daños ambientales crea privilegios verdaderamente feudales para los millones de perpetradores reales que invalidan fundamentalmente el universalismo del derecho moderno” (Maus, 1991). Véase también Grear y Weston (2015).

77. Según el economista Jeffrey D. Sachs, director de la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de la ONU, las decisiones del aparato político de Estados Unidos están dominadas por cuatro pilares económicos: “el complejo militar-industrial, el complejo Wall Street-Washington, el gran complejo petrolero-transporte-militar y la industria sanitaria” (Sachs, 2011). Para otros análisis y conclusiones sobre los centros reales de poder en Estados Unidos, véanse, por ejemplo, Domhoff (1990, 2013, 2014) y Lofgren (2016). Véase también en https://bit.ly/3Cm42ef.

78. El treaty shopping se considera un medio de evasión fiscal. Los tratados fiscales bilaterales se hacen para que los residentes de dos países se beneficien mutuamente, y el treaty shopping se produce cuando alguien de un tercer país invierte en alguno de ellos solo para obtener los beneficios de una baja tributación.

79. “A través de la “compra creativa de tratados”, las empresas pueden obtener protección jurídica internacional para sus contratos con países extranjeros (contratos estatales). Bajo esta égida, estos contratos se convierten en instrumentos jurídicos internacionales con prioridad sobre el derecho nacional posterior en conflicto, incluido el derecho público y la reglamentación” (Arato, 2015: p. 231).

Arato muestra, desde un punto de vista jurisprudencial y sobre la base de los casos legales internacionales, las “patologías” de este desarrollo legal de una “emergencia de las corporaciones como legisladores en gran medida autónomos” (p. 284). La práctica del arbitraje se basa en un concepto máximo de “primacía del derecho de propiedad sobre otros valores domésticos inimaginable en la mayoría de las sociedades modernas”. La evolución del derecho internacional impulsada por las empresas les otorgaría derechos sin precedentes, pero sin someterlas al mismo tiempo a la responsabilidad legal: “El derecho internacional ni siquiera tiene normas para atribuir actos a las empresas, y mucho menos para asignarles responsabilidad civil o penal. [...] Las empresas globales pueden remodelar la legislación nacional de sus socios comerciales a su imagen y semejanza, con efectos tangibles para la población del Estado anfitrión. Al mismo tiempo, su poder emergente no tiene contrapeso a nivel internacional, en forma de responsabilidad jurídica internacional u otros mecanismos de responsabilidad” (p. 291 y ss.).

Durkee (2017) muestra que los actores corporativos y financieros utilizan sistemáticamente técnicas de astroturf, “mediante las cuales las entidades empresariales obtienen acceso a los legisladores internacionales a través de grupos de fachada que ocultan la

identidad de la empresa con ánimo de lucro, que es realmente el actor relevante". Esto ocurre con más fuerza cuando las organizaciones empresariales captan una ONG ya existente o forman su propia ONG con un estatus no lucrativo que declara una misión que oculta los verdaderos intereses de la empresa" (p. 232).

80. La formación de la conciencia pública necesaria para estos desarrollos requirió décadas de amplio adoctrinamiento en profundidad por parte de los medios de comunicación, "propaganda corporativa", escuelas y universidades. Véanse Chomsky (1989), Fones-Wolf (1994) y Carey (1997).

81. Véase en https://bbc.in/2vTiRDM.

82. Esto lo dijo muy claramente Ludwig von Mises: "No se puede negar que el fascismo estaba lleno de las mejores intenciones. El mérito que el fascismo adquirió vivirá en la historia para siempre" (Mises, 1927).

En su ensayo La esencia del fascismo, Polanyi comentó sobre los "liberales de la escuela de Mises": "El fascismo se aprueba como la salvaguarda de la economía liberal".

Friedrich Hayek se pronunció claramente en contra de la dictadura como forma permanente de gobierno, pero en 1981 expresó la opinión de que en las fases de transición —refiriéndose en particular a la dictadura de Pinochet en Chile— la dictadura podría ser necesaria y que preferiría una dictadura neoliberal a una no neoliberal.

Para más información de fondo, véanse, por ejemplo, Meadowcroft y Ruger (2014) y Farrant y McPhail (2014).

83. La obra de Ingeborg Maus es una de las contribuciones más

importantes a este desarrollo de las ideas sociopolíticas de la Ilustración. Maus ha reconstruido cuidadosamente el principio central de la democracia, es decir, la conexión entre la soberanía popular, los derechos humanos y el Estado de derecho, a partir de las ideas de la Ilustración radical, y se lo toma en serio en sus implicaciones radicales para una teoría de la democracia.

El adoctrinamiento neoliberal Conversación con Jens Wernicke para NachDenkSeiten

El neoliberalismo es todo un fenómeno como ideología social. No solo hace creer a los pobres y débiles que son los culpables de su miseria; también se las arregla para que la verdadera magnitud de la pobreza apenas se revele a la opinión pública; que el sistema sanitario sea cada vez más inhumano a pesar de que el gasto es cada vez mayor; que las obras sociales se erosionen y casi nadie haga nada al respecto; que se produzca un auténtico "boom de refeudalización" en el país a través de las fundaciones, y que los inversores apunten ahora a la privatización del sistema educativo público. NachDenkSeiten conversó con Rainer Mausfeld sobre cómo nublar la mente de las personas mediante las técnicas psicológicas adecuadas para hacer imposible, en gran medida, la resistencia a esta ideología inhumana.

Señor Mausfeld, como investigador de la percepción y la cognición, hace poco que usted alcanzó una cierta fama, de forma inesperada y repentina, cuando una conferencia suya sobre "¿Por qué callan los corderos?" tuvo una inmensa repercusión en YouTube. Casi 200.000 personas la han visto, y el número sigue creciendo. ¿Cómo se explica tal interés?

Tal repercusión me sorprendió porque la conferencia es bastante árida y a ratos académica. En cuanto al contenido, simplemente intento, desde una determinada perspectiva, llevar algunos hechos a un orden mental interno. Tal vez esto se perciba como algo útil, ya que en la avalancha de información fragmentada a la que nos enfrentamos, en especial en la esfera sociopolítica, los contextos se pierden cada vez más, lo que dificulta o incluso imposibilita que nos formemos nuestras propias opiniones.

¿Cómo surgió esta conferencia?

La conferencia, que retoma algunos temas que también trato en los cursos de psicología, estaba destinada únicamente a un pequeño círculo de estudiantes y amigos. Temáticamente, la conferencia no pertenece a mi campo de trabajo, la investigación sobre la percepción y la cognición.

Las similitudes entre mi área y el tema sociopolítico de la conferencia se encuentran menos en el plano del contenido que en el metodológico. Pues en la investigación básica, al igual que en el campo de la sociopolítica, solo podemos conservar un grado de autonomía frente al zeitgeist respectivo si nos preguntamos primero desde qué fondo ideológico-histórico e histórico-social se ha desarrollado y qué premisas tácitas y prejuicios ocultos están contenidos en la formulación de un tema o de una pregunta.

Por naturaleza, todos somos capaces de ese “cuestionamiento”, solo hay que decidirse a hacer uso de esa capacidad; esta fue precisamente la idea principal de la Ilustración. Este ejercicio suele ser laborioso y requiere práctica, pero comprender mejor el contexto de las cosas resulta más satisfactorio.

Y, por cierto, la práctica también lleva su tiempo, lo que hace comprensible que la capacidad de ver a través de las mentiras y las manipulaciones estén marcadas por grandes disparidades sociales.

Exacto. Es precisamente en este aspecto donde los científicos tienen una obligación social particular. Son hábiles en la obtención de información y en el tratamiento de la misma. Saben transmitir sus conocimientos de forma oral y escrita. Y están, o deberían estar, comprometidos con la verdad en virtud de su ética profesional. Esto se traduce en una responsabilidad social de no rehuir la confrontación con el poder y las ideologías que lo sirven, si es necesario.

Por desgracia, la realidad es diferente. Por supuesto, esto también se debe —no solo en las universidades— a los mecanismos de desarrollo profesional. Es comprensible, sobre todo en el ámbito sociopolítico, que decir la verdad, las consecuencias de nuestra curiosidad natural y el gusto por nuestra autonomía no sean recibidas con entusiasmo por todos. Al fin y al cabo, si entendemos mejor las cosas, podríamos empezar a hacer preguntas que podrían poner en peligro el estatus del respectivo establishment.

Por lo tanto, en todos los sectores de la sociedad, el establishment tiene interés en garantizar que las instituciones educativas y los medios de comunicación mantengan las oportunidades para reconocer los contextos significativos dentro de los límites adecuados.

La fragmentación —ya sea a través del conocimiento educativo burgués, de una educación escolar orientada a PISA, de los estudios "orientados a la competencia" o de los medios de comunicación— no es una casualidad, sino un proceso intencionado, una especie de instrumento de dominación.

¿Es posible que la reforma de Bolonia haya agravado este problema en las universidades? En NachDenkSeiten sostuvimos, hace unos años, que las reformas actuales debían entenderse como un instrumento de dominación o el establecimiento de nuevos mecanismos de dominación en el ámbito de la educación.

Sí, lo ha hecho, y lo ha sido en una proporción y con una sistematicidad probablemente diferente a cualquier otro acontecimiento en la historia de la educación y la formación. A raíz de la "revolución desde arriba" neoliberal, todo el sistema educativo también fue sometido a categorías económicas. La tarea de la universidad es ahora la producción de "capital humano" conforme al mercado. En este sentido, la tarea de los estudiantes consiste en optimizar su "competencia de utilización externa" para poder ser utilizados de forma flexible en el mercado laboral. La interiorización de dicha actitud y la sumisión a la misma se

denominan entonces “autorrealización”. Semejante perversión de la idea de desarrollar las propias inclinaciones y capacidades conduce de manera inevitable a la fragmentación intelectual y psicológica de los alumnos y también a grandes temores sobre el futuro. Por razones obvias, ambos perjudican la posibilidad y la voluntad de cuestionar las cosas y conducen a la despolitización, incluso al letargo político.

El sentimiento de impotencia política, a menudo combinado con la latente desesperación o incluso la ira, parece estar muy extendido no solo entre los estudiantes, sino que actualmente llega a casi todos los ámbitos.

Sí, y no me extraña, porque el sistema educativo es solo un aspecto de los sistemas de adoctrinamiento actuales, mucho más amplios y profundos. Puesto que son inhumanos en el sentido literal de la palabra, es decir, que sirven a objetivos contrarios a la naturaleza de nuestras mentes y son, por lo tanto, contrarios a la naturaleza del ser humano, van acompañados casi inevitablemente de enormes costes psicológicos.

Estos métodos podrían llamarse sistemas de adoctrinamiento neoliberal. El neoliberalismo pretende, precisamente, producir consumidores que solo encuentran una identidad social como consumidores en una sociedad atomizada. La “libertad” de una persona, según la concepción perversa del neoliberalismo, se refiere al hecho de que esta debe someterse a las fuerzas del “libre mercado”, es decir, que debe ser “liberada” de todas las ataduras sociales y quedar, por lo tanto, desarraigada. Si fracasa en el “mercado”, no debe culpar a las condiciones sociales por ello, sino atribuirlo a su fracaso individual. Sin embargo, solo puede adoptar esa actitud pagando el precio de las deformaciones psíquicas, en especial los miedos y las depresiones sociales.

De esta manera, se puede silenciar a las personas y acallarlas sin necesidad de ponerles una mordaza, y se les puede privar de su resistencia “sana” contra las condiciones patógenas.

Como dijo Bert Brecht: “Hay muchas maneras de matar. Pueden clavarte un cuchillo en el vientre, quitarte el pan, no curarte de una enfermedad, meterte en una mala vivienda. empujarte hasta el suicidio, torturarte hasta la muerte por medio del trabajo, llevarte a la guerra, etc. Pocas de estas cosas están prohibidas en nuestro Estado”.

Y no solo eso. También se puede influir, asustar, manipular, atemorizar y hacer que una persona se someta de diversas maneras a influencias diametralmente opuestas a sus intereses vitales. Lo único es que esto no carece de consecuencias.

Ya se ha demostrado que el capitalismo conlleva un nivel especialmente alto de trastornos mentales. Richard Wilkinson y Kate Pickett lo han vuelto a demostrar meticulosamente en su libro La igualdad es la felicidad utilizando una gran cantidad de datos cuantitativos. Sin embargo, el neoliberalismo arroja, de manera perversa, los trastornos provocados por la sociedad contra el propio individuo, sometido ahora a la compulsión de “moldearse” con medidas adecuadas para ser más utilizable por los demás. Esto se aplica a todos los tipos de comportamiento incompatibles con la función deseada para un consumidor.

Por lo tanto, con la creciente influencia del pensamiento neoliberal, también encontramos una tendencia creciente hacia los instrumentos disciplinarios, como una tendencia hacia el “Estado terapéutico” y también un crecimiento de una industria penitenciaria privada. De todas las naciones del mundo, EE UU tiene el mayor porcentaje de su población en prisión. La población estadounidense constituye el 4,4% de la población mundial, pero representa el 22% de todos los presos del mundo.

Dado que el neoliberalismo solo puede ser eficaz en la medida en que consiga alienar a las personas de sus propios intereses y sentido de pertenencia social, necesita instrumentos disciplinarios adecuados para mantener bajo control las consecuencias psicológicas y sociales de esta alienación.

Hablemos brevemente de cómo cataloga su crítica. ¿Qué entiende exactamente por "neoliberalismo"? ¿Qué significa para usted?

El pensamiento neoliberal proviene de muchas y muy heterogéneas fuentes. Como concepción económica-social unificada no existe "el" neoliberalismo. Sin embargo, existe un neoliberalismo políticamente organizado y efectivo, es decir, un neoliberalismo real.

Su concepción ideológica se puede caracterizar con relativa facilidad con lo que propagan las élites en los medios de comunicación —con el apoyo de think tanks propagandistas como la Fundación Bertelsmann, la Iniciativa de la Nueva Economía Social de Mercado, el Instituto de la Economía Alemana y otros— y las facultades de economía. Las palabras clave para ello son suficientemente conocidas; los ejemplos típicos de la "neolengua" neoliberal son: "liberalización", "impulsar reformas", "reducir la burocracia" o "austeridad".

A esta ideología se le intenta dar un barniz científico mediante "teorías económicas" apropiadas, tal y como se presentan en los seminarios de las facultades de Economía. Sin embargo, en última instancia, estas teorías se basan en absurdos teóricos, en una fantasía intelectual impulsada por la necesidad de redistribución. Se basan en la fantasía de un "libre mercado" que se autorregula racionalmente, en el que opera el ficticio ser Homo oeconomicus, es decir, el ser humano racional y maximizador de beneficios que conoce todas las opciones de decisión concebibles y, al mismo tiempo, puede supervisar todas las consecuencias de sus actos.

Esta idea de la mente humana resulta insuficiente para cualquiera cuya visión no esté nublada por la ideología. Tal concepción constituye un modelo matemático idealizado que tiene la ventaja de poder absorber todas las discrepancias evidentes con la realidad, con la flexibilidad de las construcciones del pensamiento escolástico mediante supuestos adicionales adecuados.

Como teoría económica, el neoliberalismo tiene tantas contradicciones e incoherencias internas que debería haber perecido hace tiempo: es una especie de patología intelectual, como han señalado una y otra vez los expertos económicos. Recientemente, Philip Mirowski en su libro Undead Live Longer: Why Neoliberalism is Even Stronger After the Crisis, y Wendy Brown, en Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution, recapitularon esto y lo presentaron desde diferentes perspectivas. Pero, de nuevo, el efecto será probablemente nulo, porque el neoliberalismo es por completo inmune a los argumentos: le basta con ser políticamente poderoso.

La ciencia, al menos en este ámbito, parece haber asumido el papel que antes desempeñaba la Iglesia: al servicio del poder gobernante y de su legitimación ideológica. ¿Puede dar un ejemplo concreto de las contradicciones que menciona? ¿Qué quiere decir exactamente?

Pues bien, la contradicción fundamental, al menos en el neoliberalismo actual, es la que existe entre el "libre mercado" que tanto se canta en la retórica neoliberal y el hecho de que el neoliberalismo no teme más que a un mercado verdaderamente libre. El "libre mercado" solo está pensado para los económicamente débiles, ya sean individuos o Estados, mientras que los económicamente fuertes, en especial las grandes empresas, deben ser protegidos de estas mismas fuerzas por la intervención del Estado. El neoliberalismo necesita para sus objetivos reales, a saber, una redistribución y acumulación constante, un Estado fuerte que regule la "libertad de mercado" en su propio espíritu.

Un ejemplo con graves consecuencias son las subvenciones agrícolas. Estados Unidos y la UE subvencionan su agricultura con unos 1.000 millones de dólares al día. Si los países ricos eliminaran estas intervenciones en el "libre mercado", los países en desarrollo podrían aumentar sus exportaciones agrícolas en más de un 20% y los ingresos rurales en unos 60.000 millones de dólares al año, una cantidad superior a la ayuda total al desarrollo de la UE. Además, existen restricciones a la importación y otros obstáculos con los que la UE y Estados Unidos cierran sus mercados a las importaciones de

los países en desarrollo. Al mismo tiempo, se priva a las naciones pobres del derecho a configurar sus propias economías ya que deben someterse a la "disciplina de mercado" y abrir sus mercados a las empresas transnacionales, para las que se convierten en una reserva de mano de obra y materias primas baratas, mientras que los países ricos persiguen el proteccionismo. Esta es la realidad del "libre mercado".

En la tradición del pensamiento neoliberal, sin embargo, también hay variantes que realmente se toman en serio la idea del libre mercado y rechazan cualquier tipo de intervención estatal, como Murray Rothbard o, en su estela, Walter Block y Hans-Hermann Hoppe. Según estos pensadores neoliberales, incluso los niños no son más que una forma de propiedad y, por lo tanto, pueden venderse en el libre mercado; además, el Estado no puede, por ejemplo, imponer a los padres la obligación legal de proporcionar alimentos a sus hijos.

Estos sistemas de pensamiento pueden —si se prescinde de la arbitrariedad y el absurdo de sus premisas— tener cierta consistencia interna como ejercicio intelectual. Son instructivos en la medida en que llevan la idea de un mercado radicalmente libre, sin "restricciones" morales, a su consecuencia lógica y profundamente inhumana. Ni siquiera los ricos querrían vivir en una sociedad tan distópica.

En resumen, el neoliberalismo actual siempre ha estado en bancarrota intelectual. Sin embargo, como una especie de "filosofía casera" de los ricos y las grandes empresas es políticamente muy poderosa.

Hay críticos del neoliberalismo, como Jamie Peck, que creen que hace tiempo que este perdió su juicio y que solo sus extremidades se mueven todavía de forma reflexiva y cada vez más errática sobre el globo. Inevitablemente, el neoliberalismo ha tenido que adoptar cada vez más rasgos autocráticos.

Mientras tanto, hay una gran cantidad de datos empíricos que muestran que el neoliberalismo no logra sus metas declaradas, como generar crecimiento o aumentar la prosperidad general. Fundamentalmente en el llamado tercer mundo, y cada vez más en

Europa, sus consecuencias son evidentes. Jean Ziegler, antiguo Relator Especial de la ONU sobre el derecho a la alimentación, afirma: “El fascismo alemán necesitó seis años de guerra para matar a 56 millones de personas; el orden económico neoliberal puede hacerlo fácilmente en poco más de un año”.

El neoliberalismo crea un desastre tras otro en todo el mundo. Sin embargo, y de forma aparentemente paradójica, sale reforzado de cada desastre y se vuelve a recomendar de inmediato como “terapia”. Este no solo alimenta las crisis, sino que se alimenta de ellas, aprovechando sus contradicciones e incoherencias internas. Esto plantea interesantes cuestiones sobre sus objetivos reales.

Esto me hace pensar en David Harvey, cuya maravillosa Breve historia del neoliberalismo está adornada con la siguiente nota: “Economistas de renombre como Joseph Stiglitz, exdirector del Banco Mundial, llevan mucho tiempo criticando los ‘excesos’ del neoliberalismo y lamentando la creciente desigualdad social como su subproducto indeseable”. Se equivoca, dice David Harvey: “¿Por qué nunca se les ocurre a estas personas que la desigualdad social puede haber sido el propósito desde el principio?”. El giro neoliberal, sostiene Harvey, se puso en marcha en la década de 1970 con el único propósito de restaurar el poder de clase de una élite social que temía que sus privilegios se vieran permanentemente reducidos.

Ese es precisamente el punto crucial. Solo cuando nos demos cuenta de ello podremos comprender la eficacia política de esta ideología intelectualmente en quiebra. De hecho, el neoliberalismo no pretende en absoluto “mercados libres”. Más bien pretende una redistribución radical, de abajo a arriba, de lo público a lo privado y del sur al norte. Para ello, debe dejar a los económicamente débiles, ya sean individuos o Estados, sin ninguna protección frente a las fuerzas del “mercado” y, al mismo tiempo, garantizar que los económicamente fuertes cuenten con las condiciones adecuadas para un aumento del capital por parte de un Estado fuerte. El neoliberalismo, que siempre está dispuesto a tachar de socialista la

intervención del Estado en la economía, es en realidad una especie de socialismo neoliberal, es decir, un socialismo para los ricos, a los que pretende proteger de las fuerzas del mercado mediante la regulación estatal.

Es una revolución de los ricos contra los pobres. Pero como los pobres son la mayoría, una revolución de este tipo está, por supuesto, llena de riesgos, especialmente en las democracias. Por lo tanto, ayuda extraordinariamente si se atomiza la población, se fragmentan y particularizan todos los movimientos sociales y, al mismo tiempo, se desarrolla una nueva conciencia de clase como beneficiarios de la redistribución.

Esto es exactamente lo que ha ocurrido con mucho éxito en los últimos años. El comentario de Warren Buffett a este respecto en 2006 —"Hay guerra de clases, es cierto, pero es mi clase, la clase de los ricos, la que está haciendo la guerra, y estamos ganando"— debe entenderse solo como un desliz de franqueza, pero no en su contenido. La canción de batalla en esta lucha de clases es el cuento de hadas de las bendiciones de un "libre mercado", para cuyo desarrollo hay que desmantelar toda intervención estatal. El neoliberalismo negaría, por supuesto, que se trata de una guerra de los ricos contra los pobres; y al hacerlo podría señalar con razón que, después de todo, está promoviendo de manera imparcial la riqueza y la pobreza en igual medida.

A nivel mundial, los 500 mayores consorcios controlan ahora más del 50% del producto nacional bruto. Las 85 personas más ricas del mundo, como informó últimamente Oxfam, poseen más que el 50% más pobre de la población mundial junta, es decir, los 3.600 millones de personas más pobres del mundo. Y pronto el 1% más rico poseerá más de la mitad de la riqueza total del mundo. Según el cuento de hadas neoliberal, esto también es un efecto de las leyes naturales racionales del "libre mercado", que no es provocado de manera intencional por nadie y, por lo tanto, no es responsabilidad de nadie.

Los que critican esto solo atestiguan su completa falta de comprensión de lo que son las leyes naturales. Porque tampoco hay alternativa a ellas.

El neoliberalismo es, después del colonialismo europeo, el mayor proyecto de redistribución global de la historia. No es de extrañar que sea necesario un considerable esfuerzo de adoctrinamiento y disciplina para que la población acepte e incluso se una a este canto de guerra contra su propia experiencia real y sus propios intereses.

Por favor, explique un poco más. ¿De qué "mecanismos de adoctrinamiento" estamos hablando? ¿Qué quiere decir con esto?

Pues bien, en una democracia es importante que el objetivo real de la redistribución desde abajo hacia arriba se oculte y se haga invisible para la población mediante un adoctrinamiento adecuado. Esto no difiere de los intereses hegemónicos e imperiales que, por ejemplo, se ocultan a la población con una retórica de "intervención humanitaria" o "promoción de la democracia".

En las democracias, el neoliberalismo no sería políticamente viable si no lograra conquistar las mentes y moldear y controlar la opinión pública a su favor. Esto solo puede ocurrir sobre la base de sistemas de adoctrinamiento que son psicológicamente muy sofisticados y que impregnan todos los ámbitos de nuestra vida.

Las bases de tales sistemas siempre han sido proporcionadas por voluntariosos intelectuales más comprometidos con los intereses de los poderosos que con la verdad, y que son convenientemente promovidos y recompensados por ello. Las fundaciones, los think tanks y las ONG tienen una importancia que no debe subestimarse. Las fundaciones y las ONG a las que apoyan las élites económicas tienen una importancia central en el neoliberalismo, porque pueden convertir la riqueza privada en poder político con exenciones fiscales que luego ennoblecen con el barniz de la utilidad pública y la filantropía.

¿Cómo funciona esto, qué "mecanismos" concretos hay? ¿Cómo nos manipulan exactamente?

Es muy difícil siquiera imaginar la amplitud y profundidad de estos sistemas de adoctrinamiento que ha desarrollado el neoliberalismo, los más sofisticados y eficaces con los que se ha difundido una ideología política. Ahora están tan profundamente anclados en todos los ámbitos de la vida social e incluso privada que ya casi no los percibimos. Representan formas de vida y visiones del mundo completas, ya que fueron moldeadas esencialmente por las élites estadounidenses y se transmiten como algo natural, sobre todo por la industria cultural y del entretenimiento. La propaganda clásica de la primera mitad del siglo XX, que ya era muy poderosa, parece simple y francamente ingenua frente a estos sistemas de adoctrinamiento neoliberal.

Para ello, el neoliberalismo utiliza todo el arsenal de métodos y estrategias que ya se han desarrollado en el campo de las técnicas de manipulación social en el capitalismo clásico. Por ejemplo, la posibilidad de crear identidades incorrectas, el consumismo, la manipulación de la opinión a través de los medios de comunicación, etc. Sin embargo, todas estas técnicas se han perfeccionado enormemente y, en su mayor parte, apenas se reconocen como técnicas de adoctrinamiento. Están profundamente ancladas en todos los mecanismos de generación de la opinión pública, no solo en la política, los medios de comunicación o las fundaciones políticas, sino también en la educación y la cultura. El buen adoctrinamiento, como ya tenían claro los pioneros de la propaganda, no debe ser reconocible como tal y debe aparecer casi como algo natural o de expresión del sentido común.

¿Puede dar ejemplos concretos?

Esto nos llevaría a áreas más técnicas de la psicología. Sin embargo, con independencia de estos hallazgos concretos, es de fundamental importancia notar que en el funcionamiento de nuestra mente se encuentran multitud de disposiciones cognitivas, afectivas y sociales que pueden utilizarse para controlar nuestras opiniones, sentimientos y comportamientos.

En un contexto de manipulación, pueden verse como puntos débiles

que actúan como “puertas traseras” de los mecanismos de nuestra mente, a través de los cuales se puede dirigir nuestra atención, influir en nuestros pensamientos y sentimientos y desencadenar o silenciar nuestra indignación sin que nos demos cuenta.

- La fragmentación del sujeto neoliberal comienza en
existe una jerarquía fija entre los diferentes roles; la

▪

Las técnicas de manipulación se asientan, por así decirlo, como parásitos en los puntos débiles de nuestra mente. Siempre son de tal naturaleza que socavan el foco de nuestra conciencia, es decir, prácticamente no las percibimos, por lo que nos resulta difícil protegernos contra ellas.

La ciencia es consciente de ello —y por lo tanto, en efecto, también por las élites gobernantes— pero apenas lo hace público. Hay que eliminar con urgencia esta trascendental asimetría de conocimientos sobre los puntos débiles de la manipulación de nuestras mentes. Solo podemos defendernos de esas manipulaciones si somos conscientes de cuáles son nuestros puntos débiles.

▪

Ya es hora de hablar no solo de las grandes guerras,

Aunque con seguridad esto nos llevaría a demasiados detalles, ¿podría quizás esbozar un ejemplo de ese punto débil para la manipulación, para su proceso y efecto?

En las últimas décadas, las élites políticas han intentado hacer cada vez más que los conocimientos y los hallazgos correspondientes de la investigación psicológica sean políticamente útiles para sus fines, tratando de desarrollar técnicas de gobierno "blandas" con las que se pueda dar a la gente un "empujón" en la dirección deseada. Intentaré dar un ejemplo que es relativamente fácil de describir en su esencia, sabiendo nuestra disposición natural a distorsionar nuestros juicios sobre una situación social dada. Estas distorsiones se denominan "sesgo del statu quo" en la literatura científica. Están bien investigadas en psicología, son de gran relevancia social y pueden modificarse y controlarse, es decir, manipularse, mediante una serie de variables. Se refieren a nuestra tendencia natural a considerar el estado respectivo de la sociedad en la que vivimos como bueno, justo, moralmente legítimo, deseable, etc.

Tendemos a preferir el statu quo social a todas las alternativas, aunque sean objetivamente mejores. Por nuestra naturaleza, somos partidarios del statu quo. Por supuesto, esto no vale para todo el mundo, pero tiende a ser un fenómeno estable que se puede demostrar en todas las sociedades. Esta disposición psicológica suele ser —siempre que no se manipule desde el exterior— una característica totalmente deseable para la organización de nuestra convivencia. Como han demostrado muchos estudios psicológicos, va de la mano de otras tendencias psicológicas que también tienen gran relevancia social. Por ejemplo, siempre estamos dispuestos a minimizar las desventajas del statu quo e inventar historias que pongan sus inconvenientes bajo una luz más favorable. Junto a esto, tenemos la tendencia a culpar a las propias víctimas sociales del statu quo de su situación. Al mismo tiempo, tendemos a tener una visión negativa de los que quieren cambiar el statu quo.

El grado de acentuación de esta tendencia a defender el statu quo depende de una serie de variables cognitivas, afectivas y sociales. Por ejemplo, se acentúa con los miedos y los sentimientos de

inseguridad y amenaza. También aumenta cuando se distrae sistemáticamente de la reflexión consciente —ya sea por la presión del tiempo o la presentación de temas irrelevantes— o cuando se da una terminología estereotipada y simplista para una clasificación cognitiva de las condiciones sociales. Asimismo, esta tendencia tiende a aumentar cuando una situación se percibe como inevitable. Todas estas variables pueden ser manipuladas con relativa facilidad desde el exterior sin que seamos conscientes de ello. Por lo tanto, estas variables proporcionan una puerta muy eficaz para manipular la inclinación al statu quo de la población en el sentido deseado.

En este sentido, el neoliberalismo ofrece una combinación muy ventajosa de estas variables de influencia para sus objetivos. Desde el punto de vista cognitivo, se basa en una conceptualización muy simple: "mercados abiertos", "aplicar reformas estructurales", "reducir la burocracia", etc., y al mismo tiempo utiliza una abrumadora cantidad de posibilidades a través de las cuales se puede distraer a la gente de una reflexión más profunda sobre las condiciones sociales. La mayoría de los temas de los medios de comunicación sirven precisamente para esto. Y, afectivamente, van unidos a una gran presión de tiempo, estrés y ansiedad social causados por las condiciones de vida, así como con un sentido de inevitabilidad, pues en su aspecto metafórico de fuerzas de la naturaleza no puede haber alternativa a las "leyes naturales" del mercado. Estos determinantes pueden ser mucho más sutiles y sus efectos optimizados si se entra en los detalles de las variables individuales. De este modo, las consecuencias sociales desfavorables del statu quo pueden "hacerse invisibles" desde el punto de vista cognitivo, de modo que este se estabiliza y desaparece la necesidad de cambio.

¿Y qué papel juegan los medios de comunicación en este adoctrinamiento?

Es obvio que uno muy central. Son, literalmente, el medio de adoctrinamiento. Esto tiene que ser examinado una y otra vez en toda su amplitud y profundidad. Noam Chomsky ha realizado un trabajo pionero en la descripción y el análisis de los sistemas de

adoctrinamiento y el papel de los medios de comunicación. Los principales medios de comunicación, a su vez, están estrechamente vinculados en términos de personal e ideología con los think tanks, las fundaciones y los círculos políticos y económicos "relevantes", de modo que el sistema de adoctrinamiento neoliberal se estabiliza, por así decirlo, a través de sí mismo.

El neoliberalismo existente ofrece una posibilidad particularmente radical de reducción de la complejidad, lo que facilita el adoctrinamiento. Uno puede adquirir con rapidez su mantra ideológico. Y una vez que se domina la jerga neoliberal —"reducir la burocracia", "impulsar las reformas", etc.— ya no se necesita ningún conocimiento económico especial para tener un alto nivel de confianza en la opinión. Esto es lo que hace que el neoliberalismo real sea tan atractivo para los periodistas y para otros en el negocio de la formación de opinión. Con ella, uno puede atender a los gobernantes en una especie de oportunismo anticipado y así, al menos de manera simbólica, participar un poco en el poder.

Este oportunismo es anticipatorio porque no solo cumple con las expectativas expresadas de manera concreta por las élites gobernantes, sino que también imagina qué expectativas podrían tener las élites más allá de eso. Por lo tanto, trata de intuir y formular lo que las élites gobernantes sienten instintivamente en lugar de pensar.

Si estos mecanismos de adoctrinamiento son tan eficaces y están tan bien anclados en todas las instituciones formadoras de opinión, entonces las estructuras abiertamente autoritarias deberían ser realmente superfluas. ¿Por qué entonces siempre se advierte que el neoliberalismo amenaza con convertirse en una forma de gobierno abiertamente autoritaria?

La advertencia está justificada, porque ese peligro surge inevitablemente de la naturaleza y los objetivos del neoliberalismo. Sin embargo, siempre que pueda alcanzar sus objetivos dentro de estructuras que puedan considerarse democráticas, es decir, dentro de una "democracia conforme al mercado", esto es más favorable. Y dentro de este marco, todavía hay mucho margen de maniobra en el desarrollo de estructuras autoritarias encubiertas.

La legalización de los mecanismos de redistribución a través de dispositivos no democráticos es especialmente eficaz. El derecho siempre ha sido un instrumento muy eficaz para inmunizar la injusticia social contra las críticas de la población. Incluso el colonialismo europeo legalizó sus formas genocidas de redistribución con el derecho colonial. Por lo tanto, si el neoliberalismo no quiere renunciar a su apariencia de democracia, en la práctica depende de que los mecanismos de redistribución desde abajo hacia arriba y desde el sector público hacia el privado estén cada vez más legalizados a todos los niveles, desde la UE hasta los municipios. La creación de un derecho internacional apropiado es especialmente prometedora en este sentido. Por lo tanto, una nomenklatura transatlántica se esfuerza por desarrollar normas jurídicas internacionales adecuadas, como el TTIP, el TISA, el CETA, etc., y por aplicarlas a través de poderosas instituciones neoliberales como el Fondo Monetario Internacional.

Una juridificación de la injusticia social debe tener lugar, por razones obvias, bajo la exclusión de la opinión pública, incluido la parlamentaria, y estar retirada de cualquier tipo de control democrático. Además de la legalización, el neoliberalismo crea mecanismos a través de los cuales los participantes en el mercado que protege, es decir, sobre todo las grandes empresas, pueden evadir las normas legales existentes. La máxima “demasiado grande para quebrar” tiene un núcleo más hondo. A saber, hay delitos cuyas raíces están profundamente entrelazadas con los fundamentos de nuestro orden imperante y que son demasiado monstruosos para ser justiciables dentro del sistema jurídico. Por eso la llamada crisis financiera se considera una “crisis” y no lo que en realidad es, es decir, un “delito capital” en el sentido literal de la palabra.

Por lo tanto, es posible evitar la aparición de estructuras autocráticas legalizando adecuadamente los resultados de la erosión progresiva de las estructuras democráticas, de manera que la cáscara formal de una democracia aparezca intacta ante la población. Este tipo de autocracia del capital “suave” y superficialmente legitimada democráticamente es con probabilidad lo que los pensadores neoliberales tienen en mente como forma ideal de “resolución de conflictos” sociales. La juridificación de las estructuras neoliberales representa una especie de guante de

terciopelo entre las técnicas de gobierno, a través del cual se pueden evitar, por el momento, las formas abiertamente autocráticas.

Pero esto sigue sin responder a la pregunta de por qué a muchos les preocupa que el neoliberalismo pueda adoptar una forma abiertamente autoritaria, es decir, convertirse en un puño de hierro.

Así es. En primer lugar, la historia nos muestra, desde Chile hasta Grecia, que el neoliberalismo no rehúye las medidas autoritarias cuando fallan todos los mecanismos "blandos" de adoctrinamiento y disciplina. Su primer experimento de campo fue el Chile de Pinochet.

Ante las brutales consecuencias sociales del proceso de redistribución, el neoliberalismo debe esperar reacciones de la población que podrían hacer necesarias medidas abiertamente autoritarias para asegurar su estabilidad. Por lo tanto, para conseguir sus objetivos desarrolla instrumentos disciplinarios adecuados, hasta la construcción de un Estado de seguridad autoritario. Para ello, le gusta utilizar todo tipo de escenarios amenazadores para incrementar la disposición de la población a la eliminación de contenido democrático.

El aparato de vigilancia del Estado está preparando los fundamentos técnicos y jurídicos de un estado de seguridad autoritario. Se están manejando diferentes mecanismos, tales como un despliegue interno del ejército alemán (Bundeswehr), un ajuste en la separación de las tareas de la policía, el ejército y los servicios secretos, un sostenido trabajo preparatorio de renombrados expertos en derecho constitucional y penal en la elaboración de un "derecho penal del enemigo", etc.

Los expertos trabajan desde hace mucho tiempo en sus bases, que permitirían que ciudadanos sean considerados como poco fiables o como orwellianas "no personas de hoy" que pueden ser eliminadas. Además, sería posible aplicar métodos de tortura en situaciones

especiales para prevenir peligros.

Un destacado defensor del desarrollo de un derecho penal para el enemigo es el abogado constitucionalista Otto Depenheuer, que también es el proveedor de ideas de Wolfgang Schäuble. Es revelador, y no es casual, que tanto en la historia del neoliberalismo como en la del Estado autoritario de seguridad, nos encontremos repetidamente con las influencias de Carl Schmitt, el "jurista de la corona del Tercer Reich", incluso aquí, con Depenheuer. En la persona de Wolfgang Schäuble, las dos vertientes de "neoliberalismo" y "Estado de seguridad" se unen de forma claramente reconocible.

Los caparazones legales están preparados, y pueden ser fácilmente utilizados si las élites gobernantes llegan a considerar que las estructuras democráticas existentes se interponen en el camino de las "necesidades" del mercado y de las "unificaciones" internacionales necesarias para asegurarlo.

¿Y cómo podemos hacer algo al respecto? ¿Qué se puede hacer contra esta situación?

Aparte de algunos hechos evidentes, no creo que haya respuestas sencillas. Es evidente, en primer lugar, que debemos eliminar todos los bloqueos que nos impiden reconocer y admitir hechos simples y básicos. Entonces tenemos que estar preparados para articular nuestra voluntad y determinación de cambiar las condiciones y estructuras sociales inhumanas.

Estos son, como he dicho, hechos evidentes, pero se conseguiría mucho si se tuvieran en cuenta. Estoy convencido de que no puede haber una respuesta general más allá de esto. Se trata de un proceso en el que hay que encontrar respuestas desde abajo, en el contexto de la situación social respectiva. Sean cuales sean estas respuestas, no tienen ninguna posibilidad de ser políticamente efectivas si no es posible superar la profunda fragmentación de las relaciones sociales y encontrar una base común para una unión políticamente poderosa de los movimientos sociales.

- Los intelectuales son los “empleados” del grupo dom

No nos queda mucho tiempo para esta tarea. La vieja estrategia de trasladar los enormes costes sociales y ecológicos del capitalismo, en especial su extremo neoliberal, a las generaciones posteriores está llegando a sus límites naturales. Solo nos quedan dos opciones: nos liberamos, aunque sea con mucho esfuerzo, de los grilletes de los sistemas de adoctrinamiento neoliberal, nos enfrentamos a los hechos y buscamos juntos las posibilidades de cambio, que, por supuesto, solo pueden ser radicales en vista de la presión del tiempo ecológico; o seguimos como hasta ahora, guardando silencio y dejando que las generaciones futuras reflexionen sobre las razones de nuestra inacción y nuestro silencio.

¿Unas últimas palabras?

Sí, me gustaría mencionar un peligro más para este proceso de expresión de la indignación y el malestar por las condiciones sociales de una manera políticamente efectiva. Es el peligro de que se vuelvan políticamente ineficaces al no centrarse en los aspectos estructurales, sino solo en "los de arriba", es decir, en los aspectos personales. Cuando se trata de cuestiones sociales y políticas, la perspectiva de limitar la visión a "los de arriba" e indignarse por la forma en que nos engañan, defraudan y explotan está muy extendida: "los de arriba" son moralmente degenerados, embusteros y descaradamente preocupados por su propio beneficio, ellos son los autores; nosotros, en cambio, solo somos sus víctimas.

Esta es una perspectiva psicológicamente comprensible y bastante justificada políticamente. Sin embargo, al ser compartida por la gran mayoría de la población de una u otra manera, sin que esto se refleje en los resultados de las elecciones de forma correspondiente, deberíamos reflexionar sobre si la eficacia política de dicha perspectiva no es muy limitada.

En cualquier caso, limitar el enfoque a "los de arriba" pasa por alto la naturaleza del verdadero problema en cuestión, es decir, las causas estructurales e institucionales de una forma de economía y

sociedad destructiva e inhumana.

Por lo tanto, desde el punto de vista de las élites gobernantes, incluso se desea que la población se entusiasme con la avaricia de los banqueros, la mendacidad de los políticos, la corrupción intelectual de los periodistas o la crueldad y el sadismo de los expertos en tortura —es decir, con características de las personas que son precisamente el producto de condiciones estructurales más profundas y en cuyo contexto representan rasgos calificativos—, ¡y con ello se pierden de vista las causas estructurales e institucionales y, por lo tanto, los verdaderos centros de poder! Por lo tanto, nuestra tarea urgente es comprender estas condiciones estructurales.

Esto incluye también la comprensión de la naturaleza y los objetivos reales del neoliberalismo. Pero también debemos mirarnos a nosotros mismos y preguntarnos por qué no reaccionamos ante un sistema de pensamiento totalitario de consecuencias tan destructivas con la debida indignación moral y las correspondientes consecuencias de acción. Mientras las élites gobernantes tengan mucho más conocimiento de nosotros, de nuestras necesidades naturales, de nuestras inclinaciones y de nuestra vulnerabilidad a la manipulación que nosotros, podrán ejercer una forma de dominación invisible contra la que difícilmente podremos defendernos. Mirarnos a nosotros mismos significa al mismo tiempo reconocer —y esto está totalmente en el espíritu de la Ilustración— que somos nosotros los responsables de nuestras acciones e inacciones y de la sociedad en la que vivimos.

Conversación con Jens Wernicke para NachDenkSeiten, 17 de enero de 2016.

“Quien es dueño del país también debe gobernarlo”Democracia representativa como medio para impedir la democracia

Obviamente, las elecciones parlamentarias ya no desempeñan un papel en la toma de decisiones políticas de las democracias capitalistas, y las principales decisiones políticas son determinadas cada vez más por organismos y actores que no están sujetos al control de los votantes. Así, aunque el cascarón de una democracia representativa parece en gran medida intacto, ha sido despojado casi por completo de su núcleo democrático, de modo que la democracia ya no supone ningún riesgo para los centros reales de poder. Este desarrollo ya era inherente a la invención de la democracia representativa y, desde entonces, ha avanzado de forma consistente y sistemática en el plano estructural, procedimental e ideológico. Este ha llegado a su conclusión en las últimas décadas con una forma neoliberal extrema del capitalismo. Las formas organizativas del capitalismo autoritario que han surgido aquí se han apoderado del Estado, de los restos de la democracia representativa y de todos los mecanismos de decisión relevantes de la política. Dado que las decisiones políticas relevantes no son determinadas por organismos democráticamente legitimados, sino por actores públicamente invisibles, los fenómenos asociados a tal forma de gobierno se denominan a veces “Estado profundo” (Deep State). Esta designación es comprensible como descripción de las manifestaciones de la organización del poder político; sin embargo, puede contribuir a oscurecer una comprensión más profunda de la naturaleza de estas novedosas formas organizativas del poder y bloquear así el desarrollo de modos adecuados de resistencia política.

▪

Alexander Hamilton introdujo por primera vez el tér

El desarrollo de una “democracia sin democracia”

La idea de la democracia tiene una historia bastante peculiar. Dos veces en el curso de la historia, en la antigua Atenas y durante la Ilustración, se desplegó y materializó brevemente como un fenómeno históricamente singular en medio de una continuidad de formas de gobierno oligárquicas y autoritarias. De igual modo, las élites han albergado siempre un desprecio inmoderado contra el pueblo llano y las masas. Según sus convicciones, “el pueblo” era predominantemente incapaz de orientarse al bien común, así que una democracia se degenera casi de manera forzosa en una oclocracia, lo que es particularmente evidente en el hecho de que la mayoría de los no propietarios buscan corregir la distribución de la propiedad a su favor. Por lo tanto, la forma de gobierno de una democracia no es, por su propia naturaleza, adecuada para garantizar un orden social que sirva al bien común. Además, cuanto más adopta la democracia la forma de una democracia real, es decir, participativa, más peligra la estabilidad del orden de la propiedad dominante. Uno de los elementos centrales de una democracia es que el pueblo es soberano en el sentido de la “competencia social de autolegislación” y que todos los aparatos del Estado están subordinados a la ley democrática[1]. La historia social, así como la historia del desarrollo de las ideas políticas, ha estado impregnada, desde sus inicios, de una profunda hostilidad hacia la democracia[2]. No fue sino hasta mediados del siglo XIX cuando se produjo un cambio, a raíz del cual la democracia se considera ahora la única forma legítima de gobierno en el mundo occidental.

Este cambio es sorprendente y necesita una explicación. La razón principal, como se ha demostrado en un gran número de estudios sobre la historia social y la historia de las ideas, es que se encontraron formas de utilizar la fascinación que la idea de la democracia ejercía en el pueblo para ejercer el poder político. Para ello, era necesario que la democracia no supusiera un riesgo para las élites de poder. En 1997, el psicólogo australiano Alex Carey demostró, en su clásico estudio Taking the Risk out of Democracy,

cómo se podía lograr esto con la ayuda sustancial de las ciencias sociales y la psicología. Solo con la condición de que el estatus de las élites gobernantes no esté en peligro en una democracia, esta podría convertirse en una forma de gobierno que también sea reconocida por los respectivos centros de poder. En una "democracia sin democracia" convenientemente concebida, el control de todos los procesos de toma de decisiones relevantes debía permanecer en las respectivas élites de poder. Para ello, era necesario redefinir la democracia de forma adecuada y también asegurarla estructural, procedimental e ideológicamente de forma que no se pusiera en peligro el orden de la propiedad.

▪

Aristóteles ya opinaba que la democracia incluía la p
justicia.

El paso esencial del cambio en el significado de la democracia hacia una “democracia sin democracia” —que no entraña riesgos para las élites gobernantes— se dio con el modelo de la democracia representativa. Los inventores de este modelo, los padres fundadores de la Constitución estadounidense, desarrollaron un concepto que por su naturaleza excluía el modelo de una democracia real, es decir, participativa, basada en una autolegislación soberana e indivisa del pueblo. Para esta forma de oligarquía legitimada por elecciones libres, el término “democracia” se mantuvo para satisfacer la necesidad del pueblo de un gobierno popular, a través de una ilusión de democracia. La forma de representación subyacente fue “entendida como un medio para mantener al pueblo fuera de la política” y “mantener una oligarquía propietaria en el poder a través de elecciones con el apoyo de la masa de la población”[3]. La democracia representativa se inventó con el propósito expreso de negar al pueblo la capacidad de legislar por sí mismo, así como el derecho a ser, en primer lugar, un actor político independiente[4]. Así, según las intenciones de sus creadores, la democracia representativa tiene ya un carácter autoritario encubierto.

Los federalistas son los políticos estadounidenses que

La invención de la democracia representativa fue acompañada de una retórica ideológica cada vez más refinada según la cual esta era la única forma de democracia adecuada al Estado moderno y sus complejidades, es decir, que no tenía alternativa. Este adoctrinamiento tuvo un gran éxito: “Nos hemos acostumbrado tanto a la fórmula de la ‘democracia representativa’ que en la mayoría de los casos olvidamos que esta idea estadounidense era una novedad. En su forma federalista, en todo caso, significaba que lo que hasta entonces se había concebido como la antítesis de la autodeterminación democrática era ahora no solo compatible, sino constitutivo de la democracia: no el ejercicio del poder político, sino su renuncia, su transferencia a otros, es decir, la alienación del mismo”. El concepto de democracia representativa se inventó así para bloquear la realización de formas de democracia serias y participativas[5].

La naturaleza de la representación en esta forma de gobierno oculta su verdadero carácter autoritario mediante la ilusión de que el pueblo se gobierna a sí mismo. Sin embargo, esto es reconocible en los documentos fundacionales de los federalistas. James Madison (1751-1836), por ejemplo, dejó explícitamente claro que, en el marco de una política al servicio del bien común, se trata principalmente de proteger el régimen de la propiedad y que, en la elección de los representantes políticos, la opinión del pueblo no podía tener un peso especial, ya que las élites sabían mejor que el propio pueblo lo que era bueno para el mismo. “La opinión pública expresada por los representantes del pueblo está más en armonía con el bien común que la opinión del propio pueblo” (Madison, 1787: p. 51). Según Madison, las decisiones políticas deben garantizar que los grupos de interés de los exitosos y los favorecidos tengan una mayor influencia en la conformación de la comunidad y también de la opinión pública que los grupos de interés de los no favorecidos[6]. Esto puede lograrse con el mecanismo de la representación parlamentaria, ya que los representantes pueden ser expulsados del cargo, pero solo pueden ser sustituidos por otros miembros del espectro de predeterminadas agrupaciones de élite. Esta forma de democracia representativa tiene la ventaja sobre las formas de gobierno abiertamente autoritarias, como el feudalismo,

de que la voluntad de cambio de la población no puede dirigirse contra los centros reales de poder, sino solo contra aquellos que figuran en primer plano: los gobiernos y los representantes parlamentarios. En esencia, ya existe una separación entre los centros de poder ostensibles y los reales: los aparatos estatales públicamente visibles y democráticamente legitimados, por un lado, y los grupos de élite no elegibles que determinan todas las decisiones fundamentales, por otro.

Elementos autoritarios en la democracia capitalista

Este desarrollo de una "democracia sin democracia" continuó en el siglo XX. La democracia continuó desarrollándose de tal manera que satisfacía los requisitos y las exigencias diferenciadoras de un orden económico y social capitalista. Las formas de democracia representativa ya establecidas habían demostrado su eficacia desde el punto de vista de las élites de poder, pero necesitaban los ajustes oportunos porque se establecieron nuevos grupos sociales conflictivos y la idea de la democracia desarrolló repetidamente una fuerza independiente entre la población.

Las principales novedades se produjeron en el ámbito de lo que primero se denominó propaganda y después relaciones públicas. Además, la justificación ideológica de la forma deseada de democracia capitalista, o democracia de las élites, se elaboró todavía más y se ancló culturalmente a través de los medios de comunicación y la educación. Fueron especialmente influyentes las aportaciones de Walter Lippmann, que en su clásico La opinión pública, de 1922, profundizó en los fundamentos ideológicos de una democracia de élites encubiertamente autoritaria, y los de muchos otros intelectuales — especialmente influyente fue el economista Joseph Schumpeter (1883-1950)— que se convirtieron en el modelo estándar de una democracia capitalista. En este modelo se asigna a los ciudadanos un papel político análogo al de los consumidores. El "ciudadano responsable" forma parte de la mera retórica ideológica de la justificación, al igual que el "consumidor racional" de la

economía: ninguno de los dos es realmente deseado, pero tanto los ciudadanos como los consumidores deben ser moldeados en sus actitudes, opiniones y preferencias para que sean compatibles con los intereses de las respectivas élites. Por lo tanto, la propaganda política y las técnicas de gestión de la opinión se desarrollaron de la mano de las técnicas de producción y formación de los consumidores.

Además de estas técnicas de manipulación de la opinión, se crearon otros mecanismos y se reforzaron los ya existentes para permitir la creciente influencia de los grupos de interés económico en las instituciones del Estado y el sistema de partidos. Esto se logró con un éxito considerable, ya que la democracia representativa demostró ser especialmente adecuada para la introducción de mecanismos de influencia autoritarios encubiertos. Ya en 1912, el expresidente estadounidense Theodore Roosevelt había afirmado: "Detrás del gobierno aparente se asienta entronizado un gobierno invisible que no debe lealtad ni reconoce responsabilidad alguna hacia el pueblo. La destrucción de este gobierno invisible y la ruptura de la impía alianza de los negocios corruptos y la política corrupta es el desafío político vital de esta época". Edward Bernays, en su clásico tratado de 1928, Propaganda, hablaba con toda naturalidad de un "gobierno invisible" como el "verdadero poder gobernante de nuestro país".

En la posguerra, el capitalismo y la democracia representativa parecían formar, en apariencia, una alianza menos autoritaria. La democracia representativa resultó ser un medio particularmente eficaz de pacificación social para el capitalismo: permitía de manera ostensible un "compromiso de clase" que, a cambio de las mejoras del estado de bienestar, "debía hacer posible la aceptación de las relaciones de producción capitalistas por parte de la mayoría no capitalista de la población"[7]. A través de este compromiso de clase, la democracia representativa podría convertirse en una formidable fuerza productiva capitalista, transformando el capitalismo en una máquina de prosperidad administrada por el Estado durante tres décadas "bajo la influencia de la política democrática y la organización sindical". Durante un tiempo, el capitalismo se hizo amigo de la democracia representativa porque las posiciones representadas por los llamados partidos populares podían

mantenerse de manera estricta dentro del espectro de las diferencias de intereses de las élites. Esto permitía a los partidos populares tener un efecto pacificador porque mantenían la ilusión de control democrático al tiempo que garantizaban la estabilidad del orden gobernante.

Por lo tanto, en la superficie, el control autoritario del capitalismo sobre la democracia se aflojó. Sin embargo, bajo esta superficie se desarrollaron una serie de estructuras y mecanismos autoritarios que podían utilizarse en determinados contextos históricos para bloquear desarrollos democráticos serios.

Mientras las constelaciones sociales y económicas fuesen tales que el capitalismo pudiese utilizar la "política democrática" para sus intereses y preocupaciones, eran innecesarios otros medios autoritarios para contener las aspiraciones democráticas. Por supuesto, las élites siempre fueron conscientes de este peligro fundamental y advirtieron repetidamente que no se debía llevar la democracia "demasiado lejos". En realidad, ya se sentían amenazados por las formas altamente "atenuadas" de democracia establecidas y, por lo tanto, advirtieron de una crisis de la democracia en la década de 1970. Por tal crisis entendían un "exceso de democracia", como señala el informe de 1975 La crisis de la democracia, encargado por la Comisión Trilateral, un think tank iniciado por David Rockefeller. Según el informe, para que una democracia sea lo suficientemente eficaz como para hacer frente a las limitaciones económicas, la población debe estar ampliamente despolitizada y dejar las decisiones políticas en manos de las élites.

Para dotar a la democracia, es decir, al gobierno de las "élites responsables", de la suficiente "estabilidad", se promovieron o iniciaron diversos desarrollos. Entre ellos se encuentra, sobre todo, la promoción y el refuerzo de la influencia de estructuras esencialmente autoritarias dentro de una sociedad. En el capitalismo, toda la esfera de la economía se organiza de manera prototípica autoritaria, si no totalitaria, lo que constituye la base de actitudes y formas de organización antidemocráticas. Al aumentar la permeabilidad de las autoridades políticas centrales a la influencia de la economía privada, se pueden introducir elementos autoritarios en la esfera política de una manera apenas visible para

la opinión pública. Otras células centrales de los sistemas organizados genuinamente antidemocráticos y autoritarios son el sector militar, los servicios secretos, los think tanks y las fundaciones. Los servicios secretos siempre han mostrado una tendencia natural a independizarse del control parlamentario y, en algunos casos, han desarrollado vínculos sistemáticos con el crimen organizado. El ejemplo más destacado, porque se ha estudiado bien, es el de la CIA[8]. Ya en la década de 1950, los cárteles del petróleo, Wall Street y la CIA formaron una tupida red de estructuras de poder que eludieron en gran medida el control gubernamental. En la actualidad, Estados Unidos cuenta con 17 agencias de inteligencia y seguridad, con un presupuesto oficial de 53.000 millones de dólares en 2016. Los organismos centrales son: la CIA, la NSA, la NRO, la NGA, la DIA y el FBI; solo la NSA tiene unos 40.000 empleados[9].

Además, existe una burocracia y una industria de la seguridad independientes y que evaden el control democrático: en Estados Unidos, 1.271 organizaciones estatales y 1.931 empresas privadas, con un total de casi un millón de empleados, participan en programas que se llevan a cabo bajo la bandera del "antiterrorismo" y la "seguridad nacional" que conforman amplias estructuras organizadas independientes y autoritarias[10].

Incluso aquellos partidos que, en un principio, estaban más anclados a la sociedad, se asociaron de forma cada vez más estrecha con los grupos de interés económico como parte de su proceso de oligarquización y corrupción, y se integraron de forma personal e ideológicamente en las estructuras de poder estatal y económico, tal y como describió ya en 1911 el importante sociólogo alemán Robert Michels.

A través de una amplia red de mecanismos que se extiende al poder legislativo, se ha establecido y se ha institucionalizado cada vez más un abanico de formas abiertas y encubiertas de corrupción política. Por citar un ejemplo reciente: un estudio empírico del Instituto Roosevelt investigó "la influencia del dinero en los votos para la regulación financiera" y, en el sector de las telecomunicaciones, "el vínculo entre las donaciones de la industria y los votos del Congreso", con el resultado de que "un número considerable de

representantes legislativos venden el interés público a cambio de dinero político"[11]. Así, dentro de una sociedad aparentemente democrática, surgieron "núcleos de estabilidad" autoritarios para los centros reales de poder.

Estos procesos se aceleraron e intensificaron, de una manera sin precedentes, con el desarrollo del neoliberalismo y la transición asociada del "capitalismo democrático" de la posguerra a la "democracia conforme al mercado", en un capitalismo tardío cada vez más totalitario[12]. La democracia ahora ya no era para el capital globalizado un medio útil de pacificación social y de aumento de la productividad, sino algo fundamentalmente obstructivo. El neoliberalismo renunció, cada vez más, a la retórica democrática y pasó a combatir cualquier forma de democracia como un impedimento para el libre mercado. Con este despliegue de la ideología neoliberal, impulsada esencialmente por los think tanks, se produjo una transición del capitalismo de una forma de organización autoritaria a otra cada vez más totalitaria, que pretendía organizar todos los ámbitos de la vida social según el modelo neoliberal. La democracia se redujo a lograr soluciones racionales a los problemas adaptándose a las "leyes naturales" de los mercados globalizados. Acompañados de términos ideológicos de lucha como "reformas estructurales" o "reducción de la burocracia", el capital, las corporaciones y los ricos se vieron cada vez más liberados de las contribuciones a las tareas comunitarias mediante la legislación fiscal y otros mecanismos. De este modo, se secó la capacidad de acción social del Estado y se le condujo a la dependencia de la deuda de los mercados financieros a través de las políticas de austeridad. El Estado de la deuda así creado y expuesto a los mercados financieros se transformó en gran medida en un Estado de redistribución y subvención para los económicamente fuertes y en un Estado de vigilancia para los económicamente débiles. Mediante la llamada globalización, que hizo que el capital fuera aún más móvil y flexible a través de las fronteras nacionales, los mecanismos de su contención democrática siguieron estando vinculados a nivel nacional y el equilibrio político real del poder se desplazó, de una manera casi imposible de comprender para la opinión pública, a favor de centros de poder autoritarios, organizados y casi invisibles públicamente[13].

Así, la exigencia de los inventores de la democracia representativa, "quien es dueño del país también debe gobernarlo"[14], se cumple bajo las condiciones neoliberales de los mercados financieros globalizados de una manera tan radical que probablemente ninguno de los padres de la Constitución estadounidense identificaría la estructura de poder totalitaria resultante con el término "democracia". Sin embargo, para aquellos que operan como políticos en el marco de las coordenadas de poder actualmente prescritas, el completo socavamiento de la democracia que esto conlleva es completamente evidente en su trabajo. Hans Tietmeyer, secretario de Estado y principal negociador del gobierno de Kohl en las cumbres económicas mundiales, ya lo había expresado de manera clara el 3 de febrero de 1996 en el Foro Económico Mundial de Davos: "A veces tengo la impresión de que la mayoría de los políticos todavía no son conscientes de hasta qué punto están ya bajo el control de los mercados financieros e incluso dominados por ellos". Y el entonces primer ministro de Baviera, Horst Seehofer, también había afirmado de modo casual lo que en realidad es evidente: "Los que deciden no son elegidos, y los que son elegidos no tienen nada que decidir" (20 de mayo de 2010).

Así que la democracia posdemocrática ha tenido durante mucho tiempo una cara autoritaria. Los verdaderos centros de poder son, en gran medida, invisibles para la población: no pueden ser destituidos democráticamente, no están sujetos a la responsabilidad pública y están organizados de forma extremadamente autoritaria.

Por lo tanto, la cuestión de la forma real de gobierno en las democracias capitalistas occidentales contemporáneas no puede resolverse haciendo solo referencia al término "democracia". Se trata más bien de una tarea empírica para averiguar, a través de análisis adecuados de las relaciones de poder reales, cómo se organiza el gobierno. La Agencia Federal para la Educación Cívica señala también este importante punto cuando afirma: "Una forma de gobierno describe el tipo de poder que existe en un país y el modo en que se ejerce el gobierno en un Estado. [...] La cuestión de la forma de gobierno no se refiere a cómo debe llamarse un Estado o cómo debe organizarse según sus leyes. Lo decisivo es quién ejerce realmente el poder"[15].

La cuestión que debe responderse de modo empírico es si el poder político real reside en los gobiernos elegidos en elecciones democráticas o si se encuentra fuera del ámbito del gobierno democráticamente legitimado. En la actualidad existe una gran cantidad de literatura académica y una amplia investigación empírica sobre este tema[16]. Los análisis disponibles, tal y como se han llevado a cabo en particular en el análisis de la estructura del poder[17], muestran que los centros reales del poder político se encuentran muy lejos de cualquier control democrático y, al mismo tiempo, determinan prácticamente todas las decisiones políticas fundamentales. Dichos centros son bastante homogéneos en sus objetivos esenciales y persiguen una agenda común, aunque pueden tener intereses muy diferentes en sus relaciones internas, lo que ocasionalmente da lugar a conflictos apenas visibles para la opinión pública. Representan los principales actores de la revolución neoliberal, cuyo objetivo es una redistribución de abajo hacia arriba, del sur al norte y del sector público al privado. Y para esta agenda dependen del establecimiento de estructuras autoritarias a través de las cuales pueden impedir cualquier forma de control y responsabilidad pública. En consecuencia, ven cualquier forma de democracia real como su principal enemigo.

Sus nodos centrales, según los estudios empíricos, se encuentran en la industria financiera y en una serie de complejos económicos específicos (entre los que también se encuentra Silicon Valley) con sede predominantemente en EE UU. Están entrelazados de forma estrecha con los mencionados servicios de inteligencia, la industria de la vigilancia y la seguridad, el sector militar, los medios de comunicación privados y una gigantesca red de grupos de reflexión y ONG. Su estructura interna está muy distribuida y organizada en forma de complejas redes—comparables a la arquitectura de Internet—, por lo que disponen de un alto grado de flexibilidad estratégica en el ejercicio del poder político según las necesidades y son políticamente menos “susceptibles a la interferencia”[18]. Mediante think tanks, medios de comunicación y otros canales y mecanismos, se han rodeado y asegurado de una cultura de irresponsabilidad jurídica y social[19]. Además, han aumentado su influencia de una manera sin precedentes al establecer mecanismos para la transformación del poder económico en poder político, así como en la legislación: por ejemplo, la legislación fiscal, la

legislación internacional sobre “libre comercio”, una juridificación de las formas institucionalizadas de corrupción y una igualdad jurídica de las corporaciones con las personas físicas (corporate personhood).

- El término “Estado profundo” describía originalment

El modo de gobierno que, entretanto, se ha establecido como la forma estándar de las democracias capitalistas occidentales representa, como demuestran una gran cantidad de hallazgos empíricos y análisis de la estructura del poder, una forma altamente extendida y a la vez alejada por completo del control democrático; hasta la fecha, su forma organizativa es única en la historia. Si se utiliza el criterio recomendado por la Agencia Federal para la Educación Cívica para juzgar si una forma de gobierno puede calificarse de democracia, los análisis empíricos disponibles solo permiten concluir que las democracias capitalistas occidentales representan efectivamente una nueva forma de gobierno totalitario.

Es una tarea empírica comprender con mayor precisión las características específicas y los modos de funcionamiento de esta nueva forma de organizar el poder político sobre la base de conceptos teóricos adecuados. Los conceptos y categorías tradicionales de análisis de las estructuras de poder probablemente no sean suficientes para ello y, por lo tanto, deben adaptarse y ampliarse de manea conveniente.

El concepto de “Estado profundo” no es muy adecuado para un análisis de este tipo porque se asoció originalmente a ciertas constelaciones de poder en Turquía que solo tienen similitudes superficiales con las estructuras de poder en cuestión. Además, debido a las disposiciones naturales de nuestra mente, alberga una serie de peligros que pueden impedirnos una verdadera comprensión de las estructuras de poder en juego, ya que tendemos a imaginarlas en categorías personales. Sin embargo, estas no son adecuadas para comprender las formas abstractas de poder organizativo. Esto incluye el poder que se organiza en forma de complejas estructuras de red. Sus características no pueden entenderse de una forma adecuada a partir de una focalización en personas concretas. El término “Estado profundo”, sin embargo, nos incita a personalizar complejas constelaciones abstractas de poder y sucumbir así a una ilusión de comprensión[20].

El término “Estado profundo” puede utilizarse, por supuesto, de forma metafórica para llamar la atención de la opinión pública

sobre el hecho de que los centros del poder político no residen en los parlamentos y los gobiernos, sino en actores que, en gran medida, están ocultos. El término, por lo tanto, no representa un concepto explicativo teórico dentro de un análisis de la estructura de poder, sino simplemente una descripción de la apariencia del poder político: a saber, la apariencia del poder en el capitalismo tardío autoritario y cada vez más totalitario, que solo utiliza la cáscara de la democracia representativa para hacer que los centros reales del poder político sean invisibles para la opinión pública. Más aún: si es posible, la opinión pública no debería saber siquiera que existen, un objetivo que se ha conseguido de forma alarmante con el apoyo incondicional de los medios de comunicación (de masas). Como resultado, la necesidad de cambio político de la población ya no puede dirigirse a los centros de poder, sino solo a objetivos de distracción, lo que significa que no llegan a nada políticamente.

Publicado en Jens Wernicke y Ullrich Mies (eds.) (2017): Fassadendemokratie und Tiefer Staat, Promedia.

1. La democracia ateniense, en la que “el gobierno era en el sentido más literal un ‘gobierno del pueblo’” (Finley, 1973: p. 23), se caracterizaba por el imperio de la ley y la participación en el proceso de toma de decisiones. Sin embargo, además de una estricta separación de poderes, no existía la salvaguarda legal del régimen de propiedad, característica de los conceptos “liberales” de la democracia. No fue hasta la concepción de la “democracia liberal” que se vincularon los conceptos de libertad y propiedad. Las concepciones participativas de la democracia, que pretendían desarrollar las ideas básicas de la democracia ateniense a través de conceptos de separación de poderes, fueron y son, por lo tanto, combatidas desde la antigüedad hasta nuestros días por las clases propietarias y por todos aquellos que tienen un estatus superior en la sociedad respectiva, así como por la mayoría de los intelectuales destacados.

2. Véase, por ejemplo, Roberts (1994).

3. Wood (2010: p. 217).

4. “Es importante reconocer que el Estado moderno se construyó, minuciosa y deliberadamente [...] con el propósito expreso de negar que cualquier población, cualquier pueblo, tuviera la capacidad o el derecho de actuar conjuntamente por sí mismo, independientemente o en contra de su soberano. [...] la idea del Estado moderno se inventó precisamente para repudiar la posible lógica de las pretensiones democráticas de gobernar, o incluso de emprender una acción genuinamente política [...] la democracia representativa es la democracia puesta a salvo del Estado moderno” (Dunn, 1992: p. 247).

5. En palabras de Hanna Fenichel Pitkin, probablemente la más importante teórica de la representación: “La representación, al menos como idea y práctica política, surgió solo a principios de la modernidad y no tuvo nada que ver con la democracia” (Pitkin, 2004). Desde el principio, el desarrollo de la “democracia representativa” sirvió así precisamente para defenderse de la democracia (véase, por ejemplo, Klarman, 2016).

6. Madison (1787: p. 51). Véase Nedelsky (1990).

7. Streeek (2016).

8. Véanse, por ejemplo, Scott (2014, 2017) y Valentine (2017).

9. Véanse, por ejemplo, Tom Engelhardt (2014): ¿Por qué Estados

Unidos tiene 17 agencias de inteligencia diferentes?, véase en https://bit.ly/3rESvC1; y Donald L. Barlett y James B. Steele (2007), La sombra de 8.000 millones de dólares de Washington, véase en https://bit.ly/3ysoSYe.

10. Véanse, por ejemplo, Priest y Arkin (2011: p.179) y https://wapo.st/3fKn6ew.

11. Véase Ferguson et al. (2017).

12. Wolin (2010) llama a esta nueva forma de totalitarismo "totalitarismo invertido".

13. Según Mike Lofgren, ahora hay "dos gobiernos: uno con el que sus ciudadanos estaban familiarizados, que funcionaba más o menos a la vista; el otro, un gobierno paralelo secreto cuyas partes habrían proliferado en menos de una década hasta convertirse en un gigantesco y extenso universo propio, visible solo para un cuadro cuidadosamente verificado – y su totalidad [...] visible solo para Dios". Mike Lofgren (2014): "Anatomy of the Deep State". Véase en https://bit.ly/3rH3ASO.

14. John Jay (1745-1829), uno de los padres fundadores de Estados Unidos, citado por Monaghan (1935: p. 323).

15. Véase en https://bit.ly/3EuRlAp.

16. Por nombrar solo algunos estudios influyentes con diferentes

enfoques: Domhoff (2014), Gilens y Page (2014), Vitali, Glattfelder y Battiston (2011), Heemskerk y Takes (2016).

17. Véase, por ejemplo, G. William Domhoff (2005), Power Structure Research and the Hope for Democracy, en https://bit.ly/3fPVEMx.

18. La estructura de poder resultante está, según Mike Lofgren, "tan fuertemente entrenada, tan bien protegida por la vigilancia, la potencia de fuego, el dinero y su capacidad para cooptar la resistencia que es casi impermeable al cambio". Mike Lofgren (2014), Anatomy of the Deep State, en https://bit.ly/3rJiKHp.

19. C. Wright Mills (1956: p. 343) ya se ocupó de "la irreponsabilidad organizada que es hoy la característica más importante del sistema americano de poder corporativo" Pearce (2002: p. 46; véase también 1993) habló de "irresponsabilidad estructural", y Tombs y Whyte (2015: p. 100 y ss.) tratan con detalle "la corrupción como irresponsabilidad estructurada". Mike Lofgren (2014) también señala: "Los ejecutivos de los gigantes financieros tienen incluso inmunidad penal de facto".

20. Mike Lofgren, que en su importante libro The Deep State: The Fall of the Constitution and the Rise of a Shadow Government (2016) hace un relato detallado desde la "sala de máquinas" del poder de Estados Unidos y que ha dado cierta popularidad al término "Estado profundo", es muy consciente de los peligros psicológicos de este término y aborda explícitamente los malentendidos y conceptos erróneos asociados a él.

Adoctrinamiento en los medios de comunicación
Entrevista con Jens Wernicke

Señor Mausfeld, los alemanes ya no confían en sus medios de comunicación. Algunos hablan de errores periodísticos como casos aislados; otros pronuncian palabras como "propaganda" y "mentiras". ¿Qué está ocurriendo? ¿Y cuál es el papel y la función de los medios de comunicación en nuestro país?

La desconfianza en los medios de comunicación, en especial en los llamados líderes, ha aumentado enormemente en los últimos años. Por ejemplo, según una encuesta de Die Zeit en 2015, el 60% de los encuestados tenía poca o ninguna confianza en ellos. Otras encuestas también arrojaron resultados similares. Las razones de este escepticismo se han analizado y explicado muchas veces, pero hay un aspecto adicional que me parece más interesante. El carácter adoctrinador de los principales medios de comunicación se ha demostrado una y otra vez en numerosos estudios empíricos sobre temas concretos, con palabras clave como Kosovo, Irak, Afganistán, Grecia, Ucrania o Siria. Esto plantea la pregunta de por qué tanta gente sigue confiando en ellos. Al fin y al cabo —según una encuesta de WDR Infratest de diciembre de 2016—, el 72% considera creíble la televisión pública y el 65% los diarios. Solo el 20% está convencido de que los diarios mienten de manera deliberada, y el 30% cree que la televisión pública también lo hace. Una encuesta de la Universidad de Maguncia arrojó resultados similares, según los cuales el 40% de los alemanes cree que se puede "confiar bastante o totalmente en los medios de comunicación en cuestiones importantes". Esta confianza resulta sorprendente y necesita una explicación, teniendo en cuenta las distorsiones grotescas y realmente evidentes de los acontecimientos políticos relevantes. Esto sugiere que tales valores de credibilidad no están relacionados con la labor de los medios de comunicación, sino más bien con el grado de adoctrinamiento de los usuarios. Así que sería interesante darle la vuelta a esta cuestión y preguntar por

qué tantos alemanes siguen confiando en los medios. También merecería la pena, desde el punto de vista político, investigar de forma sistemática cuáles son las causas más profundas de esa percepción distorsionada de los medios de comunicación.

Sin embargo, es cierto que, al mismo tiempo, la desconfianza en los medios de comunicación no ha dejado de crecer en los últimos años: en 2008, el 9% estaba convencido de que no se podía confiar en ellos en temas importantes o que no se podía confiar en absoluto; y en 2016 —según la encuesta de la Universidad de Maguncia— ya era el 25%. Por lo tanto, una parte creciente de la población es cada vez más consciente del carácter adoctrinador de los medios de comunicación y, en general, se observa una polarización ascendente en cuanto a su valoración.

Si se quiere entender mejor el carácter de adoctrinamiento de los medios, hay que examinar primero su función política y económica en el actual orden social. Para ello, es importante distinguir los aspectos normativos de los descriptivos en las democracias occidentales capitalistas. Ambas perspectivas pueden describirse de forma bastante sencilla, prescindiendo de los matices.

En cuanto al ámbito normativo, en una democracia real los medios de comunicación —al igual que el sistema educativo— tienen una función muy especial. En muchos aspectos, una democracia plantea mayores exigencias psicológicas y cognitivas a cada individuo que otras formas de gobierno. Debe permitir a las personas participar activamente en la comunidad con un espíritu de solidaridad. Presupone ciudadanos maduros, es decir, ciudadanos informados sobre todos los asuntos relevantes de la comunidad y capaces de formarse un juicio independiente y socialmente responsable. Dado que esta comunidad se extiende mucho más allá de la esfera individual, los medios de comunicación son necesarios para crear un espacio colectivo que permita comprender de forma consciente la sociedad. Estos sirven, pues, para proporcionarnos experiencias indirectas, es decir, mediadas, de aspectos relevantes del mundo y la sociedad, a través de las cuales se crea y moldea nuestra imagen de la realidad social y política. De este modo, deben contribuir de forma esencial a que podamos participar de forma solidaria en todos los aspectos relevantes de la comunidad. Por lo tanto, una

verdadera democracia exige más calidad a sus medios de comunicación y a su sistema educativo que otras formas de Estado.

Para cumplir esta función normativa, la imagen de la realidad política no debe ser distorsionada de modo sistemático en favor de determinados grupos de interés. Dado que los medios de comunicación crean el espacio de debate público, deben ofrecer a todos los grupos sociales la posibilidad de participar en igualdad de condiciones.

Hay muchas más funciones normativas de los medios de comunicación en una democracia digna de serlo, pero los aspectos mencionados ya son suficientes para dejar claro el carácter ilusorio de tales exigencias y condiciones a la vista de nuestra realidad social. Esto se debe a que la propia premisa de que vivimos en una verdadera democracia es errónea. Las formas actuales de "democracia representativa" son "democracias de élites", es decir, "oligarquías electorales" de facto. Desde sus inicios históricos, la idea de una "democracia representativa" se ha desarrollado con la intención de mantener al "pueblo estúpido" —irracional, infantil y caprichoso— lejos del poder y de la influencia política. La creación de una "democracia representativa" tenía, pues, la intención explícita de impedir una verdadera democracia, negando la soberanía popular y evitando la participación de los ciudadanos en la comunidad. ¿Por qué las élites del poder deberían tener interés en una democracia real, cuando esto pondría en peligro su estatus? Este es un punto delicado que habría que rastrear con cuidado en la historia.

Los aspectos descriptivos del funcionamiento real de los medios de comunicación dentro de las relaciones de dominación y poder en las democracias occidentales capitalistas se han estudiado durante más de cien años, y existe una gran cantidad de material empírico sobre el tema. Este demuestra de forma abrumadora que los medios de comunicación existen principalmente para estabilizar el estatus social y económico de quienes lo poseen o de aquellos de quienes dependen económicamente. Esto implica, en particular, que transmiten la visión política del mundo de las respectivas élites económicas y políticas gobernantes, de modo que la selección e interpretación de los hechos también está determinada por ello.

John Dewey, el influyente filósofo político y educador liberal estadounidense, dio con el meollo de la cuestión ya en 1935 en su ensayo Our un-free press: no se trata de "cuántos abusos concretos hay ni de cómo se pueden remediar", sino de examinar el "efecto necesario del sistema económico actual en toda la esfera pública" y de preguntarse "hasta qué punto son posibles una auténtica libertad intelectual y una mayor responsabilidad social en las condiciones del orden económico existente". Esta es la verdadera pregunta central, porque en las condiciones actuales, los medios de comunicación privados actúan, de manera inevitable, en contra del proceso de democratización de las relaciones sociales. La esfera actual de discusión se ha reducido hasta tal punto que la pregunta de Dewney se considera hoy fuera del ámbito de las cuestiones aceptables y "razonables".

Bajo las "condiciones del orden económico existente", como escribe Dewey, los medios de comunicación ya están integrados en las estructuras de poder económico a través de las relaciones de propiedad. Noam Chomsky y Edward Herman ya demostraron en su clásico análisis —que resumieron en su "modelo de propaganda"— que esto tiene enormes consecuencias. A través de su integración en las estructuras de poder económico, los medios se convierten en un instrumento muy eficaz al servicio de los poderosos grupos de presión económica, que pueden así infiltrarse de forma encubierta en el espacio de debate público y ajustar el clima de opinión de forma favorable a sus intereses. En consecuencia, los medios de comunicación no solo reflejan las estructuras de poder, sino que se convierten cada vez más en actores políticos para la estabilización y expansión de estas estructuras. En contra de su autoidealización como "cuarto poder", y debido a sus vínculos políticos y económicos con las élites gobernantes, no ejercen una función de control ni son guardianes del interés público frente a los centros de poder, sino que son sus perros guardianes: según la forma en que seleccionan e interpretan las noticias, actúan como centinelas modificando los espacios de debate público.

Esto no implica una conspiración de los medios de comunicación con los centros de poder. Dado que, a la hora de explicar los fenómenos sociales, nos inclinamos a personalizar las causas en lugar de pensar en factores estructurales abstractos, es

comprensible, desde un punto de vista psicológico, que muchos atribuyan el alto grado de sincronización de los medios de comunicación y las distorsiones de la realidad política a factores personales, como los acuerdos y las conspiraciones. Esto se refleja, por ejemplo, en el hecho de que el 44% de los ciudadanos alemanes está de acuerdo con la afirmación de que los medios de comunicación están "controlados desde arriba", según una encuesta representativa de Forsa[1], en 2015. Sin embargo, esta interpretación personal pasa por alto los factores reales, que son ante todo de naturaleza estructural. Todo el sistema de medios de comunicación está organizado de tal manera que no necesita ningún control específico de su personal. Su conformidad con la ideología imperante es ya el resultado de los mecanismos de filtro, consecuencia directa de las relaciones de poder en las que están inmersos. Por una parte, estos mecanismos están relacionados con la selección de noticias: solo unas pocas grandes agencias comerciales dominan el suministro del material informativo, lo que permite dirigir la atención de la opinión pública y los marcos de interpretación deseados de manera muy eficaz. Por otra parte, estos mecanismos de filtrado también están vinculados con la selección de periodistas. Los mecanismos de selección y promoción de los redactores que piensan "correctamente" son tan diversos como complejos. Estos reflejan los supuestos ideológicos tácitos y las cosmovisiones políticas comunes de los medios de comunicación, y garantizan con eficacia la estabilidad ideológica de una empresa mediática. Además de estos dos factores, hay otros que resultan de mecanismos estructurales de adaptación a las limitaciones de las relaciones de propiedad y de las realidades económicas y políticas. Debido a su integración en las estructuras de poder, la configuración del sistema de medios de comunicación es tal que tanto los acuerdos personales como las "conspiraciones" son, en gran medida, superfluos.

¿Por qué los usuarios están perdiendo la confianza en la veracidad del adoctrinamiento diario?

Hay tres factores responsables bastante obvios y que ya se han analizado de manera amplia. Por un lado, está el grado de

homogeneidad de opiniones dentro de los diferentes grupos de élites económicas y políticas. Este abanico de intereses se ha reducido enormemente en los últimos años, sobre todo debido al triunfo del neoliberalismo y al dominio de los intereses hegemónicos transatlánticos tras el colapso de la Unión Soviética.

En este proceso, el establishment político, económico y periodístico se ha vuelto ampliamente congruente en sus perspectivas y la necesaria pluralidad de los medios de comunicación ya no existe. Esto ha dado lugar a una homogeneización ideológica que probablemente no tenga parangón en ningún momento de la historia. En la actualidad, los medios líderes se muestran cada vez más desinhibidos a la hora de ocultar o distorsionar los hechos que no encajan en la visión del mundo de las élites neoliberales transatlánticas. De este modo, crean una realidad en la que las cuestiones más importantes ni siquiera aparecen y los verdaderos conflictos quedan ocultos.

Y, por supuesto, la gente lo percibe, unos de forma más precisa que otros: "¡Algo va muy mal en y con nuestros medios de comunicación! ¿Pero qué...?"

Según esta evolución, el entonces director del FAZ[2], Frank Schirrmacher, ya advirtió en 2009 —en referencia a los medios de comunicación públicos— de los peligros de una "industria de la conciencia controlada por el Estado". Sin embargo, el término "industria de la conciencia" acuñado por Enzensberger —y también el término adorniano "industria cultural" que lo precedió— me parece ahora casi trivial, porque no se trata simplemente de un sector definible en el campo de la producción capitalista que ha convertido la "conciencia" en una mercancía.

Más bien, toda la esfera de la opinión pública —desde los medios de comunicación hasta las escuelas y universidades— está impregnada desde hace mucho tiempo y de manera tan exhaustiva por los mecanismos de transmisión de la ideología, que el adoctrinamiento profundo se ha convertido ahora en autorreferencial y autónomo del propio orden social existente. En mayor o menor medida, todos

nos hemos convertido, de forma inconsciente, en sus portadores y lo apoyamos y difundimos cada día.

¿Eso significa…?

Que nadamos en la ideología imperante como peces en el agua y, por lo tanto, ya ni siquiera la notamos. Las narrativas del marco ideológico están ahora tan profundamente ancladas en nuestra cultura que ya no las percibimos como elementos ideológicos. Un ejemplo es la ideología meritocrática de una "sociedad competitiva" en la que el estatus social de una persona está determinado por sus logros individuales, según la cual nuestra sociedad es justa porque ofrece "igualdad de oportunidades". El razonamiento circular meritocrático de la atribución del éxito es: los que están "en la cima" lo están de forma justa, de lo contrario no estarían allí. Lo mismo sucede con los que están "en el fondo", porque si realmente se hubieran esforzado estarían más arriba, pero como no lo están, es obvio que son responsables de su destino. Esta es la doctrina básica de nuestra sociedad, la que castiga a los perdedores de nuestro sistema económico por segunda vez, al someterlos al desprecio social. Más ejemplos de los numerosos elementos ideológicos que impregnan nuestra sociedad y que apenas percibimos como ideologías son la idea neoliberal de un "libre mercado" o la neoimperialista de una "comunidad occidental de valores" cuyos actos se guían por ideales benévolos y nobles. Aquí podemos aplicar la observación de Wittgenstein, que se refiere a que no podemos ver aquello que tenemos ante nuestros ojos. Estas ideologías se han convertido en nuestra sociedad en algo tan natural que apenas se cuestiona.

Sin embargo, a veces, algunos acontecimientos de la actualidad pueden contradecir de forma tan flagrante los relatos oficiales que una parte más amplia de la población se da cuenta del carácter ideológico de las "interpretaciones" transmitidas por los medios de comunicación. Ejemplos evidentes son los reportajes sobre las crisis inducidas en Grecia, Ucrania o Siria, la demonización de Putin y la incitación contra Rusia, los reportajes sesgados y a menudo maliciosos sobre Jeremy Corbyn o Bernie Sanders, así como la

ocultación de las consecuencias del grave aumento de la desigualdad social. Cuando la discrepancia entre las "informaciones" y los hechos se vuelve evidente, suelen ser necesarios grandes esfuerzos propagandísticos para que la población vuelva a pensar y querer lo que se supone que debe pensar y querer. Existe, de hecho, una especie de "industria" controlada en forma de agencias de relaciones públicas que operan a nivel mundial para la planificación y ejecución de tales "correcciones" en la opinión pública. Se trata de think tanks, redes transatlánticas y ONG, que conforman una "industria" para el control de la opinión pública que ha sido construida y ampliada de modo sistemático durante décadas. Esto también ha sido documentado con cuidado y analizado por historiadores y sociólogos, entre otros. Por lo tanto, la idea de Enzensberger de que la "industria de la conciencia" sirve para impedir la toma de conciencia de la pobreza y la explotación y, de este modo, dificultar o incluso bloquear la lucha contra ellas, es más pertinente que nunca.

Desde el ensayo de Enzensberger, no solo la "industria de la conciencia" se ha convertido en un gigantesco y sofisticado campo de técnicas de poder blando, cuyo refinamiento científico apenas conocen los ciudadanos, sino que la pobreza y la explotación están alcanzando nuevas cotas en el neoliberalismo. ¿Por qué, según los resultados de las elecciones, esto no parece molestar a la gente que opta por el programa neoliberal?

Esta es una de las cuestiones más interesantes sobre el funcionamiento de nuestras democracias occidentales. ¿Cómo puede haber tal nivel de aquiescencia cuando la mayoría de la población ha sido responsable de las decisiones políticas fundamentales durante décadas?

Por supuesto, a la mayoría de la población le molesta tener una participación cada vez menor en los beneficios que ella misma ha generado; esto lo percibe, aunque a menudo no pueda captarlo ni comprenderlo. Esto se debe a que los hechos relevantes son sistemáticamente oscurecidos o distorsionados por los medios de

comunicación. Un ejemplo de ello es el crecimiento excesivo de las desigualdades en la distribución de la riqueza y la renta, y que sectores cada vez más amplios de la población sean cada vez más pobres, mientras que los ricos se ven "liberados" de sus contribuciones a la comunidad. O que casi una cuarta parte de los empleados que cotizan pertenece al "sector de bajos salarios", y no solo se trata de personas poco cualificadas, sino que predominan aquellas con formación profesional completa. O que los ingresos reales del 10% de los hogares más ricos han aumentado casi un 27% en las últimas dos décadas, mientras que los del 10% más bajos han caído. O que el riesgo de pobreza entre las personas mayores ha aumentado durante años. Los medios de comunicación contribuyen en gran medida a que estos hechos dejen de ser comprensibles para los propios afectados y a que no se puedan sacar conclusiones políticas de ellos; sin embargo, al presentarlos como efecto de las inescrutables y necesarias "fuerzas del mercado", nadie puede asumir la responsabilidad política de los mismos. La angustia individual ya no tiene causas estructurales y nadie es responsable de ella, excepto el propio individuo. No se puede expulsar a las "fuerzas del mercado", solo es posible adaptarse y someterse a ellas. Este es precisamente el truco ideológico esencial del adoctrinamiento neoliberal, a través del cual pudo llevarse a cabo la revolución neoliberal con su redistribución radical desde abajo hacia arriba.

El instrumento más poderoso de esta revolución fueron los medios de comunicación. El papel que han desempeñado y siguen desempeñando sigue estando muy infravalorado. Los medios de comunicación —al unísono con la mayoría de los intelectuales— renunciaron a sus escasos ideales y se afanaron en ponerse al servicio de las élites económicas. De este modo, se convirtieron en armas de propaganda para la destrucción sistemática de los logros del Estado social y, al mismo tiempo, de las ideas de comunidad, solidaridad y justicia.

Esta destrucción planificada del estado de bienestar no habría sido posible en una democracia sin un envenenamiento planificado del lenguaje y del pensamiento. Intelectuales, periodistas y profesores serviles compiten con los políticos para ponerse al servicio de la ideología totalitaria del "mercado" y dotarla de una supuesta base

de justificación conquistando el espacio del pensamiento. Para ello hicieron un uso casi ilimitado de los medios de comunicación y crearon así una redefinición neoliberal orwelliana de términos originalmente positivos, como “libertad”, “reforma”, “reducción de la burocracia”, “flexibilidad” o “globalización”. El vocabulario de adoctrinamiento neoliberal se ha desarrollado con cuidado, y continuamente es evaluado y perfeccionado por think tanks e instituciones como la, “sin ánimo de lucro”, Fundación Bertelsmann. Desde hace varias décadas, los medios de comunicación envuelven a la población a diario con la verborrea de la jerga neoliberal. Los periodistas se han convertido voluntariamente en técnicos de opinión del neoliberalismo: no cuestionan sus términos, no arrojan luz sobre sus antecedentes o sus raíces, no examinan sus consecuencias y efectos. Como dan por sentado el pensamiento neoliberal, traducen todos los problemas sociales a sus categorías y ofrecen respuestas prefabricadas a todas las preguntas. Por supuesto, esto tiene su efecto en la población, porque el mero hecho de que las multitudes de vendedores de palabras neoliberales escupan las mismas frases vacías en una repetición interminable refuerza la impresión de que tal concordancia solo puede entenderse como una expresión de la verdad. El neoliberalismo es una ideología que ha conseguido dominar todo el espacio público de pensamiento para hacerse “verdadera” mediante los medios de comunicación.

Como el neoliberalismo ya no es reconocible como ideología en la conciencia pública, la pobreza y la precariedad que, de manera sistemática, crea aparecen simplemente como un efecto secundario lamentable pero inevitable. La adaptación a las “leyes del mercado” obliga a la “flexibilización”. Con tal envenenamiento conceptual del pensamiento, la población ya no reconoce que el neoliberalismo depende de hacer de la inseguridad social y económica una condición permanente, y de producir lo que Christoph Butterwegge llama la “precarización del trabajo asalariado”. Al mismo tiempo, la clase media puede ser disciplinada a través de los temores de descenso que se crean de esta forma.

La pobreza no es, pues, solo una consecuencia natural de más de cuatro décadas de redistribución desde abajo hacia arriba. La pobreza es al mismo tiempo un efecto deseable para los

beneficiarios de esta redistribución. Impide la participación, crea letargo y disciplina precisamente a los grupos sociales que deberían tener mayor interés en el cambio. La pobreza y el miedo a la pobreza son los mejores garantes de la apatía política de la población: si una quinta parte de la sociedad no tiene voz política, ni forma de organización, ni representación en los medios de comunicación, ni grupos de presión que representen sus intereses, y está en gran parte vigilada y disciplinada, esto aumenta la estabilidad del estatus de las élites dirigentes.

La magnitud de la inseguridad económica, el miedo y la pobreza que se extiende hasta el centro de la sociedad, crea de manera inevitable una tensión social. El neoliberalismo debe neutralizar estas tensiones para que no se articulen como una necesidad política de cambio. En este sentido, resulta útil otro de sus componentes ideológicos: el darwinismo social. En su actitud meritocrática, el neoliberalismo comparte el desprecio social darwinista por los débiles. Una ideología tan profundamente inhumana hace que los débiles se avergüencen de su propia situación y que muestren una mayor tendencia a identificarse con los exitosos y poderosos. Como resultado de esta ideología social darwinista, los fuertes y los débiles se alían de manera perversa en el deseo de mantener el tema de la pobreza fuera de los medios de comunicación, a menudo con la aprobación tácita de sus consumidores. La pobreza —si no es pobreza infantil— se convierte así en algo puramente privado, se proyecta sobre el individuo al que se hace responsable de ella.

Dado el papel central de los medios de comunicación en la lucha de clases neoliberal desde arriba, no es de extrañar que los perdedores estén prácticamente ausentes en los medios, o presentes como meras estadísticas. En muchos aspectos, estos sectores de la población resultan invisibles para los representantes del pueblo y los medios de comunicación. Privados de su voz, son meros objetos de piedad y limosna que deben ser administrados con la mayor eficacia posible, pero de ninguna manera son sujetos independientes en la creación política común.

Por ello, en el primer borrador del 5º Informe sobre la pobreza y la riqueza del Gobierno Federal se advertía, de manera justificada, de

la “crisis de representación”: “Las personas con menores ingresos renuncian a la participación política porque experimentan que las decisiones políticas apenas se dirigen a ellos. Es comprensible que los representantes políticos no consideren oportuno exponer de forma clara este hecho tan evidente, por lo que este pasaje se eliminó del informe final, al igual que la referencia del grupo de investigación encargado por el Ministerio Federal de Trabajo sobre que en Alemania existe “un claro desequilibrio en las decisiones políticas en detrimento de los pobres”. El estudio de este grupo de investigación había demostrado que “las decisiones políticas tienen más probabilidades de coincidir con las actitudes de los grupos de mayor renta, mientras que en el caso de los grupos de renta baja no existe ninguna coincidencia sistemática o que hay, incluso, una correlación negativa”. En resumen, los intereses de los ricos determinan las decisiones políticas relevantes e ignoran las de los grupos socialmente desfavorecidos. Esta “crisis de representación” política no puede considerarse solo una aberración accidental que podría repararse con un poco de buena voluntad: está profundamente arraigada en la estructura de la “democracia representativa”, que precisamente fue creada para proteger la influencia de las élites económicas —la clase propietaria— de los intereses de la mayoría de la población. Dado que en las formas actuales de la “democracia representativa” la energía para el cambio de las condiciones de vida de las personas se agota en la elección de otros representantes de un espectro predefinido, la voluntad de transformación de la mayoría de los pobres no puede realizarse a través de las elecciones. Así, el programa neoliberal no puede ser expulsado.

Sin embargo, los puntos mencionados son también aquellos en los que la matriz ideológica es más frágil, pues de su experiencia real se puede concluir que “algo va muy mal aquí”. De esta manera, la pobreza masiva no existe, y la prestación obligatoria para parados de larga duración —con la que se “hace feliz” a parte de la población— sirve solo para censurar a “millones de vagos”. ¿No es este uno de los muchos puntos en los que se puede resquebrajar el sistema, precisamente en aquellos casos en los que la experiencia real es absolutamente

opuesta a las mentiras del poder?

Para una parte importante y creciente de la población, la experiencia real es desde hace mucho tiempo tan descaradamente opuesta a las "verdades" oficiales de los poderosos y de los medios de comunicación, que —como en el feudalismo— se plantea la cuestión de por qué la mayoría de los no propietarios no obligan a la minoría de propietarios a redistribuir sus riquezas de forma más justa. De hecho, como se ha demostrado en numerosas ocasiones, en las últimas décadas se ha producido una violenta refeudalización de la sociedad, con el resultado de que se "heredan" tanto la riqueza como la pobreza y las oportunidades de progreso dentro de grupos sociales delimitados. ¿Por qué no se ejerce una presión política adecuada desde abajo para corregir esta situación? Lo que parece ser una solución desde abajo significa, desde arriba, una amenaza existencial al estatus ganado que debe ser neutralizada. La clase propietaria es, pues, muy consciente de los peligros que conlleva una redistribución sin escrúpulos, así como la creación de pobreza y precariedad, especialmente en democracia. Porque esto crea tensiones sociales y necesidades de cambio que tienen que ser desviadas hacia objetivos de distracción o neutralizadas por completo, para que la energía política de cambio no fluya de forma radical, o incluso violenta, contra los centros de poder supuestos o reales. Para que el sistema no se rompa debido a sus propias contradicciones, hubo que desarrollar una variedad de estrategias adecuadas de "pacificación" social.

El objetivo de estos esfuerzos de "pacificación" social es, y siempre ha sido, disfrazar los antagonismos de clase y lograr la aprobación tácita de la mayoría de la población para las políticas que transfieren grandes cantidades de riqueza común a una pequeña capa de élites económicas. Las complejas estrategias con las que históricamente se ha conseguido han sido identificadas en algunos estudios, como el de Steve Fraser en The Age of Acquiescence (La era de la aquiescencia), que examina las condiciones en las que surgió nuestra "era de la aquiescencia y el consentimiento".

Estas estrategias operan en dos niveles: en el nivel estructural de la organización política y en el nivel ideológico-psicológico. En el plano estructural, el objetivo principal es eliminar y subvertir los

elementos democráticos manteniendo la ilusión de democracia.

Es cierto que durante un tiempo el capitalismo se hizo amigo de la "democracia representativa" porque es capaz de limitar las opciones electorales a los partidos que representan las diferencias de intereses dentro de las élites y, por lo tanto, puede tener un efecto "pacificador" a través de la ilusión del control democrático. Ahora, sin embargo, en el neoliberalismo, como forma extrema del capitalismo, este matrimonio de ideas se está rompiendo cada vez más y los rasgos y preferencias autoritarias del capitalismo se hacen más evidentes.

Las formas actuales de "democracia representativa" son especialmente adecuadas para una eliminación invisible de los elementos democráticos, ya que dan a los poderosos lobbies un acceso directo a la "representación política". Esto ha dado lugar a una multitud de mecanismos mediante los cuales, y en una especie de bucle, el poder económico puede transformarse en poder político, que a su vez puede transformarse en poder económico. El "mercado" con sus actores y el Estado se han entrelazado cada vez más tras la revolución neoliberal; el poder económico y el político se apoyan de manera mutua, sometiendo cada vez más a todas las instituciones estatales al control del capital y, por lo tanto, al control autocrático. Debido al vínculo cada vez más estrecho entre los negocios y la política de los poderosos lobbies, de las estructuras de gestión de la opinión y de la democracia (grupos de reflexión, redes, medios de comunicación) y de los aparatos cada vez más poderosos e independientes de un Estado policial, los centros de poder económico y político se han fusionado hasta tal punto que ya no son visibles para la opinión pública como instancias legitimadas y, por lo tanto, están alejados de la responsabilidad democrática. Así, la corrupción política hace tiempo que se ha hecho sistémica hasta sus raíces. Los antagonismos de clase se niegan, por ejemplo, a través de todas las estrategias de la legislación nacional e internacional que se ocultan en gran medida a la opinión pública, como las leyes fiscales o los acuerdos de libre comercio, a través de los cuales, como en el feudalismo, se puede legalizar el crimen organizado de la clase propietaria.

A nivel ideológico-psicológico, el objetivo principal del

neoliberalismo es crear una sociedad radicalmente despolitizada y socialmente atomizada. Para evitar que surja la idea de un interés común y, por lo tanto, las posibilidades de acción de un conjunto colectivo de necesidades de transformación, es necesario que el individuo adapte su situación social únicamente a las "necesidades del mercado". Cuando surgen ideas sobre una identidad colectiva, se supone que se refieren solo al ámbito del consumo o de los estilos de vida individuales. La despolitización así conseguida conlleva una serie de consecuencias deseadas por la política del poder: consigue un efecto antisolidario, desarraiga al individuo de la experiencia de su propia clase social y lo deja, abandonado a su suerte sin remedio, con sentimientos de impotencia y resignación. Tal estado del individuo permite que sus pensamientos y acciones se conviertan en objeto de técnicas adecuadas de gestión de la opinión, de disciplina y vigilancia sin mucha resistencia, es decir, exactamente el tipo de objeto político con el que sueña la clase propietaria. Una despolitización tan radical de la sociedad requiere un amplio apoyo de los medios de comunicación. Además, solo puede estabilizarse a largo plazo si todas las instancias de socialización y educación se ponen también a su servicio. Esto es con exactitud lo que ha ocurrido en las últimas décadas: el perfeccionamiento de la dominación neoliberal —sobre todo del sistema educativo— es completo, de forma casi totalitaria, y ya no existe prácticamente ninguna concepción de la educación como un esfuerzo emancipador.

Una de las consecuencias más graves de la sistemática despolitización radical de la sociedad es la fragmentación y descomposición de los movimientos emancipatorios y sociales y de la izquierda en general. Esto no solo se refiere a la subyugación neoliberal de la izquierda política organizada en partidos, cuyos representantes, como muestra la Agenda 2010, han impulsado conscientemente el programa neoliberal. Se refiere a que parte del potencial emancipador de la sociedad se ha privatizado, por así decirlo, en el proceso de esta despolitización. En la medida en que la protesta social se limitó a los intereses identitarios de grupos particulares, el antiguo potencial crítico se transformó en lo que Nancy Fraser llama "neoliberalismo progresista". De este modo, los propios grupos críticos y de izquierda en los que se basaba la esperanza de cambio social contribuyeron, con conocimiento o con

aquiescencia, a la estabilización de la sociedad neoliberal. El antiguo entorno de la izquierda, que hoy en día sigue sintiéndose "progresista", ya no lucha contra la desigualdad, sino contra la discriminación de sus propios grupos particulares y se ha instalado con bastante comodidad en el statu quo.

Tras la despolitización neoliberal de la sociedad, la figura del intelectual políticamente activo, que reflexiona sobre la situación de forma crítica y con compromiso emancipador, también ha desaparecido en gran medida. Así, tanto los intelectuales posmodernos como los intelectuales de salón de izquierdas, con su característica abstinencia política, han desatendido a los perdedores del orden imperante y los han dejado en manos de los movimientos nacionalistas y populistas de derechas. Los intelectuales de la izquierda que permanecen en el neoliberalismo se abstienen, en gran medida, de representar los intereses de los perdedores sociales. Estos intelectuales también comparten con las élites del poder un desprecio intelectual por el pueblo, que en cualquier caso es incapaz de entender sus análisis sociales y calibrar la profundidad de sus pensamientos.

Así, como se lamentaron de manera especial Noam Chomsky y Pierre Bourdieu, este intelectual ha desaparecido, en la práctica, de la esfera pública. Esto significa que faltan quienes tengan disposición y capacidad para contrarrestar el totalitarismo neoliberal, quienes puedan dar a la necesidad de cambio un objetivo para la acción política y que nos recuerden por qué vale la pena luchar. Así, el neoliberalismo ha tenido un gran éxito en sus esfuerzos por destruir el potencial emancipador y bloquear el proceso de mediación social mediante el cual el sustrato de la crítica social de izquierdas y los conocimientos históricamente adquiridos de los movimientos sociales pueden hacerse políticamente efectivos.

¿Qué consecuencias tiene todo esto para la lucha por una democracia real, por un mundo más humano y social? ¿Cuáles serían las acciones más importantes y significativas en la lucha por los verdaderos medios de comunicación y la verdadera

democracia? ¿Qué pasos podrían, deberían darse para lograr estos objetivos?

Cualquier forma de acción política debe estar guiada, por supuesto, por un entendimiento adecuado de las características del sistema político en cuestión. En situaciones sociales complejas, la acción no puede ser simplemente un fin en sí misma, sino que debe ir siempre precedida de una planificación basada en los conocimientos necesarios. Además, dicha planificación no debe limitarse a los fenómenos superficiales, sino que debe apuntar a las raíces de las relaciones de poder responsables, tanto en la esfera económica como en la ideológica. Casi nadie ha entendido estos aspectos estratégicos mejor que Friedrich Hayek, y en este sentido los movimientos emancipadores pueden aprender mucho de las estrategias en las que se basa el éxito del neoliberalismo.

El neoliberalismo solo podía tener éxito en la medida en que lograra despolitizar la sociedad. A la inversa, se deduce que la lucha contra el neoliberalismo solo puede tener éxito en la medida en que se logre una amplia repolitización en todos los niveles de la sociedad. No puede haber recetas sencillas para esto. Cada uno puede contribuir dentro de sus áreas de influencia y adaptar así su acción política a las posibilidades específicas de su situación. Pero más allá de esto, se pueden obtener ideas de estrategias y tácticas eficaces de la historia de los movimientos sociales y de la resistencia adquirida en sus luchas, instrumentos que luego hay que adaptar y perfeccionar. Para ello, por supuesto, primero hay que superar la fragmentación social y el desarraigo de los planteamientos en la historia de las ideas para que fructifique todo lo que ya se ha ganado. Esto solo es posible mediante una división del trabajo y requiere el apoyo de mediadores intelectuales que reincorporen la acción política a la perspectiva histórica de las luchas sociales, acompañado de la continuidad del pensamiento emancipador en la historia de las ideas.

Una herramienta de probada eficacia es mostrar las contradicciones internas de las condiciones existentes para desarrollar posibilidades de trabajo político concreto. De forma igualmente continua y flexible, deben desarrollarse técnicas y estrategias en función de la situación, mediante las cuales sea posible identificar, limitar o

eliminar cualquier tipo de poder ilegítimo. En otras palabras, se trata de poner en marcha un proceso y no de alcanzar un objetivo rígidamente predefinido, porque la democracia real no es solo una norma estática y para conseguirla no se requiere simplemente encontrar un modo de transformación. La democracia es más bien un proceso continuo de domesticación y contención del poder mediante la creación continua de formas de organización en las que las personas sin poder —es decir, la mayoría— puedan reunirse y llevar sus intereses a la esfera pública.

En estos esfuerzos por establecer formas democráticas de organización y, por lo tanto, una sociedad más humana, nos puede ayudar la idea de que la realidad social actual ha sido provocada por decisiones humanas y no, como nos quiere hacer creer el adoctrinamiento neoliberal, por evolución de alguna ley natural. En consecuencia, estas condiciones provocadas de modo sistemático pueden también ser revertidas y eliminadas por decisiones humanas. Sin embargo, debido a la fusión extrema y a la estabilización legal de las diferentes estructuras de poder, se trata de una tarea muy difícil que solo podrá llevarse a cabo a largo plazo, sobre todo porque, en primer lugar, será especialmente arduo recuperar cualquier espacio intelectual para las alternativas, dado el carácter totalitario del neoliberalismo.

¿Una última palabra?

El papel y el funcionamiento de los medios de comunicación no puede entenderse —como ya subrayaron John Dewey y, en particular, Noam Chomsky— si este tema se limita a cuestiones de agravios concretos y sus remedios, y así tratar de forma aislada las cuestiones concernientes a las relaciones sociales de poder y dominación. Esto se aplica especialmente a las democracias. Los medios de comunicación son una herramienta indispensable en la creación de la comunidad. Dado que, en primer lugar, crean nuestra imagen de la realidad política, el establecimiento de una sociedad más humana depende de que consigamos crear un marco de condiciones para los medios y así todos los grupos sociales tengan la oportunidad de participar en el espacio de debate público en

igualdad de condiciones. Sin embargo, en el orden social actual, los medios están profundamente arraigados en las relaciones de poder y son instrumentos de las élites económicas. Por lo tanto, su funcionamiento está determinado por factores que quedan fuera del espacio de la discusión pública y son casi invisibles para la opinión pública. Por ello, si queremos crear una verdadera democracia, necesitamos reformar de manera radical todo el sistema de medios de comunicación —en especial en lo que se refiere a su estructura económica y su interconexión simbiótica con los centros de poder económico y político— para lograr su control democrático integral. Dado que los centros de poder se resisten al desarrollo de la democracia real, esta no se logrará sin reformas democráticas radicales de la sociedad en su conjunto.

Publicado en Jens Wernicke (2017): ¿Mienten los medios? Propaganda, periodismo de jauría y la batalla por la opinión pública, Westend Verlag.

1. Forsa se define a sí misma en su página web como uno de los pocos institutos privados independientes de investigación de mercados y de opinión de Alemania que aún no está afiliado a un grupo empresarial, con oficinas en Berlín, Fráncfort, Dortmund y Hamburgo.

2. El Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ) es un diario de ideología conservadora y liberal fundado en 1949.

Cómo mantener EN EL REDIL AL “REBAÑO CONFUNDIDO” La restricción del espacio de debate público y la proscripción de la disidencia

La democracia está llena de paradojas. Ninguna forma de gobierno limita tanto el ejercicio del poder político de los gobernantes como la democracia. Por lo tanto, desde la perspectiva de los poderosos debe resultar, por fuerza, poco atractiva. Al mismo tiempo, la democracia ha disfrutado de un triunfo sin precedentes desde mediados del siglo XIX y ahora se considera la única forma legítima de gobierno. Se trata de una situación paradójica que requiere una explicación. Resulta poco probable que quienes han obtenido democráticamente un gran poder sin la obligación de rendir cuentas, puedan considerar que dicho poder conlleva un serio peligro que, como demuestran varios episodios sangrientos de la historia, exige la autolimitación del control democrático. Precisamente la naturaleza del poder es que no se limita a sí mismo, sino que presiona para ser mayor. Por lo tanto, las razones para el triunfo de la democracia hay que buscarlas en otra parte.

Nos fascina de manera especial la idea de la autodeterminación política de los pueblos. Tenemos una resistencia natural a estar sometidos a la voluntad de otros, y queremos tener voz y voto en las condiciones de nuestra vida en la sociedad. El propio término “democracia” conlleva una promesa emancipadora que es capaz de despertar y reforzar los deseos de libertad política y de liberar las energías sociales necesarias para que se cumpla dicha promesa y satisfacer las necesidades fundamentales de los sometidos al poder. Sin embargo, es precisamente de esta forma como pone en peligro las necesidades de estabilidad de los poderosos. Quienes están sometidos al poder luchan por la autodeterminación política, mientras que los que lo ejercen luchan por la estabilidad y la expansión de su poder. Este es uno de los antagonismos fundamentales de la organización social.

Los sometidos al poder son, pues, la mayoría, y los que lo ejercen, la minoría; como ya observó David Hume, “nada es más sorprendente que la facilidad con que los muchos son gobernados por los pocos”[1]. A excepción de la opresión brutal, los gobernantes, como reconocía Hume, solo disponen de un medio para asegurar su dominio: el control de la opinión. Para ello cuentan con un amplio arsenal de técnicas, como las desarrolladas con gran esfuerzo y la participación masiva de las ciencias sociales, sobre todo en EE UU. Estas incluyen alteraciones en el significado de términos conocidos y positivos como “libertad”, “justicia”, “liberalización”, “reformas” y, también, “democracia”. Desde el punto de vista de los gobernantes, el concepto de democracia, cargado de grandes promesas emancipadoras, requiere un esfuerzo especial para mantener la impresión de autodeterminación política y, al mismo tiempo, desactivar con eficacia el riesgo para la estabilidad de las relaciones de poder asociado a ella. Si fuera posible desplazar el significado original del término “democracia” de una manera apenas perceptible para la opinión pública, mediante manipulaciones orwellianas del término, o de modo que “democracia” ya no signifique la autodeterminación política del pueblo sino la determinación por parte de las élites político-económicas, entonces el término podría incluso ser utilizado como un instrumento de gobierno extremadamente útil. Pues el concepto de “democracia” sugiere que se ha tenido en cuenta la necesidad de libertad de los sometidos al poder y que las condiciones sociales existentes son precisamente la expresión de la voluntad del pueblo. Es difícil pensar en una forma más eficaz de profilaxis revolucionaria que la ilusión de autodeterminación política.

Dado que ese cambio en el significado de la palabra “democracia” ha tenido un éxito rotundo desde hace más de cien años, las formas actuales de las democracias capitalistas occidentales están completamente libres de riesgos para las relaciones de poder dominantes. Los procedimientos democráticos pueden incorporarse a las estructuras del poder, preservando las relaciones de poder y violencia capitalistas, de tal manera que ni siquiera toquen sus fundamentos y, al mismo tiempo, den a los gobernados la ilusión de autodeterminación política. Con este cambio de significado, la palabra “democracia” resulta especialmente adecuada para ocultar las relaciones de poder reales.

En las democracias de élite capitalistas —que en la actualidad representan el modelo estándar de las democracias occidentales—, la población puede percibir una tensión diaria entre las promesas de emancipación y las auténticas relaciones de poder. Para evitar que dicha tensión dé rienda suelta a todo su potencial de indignación y cambio, los poderosos han de estar atentos para gestionarla y desactivarla de manera adecuada. Que este manejo eficaz sea en gran parte invisible para la población depende de la manipulación de la conciencia de los ciudadanos para que estos no puedan sacar conclusiones de la realidad asociada a su experiencia política. Esta realidad vivencial incluye el hecho de que los ciudadanos no tienen voz en todas las decisiones políticas relevantes[2].

Las formas de manipulación son variadas. Se pueden crear sentimientos de impotencia y miedo, lo que aumenta la tendencia a preservar el statu quo. Se puede aumentar la apatía política mediante el consumismo y la saturación de los medios de comunicación con trivialidades[3]. Se pueden utilizar las técnicas clásicas de adoctrinamiento para crear una "falsa conciencia" e "identidades falsas"[4], a través de las cuales se remodela de manera conveniente la realidad de los ciudadanos. Se puede "transformar" sistemáticamente a los ciudadanos en meros consumidores, y así bloquear su capacidad en la formación de convicciones políticas. Y es posible desviar la necesidad de cambio de los ciudadanos hacia objetivos falsos mediante una gestión adecuada de la indignación. Los métodos necesarios son bastante sencillos y han sido ampliamente investigados y perfeccionados durante más de un siglo.

Recientemente ha cobrado especial importancia un método de gestión de la democracia muy eficaz que Noam Chomsky describe así:

"La forma más inteligente de mantener a la gente pasiva y dócil es limitar de manera estricta el espectro de opiniones aceptables, pero permitiendo un debate muy vivo dentro de ese espectro e, incluso, fomentando opiniones más críticas y disidentes. Esto hace que la gente tenga la sensación de que está pensando libremente, mientras que las condiciones del sistema se consolidan de manera constante debido a los límites puestos al alcance del debate"[5].

Este método no consiste simplemente en inculcar ciertas opiniones a la gente o en imponer una narrativa ideológica de referencia. Se trata, de forma complementaria, de hacer invisibles para la opinión pública formas enteras de pensar para que la ideología imperante se perciba como si no hubiera alternativa. Se trata, por lo tanto, de limitar el espacio de debate público para que las concepciones que puedan poner en peligro la ideología y las relaciones de poder dominantes dejen de ser posibilidades visibles. Esto se aplica no solo a las concepciones concretas de la organización social, sino a las ideas rectoras o a las utopías, que siempre han sido el motor del desarrollo de la civilización. Si se restringe el debate limitándolo a las posibilidades de pensamiento compatibles con la ideología imperante, se elimina también el fundamento del "ciudadano responsable" y, por lo tanto, la idea rectora de la propia democracia. La idea de la democracia se mantiene o cae con él.

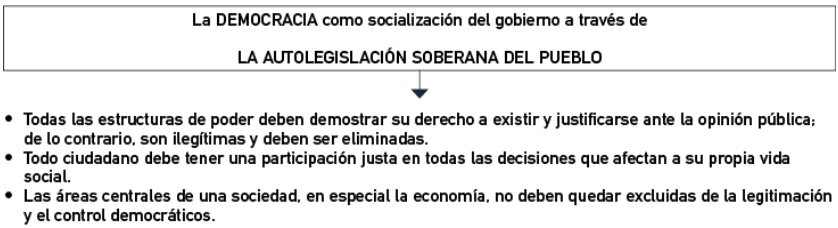
La madurez en el ámbito político-social se refiere al impulso de la autodeterminación, es decir, la independencia del paternalismo. El proyecto de la Ilustración se basa en la esperanza de que haya formas de conducir a los ciudadanos —no necesariamente como individuos, sino como ciudadanía— a la madurez política. Pero al mismo tiempo, siempre se ha reconocido la gran resistencia con la que tiene que lidiar un proyecto así.

La democracia significa —en palabras de Ingeborg Maus, probablemente la teórica contemporánea más importante de la democracia— la "socialización del gobierno"[6] a partir del "reconocimiento de todas las personas como libres e iguales sin importar sus diferencias"[7] y el sometimiento de todos los aparatos del Estado a la ley democrática, es decir, a la voluntad legislativa de los ciudadanos. Ingeborg Maus muestra que la libertad y los derechos humanos solo pueden garantizarse mediante la autolegislación de los sujetos sometidos a la ley, combinada con una estricta vinculación de las autoridades encargadas de aplicarla.

Sin embargo, este ideal orientador solo tiene una posibilidad de realización, al menos aproximada, si los ciudadanos son conscientes de las consecuencias de su autolegislación. Pero aquí surge una objeción: la sociedad moderna se ha vuelto tan compleja que la idea de que la ciudadanía sea capaz de captar esa complejidad y de

legislar resulta inadecuada e ingenua.

Sin embargo, el ideal rector de la democracia debe defenderse contra la objeción de que una ciudadanía madura es un mero deseo, un producto de nuestra fantasía que no puede conciliarse con la complejidad y las exigencias de nuestra sociedad. Si la autolegislación se considera un mero deseo, también se elimina la base de la idea medular que la fundamenta.

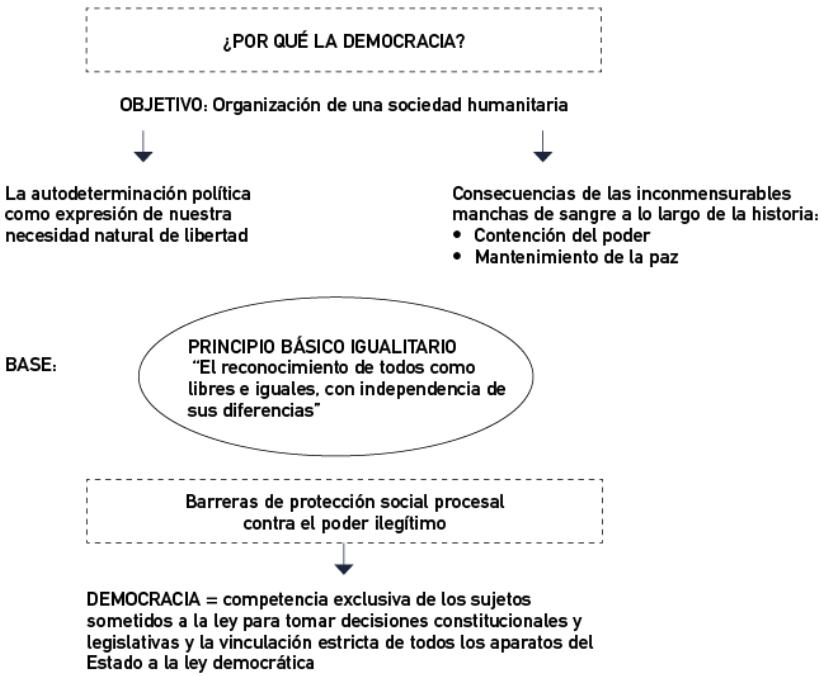


Hay buenas razones para aferrarse a la idea rectora de la democracia, especialmente en las condiciones actuales, en las que esta no representa un fin de autodeterminación política. Por un lado, la democracia es una forma de organización social que tiene en cuenta nuestra necesidad natural de libertad. Por otro lado, es el resultado de un largo camino de lucha y derramamiento de sangre a lo largo de la historia. También se trataba, en esencia, de asegurar la paz interna y la paz entre los pueblos. La democracia pretende encontrar formas de contener el poder para que el fuerte no pueda dominar al débil[8]. Se necesitan las vigas protectoras de la civilización para limitar el poder de los fuertes y proteger a los indefensos de los excesos de la violencia. Estos esfuerzos por establecer vigas de protección institucionalizadas contra un régimen de violencia se han basado siempre en una visión igualitaria que no concede a los fuertes más o diferentes derechos que a los débiles, es decir, el "reconocimiento de todos como libres e iguales, con independencia de sus diferencias". Es precisamente esta visión igualitaria la que conduce a la democracia en la organización de la sociedad y al derecho internacional en la regulación entre Estados[9].

Al igual que hay buenas razones para aferrarse al ideal rector de la democracia, hay buenas razones para aferrarse al ideal rector de

una ciudadanía empoderada.

Estas razones pueden ejemplificarse con una de las grandes controversias políticas del siglo pasado, la que enfrentó a Walter Lippmann y John Dewey, dos de los intelectuales políticos más destacados de los Estados Unidos: el periodista más influyente y el filósofo más reputado. Incluso cuando hoy se debate sobre la justificación e idoneidad de la democracia, sus posiciones y argumentos siguen siendo relevantes.



¿Ha sobrevivido el ideal rector del "ciudadano responsable"? La controversia Lippmann-Dewey

En la primera mitad del siglo pasado, el periodista Walter Lippmann[10] inició una serie de debates que en la actualidad siguen siendo de interés. Lippmann buscaba una forma de "democracia" en

consonancia con la complejidad de una sociedad moderna altamente industrializada[11]. Y encontró la solución en una "democracia de élites" en la que los ciudadanos pueden elegir periódicamente representantes políticos de un determinado espectro[12]. Este gobierno, que puede ser legitimado de manera periódica a través de elecciones, también tiene la ventaja para quienes ejercen el poder de que ayuda a evitar conflictos violentos entre los propios grupos de élite.

Lippmann también abordó con especial interés el rol de los medios de comunicación en una democracia de élites y asignó a los think tanks[13] un papel preponderante. En su obra posterior fue pionero de las primeras corrientes que luego se condensarían en el neoliberalismo. En sus libros La opinión pública, de 1922[14], y El público fantasma, de 1925, formuló una crítica mordaz de la idea del ciudadano responsable y esbozó los contornos de la organización de una democracia de élites[15].

Esto llevó al filósofo liberal John Dewey a hacer una crítica aguda y profunda tanto de las premisas como de las conclusiones de Lippmann. Dewey procedía de una línea de pensamiento completamente diferente. Se situó en la tradición de la Ilustración, fue un reformista social, un educador y, sobre todo, un ardiente defensor de las formas de vida democráticas. En su libro de 1927, La opinión pública y sus problemas, diseccionó de manera astuta las tesis y premisas de Lippmann y trató de determinar las condiciones específicas en las que son posibles los ciudadanos responsables y, por lo tanto, un orden social seriamente democrático.

Aunque Dewey compartía muchos aspectos del análisis psicológico de los individuos de Lippmann, a la hora de tratar las cuestiones sociopolíticas, era imposible un entendimiento entre ambos. Esto se debía a que ambos perseguían objetivos políticos diametralmente opuestos: Lippmann se preguntaba cómo podía organizarse con eficacia el poder en una sociedad moderna y a Dewey, por su parte, le preocupaba cómo se podía contener eficazmente el poder político, planteándose precisamente cuestiones que eran esenciales en la Ilustración.

En el centro de las reflexiones de Lippmann anidaba una crítica implacable a la idea de los ciudadanos responsables. Su concepción

del hombre le llevó a considerar la democracia como un ideal aberrante y equivocado[16]. Lippmann también había estudiado psicología con William James en Harvard, y formuló su crítica utilizando la terminología teórica de la psicología científica de su tiempo.

Lippmann creía que los ciudadanos no tenían ni conocimientos ni intereses políticos, que se caracterizaban por la ignorancia, la apatía y los prejuicios, y que carecían de la capacidad de pensar y actuar. Guiados por estereotipos, no conocen el mundo político de forma directa e inmediata, sino solo como una "imagen mental", es decir, como algo filtrado por sus sentimientos, hábitos y valores[17]. En consecuencia, expresan emocional e intelectualmente —como los habitantes de la caverna en la alegoría de Platón— sus opiniones políticas desde un mundo mental ilusorio, que Lippmann llamó "pseudoentorno". Así, personalizan todo lo que observan, les cuesta reaccionar a los problemas políticos, se distraen con facilidad, solo se interesan por los acontecimientos que pueden ser dramatizados como conflictos y, además, son incapaces de anticiparse a los agravios y aprender las lecciones de las crisis pasadas. En general, son incapaces de comprender y dominar intelectualmente los problemas políticos de la compleja sociedad moderna. La amplia opinión pública está formada por "ignorantes y molestos forasteros" cuyo papel en una democracia debe ser el de "espectadores", pero no el de "participantes". Los ciudadanos solo pueden prestar su voz periódicamente a uno de los "hombres responsables" y, por lo demás, deben limitarse a su pequeño y manejable mundo privado. "La opinión pública", dice Lippmann, "debe ser relegada a su lugar para que no nos afecte el atropello y el clamor del rebaño confundido"[18].

Unos años antes de su desdeñoso resumen de las competencias políticas de los ciudadanos en La opinión pública, Lippmann echaba la culpa de los problemas de la democracia principalmente a los medios de comunicación. En su libro Libertad y prensa, de 1920, lamentaba que la crisis actual de la democracia fuera una crisis del periodismo y se preguntaba cómo podría sobrevivir a esta si "la fabricación del consenso era una empresa privada no regulada". También le preocupaba que la democracia representativa se convirtiera cada vez más en un "gobierno de periódicos"[19]. Más

tarde, orientó el problema desde una óptica más psicológica, centrándose en la incompetencia política de los ciudadanos, que ni los medios de comunicación ni las escuelas podían cambiar. Por razones fundamentales, los medios de comunicación son incapaces de transmitir una imagen objetiva y no distorsionada de la realidad social y, por lo tanto, no pueden compensar la incompetencia política de los ciudadanos[20].

Así que, según Lippmann, el verdadero problema es más profundo que el de los medios de comunicación. Las dificultades de la democracia radican más bien en la incapacidad de los ciudadanos para superar su conocimiento superficial y sus prejuicios. Esto solo puede lograrse mediante "expertos responsables" e "iniciados" que conozcan todos los aspectos relevantes de un problema y estén organizados en "oficinas de inteligencia". Esto les permitiría ofrecer una imagen fiable de la realidad social como base para la acción. Solo así se podría crear un contrapeso a "las debilidades más evidentes de la democracia contra los fuertes prejuicios, la apatía, la preferencia por lo extrañamente trivial frente a lo aburrido e importante, el hambre de burdo entretenimiento y de terneros de tres patas"[21].

Para Lippmann, la democracia era ante todo un problema administrativo que los expertos debían resolver con la mayor eficacia posible para que la población pudiera seguir dedicándose a sus quehaceres individuales.

Aunque Lippmann no quería abstenerse de utilizar la palabra "democracia" —sus ideas se corresponden con una oligarquía de élites electoral—, su concepción, en última instancia antidemocrática, revela que había llegado a la conclusión de que la democracia solo podía funcionar si no lo era[22].

Dewey, por su parte, consideraba que el único medio de protegernos contra las experiencias destructivas del pasado era mediante la realización de una auténtica democracia que contuviera el poder político ilegítimo. La visión de Dewey coincidía en gran medida con el diagnóstico de Lippmann sobre la crisis de la democracia y la incompetencia política de los ciudadanos. Sin embargo, no consideraba justificable ni la visión pesimista del ser humano que subyace en los diálogos de Lippmann, ni las

conclusiones políticas de este a partir de sus inventarios psicológicos. Más bien, creía que podía aportar buenas razones que le llevaban a conclusiones opuestas, a pesar de partir de un diagnóstico similar[23].

Para Dewey, la premisa de Lippmann de centrarse en la competencia política de algunos ciudadanos suponía un grave error conceptual. Para él, "la competencia política" no pertenece a un ciudadano aislado de la naturaleza de su comunidad, sino que es el atributo de un colectivo que resulta de las posibilidades de una discusión libre, igualitaria y bien informada[24]. Dewey afirmó: "Mientras prevalezcan el secreto, la parcialidad, el prejuicio, la tergiversación, la propaganda y la pura ignorancia en la información dirigida a la opinión pública, no hay forma de juzgar la inteligencia política de las masas"[25]. Incluso antes había lamentado: "La formación de la opinión pública se ha convertido en una industria por derecho propio".

Mientras no se ponga a disposición de la población toda la información relevante de forma no distorsionada, mientras el espacio de debate público no esté abierto a todos de forma equitativa y mientras esté dominado y restringido de modo sistemático por algunos grupos de poder, no habrá posibilidad de emitir un juicio sobre la competencia política de los ciudadanos. En consecuencia, no tiene sentido quejarse de los problemas de la democracia sin analizar y nombrar al mismo tiempo las causas que los provocan.

La base crucial de la democracia es que el espacio de debate público permanezca intacto y no esté manipulado o restringido por los poderosos[26]. Dado dicho espacio solo está constituido por los medios de comunicación; el papel de estos no puede entenderse sin tener en cuenta los intereses económicos y políticos en los que están inmersos. Así, según Dewey en su ensayo de 1935 Our Un-free Press, hay que examinar el "efecto necesario del sistema económico actual sobre toda la esfera pública" y preguntarse "hasta qué punto son posibles la auténtica libertad intelectual y la responsabilidad social a gran escala en las condiciones del orden económico existentes"[27].

Para Dewey, la conclusión adecuada de los déficits en la

competencia política de los ciudadanos identificados por Lippmann era tomarse realmente en serio la idea rectora democrática atreviéndose a llevarla a cabo[28]. Esta solo puede funcionar si todos los ámbitos de la sociedad, incluida la economía, están organizados de forma democrática[29] y si la política no es simplemente "la sombra que la gran industria proyecta sobre la sociedad"[30].

Por lo tanto, la cuestión de la madurez de la ciudadanía apunta directamente a los medios de comunicación, cuestionando si su organización es democrática y si informan a los ciudadanos de forma libre, completa y sin distorsiones.

Lippmann consideraba que el ciudadano era incompetente en cuestiones políticas —a menos que su propio beneficio estuviera en juego— y, al mismo tiempo, estaba convencido de que los expertos tienen un grado mucho mayor de "racionalidad" que les permite trabajar por el bien común. Además, opinaba que los medios de comunicación son incapaces de informar de manera objetiva sobre la realidad social y que, en consecuencia, la base adecuada para las decisiones políticas solo puede ser proporcionada por expertos bien informados[31].

Dewey, por su parte, dudaba de la premisa de Lippmann acerca de una distinción categórica entre expertos y ciudadanos "normales", tanto en su competencia política como en su disposición a poner el bien común por encima del interés propio. Para él, la idea de Lippmann de "expertos responsables" comprometidos de forma independiente y neutral con el bien común, que se organizan en "oficinas de inteligencia" y que así proporcionan a los responsables políticos una imagen adecuada y clara de la realidad social, era una ficción ingenua[32].

Con lo dicho se han esbozado las posiciones de una controversia[33] que giró en torno a cuestiones que se consideraban fundamentales para la posibilidad de la democracia: la racionalidad política[34] de los ciudadanos y su capacidad para orientarse hacia el bien común. Lippmann las abordó desde la perspectiva de los individuos aislados, mientras que Dewey las trató desde una óptica colectiva. Lippmann argumentó en La opinión pública y en El público fantasma que los problemas en cuestión podrían resolverse si los responsables políticos contaran con expertos e "iniciados" para la

toma de decisiones. Dewey, por su parte, creía que los problemas identificados por Lippmann solo podrían resolverse si todas las partes de la sociedad, incluyendo la economía y los medios de comunicación, se organizaban democráticamente.

Sobre la "racionalidad" de los ciudadanos y las élites políticas

La controversia entre Lippmann y Dewey —aparte de las diferencias fundamentales en cuanto a objetivos y actitudes políticas— también se refiere a aspectos que pueden ser investigados de forma empírica: a saber, la cuestión de si los expertos y los "iniciados" muestran realmente un mayor grado de "racionalidad" en las decisiones sobre cuestiones políticas que los ciudadanos "normales", y la pregunta de cuán "irracionales" o inapropiados son en realidad los juicios y opiniones políticas de los ciudadanos.

En realidad, la cuestión de una "racionalidad" especial de las élites políticas no requiere ningún estudio empírico especial, porque la historia ofrece abundantes ejemplos de decisiones políticas de las élites que precisamente ponen en duda esa racionalidad. Si se comparan las decisiones de los políticos con las opiniones de la población registradas en las encuestas, de manera rápida resulta evidente que los ciudadanos, en la mayoría de los casos, no muestran un grado de estupidez política semejante al de las élites[35].

Sin embargo, la cuestión fundamental de las características del juicio humano y del comportamiento en la toma de decisiones en situaciones complejas sigue vigente. En las últimas décadas, se ha realizado un número casi inabarcable de estudios empíricos en este ámbito, tanto a nivel de análisis psicológico como sociológico.

Especialmente en la investigación cognitiva y en el campo de la economía conductual, se ha investigado, entre otras cosas, de qué manera el juicio humano y el comportamiento de toma de decisiones se ajustan a diferentes tipos de criterios de racionalidad. Los resultados de estos estudios permitieron identificar un gran número de los llamados sesgos cognitivos, que ponen de manifiesto

que la racionalidad humana está sujeta, por así decirlo, a enormes limitaciones por el propio diseño de nuestra mente; nuestro comportamiento de juicio y elección está sujeto a sus propias leyes.

Estas leyes son características universales de la especie humana. En consecuencia, no hay razón para suponer que los expertos trascienden las propias limitaciones humanas y no están sujetos a las leyes cognitivas naturales. Además, incluso con la experiencia y el entrenamiento apropiados, dichas limitaciones solo pueden compensarse dentro de unos límites muy ajustados, ya que el procesamiento interno de la información tiene lugar de forma inconsciente y automática y es, en gran medida, robusto frente a las percepciones intelectuales de su funcionamiento.

Los resultados empíricos varían mucho según el área temática, la pregunta precisa y la metodología elegida, lo que no es sorprendente dada la complejidad del objeto de estudio. Sin embargo, se pueden extraer algunas ideas generales que son de interés en el contexto de la controversia Lippmann-Dewey.

En primer lugar, hay que señalar una vez más que la tesis de Lippmann de una "racionalidad" política superior de los expertos no tiene ningún fundamento en la realidad[36]. Además, en los estudios empíricos sobre la competencia política del conjunto de los ciudadanos, se puso de manifiesto que son relevantes como prerrequisitos cognitivos de una democracia, y que arrojan resultados diferentes al estudio de la competencia política de los ciudadanos individuales.

En su influyente estudio "The Rational Public"[37], los politólogos Benjamin Page y Robert Shapiro demostraron que, incluso en el caso de déficits individuales en la competencia política por parte de los ciudadanos, el colectivo se forma su criterio de forma razonable, coherente y estable basándose en la mejor información disponible, por lo que, en este sentido, puede ser racional. La conclusión fue, pues, la siguiente: "La opinión pública y el comportamiento de los votantes son comprensibles y justificables en relación con la información de la que disponen, y por lo tanto, en este sentido, son 'racionales'"[38]. Sin embargo, como señalaron Page y Shapiro, esta competencia política colectiva se basa en la condición crucial de que toda la información relevante esté disponible de forma

completa y no distorsionada[39].

Hay un gran número de estudios recientes —a menudo bajo el título de "inteligencia colectiva"— que demuestran que, en situaciones problemáticas complejas y bajo ciertas condiciones previas muy específicas, los grupos demuestran una competencia de resolución de problemas muy superior a la de sus miembros individuales. Estas condiciones específicas incluyen que las opiniones aportadas sean iguales e independientes y que muestren la mayor diversidad posible.

Es cierto que, en la sociedad moderna, la competencia política de cada individuo es limitada, pero los ciudadanos, en su conjunto, pueden mostrar un alto grado de racionalidad al abordar dichas cuestiones. Con la diversidad de perspectivas y argumentos aportados al espacio de debate público de forma independiente y en igualdad de condiciones, la calidad de las decisiones tiende a mejorar. Es precisamente esta pluralidad la que permite esa competencia en la resolución de problemas políticos. La racionalidad colectiva de los ciudadanos depende de que el espacio de debate público no esté restringido o distorsionado por los grupos de interés económico y político[40].

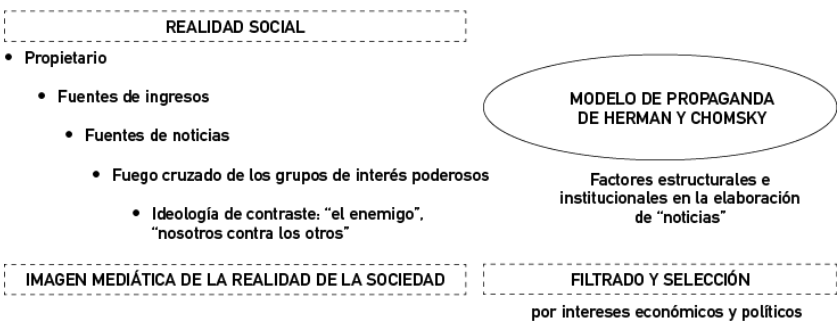
Los resultados empíricos confirman así la posición de Dewey de que la ciudadanía es capaz de madurar si los medios de comunicación ofrecen una imagen imparcial de la realidad y el espacio de debate público es libre. Así, la cuestión de la madurez de los ciudadanos se traslada a la cuestión de la integridad del espacio de debate público.

Los factores estructurales de la organización político-económica de los medios de comunicación distorsionan la información con la selección y el filtrado de noticias. Esto se debe a que tanto los medios de comunicación privados como los de servicio público están ligados a un contexto de poder económico y político. Como señaló con acierto Walter Lippmann, "todos los periódicos son el resultado de una cadena de selecciones cuando llegan al lector". Edward Herman y Noam Chomsky han estudiado en detalle la naturaleza y el funcionamiento de estos filtros y han formulado su llamado modelo de propaganda sobre esta base empírica[41].

Estas selecciones limitan, de manera sistemática, el espacio de

debate público, distorsionándolo por la forma en que se seleccionan los hechos. Sin embargo, siempre que los intereses políticos y económicos muestren un grado suficiente de heterogeneidad, los efectos sociales de tales distorsiones pueden equilibrarse a través de otras vías de información. Pero cuanto más homogéneos sean los intereses económico-políticos que se reflejan en los filtros de selección, más grave será el daño al espacio de debate público.

Los ejemplos históricos muestran que las guerras, o al menos la creación de un estado de ánimo público favorable a la guerra, siempre conducen a una mayor homogeneización ideológica de las diferentes élites económicas y políticas y, por lo tanto, a restricciones y distorsiones masivas del espacio de debate público. Estos procesos se ven exacerbados por el hecho de que "las sociedades contemporáneas de todo el mundo se han convertido en meros apéndices de sus complejos militares-industriales"[42].



Un instructivo caso histórico, que también está estrechamente vinculado con el desarrollo de técnicas de propaganda sistemática, es el del Comité de Información Pública (también llamado Comisión Creel en honor a su presidente), fundado en 1917, y del que también formaba parte Edward Bernays. Esta comisión tenía la tarea de conseguir que la población aprobase la intervención de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. El pueblo estadounidense estaba poco dispuesto a ir a la guerra en ese momento, y Woodrow Wilson había ganado las elecciones presidenciales de 1916 con una "plataforma de paz", la promesa de leyes laborales socialdemócratas y una estricta neutralidad ante la

guerra europea. Después de que Estados Unidos aprovechara la guerra submarina del imperio alemán para entrar en la guerra en 1917 (“la guerra para acabar con todas las guerras”), tenía que ganarse el apoyo de la población en el menor tiempo posible. Esto supuso un gran reto para la maquinaria propagandística de los medios de comunicación, que en aquel momento solo estaba en las primeras fases de su desarrollo. Harold Lasswell resumió un aspecto central del problema de la siguiente manera: “Es tan grande la resistencia psicológica a la guerra en las naciones modernas que toda guerra debe parecer una lucha defensiva contra un agresor amenazante y asesino. No debe haber ninguna duda sobre a quién debe odiar la opinión pública”[43].

La campaña diseñada y orquestada por la Comisión Creel demostró su eficacia mediante el uso general de propaganda y la elaboración masiva de noticias falsas para generar odio, nacionalismo extremo y patriotismo. Al mismo tiempo, la Comisión afirmó que sus actividades no eran en absoluto propaganda, sino “una simple y directa presentación de los hechos”[44].

En muy poco tiempo, la población que antes rechazaba la guerra se transformó en entusiasta partidaria de la misma y mostró una gran disposición para desacreditar cualquier tipo de actividad pacífica.

Por la patria, Gerd Arntz, 1938.

Los paralelismos con la construcción transatlántica de una imagen enemiga de Rusia por parte de la política y los medios de comunicación son evidentes.

La homogeneización ideológica de las élites económicas y políticas en el neoliberalismo

En las últimas décadas, como se ha demostrado en numerosas ocasiones, se ha producido una restricción sigilosa, pero muy profunda, del espacio de debate público, provocada en gran medida por los medios de comunicación. Fue una consecuencia de la ideología neoliberal, que condujo a una homogeneización ideológica masiva de las élites económicas y políticas y, en consecuencia, de los medios de comunicación[45]. Esto también se refleja en nuestras experiencias cotidianas: en todos los temas que afectan a los intereses de los centros de poder económico y político —ya sea Siria, Irán, Israel, Ucrania, Rusia o Venezuela—, la selección de los hechos y su inserción en una narrativa política en los medios de comunicación no muestran prácticamente ninguna variación digna de mención.

Esta restricción masiva del espacio de debate público socava las condiciones para que sea posible la democracia. Una sociedad democrática se basa esencialmente en las posibilidades de los ciudadanos de organizarse y de articular, formular y debatir sus diferentes intereses con el fin de encontrar una base colectiva que los equilibre para la acción política. Si se restringe de forma sistemática el espacio de debate público, se destruyen los cimientos de la democracia.

La democracia en el sentido de la Ilustración significa, sobre la base de “el reconocimiento de todos como hombres libres e iguales, independientemente de sus diferencias”, la socialización del gobierno a través de una soberanía indivisible de la autolegislación del pueblo con una estricta división vertical de poderes. En la concepción ilustrada de la democracia, el pueblo no se define

étnica, ni cultural, ni sociológicamente, sino que lo hace constitucionalmente[46]. Solo se constituye por una decisión entre libres e iguales como producto del contrato social: es una comunidad jurídica y no una comunidad nacional. La heterogeneidad social existente no excluye en absoluto la posibilidad de una homogeneidad política. Las tensiones resultantes de la heterogeneidad de valores e intereses deben conciliarse para la acción política[47]. Una democracia que no sea simplemente una dictadura de la mayoría depende de procedimientos que permitan compatibilizar los intereses particulares[48]. El intercambio entre los diferentes intereses particulares tiene lugar a través del espacio de debate público, que es el corazón de la democracia y que ofrece a los participantes la oportunidad de llegar a un consenso, obligándoles a realizar esfuerzos argumentativos para objetivar sus intereses personales[49]. La democracia y el espacio de debate están, pues, estrechamente relacionados, de tal modo que la integridad del mismo es, en primer lugar, la condición que hace posible la democracia.

Dado que, inevitablemente, los poderosos tenían y tienen interés en minimizar sus propios riesgos —asociados a la democracia—, el espacio de debate público fue y continúa siendo objeto de ataques masivos.

Esto es especialmente cierto en el caso del capitalismo. La razón es que la democracia y el capitalismo son incompatibles en su esencia, como ya se ha expuesto en abundante literatura[50]. En particular, Noam Chomsky —en consonancia con John Dewey— ha señalado de manera repetida esta incompatibilidad: “El término ‘democracia capitalista’ es, por así decirlo, una contradictio in terminis, si por democracia entendemos un sistema en el que la gente corriente tiene medios suficientes para participar en las decisiones que afectan a sus vidas y al bienestar de su comunidad”[51]. “La verdadera democracia solo podrá implantarse cuando se haya abolido por completo el sistema radicalmente antidemocrático del capitalismo corporativo”[52].

La tensión entre el capitalismo y la democracia está, pues, enraizada en la esencia misma del capitalismo. Por lo tanto, no sorprende que este sea incapaz de crearse una legitimidad

democrática a través de las elecciones ya que siempre significa la sumisión al proceso de acumulación, es decir, a un proceso en el que el beneficio obtenido se reinvierte una y otra vez para lograr un mayor crecimiento del capital. El capitalismo significa, pues, la sumisión a las relaciones de poder ejercidas por una minoría de propietarios sobre una mayoría de no propietarios. Un orden capitalista obliga a todos los que no tienen propiedad a trabajar para la propiedad de otro. Por lo tanto, la apariencia de democracia solo puede mantenerse en la medida en que se consiga amortiguar socialmente la tensión resultante de dicho antagonismo o hacerla menos visible a la población. La democracia solo fue y es tolerada por los respectivos centros de poder si puede organizarse de forma "libre de riesgos". Como afirmó Noam Chomsky: "Solo cuando se supera el peligro de la participación popular pueden considerarse las formas democráticas sin riesgo"[53].

Con el crecimiento y el éxito de los movimientos de emancipación social a finales del siglo XIX y principios del XX, los problemas para configurar una democracia sin riesgo se intensificaron masivamente para los centros de poder. Junto con las medidas abiertamente autoritarias, como la disolución violenta de las huelgas, la destrucción de los sindicatos y la descomposición de los movimientos de emancipación, la creación de una democracia sin riesgos podría lograrse de dos maneras. La primera vía consistió en una adecuada transformación sistémica del significado de la palabra "democracia"[54] (y de su organización concreta), a través de la cual se perdió el significado original del término, adquirido en la Ilustración, que implica la soberanía popular indivisible de la legislación, la estricta división vertical de poderes y, por lo tanto, la sujeción de todos los aparatos del Estado a la voluntad del pueblo[55]. Sin embargo, tras el cambio de significado que se ha producido ahora, "democracia" ya no significa el gobierno del pueblo, sino —por el contrario— la oligarquía y el gobierno de las élites electorales[56]. Las concepciones más radicales de cómo se puede mantener al pueblo fuera del poder bajo el manto de la "democracia" las encontramos en Lippmann, Hayek o Schumpeter[57] y, a partir de ellas, el modelo estándar actual de una "democracia conforme al mercado".

Mientras que en las "democracias" capitalistas de la posguerra aún

existía la posibilidad de utilizar los restos de elementos estructurales democráticos para una democratización del sistema, en las condiciones del capitalismo globalizado esta exigua posibilidad desaparece cada vez más, ya que no existe un "pueblo" global que pueda ser portador de una soberanía popular legislativa. Tampoco puede haber un espacio de debate público global —en el ámbito comunidad mundial— en el que se puedan conciliar los diferentes intereses particulares para la acción política. En consecuencia, no existen procedimientos para la creación de un consenso democrático a nivel mundial[58]. La idea del autogobierno democrático de una comunidad política se vacía inevitablemente de contenido cuando el poder económico privado se organiza de tal manera que ya no puede ser controlado y frenado por ninguna forma de comunidad[59]. La democracia —y con ella logros como el estado de bienestar— se limita a las unidades organizativas que permiten la soberanía autolegisladora y el control democrático de todos los que ejercen el poder. Los circuitos de legitimidad democrática son imposibles a nivel global[60].

La segunda forma de hacer que la "democracia" no suponga un riesgo para los centros de poder es controlar y manipular el espacio de debate público hasta tal punto que las elecciones periódicas no puedan poner en peligro la estabilidad de los centros de poder. El despliegue de una "democracia capitalista" y el desarrollo de técnicas adecuadas de manipulación de la opinión han ido históricamente de la mano[61]. Así pues, el control del espacio de debate público siempre ha estado y está en el centro de una gestión adecuada de la democracia[62].

Esto plantea la pregunta de por qué los centros de poder consideran útil mantener la denominación de "democracia"[63]. La respuesta está en la fascinación que la idea de la democracia ha ejercido entre la población desde la época de la Ilustración, la cual ya no podía revertirse. En consecuencia, la única opción que quedaba era desactivar su potencial revolucionario inherente sustituyéndolo de la forma más imperceptible posible por la ilusión de la democracia[64]. La preservación de la palabra "democracia" sirve en última instancia como una especie de profilaxis de la revolución. El término puede utilizarse para neutralizar el impulso de cambio de los ciudadanos y desviarlo de los centros reales de poder[65].

La ideología neoliberal, tal y como cristalizó a partir de corrientes político-económicas muy diferentes, en especial bajo la influencia de Friedrich Hayek y, más tarde y de forma más radical, por James Buchanan, demostró ser una forma particularmente eficaz de dar a la lucha contra la soberanía popular la apariencia de un desarrollo ulterior racionalmente justificable y necesario[66].

En el centro de esta ideología está la ficción casi metafísica y también incoherente de un "libre mercado" que, en vista de la complejidad de la sociedad moderna, encarna la única forma racional y eficiente de resolver los problemas sociales[67]. Para no poner en peligro el funcionamiento de la "racionalidad" del "libre mercado", se puede y se debe renunciar a las formas tradicionales de construcción del consenso democrático[68]. Al hacerse pasar por pura racionalidad, la doctrina neoliberal, radicalmente antidemocrática, consiguió hacerse cada vez más invisible como ideología[69]. A pesar de sus absurdos económicos, es especialmente adecuada para establecer estructuras autoritarias y hacerlas pasar por "necesidades racionales".

Hayek era muy consciente de que sus ideas no encontrarían eco en la política ni en la economía de la época, por lo que optó de manera deliberada por construir redes de "comerciantes de ideas de segunda mano". Intentó imponer su ideología mediante una estrategia de formación de la opinión pública basada en las élites, ganándose inicialmente a personalidades de la cultura, periodistas y expertos políticos a través de una red transatlántica de think tanks[70]. A través de estas redes, sus puntos de vista debían infiltrarse de modo insidioso en los medios de comunicación y en el espacio de debate público para que acabaran apareciendo como nociones de sentido común bastante evidentes. Los ejemplos históricos de adoctrinamiento le habían enseñado que la técnica más exitosa de adoctrinamiento era "mantener las viejas palabras pero cambiar su significado"[71]. Desde el principio, el éxito de la ideología neoliberal se basó en el uso de términos familiares con connotaciones positivas, como "libertad", "libre mercado", "liberalización", "reformas" o "reducción de la burocracia", para darles un nuevo significado casi opuesto a su contenido original. Dado que la ideología neoliberal tiene una aparente plausibilidad y que su vocabulario básico y sus estructuras de argumentación

retórica son fáciles de aprender, una vez que consiguió afianzarse en algunas estructuras de poder, pudo extenderse con rapidez entre los estratos de formación de opinión.

La ideología neoliberal del "mercado eficiente" fue elaborada larga y cuidadosamente, sin encontrar inicialmente un reconocimiento particular en la economía y en los círculos políticos relevantes. Solo con la crisis económica de la década de 1970 consiguió ser también políticamente eficaz y conquistar poco a poco todas las instituciones del Estado.

Hasta entonces, la posguerra se había caracterizado por una especie de compromiso de clase que había logrado ocultar, por un tiempo, la tensión fundamental entre capitalismo y democracia. Esto fue posible, sobre todo, gracias al aumento masivo de la productividad del trabajo como resultado de la automatización de los procesos de producción, lo que hizo posible el aumento de los salarios y el consumo masivo, de modo que se pudo lograr un incremento del capital mediante el crecimiento de la economía real. De este modo, las subidas salariales ya no fueron a costa de la rentabilidad del capital[72]. El aparente compromiso de clase posibilitó una integración social temporal de las fuerzas del mercado, que de esta forma quedaron contenidas. A través de gobiernos que, dentro de ciertos límites, buscaban un equilibrio entre los intereses de la mayoría asalariada y la minoría de los propietarios del capital, era posible, incluso, institucionalizar una redistribución moderada de arriba hacia abajo que actuaba en contra de la acumulación de capital. En estas condiciones, incluso bajo las relaciones de producción capitalistas, la democracia pudo convertirse durante un breve periodo de tiempo en un motor de ascenso económico y de aumento de la prosperidad.

Sin embargo, a principios de la década de 1970, la estructura especial que había hecho posible ese compromiso de clase se rompió. Los factores que lo provocaron son múltiples, y su importancia se discute de forma controvertida en la literatura. Entre ellos se encuentran los costes de la guerra de Vietnam, el aumento de los déficits por cuenta corriente de Estados Unidos, la inflación mundial, el colapso del sistema de Bretton Woods y las dos crisis de los precios del petróleo[73]. Debido a la recesión y al consiguiente

desempleo masivo, el capital apenas tenía oportunidades lucrativas para su acumulación en la economía real manufacturera. Y dado que la rentabilidad deseada del capital ya no podía alcanzarse en las economías reales nacionales, la acumulación de capital se trasladó al ámbito del capital financiero movilizado a nivel mundial[74]. Como resultado, el aparente compromiso de clase se rompió y los conflictos de distribución volvieron a estallar[75].

Esta constelación histórica estaba prácticamente hecha a la medida de la ideología neoliberal que, tras una larga preparación en las trastiendas de los think tanks, fue capaz de conquistar la escena política. En su sustancia teórica, la ideología neoliberal es muy superficial: no tiene una estructura teórica compleja y se puede entender a partir de un marco conceptual muy limitado y un vocabulario que parece intuitivamente comprensible. Por lo tanto, era especialmente adecuada para su difusión entre la clase propietaria y los estratos de formación de opinión que la apoyaban. Así, se convirtió con rapidez en la filosofía económica doméstica de las clases propietarias. Les dio una nueva conciencia de clase, que se vio reforzada por la fusión masiva y la homogeneización ideológica de las élites económicas y políticas ya mencionadas[76]. La transición al capitalismo financiero globalizado[77] estuvo acompañada, pues, por una homogeneización ideológica masiva, que también se reflejó en los medios de comunicación.

La ideología neoliberal resulta ser una narrativa muy poderosa que otorga a la redistribución —cada vez más masiva, desde abajo hacia arriba, del sur hacia el norte y del sector público al privado— la apariencia de inevitabilidad y alteridad racional[78]. De este modo, pudo generar una voluntad de "reformas" entre la población, aunque estas, como una redistribución radical desde abajo hacia arriba, son perjudiciales para la gran mayoría de la población y no serían aplicables de manera democrática sin generar miedo.

La ideología neoliberal reivindica una "racionalidad pura" y, por lo tanto, puede erosionar y destruir las estructuras democráticas de manera especialmente eficaz con la exigencia de eficiencia y adaptación a las leyes del "libre mercado". Dado que la "racionalidad" necesaria para las decisiones políticas solo puede ser proporcionada por expertos adecuados, todos los procedimientos de

legislación y decretos ejecutivos deben guiarse por sus especificaciones y no por las preferencias de los ciudadanos. En consecuencia, la privación de derechos y el desempoderamiento de los ciudadanos y sus representantes políticos son evidentes en todos los niveles políticos.

La revolución neoliberal desde arriba va acompañada de una serie de desarrollos característicos que socavan las estructuras democráticas y las destruyen de forma difícilmente reversible. En particular, el debilitamiento casi total del poder legislativo por parte del ejecutivo[79] y la entrega del ejecutivo a los grupos de interés económico más poderosos. Esto va de la mano de un constitucionalismo neoliberal[80], mediante el cual se legalizan a nivel internacional las condiciones de acumulación. De esta manera se permite, cada vez más, el acceso directo de los grupos de poder económico a la creación de leyes y reglamentos en todos los niveles.

Al mismo tiempo, se crearon y legalizaron mecanismos mediante los cuales el poder económico podía transformarse en poder político. De este modo es posible legalizar una parte cada vez más amplia de la criminalidad organizada de la clase propietaria. Esta evolución hizo que los grupos de presión y la corrupción se hicieran cada vez más invisibles a través de la institucionalización[81].

La reducción del espacio de debate público, el centro fantasma y el aumento de la proscripción de la disidencia

En el curso de la revolución neoliberal, los partidos mayoritarios tradicionales también han sufrido una transformación, porque su anclaje social ha disminuido en proporción a la medida en que se han puesto al servicio de dicha revolución. Por ello, para preservarse, se han integrado cada vez más en los aparatos de poder del Estado, de cuya financiación dependen, y se han entrelazado entre sí en las direcciones de los partidos, volviéndose en gran medida intercambiables[82]. Este cambio ha sido bien estudiado empíricamente. Los investigadores de partidos Richard S. Katz y

Peter Mair acuñaron el término “partido cártel” para este tipo de partidos de reciente aparición[83]. Los partidos del cártel sirven a los aparatos estatales como máquinas electorales para asegurar la legitimidad y como empresas de servicios para una escenificación mediática de las diferencias de posición. También sirven para organizar el nombramiento de funcionarios. En estrecha relación con la industria de los medios de comunicación, organizan una “publicidad de productos” política en la competencia por los votos. La participación de los partidos en la formación de la voluntad política se reduce a un marketing de “posiciones” políticas escenificado por los medios de comunicación y financiado con fondos estatales y grandes donaciones industriales. Sin embargo, en realidad no son más que cascarones vacíos y poco tienen que ver con cualquier contenido relevante. Las bases del partido se limitan a desempeñar un papel de animadores y pegadores de carteles en los periódicos espectáculos electorales.

Todos los partidos del cártel se declaran un “centro político”, un centro fantasma caracterizado precisamente por el hecho de que el espacio público está políticamente vaciado. Como señala Peter Mair, el estrechamiento resultante del espacio de debate conlleva un alto precio: “El margen, cada vez más restringido, para oponerse dentro del sistema es una de las razones por las que la esfera política se ha convertido en un fuerte caldo de cultivo para el populismo”[84]. El surgimiento del centro fantasma neoliberal “sin alternativas” y el ascenso del populismo de derechas van de la mano. El actual crecimiento del populismo de derechas es una consecuencia del vaciado radical del espacio político por parte de los partidos del cártel neoliberal. ¿Es sorprendente que el populismo de derechas florezca en una situación así? Promete alternativas donde la ideología neoliberal niega su posibilidad. Promete un crecimiento de comunidad mientras que la ideología neoliberal la destruye y niega su posibilidad. En la medida en que se podía imponer un consenso de no alternativa, se lograba el objetivo deseado por los poderosos: que el malestar, el descontento, la indignación y la ira dejaran de dirigirse contra los centros de poder. La sociedad está pagando un precio adicional más allá de la destrucción social neoliberal debido a este éxito estratégico. Como consecuencia de la ideología de ausencia de alternativas, el descontento, la indignación y la ira se descargan contra los

socialmente indefensos, sobre aquellos a los que más de manera más fácil pueden trasladarse las causas de las preocupaciones sociales. Son sobre todo los desprovistos de poder los que pagan el precio de la estrategia de los poderosos para declarar que no hay alternativa. Tanto el populismo de derechas como la ideología neoliberal se inscriben en la tradición de la contrailustración radical y comparten, en última instancia, una actitud básica de darwinismo social; ambos se basan en una imagen del ser humano que potencia sus lados más oscuros y desagradables —precisamente esos contra los que la Ilustración trató de levantar medidas de contención civilizadas— y los declara la base natural del orden social.

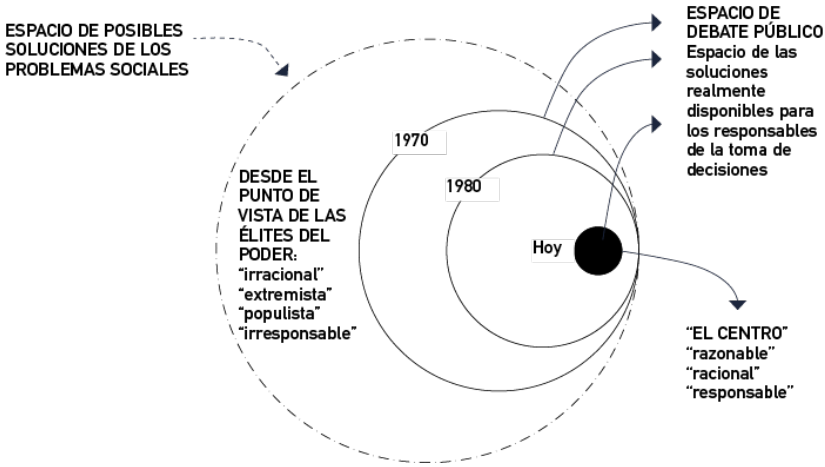
La influencia del populismo de derechas solo puede contenerse eliminando el dominio de la ideología neoliberal en toda la vida política pública y creando un espacio de debate en el que todos puedan intercambiar sus diferentes intereses en igualdad.

La superación de la ideología neoliberal es particularmente difícil porque, a diferencia de otras ideologías totalitarias, ha conseguido hacerse invisible como tal enmascarándose como reflejo de la racionalidad de un "mercado libre eficiente". De este modo, fue capaz de convertirse en una ideología que proclamaba, al mismo tiempo, "el fin de la ideología". Todas las ideologías se habrían extinguido porque las férreas "leyes naturales" del "libre mercado" determinan lo que es razonable, y lo que es razonable debe, por supuesto, hacerse realidad. Ya no habría antagonismos sociales ni conflictos de intereses entre empresarios y asalariados. A fin de cuentas, un asalariado es también un empresario propio, una "sociedad del propio sujeto", que tiene que optimizarse de forma flexible para su utilización externa en el "mercado". Así, la tradicional distinción política entre "izquierda" y "derecha" se convierte en una reliquia ideológica e histórica. Para el futuro solo queda la cuestión de la razón o la sinrazón, de la buena o la mala política económica, de verdades incómodas o de seducción populista.

El centro fantasma, que invoca una "razón" neoliberal sin supuesta alternativa, condujo a una redefinición del concepto histórico de "centro" político. Aunque siempre ha estado muy vacío de contenido programático[85], no obstante —o precisamente por ello—

tenía una connotación predominantemente positiva. Sin embargo, con la redefinición neoliberal del concepto de "centro", este se convierte ahora en una posición extremista, pues los grupos políticos que se disfrazan con este término siempre se han encargado de entregar toda la comunidad a los mercados financieros. Para lograrlo, primero hay que socavar y neutralizar todas las estructuras democráticas de la manera más invisible posible. La posición extremista de una actitud radicalmente antidemocrática, expresada en el objetivo de que la economía engulla a la sociedad en su conjunto, impregna ahora todos los niveles de la acción política y resulta especialmente evidente en la amplia desautorización del parlamento por parte del ejecutivo[86]. En ocasiones, esta actitud se articula de manera explícita, como, por ejemplo, en 2005, cuando Angela Merkel, en su discurso con motivo del 60º aniversario de la CDU, declaró: "Realmente no tenemos ninguna pretensión legal de democracia y economía social de mercado para toda la eternidad". El centro fantasma neoliberal también es extremista en su desprecio por todas las ideas de una comunidad basada en la solidaridad. Es fundamentalista en su pretensión de exclusividad, con la que insiste en lograr los objetivos ideológicos sin compromiso y con recursos intolerantes y a menudo inhumanos.

A pesar de los masivos esfuerzos de adoctrinamiento, las consecuencias catastróficas de la destrucción neoliberal de la comunidad y el medio ambiente son cada vez más perceptibles y reconocibles para sectores más amplios de la población. Además de los sentimientos de impotencia y apatía política, tales consecuencias generan un creciente potencial de indignación y una necesidad de cambio, la cual debe ser neutralizada con estrategias adecuadas o dirigidas hacia otros objetivos de tal manera que ni siquiera las elecciones puedan poner en peligro el consenso neoliberal de los partidos y, por lo tanto, la estabilidad de sus relaciones de poder. Para ello, es necesario limitar el espacio de debate público declarado como "permitido" de forma tal que las posiciones que se dirigen al germen de la ideología neoliberal sean declaradas como "irresponsables", "irracionales", "extremistas" o "populistas".



La figura representa el espacio de debate público. La historia y la historia de las ideas demuestran que la capacidad humana de pensamiento y la posibilidad de diseñar modos de organización social y de solucionar los problemas sociales son casi ilimitadas. Esto refleja, precisamente, el potencial creativo de nuestras mentes.

Por lo tanto, este espacio de posibilidades para diseñar una sociedad humana es, en principio, abierto y sin restricciones. Por ello, en el gráfico se representa con líneas discontinuas abiertas.

Dentro de este ámbito se encuentra el espacio de las soluciones declaradas como "permitidas", "responsables" o "racionales" por los creadores de la opinión pública.

Este espacio de debate "permitido" se ha ido reduciendo cada vez más a raíz de la revolución neoliberal hasta el espacio actual del "centro" neoliberal. Mediante tal restricción, todas las posiciones que articulan una disidencia fundamental de la ideología neoliberal o que podrían poner en peligro de otro modo la estabilidad de los actuales centros de poder, pueden ser invisibilizadas ante la opinión pública o, si no es posible ocultarlas, quedan difamadas como "irrelevantes" o "extremistas".

Si se informa de estas posiciones en los medios de comunicación, se hace de forma distorsionada y se las etiqueta de "irracionales", "populistas" o calificativos similares para excluirlas de un espacio

de debate público “razonable”[87].

Marcar una frontera entre posiciones “razonables” y “no razonables”, y la consiguiente restricción del espacio de debate público, tiene lugar de forma indirecta y apenas visible[88]. Con el triunfo de la revolución neoliberal, esta proscripción de la disidencia se ha vuelto cada vez más violenta. Al mismo tiempo, se han perfeccionado los métodos con los que la reducción sistemática del espacio de debate público puede hacerse en gran medida imperceptible para la opinión pública.

Intelectuales y periodistas como guardianes del poder

Por su propia naturaleza, el espacio de debate público está constituido por aquellos que tienen la posibilidad de defender sus posiciones ante la opinión pública, es decir, predominantemente las élites funcionales, los periodistas y los intelectuales con acceso privilegiado a los consorcios y a los medios de servicio público.

La delimitación entre las posturas declaradas como “razonables”, es decir, “permitidas”, y las declaradas como “irresponsables” y “extremistas” la realizan de manera esencial los medios de comunicación (en los que se reflejan los intereses de los grupos de poder económico y político) y una gran multitud de voluntariosos intelectuales. Para que un intelectual pueda hacer oír su voz en el espacio de debate público, debe pasar por los complejos filtros que regulan el acceso a los medios de comunicación de masas. Cuanto menos se corra el riesgo de ser considerado fuera del ámbito marcado como “razonable”, más fácil será el éxito.

Hay muchos ejemplos en la historia que demuestran que aquellos que han tendido a interiorizar profundamente la ideología dominante, también tienden a ponerse al servicio de las élites del poder político y económico. Dado que han incorporado los mecanismos estructurales mediante los cuales se puede obtener el reconocimiento social, este proceso de alineación con los centros del poder ya no suele requerir ningún control especial. En algunos

ámbitos —en el universitario, especialmente en economía y ciencias políticas, en el periodismo político de los medios de comunicación privados y en los puestos de dirección de los medios públicos— estos mecanismos son casi perfectos, de modo que no se distinguen del control externo sistemático. Los filtros incorporados a los mecanismos de la carrera profesional, de manera principal en los ámbitos mencionados, garantizan, por así decirlo, de forma automática, que las personas "correctas" accedan a las posiciones sociales asociadas al reconocimiento y la eficacia social. En consecuencia, en todo sistema ideológico, los centros de poder están rodeados con creces intelectuales apologistas del sistema, que se alinean como limaduras de hierro en los campos de fuerza del poder, asegurando al mismo tiempo su propio estatus privilegiado. Entre los grupos que gustan declararse élites culturales e intelectuales siempre ha sido especialmente acusada la necesidad de obtener el reconocimiento de los gobernantes y participar así, al menos de modo simbólico, de su poder. Por lo tanto, para comprender los mecanismos que permiten garantizar la estabilidad de las estructuras de poder, es necesario examinar también el modo en que los intelectuales se ponen al servicio de la respectiva ideología dominante en las estructuras de poder específicas[89].

Bertolt Brecht pasó muchos años estudiando el tipo de intelectual que llamó "tui", como resultado de abreviar e intercambiar las sílabas de intellektuell (tellekt-uell-in), y que describió en La novela de los tuis. "El tui es el intelectual de esta época de mercados y mercancías. El arrendador del intelecto"[90]. Los tuis son los portadores y comercializadores de la ilusión de libertad, son "los blanqueadores, los prevaricadores y las cabezas contratadas" de los poderosos y "se expanden en gran número por el mundo como funcionarios, escritores, médicos, técnicos y estudiosos de muchas materias". Los tuis son criados en escuelas tui. Su función es deformar la percepción de la realidad de forma interesada y remodelar la conciencia pública de forma que no perturbe los campos de fuerza del poder.

El tui ha cobrado mucha importancia en la actualidad. A medida que la discrepancia entre la ideología y la realidad se hace más y más evidente para la población, se necesitan esfuerzos cada vez mayores para encubrirla. Como siempre en la historia, se dispone de

una multitud de voluntariosos intelectuales y periodistas—los tuis— para este fin.

Afortunadamente, es bastante fácil identificar a los tuis. Esto se debe a que suelen reconocerse por la elección de los temas con los que se expresan en público y, sobre todo, por su lenguaje. Prefieren tratar temas adecuados para la estabilización de las ideologías dominantes y utilizan figuras de argumentación retórica características, así como un vocabulario adecuado para justificar las estructuras de poder existentes y excluir y difamar a los que las critican.

Una de las características de los tuis es su esfuerzo, casi irrefrenable, por atraer las simpatías de los poderosos de la política y de los medios de comunicación. A veces, parecen competir por su atención mediante el uso generoso de un vocabulario difamatorio aprobado por el Estado — son particularmente populares palabras como "teórico de la conspiración", "frente cruzado"[91] y, como una especie de opción nuclear, el uso del término "antisemita" como atributo difamatorio[92] —para demostrar a los poderosos que están preparados para satisfacer sus expectativas y que han interiorizado profundamente la ideología dominante. Por ello son recompensados —en el periodismo y el mundo académico— con las correspondientes oportunidades profesionales.

Hay otras características por las que se puede reconocer a tuis con bastante fiabilidad. Por ejemplo, cuando se pretende conseguir que la crítica de la ideología sea políticamente ineficaz, alcanzan la cúspide del sofisma al reclamar de manera selectiva que se diferencien los conceptos y declaran que dicha crítica exige unas distinciones "necesarias". Por ello, Heinrich Böll los llamó en su día los "hyper-diffs" (los "hiperdiferenciados"): estos señalan tantas diferenciaciones en la crítica al sistema que logran que toda la discusión se evapore en la niebla académica, por lo que la crítica ya no surte efecto en la opinión pública. Al mismo tiempo, pueden crear virtuosamente la necesaria confusión conceptual e intelectual que resulta útil para estabilizar las relaciones de poder[93].

En el lado de la izquierda compatible con el sistema también hay numerosos tuis que buscan deslegitimar y desacreditar cualquier crítica al sistema que apunte a las raíces de las relaciones de poder

y violencia actuales, y así contribuir a la estabilización de las condiciones existentes. Es el lugar donde formas especiales de tuis se sienten especialmente en casa, aquellos que tienen un agudo sentido de los temas que pueden utilizar para promover su imagen de intelectual "crítico" y, al mismo tiempo, ganarse el reconocimiento del establishment cultural y político.

¿Ha perdido su validez la distinción izquierda-derecha en una "democracia conforme al mercado"?

Paradójicamente, los partidos neoliberales de "centro" han retomado la distinción izquierda-derecha — que han declarado obsoleta— para sus propios fines y la utilizan para marcar los límites del espacio restante, cada vez más reducido, de las opiniones "razonables", es decir, "permitidas". De este modo, sugieren que el espacio de debate declarado como "razonable" incluye también posiciones de "izquierda"; sin embargo, estas deben ser "razonables", es decir, compatibles con el sistema. De este modo, los partidos de consenso neoliberal determinan posiciones aceptables de "izquierda" en el límite de lo que declaran como "razonables", es decir, compatibles con el sistema. De hecho, el borde de este "centro" declarado como "izquierda" ni siquiera tiene puntos de contacto con lo que constituyen las posiciones de izquierda en la estela de la Ilustración. El espectro izquierda-derecha declarado como "permitido" se limita, pues, al espacio reducido que se puede encontrar dentro de los partidos de consenso neoliberal.

Ahora bien, los partidos de consenso neoliberal, en Alemania especialmente la CDU[94] y la CSU[95], por tradición apenas tienen problemas con la franja de la derecha[96]. La AfD[97] y la CDU/CSU no solo comparten el consenso neoliberal y el empeño por una política interior autoritaria, sino también un nacionalismo y un racismo cultural, a veces abierto, a veces bien disimulado, hasta la idea de un "organismo nacional" alemán que debe ser protegido de las influencias extranjeras.

Franz Josef Strauß ya declaró que a la derecha de la CSU solo estaba el muro. En 1988, Edmund Stoiber habló de una "sociedad mixta y mestiza". En el Leitkulturdebatte (debate de la cultura líder) de 2000, la CDU advirtió de los "conflictos culturales" causados por la inmigración extranjera y que Alemania debía preservar su "identidad nacional". La agitación de Wolfgang Schäuble contra los refugiados a principios de la década de 1990 y la movilización masiva del racismo y el nacionalismo por parte de los partidos del cártel en el contexto del llamado "compromiso de asilo" de 1993 demuestran también lo fluida y flexible que es aquí la transición a las ideas culturales y racistas de derechas. En este sentido, partidos como la AfD fueron y siguen siendo competidores más que adversarios de la CDU/CSU y el FDP (Freie Demokratische Partei, Partido Democrático Libre).

Más allá de las declaraciones retóricas, los partidos del cártel no temen realmente al populismo de derechas ni al nacionalismo exacerbado; han utilizado e integrado ambos con bastante éxito una y otra vez. Lo que en realidad les amenazaría, en cambio, sería un cambio social que atacara las raíces de las actuales relaciones de poder. Por lo tanto, los partidos del cártel neoliberal ven a su verdadero enemigo en los grupos y posiciones sociales que articulan una disidencia fundamental al programa neoliberal. Entre ellas se encuentran, en particular, las posiciones que se inscriben en la tradición democrática radical de la Ilustración.

Para excluir tales posiciones del espacio de debate público "permitido", las estrategias de difamación basadas en la lógica de vincular las posiciones de izquierda y de derecha resultan ser extremadamente exitosas[98], pues facilitan que de igual modo puedan ser declaradas "irresponsables" y "peligrosas"[99]

Lo mismo ocurre con las críticas de la izquierda a los déficits democráticos de la UE[100] o a los aspectos antidemocráticos de las formas actuales de "democracia representativa". Así, las actitudes de extrema derecha pueden ser utilizadas por los partidos de consenso neoliberal como medio para generar miedo con el fin de difamar una oposición fundamental de izquierdas al programa neoliberal y excluirla del área de opinión "permitida". Para el neoliberalismo, desde sus inicios históricos, el verdadero enemigo

siempre ha estado en la izquierda. Por lo tanto, para la estabilidad del programa neoliberal, es de gran importancia excluir una crítica fundamental al neoliberalismo y del capitalismo en general del espacio de debate público "permitido" y situar el límite máximo de las posiciones de izquierda en una posición "razonable", es decir, limitarla a una posición de "izquierda" compatible con el "sistema"[101], todo en sintonía con la estrategia neoliberal de dar a los términos conocidos un nuevo significado casi opuesto al original.

El planteamiento de declarar obsoleta la distinción histórica izquierda-derecha, al tiempo que se utiliza para deslegitimar la disidencia fundamental, solo puede entenderse como parte del adoctrinamiento neoliberal si se recuerda el significado original de esta distinción.

Una primera aproximación la proporciona una suerte de definición que proporcionaron renombrados sociólogos en la década de 1950: "Por 'izquierda' entendemos una defensa del cambio social hacia una mayor igualdad —política, económica o social—. Por 'derecha' entendemos el apoyo a un orden social más o menos jerárquico y la oposición a los cambios hacia la igualdad"[102].

Esta dimensión de defensa del cambio social hacia una mayor igualdad, declarada obsoleta por el "centro" neoliberal, apenas ha perdido su importancia política, incluso cuando es insuficiente como atributo unidimensional para muchas preocupaciones. Para comprender mejor el núcleo real de la distinción izquierda-derecha, es útil remontarse a la Ilustración. A partir de las controversias de la época, en especial las de la llamada Ilustración radical[103], se pueden elaborar características centrales que se pueden resumir así:

La "derecha" busca estabilizar y mantener los respectivos centros de poder (por ejemplo, la monarquía o las élites económicas) y las estructuras en las que se basa este poder (como la Iglesia, el colonialismo, la esclavitud o el capitalismo de las grandes corporaciones).

La "izquierda" reconoce la igualdad de todos los seres humanos ("humanismo universal") y busca la contención democrática del poder.

El postulado de la igualdad de todas las personas, es decir, el humanismo universal, y el consiguiente rechazo a cualquier tipo de chovinismo, nacionalismo, racismo o excepcionalismo, implica una serie de consecuencias importantes. Entre ellas, sobre todo, la autodeterminación democrática: todas las estructuras de poder deben demostrar su derecho a existir y justificarse ante los ciudadanos, de lo contrario son ilegítimas y deben ser eliminadas. Además, cada ciudadano debe tener una participación justa en todas las decisiones que afectan a su propia vida social[104]. Esto implica, a su vez, que las áreas centrales de una sociedad, especialmente la economía, no deben quedar excluidas de la legitimación y el control democráticos[105].

La distinción izquierda-derecha es, y sigue siendo, fundamental para toda la esfera política, porque se refiere al antagonismo esencial entre los que ejercen el poder y los que están sometidos a él, así como entre los que lo poseen y los que no. Sin embargo, hoy en día, los ideales rectores de la Ilustración, así como su metodología crítica, se encuentran muy lejos de los límites del espacio de debate público declarado como "razonable" y, de hecho, ya no está a disposición de la población que esta pueda organizar sus experiencias sociales y, de manera especial, las de los responsables políticos[106].

Tradicionalmente, la denominación de "izquierda" va unida a la esperanza de una sociedad más humana y solidaria, así como a los esfuerzos emancipadores para hacerla realidad. El proyecto de la Ilustración, en el que se encuentra el origen histórico y la esencia del atributo "izquierda", encarna de manera especial el sueño de organizar una sociedad más humana, la contención institucionalizada del poder y la salvaguarda tanto de la paz interna como de la paz entre los pueblos. Este sueño no ha perdido un ápice de su significado. Por el contrario, en vista de la actual destrucción de nuestros fundamentos sociales y ecológicos, el futuro de la civilización humana depende más que nunca de nuestros esfuerzos por realizarlo. Esta idea, basada en el reconocimiento de todos los seres humanos como libres e iguales, en la actualidad apenas se relaciona con el atributo "izquierda". Entre la población, este ha perdido gran parte de su brillo emancipador original y hay varias razones para ello. Precisamente porque el atributo "izquierda" tenía

en su origen connotaciones predominantemente positivas, se ha utilizado y se utiliza una y otra vez con el fin de alcanzar o estabilizar el poder de grupos específicos. Así, el término "izquierda" se ha aplicado a lo largo de la historia de múltiples formas autoritarias y totalitarias y, por lo tanto, se ha contaminado con algo que ya no tiene nada que ver con el significado original de "izquierda" en el sentido de Ilustración democrática radical.

Uno de los ejemplos más trascendentales es el bolchevismo. Lenin adoptó, en gran medida, la ideología autoritaria contraria a la Ilustración de élites y masas y la reinterpretó en términos revolucionarios, pero esta transformación no es compatible con los ideales centrales de la izquierda igualitarios, antiautoritarios y radicalmente democráticos, como ya señalaron Rosa Luxemburgo[107] o el gran teórico de la democracia soviética Anton Pannekoek[108]. En el presente, también hay numerosos desarrollos que contribuyen a que el término "izquierda" ya no despierte mucha fascinación en la opinión pública como narrativa aglutinadora de los movimientos sociales. Los grupos influyentes se han alejado de los ideales rectores igualitarios y universalistas en favor de una "política de la identidad" y a favor de los intereses de reconocimiento emancipador de grupos sociales parciales. Además, en la política de partidos, el término "izquierda" amenaza cada vez más con degenerar en un cascarón de marketing de retórica izquierdista con la que una "izquierda" compatible con el sistema pretende aprovechar el potencial emancipador de los votantes para conseguir su cuota de poder.

▪

El lema de la Revolución francesa Liberté, Egalité, Fr

No solo el término “izquierda”, sino también el universalismo de la Ilustración se ha utilizado y se utiliza de muchas maneras con fines de poder. Ya en la época de la Ilustración se reconocía como un medio con el que, si se aplicaba de forma convenientemente selectiva, se podían justificar ideológicamente las pretensiones de poder[109]. Esto recorre la historia de la “comunidad occidental de valores”, desde las cruzadas, pasando por el colonialismo y el imperialismo, y hasta las llamadas “intervenciones humanitarias”[110]. La “misión civilizadora de Occidente” se basa en su superioridad[111]; por lo tanto, tiene la obligación moral de conducir al resto del mundo a este nivel de civilización. Este es, por lo tanto, un universalismo particular —que es, por supuesto, una contradicción en los términos—, es decir, un instrumento ideológico especialmente eficaz para la consecución de los intereses del poder. Immanuel Wallerstein llama a esta forma de “universalismo” —que en realidad es una negación del universalismo de la Ilustración— “universalismo europeo”[112]. También la considera “una ideología particularmente apropiada para la economía mundial capitalista”[113], pues es un instrumento muy poderoso con el que el capitalismo puede explotar con gran flexibilidad la devaluación cultural y la deshumanización del “otro” para los objetivos de la acumulación capitalista.

El “universalismo europeo” es en realidad, pues, una forma de excepcionalismo. El excepcionalismo de la “comunidad occidental de valores” es un excepcionalismo realmente singular. Y lo es por su extraordinaria continuidad histórica, por la variedad de formas en que puede aparecer y por su flexibilidad única para utilizar o crear casi cualquier rasgo distintivo con el que cree poder justificar la superioridad de Occidente sobre los otros “atrasados”[114].

Tanto el atributo “izquierda” como la idea central del universalismo han sido y siguen siendo mal utilizados. Esto plantea la cuestión de qué significado puede tener hoy el término “izquierda” en los movimientos sociales.

Los movimientos sociales tienen más éxito cuando se centran en objetivos concretos y operativamente definibles[115]. Ha habido y hay

innumerables ejemplos de este tipo de éxitos en todo el mundo, de los que podemos extraer esperanzas para el futuro. La fuerza local de los movimientos sociales emancipadores es también su debilidad cuando se trata de cambiar las relaciones de poder fundamentales. Para lograr cambios sustanciales en el sistema, tienen que conectarse entre sí, aunar sus energías y darse estabilidad y continuidad incrustándose en un marco superior. Dicha integración requiere objetivos comunes y experiencias históricas compartidas, plasmadas en un marco narrativo global que vaya más allá de las preocupaciones locales y apunte a aspectos fundamentales del cambio. Por lo tanto, este marco tiene varias funciones. Debe agrupar las experiencias y los conocimientos adquiridos históricamente y ponerlos a disposición de los problemas del presente. No debe quedarse atado a los fenómenos superficiales, sino apuntar a las raíces de las relaciones de poder actuales. Y también debe formular objetivos globales alcanzables y, tan atractivos, que sean capaces de liberar de nuevo los sueños y utopías en la población, ya que siempre han sido el motor del progreso civilizatorio-emancipatorio.

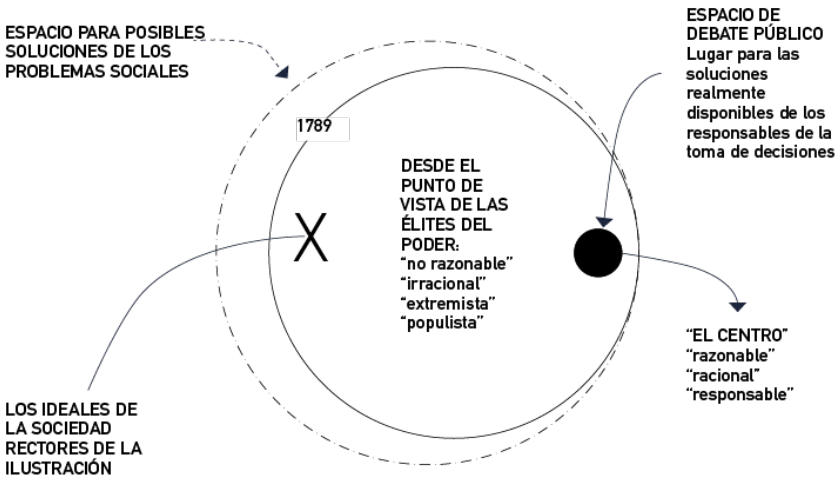
Así que tenemos que saber por qué vale la pena luchar, y no solo a pequeña escala. Las ideas democráticas radicales de contención del poder, propias de la Ilustración, proporcionan un punto de partida mucho más prometedor para ese marco narrativo integrador. Se apoyan en modelos históricos de acción, se fundamentan intelectualmente en profundidad y son capaces de liberar energías afectivas positivas. Nuestra tarea es utilizar y continuar este gran legado histórico para nuestras preocupaciones contemporáneas. Este marco narrativo podría dar un nuevo brillo a la idea de las luchas sociales de una sociedad más humana. Si atendemos a su contenido, la designación lingüística con la que opera — ya sea “izquierda”, “socialista”, “consejo democrático” o “democrático radical”— tiene una importancia secundaria. Sin embargo, debemos ser conscientes de nuestra tendencia natural a la superchería de las palabras, es decir, de nuestra convicción de que cada palabra debe corresponderse con un hecho del mundo y que, por lo tanto, las diferentes palabras también reflejan diferencias reales. En este sentido, la posibilidad de asignar lingüísticamente diferentes atributos a un marco narrativo común —que es coherente en lo esencial— puede causar la división en los movimientos sociales o

reforzar esta tendencia que ya resulta de las diferentes perspectivas. Pero sin un marco narrativo emancipador común que apunte a los orígenes de las relaciones de poder, todos los movimientos sociales corren el riesgo de ser efímeros.

Las consecuencias destructivas de un poder económico y político sin límites y el dominio de las élites sobre el espacio de debate público

Si recordamos los ideales rectores de la Ilustración, queda muy claro hasta qué punto se ha restringido el espacio para el debate público en las últimas décadas. Estas restricciones, que se supone que protegen a un capitalismo globalizado —y cada vez más autoritario— de las amenazas democráticas, tienen consecuencias trascendentales.

Las posiciones articuladas en la Ilustración sobre la contención del poder y la limitación de sus excesos son un resultado colectivo ganado a pulso. Extraer las conclusiones apropiadas de las experiencias históricas con el poder y las relaciones violentas permite acordar los principios normativos elementales para prevenir de manera más eficaz tales acontecimientos. Dado que estos principios equivalen a una contención masiva del poder político, siempre han sido objeto de una feroz oposición por parte de los poderosos y los defensores intelectuales del statu quo. Una y otra vez en la historia se pueden encontrar fases marcadas por corrientes de contrailustración[116]. Los más de cien años últimos son un buen ejemplo de contrailustración radical. La ideología neoliberal es su forma más agresiva y consecuente en la actualidad, y ya en sus inicios se consideraba explícitamente como una contrailustración y como un contraproyecto elitista a los principios igualitarios de la Ilustración.



En la medida en que los mecanismos democráticos de contención del poder han desaparecido, también han desaparecido a su vez aquellos que podrían actuar como correctores contra los excesos destructivos inherentes al capitalismo. Con el capitalismo liberado de todo control democrático, nos encontramos de nuevo en una regresión civilizatoria hacia un orden social del poder, en que este cree que puede legitimarse a sí mismo. El capitalismo global se ha alejado de toda legitimación o creación de consenso por parte de la población, así como de la responsabilidad pública. Con esto, el orden mundial fundado sobre el capitalismo global, como muestra la historia en eterna repetición, entraña las semillas de la autodestrucción[117]. Y las consecuencias de esta espiral de destrucción también son cada vez más tangibles y reconocibles para la opinión pública.

Los fundamentos ideológicos de una "democracia de élites" están más claros que nunca con el avance del "abandono de las élites"[118]. John Dewey ya había considerado la idea de Lippmann de "los expertos responsables" —comprometidos de forma independiente y neutral con el bien común— como una ficción ingenua. Sin embargo, no se trata solo de una invención inocente, sino más bien de un engaño deliberado al servicio de la consolidación del poder. La ideología de una "élite" especialmente capacitada para gobernar que, a través de su competencia política y su sentido moral de la

responsabilidad hacia el bien común para señalar el camino correcto al "rebaño confundido" bajo la bandera de la democracia, hace su verdadero propósito cada vez más evidente. La máscara democrática hace tiempo que cayó. Las élites políticas y económicas consideran que su poder en el capitalismo globalizado es tan "impermeable a los intentos de intervención democrática"[119] que están cada vez más convencidas de que pueden prescindir de la democracia y mostrar de manera abierta su rostro autoritario. Al hacerlo, no se dejan irritar por las enormes consecuencias destructivas de sus acciones, por lo que el pronóstico ulterior de un capitalismo liberado de todo control democrático es desastrosa para el conjunto de la humanidad. Tras el "saqueo de la esfera pública", las élites plutocráticas pasan cada vez más al "juego final": "hacer caja, ganar dinero, quemar los puentes detrás de ellos y no dejar más que tierra quemada"[120].

A la vista de la inmensa destrucción social y ecológica que han dejado las democracias neoliberales en las últimas décadas, no es de esperar que las élites políticas y económicas estén preparadas para ofrecer alternativas ni para solucionar los problemas más acuciantes del presente. Al contrario, reaccionan de forma cada vez más imprevisible y parecen haber capitulado ante los problemas que ellos mismos han creado, ya sea el capitalismo financiero —cada vez más destructivo e incontrolable—, el daño ecológico irreversible, la desintegración social de la comunidad solidaria y los estragos psicológicos que la acompañan, la administración cada vez más autoritaria de los políticamente "irrelevantes", que solo cuentan como consumidores, y el sometimiento de los económicamente "superfluos", que ya ni siquiera son necesarios como consumidores.

Por lo tanto, las formas alternativas de pensar cómo resolver los problemas actuales deben empezar a reconocer, como hizo la Ilustración en su momento, las consecuencias desastrosas de un poder sin contención. Las alternativas necesarias de pensamiento y acción solo pueden desarrollarse en conjunto y utilizando la experiencia de los movimientos emancipadores "desde abajo". Para ello, tenemos que utilizar las estructuras democráticas que aún quedan como base para una repolitización y redemocratización de la sociedad.

Las posibles soluciones que ha descubierto la humanidad —en un laborioso proceso colectivo tras la experiencia de las peores catástrofes—, es decir, los ideales rectores de la Ilustración, están muy lejos de lo que se ha declarado "razonable" o "permitido" tras las restricciones masivas del espacio de debate público de las últimas décadas. Mientras sea así, no tendremos ninguna posibilidad de resolver los problemas acuciantes del presente ni de protegernos ante nuevas y, probablemente, peores catástrofes. Por lo tanto, una de nuestras tareas urgentes es superar esta degeneración sistemáticamente inducida del espacio de debate público[121]. Solo así podremos recuperar las alternativas para el pensamiento y la acción.

En vista de la destrucción social y ecológica causada por el actual orden económico y mundial de violencia, nuestro futuro como humanidad dependerá más que nunca de nuestra disposición a tomarnos por fin en serio el sueño civilizatorio de reconocer a todos como libres e iguales y el ideal rector de una democracia. No nos queda mucho tiempo para esto.

1. "Nada parece más sorprendente para aquellos que observan los asuntos humanos con una mirada filosófica, que la facilidad con la que los muchos son gobernados por los pocos; y la sumisión implícita con la que los hombres resignan sus propios sentimientos y pasiones a los de sus gobernantes. Cuando preguntemos mediante qué medios se logra esta maravilla, encontraremos que, como la fuerza está siempre del lado de los gobernados, los gobernantes no tienen nada que los apoye más que la opinión. Por lo tanto, el gobierno solo se basa en la opinión" (David Hume, On the first principles of government, 1741).

2. Basándose en sus extensos estudios empíricos, los politólogos liberales Gilens y Page afirman que "las pruebas indican que los deseos de los estadounidenses de a pie han tenido poco o ningún impacto en la elaboración de la política del Gobierno federal. Los individuos ricos y los grupos de interés organizados —en especial las corporaciones empresariales— han tenido mucho más peso

político. Cuando se considera este aspecto, es evidente que la opinión pública en general no ha tenido poder" (Gilens y Page, 2017).

El historiador Ronald Formisamo (2017) habla de una "clase política permanente" que ya no puede ser destituida democráticamente, y cuyo engrandecimiento y autoglorificación ha llevado, entre otras cosas, a una cultura de corrupción que ha infectado a toda la sociedad.

Steve Fraser (2015: p. 412) afirma: "El sistema parece haberse convertido de forma transparente en un escenario para jugar con el sistema. Los ciclos de corrupción y de información privilegiada se repiten con una frecuencia adormecedora y en una distribución no partidista, pasando a la cleptocracia".

3. La generación sistemática de apatía política ha sido vista desde el principio, y a menudo de forma explícita —por ejemplo, por Lippmann, Schumpeter o Leo Strauss—, como un requisito necesario sin el cual la "democracia" —se refiere por supuesto, a la "democracia de élites"— no podría funcionar. Los métodos necesarios para lograrlo ya se habían ensayado en una primera fase de forma exitosa, así que ya en 1958, C. Wright Mills afirmó en su libro The causes of World War Three (Las causas de la tercera guerra mundial): "La indiferencia imperante de las masas es, sin duda, uno de los factores políticos más importantes en los países occidentales de hoy" (Mills, 1959: p. 110). "El sistema parece haberse convertido claramente en un escenario para jugar con el sistema. Los ciclos de corrupción y de información privilegiada se repiten con una frecuencia insufrible y rozan la cleptocracia".

4. Steve Fraser (2015: p. 305): "Los seres que todo lo consumen son hoy 'meros receptáculos vacíos de deseo'. Infinitamente artificial y disperso, el ciudadano moderno de la república del consumo vive en un terreno resbaladizo, viajando a ninguna parte. Así pues, nada podría ser más corrosivo para los tipos de conexión social que constituyen la subestructura emocional de la resistencia y la

rebelión colectivas. En cambio, la cultura de consumo cultiva una política de estilo e identidad centrada en los derechos y la libertad psíquica interior del individuo, que no se siente cómoda con un antiguo ethos de liberación social más que individual. Por el contrario, tiende a infantilizar, fomentando el ansia insaciable de formas cada vez más novedosas de una falsa autoexpresión. La individualidad que promete es una especie de tentación perpetua, que genera hoy en día, por ejemplo, una galaxia de aplicaciones de Internet en constante expansión que deja a su paso un rastro incesante de expectación. En el fondo de este objetivo de la 'material girl' por conseguir cada vez más cosas y una mayor superación personal, hay una búsqueda ritual de trascendencia, ensoñaciones de lo que podría ser, una 'transubstanciación de los bienes, utilizando productos y mecanismos para crear un reino mágico en el que todo es armonía, felicidad y satisfacción, donde el mejor y más admirable yo emergerá al fin'. La privatización de la utopía".

5. Chomsky (1998).

6. Maus (1994: p. 64).

7. Maus (1994: p. 249).

8. El neoliberalismo, el fascismo y las ideologías racistas y excepcionalistas se basan esencialmente en una actitud de glorificación de los fuertes y de desprecio de los débiles. Comparten el rechazo y el menosprecio a las premisas centrales en las que se basan la democracia, el derecho internacional y los derechos humanos universales, que no son más que una "Carta a Papá Noel", como expresó en términos de realpolitik la entonces embajadora estadounidense ante la ONU, Jeane Kirkpatrick, a propósito de la posición estadounidense ante la Declaración Universal de los

Derechos Humanos en 1981.

La historia muestra como “pura verdad” que el derecho del más fuerte es imponer su voluntad. Por cierto, como declaró en 2005 el periodista Henryk Broder, que fue incluido entre los “predicadores del odio” por el Süddeutsche Zeitung (17 de mayo de 2010), es “más divertido ser un perpetrador que una víctima” (“Absolución para Israel”, en Jüdische Allgemeine, 17 de marzo de 2005, p. 3), aunque solo sea porque los perpetradores tienen una mayor esperanza de vida que sus víctimas. (Esto puede parecer superficialmente plausible, pero presupone un desarrollo moral deficiente para ser identificado con tal actitud afectiva.)

El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, declaró el 29 de agosto de 2018 que la “pura verdad” de la historia es que no hay lugar para los débiles; los débiles se desmoronan, son masacrados y desaparecen, mientras que los fuertes sobreviven y son respetados. El himno a esta “pura verdad” es bien conocido por las cajas de resonancia de la historia, y la conmoción por las causas y los efectos de este pensamiento deberían estar aún en nuestra memoria colectiva: “Ante Dios y el mundo, el más fuerte tiene el derecho de hacer prevalecer su voluntad ¡Al que no tiene la fuerza, el derecho en sí no le sirve de nada! Toda la naturaleza es una formidable pugna entre la fuerza y la debilidad, una eterna victoria del fuerte sobre el débil. Nada más que podredumbre habría en toda la naturaleza si fuera de otro modo. Se corromperían los Estados que pecan contra esta ley elemental. [...]” (Adolf Hitler, 13 de abril de 1923; citado en Lautemann y Schlenke, 1961: p. 285).

En todo momento, la “simple verdad” del derecho de los fuertes —y esta es la pura verdad real de la historia— fue y es proclamada gustosamente por los “amos y señores” para justificar las montañas de cadáveres que han creado masacrando y exterminando a todos los “débiles”. Según este punto de vista, no puede haber lugar en la historia para el derecho internacional y la democracia. Con la afirmación de esta “simple verdad” se destruyen los logros civilizatorios trabajosamente ganados a lo largo de muchos siglos; a saber, que el poder no puede legitimarse simplemente por el derecho del más fuerte, es decir, por el derecho, ya formulado en la antigüedad, de que “el fuerte haga lo que pueda y el débil sufra lo

que deba". Hoy en día, en una progresiva y trascendental regresión de la civilización, el derecho del más fuerte se ha convertido de nuevo en una cuestión apenas perceptible del zeitgeist ideológico, tanto en la política nacional como en la internacional.

9. Este principio básico igualitario de la autonomía democrática se sitúa en un nivel diferente al de los requisitos para la acción de la autonomía ética del imperativo categórico de Kant: "Si la autonomía ética se basa en la universalidad de la máxima de acción examinada en cada voluntad individual, la autonomía democrática se fundamenta en la universalización de los procedimientos legislativos mediante la participación de todos" (Maus, 1994: p. 173).

10. Para los antecedentes generales de Lippmann y la controversia Lippmann- Dewey, véase Steel (1981: p. 211 y ss.).

11. En Libertad y prensa, de 1920, Lippmann afirmaba: "El mundo sobre el que supuestamente cada hombre tiene opiniones se ha vuelto tan complicado que desafía su capacidad de comprensión" (p. 22).

12. Esta es, en esencia, la concepción estándar actual de una democracia capitalista, tal y como defiende también, en particular, Joseph Schumpeter. También Elmer Eric Schattschneider, en su clásico de 1960 The semisovereign people: A realist's view of democracy in America, entendía la democracia como "un sistema político competitivo en el que los líderes y las organizaciones que rivalizan entre sí definen las alternativas de la política pública de tal manera que el público puede participar en el proceso de toma de decisiones" (p. 138). Sin embargo, Schattschneider también disipó la ilusión de una democracia pluralista y señaló que el número de centros reales de influencia del poder político es

extraordinariamente pequeño: “El espectro de grupos organizados, identificables y conocidos es asombrosamente estrecho; no hay nada remotamente universal en él [...] el sesgo empresarial o de clase alta del sistema que presiona aparece en todas partes” (p. 35). Esta situación se ha agravado con el triunfo del neoliberalismo existente.

13. Lippmann fue uno de los fundadores del Consejo de Relaciones Exteriores (CFR), el think tank privado más influyente del mundo. Véase Shoup (2015).

14. Lippmann (1922/2018).

15. John Dewey, en su reseña de La opinión pública, calificó la crítica de Lippmann como “quizá la acusación más eficaz que se haya escrito jamás contra la democracia tal y como se concibe en la actualidad”.

16. Lippmann comentó en 1925: “Mi propia mente se ha vuelto permanentemente antidemocrática” (Steel, 1981: p. 211).

17. “La democracia en su forma original nunca se enfrentó seriamente al problema en cuestión, porque nuestras imágenes mentales no se corresponden automáticamente con el mundo exterior” (Lippmann, 1922: p. 22).

18. “Hay que poner al público en su sitio [...] para que cada uno de nosotros pueda vivir libre del atropello y del estruendo de un rebaño desconcertado” (Lippmann, 1925: p. 145).

19. Ya en 1920, Lippmann se quejaba de que la prensa, cuya tarea era decir la verdad, se había convertido en portadora de propaganda: “La forma más destructiva de falsedad es la sofistería y la propaganda de aquellos cuya profesión es informar de las noticias. Las columnas de noticias son como empresas de transportes. Cuando quienes las controlan se arrogan el derecho de determinar sobre qué debe informarse y para qué, la democracia es inviable. La opinión pública está bloqueada, porque cuando un pueblo ya no puede acudir con confianza a ‘las mejores fuentes de información’, entonces las conjeturas y los rumores de cualquiera, las esperanzas y los caprichos de cada uno, se convierten en la base del gobierno” (Lippmann, 1920: p. 5f.)

Esto pone en peligro los fundamentos de la democracia: “Esto toca el núcleo de la democracia, ya que, sin noticias fiables y desinteresadas, la democracia representativa es una farsa” (Lippmann y Merz, 1920: p. 33).

20. Lippmann subraya: “La noticia y la verdad no son la misma cosa y deben distinguirse claramente” (Lippmann, 1922: p. 358). En esencia, los medios de comunicación son incapaces de “sacar a la luz los hechos ocultos, de ponerlos en relación entre sí y de elaborar una imagen de la realidad sobre la que los hombres puedan actuar” (Lippmann, 1922: cap. 24). Por lo tanto, incluso en el mejor de los casos, los medios de comunicación no pueden proporcionar los elementos básicos necesarios para el funcionamiento de la democracia: “La prensa no se constituyó para proporcionar la cantidad de conocimientos que demanda la teoría democrática de la opinión pública” (Lippmann, 1922: p. 165).

21. Lippmann, (1922: p. 230).

22. La actitud antidemocrática estaba profundamente anclada en el pensamiento de las élites culturales de la época y lo sigue estando hoy. Véanse, por ejemplo, Carey (1992) y Struve (2015).

23. John Dewey (1929/2012). Véase también Westbrook (1991: p. 275 y ss.).

24. “La noción de que la inteligencia es una dotación personal o un logro personal es el gran engreimiento de la clase intelectual” (Dewey, 1929: p. 211). Véase Westbrook (1991: p. 313).

25. “Hasta que el secreto, el prejuicio, la parcialidad, la tergiversación y la propaganda, así como la pura ignorancia, sean sustituidos por la investigación y el interés público, no tendremos forma de saber cuán apta puede ser la inteligencia de las masas para juzgar las políticas sociales” (Dewey, 1929: p. 366).

26. “El camino más fácil para controlar la conducta política es el control de la opinión. Mientras los intereses lucrativos sean poderosos y el público no se haya localizado e identificado, los que tienen este interés tendrán un motivo irresistible para manipular los resortes de la acción política en todo lo que les afecta” (Dewey, 1927: p. 182).

27. “El único enfoque del problema es indagar sobre el efecto que necesariamente tiene el actual sistema económico sobre todo el sistema informativo, sobre el juicio de lo que son las noticias, sobre la selección y eliminación del material que se publica, sobre el tratamiento de las noticias tanto en las editoriales como en las columnas”. Debemos preguntarnos “hasta qué punto es posible una auténtica libertad intelectual y una responsabilidad social a gran escala bajo el régimen económico actual” (Dewey, 1935).

28. Dewey (1927: p. 146) creía que la “cura para los males de la

democracia es más democracia".

29. "Para restaurar la democracia, es esencial una cosa, solo una. El pueblo gobernará cuando tenga poder, y lo tendrá en la medida en que posea y controle la tierra, los bancos, las agencias productoras y distribuidoras de la nación" (Dewey, 1934: p. 76).

30. "Mientras la política sea la sombra que proyectan las grandes empresas en la sociedad [...]" (Dewey, The Need for a New Party, 1931; citado de Westbrook, 1991: p. 440).

31. A los políticos les gusta señalar que los asuntos complejos que están en juego en la política no pueden reducirse a decisiones de tipo "sí" o "no", por lo que no son adecuadas para las decisiones electorales. Por lo tanto, es evidente que creen que las elecciones parlamentarias no tienen que ver con cuestiones políticas complejas; lo que las convierte, en gran medida, en irrelevantes para las decisiones políticas importantes.

32. "En la medida en que se convierten en una clase especializada, se apartan del conocimiento de las necesidades que deben atender [...]. Una clase de expertos está tan alejada de los intereses comunes que se convierte en una clase con intereses y conocimientos privados y sin ninguna conciencia de los asuntos sociales" (Dewey, 1927/1996: p. 172).

33. Para las controversias recientes sobre la interpretación de esta polémica, véase, por ejemplo, Rakow (2018).

34. Aquí los criterios de "racionalidad" son decisivos porque, en un

sentido económico-utilitario, la falta de interés por las cuestiones sociopolíticas puede ser un criterio "racional" para un individuo. Debido a que este debe tomar muchas decisiones para hacer frente a los problemas cotidianos, le lleva bastante tiempo encontrar información política relevante y evaluarla. Dado que, de todos modos, su influencia en las decisiones políticas es insignificante, el provecho que se obtiene con la búsqueda de dicha información no guarda proporción con el esfuerzo que supone, de modo que la apatía política puede, en este sentido, ser racional.

35. Véase Maus (2011: p. 83).

36. Véase, por ejemplo, Tetlock (2005).

37. Page y Shapiro (1992); Page y Shapiro (1999).

38. "La opinión pública y el comportamiento de los votantes son comprensibles, explicables, defendibles, dada la información de que dispone el público y, por lo tanto, 'racionales' en este sentido".

39. "[...] en un entorno en el que se dispone de información precisa [...] el público, como colectividad, tiene la capacidad de gobernar".

40. Los debates correspondientes continúan en la literatura de forma controvertida en sumo grado. Entre la extensísima literatura que secunda la posición de Dewey, cito solo unos ejemplos: Lupia y McCubbins (1998), Landemore (2012), Lupia (2016) y Sniderman (2017).

41. Herman y Chomsky (1988); Chomsky (2003: p. 191 y ss.); Mullen (2010).

42. Maus (1994: p. 223). Véase también Turse (2008). Roelofs (2018) muestra la profundidad con la que el complejo industrial militar se ha mezclado con las instituciones y estructuras sin ánimo de lucro de la sociedad civil a través de diversos canales, como en los ámbitos del medio ambiente, la educación, la salud o las infraestructuras. La guerra es, ante todo, un gran negocio, el mayor negocio de la historia de la civilización, y las democracias capitalistas han construido todo un orden económico sobre ella. La creciente economía de guerra, que es una redistribución del sector público al privado, no es menos que una mercantilización del miedo y la hostilidad generados de manera sistemática.

43. Lasswell (1927: p. 47).

44. Creel (1920: p. 4).

45. Los mecanismos estructurales de esta homogeneización ideológica son, en gran medida, invisibles para la población. Estos mecanismos contribuyen de forma esencial a una evolución que el teórico de la democracia Sheldon Wolin denomina “totalitarismo invertido”, es decir, una forma de totalitarismo completamente nueva que se crea de tal forma que ni siquiera es percibida como tal por la población. Wolin (2008) otorga a esta nueva forma de totalitarismo los siguientes rasgos:

Desmovilización de los ciudadanos para convertirlos en consumidores pasivos mediante la inducción de inseguridad, miedo y apatía.

El Estado y la sociedad están subordinados a la economía.

La violencia contra los disidentes es, en gran medida, invisible.

Las restricciones en el espectro de la opinión son, en gran medida, invisibles. “Nuestro sistema totalizador, sin embargo, ha desarrollado sus propios métodos y estrategias. Su genio reside en ejercer el poder total sin que lo parezca, sin establecer campos de concentración, ni imponer la uniformidad ideológica, ni suprimir por la fuerza a los elementos disidentes mientras permanezcan ineficaces” (Wolin, 2008: p. 57).

46. El “pueblo” solo se constituyó a través de la voluntad de darse una constitución y de querer vivir bajo su principio. El pueblo no se definía ni por su destino histórico, ni mucho menos por su ascendencia común, ni por el territorio, ni por su cultura o lengua, sino por nada más que por el acto de constituirse juntos” Maus (2015: p. 201).

47. El intercambio de los diferentes intereses particulares se facilita si estamos dispuestos a duplicar, por así decirlo, nuestra propia perspectiva sobre las condiciones sociales, y ver las condiciones no solo desde el punto de vista de nuestros propios intereses, afectos y prejuicios, sino también desde el punto de vista de los intereses sociales y ecológicos comunes y de la salvaguarda de la paz interna y exterior, que pueden universalizarse en el sentido de la Ilustración. Este desdoblamiento mental de las perspectivas nos exige un cierto esfuerzo intelectual y afectivo. Esta duplicidad crea, de manera inevitable, una tensión psíquica interna entre perspectivas que son incompatibles entre sí. Porque las consecuencias destructivas del poder y la violencia actuales, reconocibles desde un ángulo suprapersonal, son en realidad abrumadoras y, por lo tanto, a menudo nos resultan difíciles de soportar.

48. Graeber (2002) extrae de las tradiciones no occidentales una variedad de procedimientos bien establecidos de consideración

democrática que no se basan simplemente en la regla de la mayoría: "[...] un rico y creciente abanico de instrumentos organizativos —consejos de portavoces, grupos de afinidad, técnicas de dinamización, discusiones por pequeños grupos, resolución de situaciones de bloqueo colectivo, observación externa de las atmósferas del grupo, etc.— encaminado en su totalidad a la creación de formas de proceso democrático que permitan que las iniciativas surjan desde abajo y alcancen la máxima solidaridad efectiva, sin ahogar las voces discrepantes y sin crear posiciones de liderazgo u obligar a nadie a hacer algo a lo que no haya dado su libre consentimiento".

49. Véase Maus (1994: p. 156).

50. Desde una perspectiva histórica, véanse, por ejemplo, Wood (2010) y Gerstenberger (1990/2017: p. 522 y ss.; 2016).

51. "La frase 'democracia capitalista' es casi una contradicción en los términos, si por "democracia" nos referimos a un sistema en el que la gente tiene medios efectivos para participar en las decisiones que afectan a sus vidas y que comprometen a sus comunidades" (Pateman, 2005: p. 150).

52. "Lograr una democracia real requerirá que todo el sistema del capitalismo corporativo sea desmantelado por completo, porque es radicalmente antidemocrático" (Chomsky, 2002: p. 140).

53. "Solo cuando se supera la amenaza de la participación popular se pueden contemplar con seguridad las formas democráticas" (Chomsky, 1989: p. 69).

54. Este cambio sistemático de significado tiene un carácter diferente al que se usó entre los siglos XVI y principios del XIX, que a menudo cruzaba las líneas de la historia intelectual. Véase Maier (1971).

55. Thiele (2008) ofrece una introducción esclarecedora de los conceptos básicos de la teoría democrática en la historia de las ideas.

56. Los cambios semánticos de este tipo, que encubren concepciones elitistas y autoritarias del concepto de democracia, tienen una larga tradición. Ya subyacen en la invención del término "democracia representativa" por los padres de la Constitución estadounidense. Las concepciones de la "democracia" más influyentes del siglo pasado son, de facto, una defensa contra la democracia.

57. Según Schumpeter (1950/1994), una democracia "funcional" debe basarse en una selección "democrática" de las élites del poder. El "método democrático" es el orden de las instituciones para las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren la autoridad para tomar decisiones mediante una lucha competitiva por los votos del pueblo. "La aceptación del liderazgo es la verdadera función del electorado" (p. 273).

58. Sobre las posibilidades de una esfera pública mundial y la legitimidad y el control democráticos a nivel transnacional, véanse, por ejemplo, Fraser (2007) y Maus (2002; 2015). ¿Cómo puede la opinión pública a nivel transnacional "acumular el poder político necesario para poner a los poderes privados en su lugar y someter las acciones de los funcionarios públicos al escrutinio de los ciudadanos?" (Fraser, 2007: p. 247).

59. Dado que no puede haber formas de autolegislación y controles democráticos a nivel transnacional, las formas de organización de un mercado global adoptarán modos cada vez más autoritarios en la reestructuración de los Estados nacionales. Esta evolución se ve acelerada y reforzada por el hecho de que el creciente número de personas "superfluas" desde el punto de vista económico y, por lo tanto, social, aumenta con rapidez y requiere métodos de administración y disciplina cada vez más "eficaces". Véase Wacquant (2009).

60. Mitificaciones generalizadas de la globalización se encuentran también de parte de una izquierda compatible con el sistema. Ejemplo de ello es la afirmación de Gregor Gysi, en el Congreso de 2018 de su partido en Leipzig, de que la cuestión social se ha convertido en una cuestión "de toda la humanidad" a través de la globalización (una valoración que, sin duda, estarán encantados de compartir "filántropos" presentes o futuros como Bill Gates o Mark Zuckerberg). Esto contiene, por lo tanto, una identificación tácita con la preocupación central del proyecto neoliberal de proteger, de una vez por todas, el capitalismo global de todas las amenazas demócratas. Estas mitificaciones de un "internacionalismo" capitalista sirven para estabilizar las actuales relaciones de poder y reflejan una actitud profundamente antidemocrática (véase p. 194).

61. El desarrollo de las correspondientes técnicas de "poder blando" de manipulación de la opinión pública, la ruptura de los sentimientos de pertenencia de clase, la creación de falsas identidades y la descomposición de los sindicatos y los movimientos emancipadores estuvieron estrechamente ligados a un auge masivo de las ciencias sociales.

62. En particular, deben evitarse esfuerzos "ingenuos" e "irracionales" de "malinterpretar" términos como "democracia" y

“libertad” en el sentido de su significado original. Como señaló Sebastian Haffner en su reseña de 1967 sobre el libro de Johannes Agnoli La transformación de la democracia, los centros de poder que están detrás de la retórica democrática solo persiguen una máxima: “No hay libertad para los que hacen uso de ella”.

63. Una anécdota de una conversación de 1919 entre Max Weber y Erich Ludendorff, un personaje profundamente totalitario y archifascista, ofrece un ejemplo ilustrativo: “Ludendorff preguntó a Max Weber: ¿Qué entiende usted entonces por democracia? Weber: En la democracia, el pueblo elige a su líder, en quien confía. Entonces el líder elegido dice: ‘Ahora cállate y obedece’. El pueblo y los partidos ya no pueden interferir. Ludendorff: ¡Tal ‘democracia’ puede complacerme!” (Weber, 1926: p. 665).

64. Las elecciones democráticas, en las que solo se sustituye un grupo de élite por otro y que, por lo demás, son intrascendentes para todas las cuestiones políticas fundamentales, representan una forma casi ideal de evitar la revolución. La ventaja de estas elecciones es evidente. Como escribió el joven Herbert Wehner en 1926: “El votante legaliza las acciones que luego se llevan a cabo contra él”. Los politólogos liberales Achen y Bartels señalan: “Las elecciones que ‘echan a los vagos’ no suelen producir auténticos mandatos políticos, ni siquiera cuando los resultados son aplastantes. Simplemente ponen a una coalición de élite diferente al mando. Este cambio de gobierno incruento es mucho mejor que una revolución sangrienta, pero no es un cambio político deliberado” (Achen y Bartels, 2016: p. 312). En un mundo neoliberal cada vez más autoritario, crece la importancia de las elecciones como instrumento de profilaxis de la revolución a través del cual se puede prevenir de manera eficaz un cambio político fundamental.

65. La propia ilusión de la democracia se ve amenazada con asiduidad por la posibilidad de que el pueblo se dé cuenta de que su influencia en las decisiones políticas fundamentales es casi nula y,

por lo tanto, busque otras formas de ejercerla. Hannah Arendt escribió: “Una vez más el pueblo está excluido de la esfera de lo público, una vez más los asuntos públicos se han convertido en el privilegio de unos pocos [...] la consecuencia [...] es que el pueblo está condenado o bien a ‘hundirse en el letargo, al que sigue la muerte de la libertad pública’, o bien a ‘preservar el espíritu de resistencia’ contra cualquier poder estatal que elija, ya que el único poder real que le queda es el ‘poder de la revuelta mantenido en reserva’” (Arendt, 2011: p. 305).

66. Véanse, por ejemplo, Mirowski (2015), MacLean (2017) y Slobodian (2018). Buchanan, en estrecha asociación con multimillonarios de la derecha radical, buscó una contrarrevolución contra cualquier forma de estructura democrática en “secreto conspirativo”. Una democracia tiende, como explicó Buchanan en la reunión de 1970 de la Sociedad Mont Pèlerin en Múnich, “a permitir la existencia de parásitos”; esto podría evitarse con una “solución sencilla”: hay que “cerrar la opción parasitaria” de forma consecuente y proteger el capitalismo de la democracia. Sobre Buchanan, véase también https://bit.ly/3VjR2hR.

67. De hecho, las grandes empresas están protegidas, de forma sistemática, de un “libre mercado” por el Estado neoliberal de las subvenciones. Por lo tanto, no están sujetos al “libre mercado”, sino que constituyen el “libre mercado real existente”. Solo los asalariados y los económicamente “superfluos” están sometidos, por el Estado represivo neoliberal, al “libre mercado”.

68. Hay una serie de malentendidos trascendentales asociados al proyecto neoliberal, en especial sobre la importancia de los “libres mercados” y los Estados nacionales. Pero el proyecto neoliberal no consistía realmente en crear mercados autorregulados, abolir las fronteras entre los Estados o reducir el poder de los Estados nación. Más bien, se trataba y se trata de crear las condiciones marco institucionales adecuadas para el capitalismo corporativo y

financiero global mediante la reestructuración de los Estados nacionales —con palabras clave como flexibilización y desregulación— y la protección del capitalismo global contra cualquier forma de amenaza democrática. Véase, por ejemplo, Slobodian (2018).

69. Sus representantes niegan reiteradamente que exista el "neoliberalismo". Sin embargo, incluso el Fondo Monetario Internacional, que es la encarnación institucional del proyecto neoliberal, habla oficialmente de la "agenda neoliberal" de desregulación y privatización y afirma que ha fracasado en la consecución de sus propios —supuestos— objetivos simplemente por el aumento extremo de la desigualdad. "La evidencia del daño económico de la desigualdad sugiere que los responsables políticos deberían estar más abiertos a la redistribución" (Ostry, Loungani y Furceri, 2016).

70. "[...] una estrategia de formación de opinión impulsada y dirigida por las élites. [...] La estrategia estaba clara: los pensadores neoliberales debían dirigirse a la intelectualidad en general, a los periodistas, a los expertos, a los políticos y a los responsables políticos. Esto se hizo a través de una red transatlántica de financiadores comerciales simpatizantes y empresarios ideológicos que dirigían think tanks, y a través de la popularización de las ideas neoliberales por parte de periodistas y políticos" (Jones, 1996: p. 4).

71. Friedrich Hayek (1944/2014: p. 139).

72. Véase, por ejemplo, Hirsch (2005).

73. Véase, por ejemplo, Kotz (2015).

74. La nueva forma globalizada de capitalismo financiero, que se supone que garantiza la igualdad de condiciones de utilización del capital en todo el mundo, ha traído consigo una nueva modalidad extrema de acumulación primitiva, como ha señalado Saskia Sassen: "La relación entre el capitalismo avanzado actual y las formas más tradicionales de capitalismo de mercado puede caracterizarse, en definitiva, como una acumulación cada vez más primitiva: la complejidad y el progreso técnico están al servicio de causas de una simplicidad brutal (Sassen, 2014: p. 214; 2015). Gerstenberger (2017: p. 435 y ss.) examina, a partir de un amplio material empírico, lo que llama la "explotación desregulada".

75. Joachim Hirsch concluye: "Es evidente, desde 1989, que los dos grandes proyectos del siglo XX encaminados al cambio social, la revolución comunista y el intento socialdemócrata de transformación gradual de la sociedad, no han tenido éxito. La 'civilización' o incluso la superación del capitalismo mediante políticas de reforma del Estado han fracasado" (Hirsch, 2012: p. 234). André Gorz ya había señalado, sobre el utopismo de una transformación reformista del capitalismo, que una lucha social que sea "solo contra los efectos de la evolución capitalista" y que se limite "a las reivindicaciones en el ámbito del consumo individual y del ocio, es decir, del no trabajo", permanece "dentro de la lógica capitalista" y, en última instancia, "contribuye a reforzar el sistema" (Gorz, 1968: p. 18 y ss.). Sin embargo, el significado del capitalismo y cómo este debe organizarse y contenerse depende, en última instancia, de las decisiones políticas. Aunque la constelación que hizo posible un compromiso temporal en la posguerra fue históricamente singular y, por ende, no recuperable, sí sería posible, sin embargo, incluso en las actuales condiciones del marco económico, revertir o corregir, dentro de ciertos límites, las decisiones que han promovido la aparición de un capitalismo financiero desatado. Sin embargo, sin estructuras democráticas intactas que incluyan también la economía, esta opción sigue siendo una esperanza poco realista.

76. Véanse Sklair (2001), Carroll y Carson (2006), Carroll y Sapinski (2010), Van Der Pijl (2014) y Heemskerk y Takes (2016).

La masiva homogeneización ideológica que acompañó al triunfo del neoliberalismo privó también de su fundamento a los esfuerzos de justificación popular que intentaron descalificar la idea de que una "democracia de élites" era compatible con la idea de democracia al referirse solo a la competencia y a una diferenciación funcional entre ellas. Los análisis de redes de la élite económica mundial muestran que, en dicha élite, el círculo real de quienes ejercen influencia en las cerca de 150 grandes empresas, holdings, etc. más poderosas del mundo es extremadamente pequeño, y que unos pocos cientos de individuos "hacen las contribuciones estructurales más inmediatas a la formación de la clase transnacional" (Carroll y Carson, 2006: p. 60 y ss.).

El círculo de quienes representan los centros reales del poder político-económico mundial se ha reducido de manera drástica en el contexto de la revolución neoliberal (una concentración de poder que volverá a intensificarse masivamente con la digitalización). Estos grupos de personas, altamente interconectados, son prácticamente invisibles para la opinión pública como representantes de los centros de poder y están lejos de cualquier tipo de responsabilidad democrática. Su homogeneización ideológica, coordinada por una enorme red de think tanks, y su organización interna estrictamente autoritaria les otorgan una influencia abrumadora en todas las decisiones políticas relevantes y en todas las cuestiones de planificación política. "Las estructuras sociales, como la red de direcciones interconectadas, junto con las redes de planificación política, las conferencias, los foros, etc., ayudan a crear consenso y conformidad y a orientar el cambio" (Heemskerk y Takes, 2016: p. 93). Esta evolución, combinada con la erosión de las estructuras democráticas, ha reducido casi a cero las posibilidades de cambio democrático en los modos fundamentales de organización social.

77. La llamada globalización se asocia a menudo con una serie de profundos malentendidos, ya que "globalización" e "internacionalización" eran originalmente términos positivos, pero

ahora describen algo fundamentalmente diferente. Esto se ha señalado muchas veces en la literatura. Como aclaró Ellen Meiksins Wood: “Aunque el propósito general del orden económico de la posguerra, incluida —o especialmente— la fase más reciente de ‘globalización’, ha seguido siendo en esencia el mismo, las reglas específicas de la economía mundial se han transformado según las cambiantes necesidades del capital estadounidense. [...] La actual globalización existente implica la apertura de las economías subordinadas —y su desprotección con respecto al capital imperial — mientras que la economía imperial se protege en la medida de lo posible de los efectos contrarios. La globalización no tiene nada que ver con el libre comercio. Por el contrario, se trata de un control cuidadoso de los términos de intercambio en interés del capital imperial” (Wood, 2015: p. 153). Sobre la globalización o “desnacionalización social”, véase también, por ejemplo, Zürn (1998).

78. Esta redistribución y la desigualdad social resultante han adquirido en la actualidad proporciones gigantescas y se caracterizan por una dinámica propia que difícilmente puede ser controlada por la intervención política. En un estudio detallado que abarca varios milenios, el historiador de Stanford Walter Scheidel (2017) ha examinado los posibles factores que podrían reducir de manera sustancial la desigualdad. Según Scheidel, solo hay cuatro factores que históricamente han podido reducirla: guerras de movilización masiva, revoluciones, epidemias (como la peste a finales de la Edad Media) o el colapso de culturas (como el Imperio romano o los mayas). Concluye que el nivel actual de desigualdad es tan grande que no se reducirá de forma apreciable con estrategias reformistas. Dado que una reducción pacífica de la desigualdad desaparece —“la reforma política pacífica puede resultar insuficiente para los crecientes desafíos que se avecinan” (p. 457)— y que los cuatro factores mencionados irían acompañados de consecuencias aún peores que las de la desigualdad masiva, cabe esperar un nuevo empeoramiento de la desigualdad. Este diagnóstico también se ve respaldado por el hecho de que los métodos hasta ahora exitosos para asegurar la rentabilidad del capital están llegando al límite y, por lo tanto, es

probable que se intensifique la explotación y que se combine con medios autoritarios represivos.

79. Ingeborg Maus (2011: p. 185) habla de "colapso de facto de la estricta separación funcional de poderes en los sistemas políticos del presente, que también destruyó la posibilidad de la democracia participativa". Esto plantea la cuestión de "hasta qué punto siguen existiendo el Estado de derecho y la democracia". Por desgracia, la respuesta es negativa en vista de los métodos jurídicos de interpretación desarrollados desde el siglo XX y de la incorporación deformada de conceptos jurídicos indeterminados en las propias leyes, procesos que desplazan tanto la determinación del contenido de las leyes como la situación de la aplicación del derecho" (p. 194).

80. Véanse, por ejemplo, Gill (2000) y Gill y Cutler (2014).

81. La actual cultura de los expertos y consultores no es otra cosa que una forma institucionalizada de corrupción, con la que se invisibiliza el cabildeo y se fusiona con todos los niveles de la legislación y la aplicación de la ley de una manera que ya no puede disolverse. La corrupción clásica también se hace en gran medida invisible por el hecho de que poderosos sectores económicos —por ejemplo, la industria farmacéutica, la industria energética, el sector financiero y de seguros, la industria agrícola, la industria del automóvil, la tecnología militar y de seguridad— se infiltran profundamente en todos los niveles del ejecutivo bajo el manto de expertos y asesores y se fusionan con ellos en términos de personal y organización. Un ejemplo instructivo es el del Ministerio de Defensa alemán, que, según Die Zeit, "adjudicó el mayor contrato de consultoría de la historia de la República Federal de Alemania" para hacer "más eficiente" el propio ministerio (véase en https://bit.ly/2pvX9SH).

No hay que olvidar que la función del Ministerio de Defensa es la de

defender los intereses económicos de la economía de guerra contra el peligro democrático de una población muy poco dispuesta a ir a la guerra.

La creación de mecanismos de corrupción institucionalizada se aplica a los ministerios, así como a las autoridades subordinadas de diversas oficinas federales (como la protección del medio ambiente, la oficina de patentes, la seguridad en la eliminación de residuos nucleares y la protección contra las radiaciones) y los institutos federales (por ejemplo, para los medicamentos y los dispositivos médicos y para la evaluación de riesgos). La profunda corrupción resultante de dicha fusión se institucionaliza de forma estructural en el sistema a través de diversos mecanismos y deja de ser justiciable como corrupción. Para cuestiones generales sobre la corrupción institucionalizada, véanse Lessig (2013) y Philp y David-Barrett (2015).

82. Peter Mair (2006; 2013) describió este proceso de "socavar la democracia occidental", que ha degenerado en una democracia de espectadores escenificada por los medios de comunicación, como "gobernar el vacío", ya que el espacio político se ha vaciado. "Las élites tienden a replegarse a las instituciones como defensa contra las incertidumbres del mercado electoral. Al igual que las subvenciones estatales a los partidos políticos han compensado la inestabilidad de los partidos para recaudar suficientes recursos de sus propios miembros y apoyos, la seguridad de un papel institucional o procedimental puede compensar a las élites por su vulnerabilidad a la hora de enfrentarse a un electorado cada vez más desvinculado y aleatorio" (Mair, 2013: p. 17 y ss.).

Mair declaró, al principio de sus análisis: "La era de la democracia de partidos ha pasado. Aunque los partidos siguen existiendo, se han desconectado tanto de la sociedad en general y persiguen una forma de competición tan carente de sentido, que ya no parecen capaces de sostener la democracia en su forma actual".

83. Katz y Mair (1995; 2009).

84. “[...] el margen de maniobra cada vez más limitado para la oposición dentro del sistema, ya sea este europeo o nacional, o ambos a la vez [...] es también una de las razones por las que nuestras políticas se han convertido en un caldo de cultivo tan fértil para el populismo” (Mair, 2013).

85. Véase, por ejemplo, Wallerstein (2012: p. 19 y ss.).

86. Ingeborg Maus señaló: “Hoy en día, las elecciones parlamentarias son intrascendentes en la medida en que la composición de la legislatura sigue conteniendo objetivos para las próximas leyes, pero las propias leyes ya no se dirigen al aparato del Estado. En esta situación, incluso la diferencia entre democracia representativa y directa queda abolida. Incluso las votaciones democráticas sobre cada ley no pueden cambiar el hecho de que, en vista de la manipulación de los aparatos estatales, solo queda una ciudadanía igualitaria de “ciudadanos pasivos” (Maus, 2011: p. 260). Lo que Maus considera una deplorable erosión y, en última instancia, la negación de la democracia, es decir, que las elecciones parlamentarias son intrascendentes, es acogido por los representantes de la “democracia neoliberal” precisamente como un golpe de suerte para la gestión eficiente de la democracia. Wolfgang Schäuble lo ha expresado de forma especialmente abierta: “¡No se puede permitir que las elecciones cambien el programa económico de un Estado miembro!” (véase en https://bit.ly/3CHWjIX).

87. Esto se puede lograr, con especial éxito a nivel personal, cuando quedan señaladas personas que expresan de manera pública críticas políticamente indeseables. La personalización también tiene la ventaja de que se pueden evitar, en gran medida, los debates y las discusiones sobre el contenido. Sobre todo, a las personas cuya crítica se dirige a aspectos fundamentales del actual orden social y de poder hay que asignarles de forma coherente y pegadiza los

atributos adecuados para marcar el área “razonable” del espacio de debate público. Por supuesto, no tienen derecho al estatus “disidente”, porque los “disidentes” no pueden existir en nuestra “democracia capitalista”, que es “el mejor de los mundos posibles”. Solo los críticos del sistema en los Estados en los que Estados Unidos y sus aliados se esfuerzan por un “cambio de sistema” tienen derecho a la denominación de “disidentes”. En nuestro país, a lo sumo pueden ser “irracionales”, “irresponsables” o intelectuales “controvertidos”.

88. Las posturas abiertamente racistas y deshumanizadoras son una excepción; en este caso, la restricción es explícita y reconocible para la población (aunque las declaraciones racistas y deshumanizadoras de los políticos de los partidos establecidos suelen tratarse con “tolerancia”). Dicha tolerancia no existe para posiciones emancipatorias, es decir, posiciones de izquierda que son consideradas por los centros de poder como una crítica fundamental y, por lo tanto, como una amenaza para la estabilidad. En este caso, siempre se ha intentado excluir dichas posiciones del discurso público y hacerlas desaparecer del mismo.

89. Solo algunos ejemplos destacados de la extensa literatura: Benda (1927/2013), Basaglia (1980), Bourdieu (1996), Said (1997) y Chomsky (2008).

90. Brecht (1967: p. 611).

91. Véase, por ejemplo, Schreyer (2018: p. 160 y ss.).

92. Existe, por supuesto, una importante diferencia entre términos como “teórico de la conspiración”, por un lado, y “antisemita”, por el otro. Expresiones como “teórico de la conspiración” han agotado

ampliamente su función difamatoria: no contienen ningún sustrato intelectual serio, por lo tanto, su función es mayoritariamente de carácter ideológico. El término “antisemita”, en cambio, puede tener dos funciones conceptualmente independientes, aunque a veces relacionadas. Por un lado, denota a alguien que es culpable de antisemitismo, es decir, una forma particular de racismo. Dado que el resentimiento antisemita está latente en todos los estratos de la población y en todo el espectro político, se trata de un problema serio y grave. Por otra parte, el término “antisemita”, precisamente por su referencia a una gravísima infracción de la civilización, es especialmente adecuado para fines de difamación, ya que puede utilizarse en los debates políticos para estigmatizar y, por lo tanto, condenar al ostracismo a los críticos impopulares de una manera muy eficaz y, por así decirlo, sin argumentos, aunque no alberguen resentimientos antisemitas (véase Zuckermann, 2010). A este potencial de exclusión y proscripción se debe su uso abusivo en las disputas políticas.

93. Las formas populares de argumentación para justificar el statu quo de las actuales relaciones de poder gustan de señalar que tal o cual alternativa a ellas es “utópica” y, en vista de la complejidad de la sociedad moderna, no resistiría una prueba de realidad. Dado que las democracias de élites ya se han establecido y han demostrado ser comparativamente estables, se miden con la “complejidad” de la sociedad moderna, y, en este sentido, han superado la prueba de la realidad. Para el abogado penalista y filósofo del derecho Michael Pawlik, en su reseña en el Frankfurter Allgemeine Zeitung (del 12 de junio de 2018) del libro Justiz als gesellschaftliches überich (Justicia somo superyó social), de Ingeborg Maus, las propuestas emancipadoras alternativas para la organización de la sociedad, como la concepción democrática radical de la autora, no habrían aportado pruebas de su viabilidad, socavarían de manera drástica la “complejidad de su objeto” y, por lo tanto, no son dignas de consideración por ser “utópicas en el mal sentido. La actual jurisdicción constitucional, en su forma organizativa como una “élite judicial” de un poder judicial paternalista y expertocrático elegido por el parlamento, ha demostrado su utilidad y es preferible a una solución en la que el poder judicial esté estrictamente

sometido a la ley democrática. La soberanía popular del poder legislativo es dudosa en muchos aspectos, ya que el pueblo, "en la práctica política real, suele estar representado por grupos relativamente pequeños y desproporcionadamente asertivos cuyos partidarios pueden permitirse un modo de vida caracterizado por una permanente voluntad de agitación".

Este es el argumento de las respectivas élites, muy repetido a lo largo de la historia, de que la democracia equivale, en última instancia, al gobierno del populacho. Aquí se pone de manifiesto el carácter profundamente reaccionario de tal forma de argumentación.

Estas formas reaccionarias de argumentación se basan en la premisa tácita de que las estructuras de poder existentes han demostrado, por su propia existencia, que están a la altura de la complejidad de la realidad social. Todo lo demás es una mala utopía. La propia inexistencia de formas de organización alternativas demuestra que su concepción debe ser, de alguna manera, deficiente, contiene lagunas y es, por lo tanto, poco compleja. El statu quo social puede ser deficiente y deplorable en muchos aspectos, pero sigue siendo la mejor de las alternativas posibles, porque estas solo tienen valor si han demostrado su viabilidad. Tal forma de argumentación recuerda a la del doctor Pangloss en la satírica novela Candide de Voltaire, que solía afirmar "que las cosas no pueden ser diferentes de lo que son". Con ello, todos los conceptos emancipadores que han impulsado el desarrollo de la civilización pueden ser relegados al mundo de la fantasía y, por lo tanto, excluidos del espacio de debate que se ha declarado razonable.

La disposición de gran parte de la "élite judicial" a integrarse en los respectivos campos de fuerza del poder y su aversión al derecho establecido democráticamente, puede documentarse de manera empírica con ejemplos relevantes, también para el periodo de posguerra. Para la época nacionalsocialista y la posguerra, Ingo Müller (1989) proporciona un rico material que muestra con claridad que tanto la imagen filtrada ideológicamente de una "élite judicial" como la autoimagen articulada por ella no pueden conciliarse con los hechos. La argumentación de Pawlik se caracteriza así por "ya se distingue en términos empíricos [...] por

la valentía de prever con audacia".

94. CDU es la sigla, en alemán, del partido político Christlich Demokratische Union Deutschlands (Unión Demócrata Cristiana de Alemania).

95. CSU es la sigla, en alemán, del partido político Christlich-Soziale Union in Bavaria (Unión Social Cristiana de Baviera).

96. Esta asimetría de ceguera y "tolerancia" sistemática hacia las posiciones de la derecha radical y de proscripción y criminalización de las actitudes de la izquierda radical, ha impregnado todos los niveles del poder ejecutivo y también del poder judicial desde la fundación de la República Federal, especialmente en las primeras décadas. Para un estudio de caso instructivo, véase Foschepoth (2017), en especia la página 83 y siguientes, sobre el mito fundacional de la República Federal de Alemania como un "Estado igualmente fortificado por la derecha y por la izquierda". El llamado Decreto de los Radicales de 1972, que pretendía mantener a los funcionarios libres de actitudes opositoras fundamentales, también se dirigió en gran medida contra las actitudes de izquierda en su creación y en su práctica. El Tribunal Administrativo Federal y el Tribunal Constitucional Federal consideraron que la práctica disciplinaria y represiva del ejecutivo durante la década de 1970, que se utilizó abiertamente para perseguir a los disidentes, era en esencia conforme a la Constitución, a pesar de su hostilidad hacia la democracia. Solo el Tribunal Europeo de Derechos Humanos corrigió esta apreciación en el ámbito europeo.

97. AfD es la sigla, en alemán, del partido político Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania).

98. A primera vista, estas estrategias de difamación basadas en una lógica de confusión parecen encontrar justificación en la aparente similitud de los temas. Numerosas cuestiones centrales de la izquierda, con las que se puede llegar a un público más amplio, han sido retomadas por la nueva derecha bajo el signo opuesto y con intenciones por completo diferentes. En particular, la crítica a la democracia representativa, al imperialismo, a los medios de comunicación, a los déficits democráticos de la UE y al capitalismo y a la cultura en general. Para más información sobre el pensamiento de la nueva derecha, véase Wagner (2017).

99. Al mismo tiempo, la designación "populismo de derechas" es útil para aquellos que buscan minimizar las actitudes fascistoides y totalitarias existentes y hacerlas invisibles como una amenaza real.

100. Sin embargo, la crítica de la izquierda a los déficits democráticos de la UE es ingenua, porque no reconoce que el sistema actual tiene precisamente su origen y objetivo histórico en alejar la democracia. "Incluso las organizaciones predecesoras de la Unión Monetaria y la Unión Europea fueron diseñadas para excluir ciertos temas y decisiones del proceso democrático nacional [...]" (Streeck, 2016).

Slavoj Žižek afirma: "La actual política de la UE es solo un intento desesperado de hacer que Europa se adapte al nuevo capitalismo global. La habitual crítica liberal de izquierdas —la UE está bastante bien salvo por su 'déficit democrático'— delata la misma ingenuidad de los críticos con los antiguos países comunistas, que básicamente los apoyaban y se limitaban a quejarse de la falta de democracia. En ambos casos, el "déficit democrático" era y es una parte necesaria de la estructura general" (Žižek, 2018: p. 363).

Wolfgang Streeck ve la Unión Monetaria Europea como una "admisión institucionalizada de que el capitalismo actual ya no puede ser gobernado democráticamente y, si quiere funcionar a medias, debe blindarse contra los intentos de intervención democrática" (Streeck, 2016). Véase también Maus (2005).

El historiador social Perry Anderson (2007) afirma: “con cada paso adelante —desde la unión económica y monetaria en 1990 hasta el pacto de estabilidad en 1997 y el acta del mercado único en 2011 —, los poderes de los parlamentos nacionales se han transferido a una burocracia supranacional desconectada de la voluntad del electorado, tal y como había previsto y deseado el pensador neoliberal Friedrich Hayek. [...] La Unión se ha convertido así en la vanguardia de una renovada política de guerra fría contra Rusia, determinada por Estados Unidos y pagada por los europeos. La experiencia de los últimos años ha ofrecido una clara lección a los movimientos de izquierda contra el sistema en Europa: si no quieren quedar relegados por la derecha, no pueden permitirse atacar el sistema existente de forma menos radical que ellos. Al mismo tiempo, su oposición debe ser más coherente. Y deben partir de la probabilidad de que la UE actual, como construcción neoliberal, ya no puede reformarse desde dentro”.

101. En retrospectiva histórica, es posible transformar a críticos que fueron considerados en su momento “irracionales” —porque apuntaban a aspectos fundamentales de un orden social— en “racionales” y utilizarlos para trazar la línea entre la crítica de izquierda “racional” e “irracional”, especialmente porque después de su muerte ya no pueden defenderse de su abusiva explotación política. Solo hay que purgar su patrimonio intelectual de elementos “irracionales” de forma adecuada. Un ejemplo destacado es el de Martin Luther King, que en los últimos años de su vida radicalizó claramente su perspectiva política y consideró que la violencia capitalista era la raíz esencial de la violencia racista; en 1967 calificó a los Estados Unidos como “el mayor proveedor de violencia del mundo actual” (véase Harding, 2008). En Un testamento de esperanza, de 1968, relacionó directamente el racismo, el capitalismo y el militarismo, y llamó a una “reconstrucción radical de la propia sociedad”: “[...] la revolución negra es mucho más que la lucha por los derechos de los negros. Está obligando a Estados Unidos a enfrentarse a todos sus defectos interrelacionados: racismo, pobreza, militarismo y materialismo. Está sacando a la luz males profundamente arraigados en toda la estructura de nuestra sociedad. Revela defectos sistemáticos más

que superficiales y sugiere que una reconstrucción radical de la propia sociedad es la verdadera cuestión que hay que afrontar" (Washington, 1991: p. 315).

102. Lipset, Lazarsfeld, Barton y Linz (1954).

103. Véase, en particular, Israel (2011; 2017).

104. David Held (2006): "Todas las personas deben ser libres e iguales en los procesos de liberación sobre las condiciones de su propia vida, siempre que no violen los derechos de los demás. Este principio de autonomía es un principio para limitar la legitimidad del poder y expresa la preocupación de determinar los fundamentos del acuerdo democrático" (p. 282). Ingeborg Maus ha desarrollado un principio derivado de los ideales democráticos radicales de la Ilustración con la autodeterminación democrática como soberanía popular.

105. Más allá de esta definición de los ideales rectores de una organización social de la Ilustración, esta también proporcionó una rica metodología de pensamiento para la crítica de los prejuicios y para hacer frente a las autoridades. ¿Qué técnicas de dicha metodología pueden utilizarse para identificar los propios prejuicios y los de los demás? Además de las simples observaciones simétricas, estas técnicas incluyen sobre todo métodos históricos y psicológicos: "La Ilustración es el desarrollo de un pensamiento que cuestiona críticamente [...] las autoridades tradicionales, sobre todo las ideas religiosas tradicionales, los dogmas y las instituciones, así como la legitimación del gobierno político, pero de forma más general las tradiciones y las evaluaciones, y finalmente, en la etapa de madurez, su propia reivindicación, su propio procedimiento y, por lo tanto, su propia legitimidad" (Schmidt, 1989: p. 3). Es precisamente este importante último aspecto el que a menudo se ha

ignorado en las críticas a la Ilustración, que han malinterpretado sus preocupaciones.

106. Erik Olin Wright (2010: p. 6) afirmó: “Ahora vivimos en un mundo en el que estas visiones radicales suelen ser objeto de burla en lugar de ser tomadas en serio. Junto con el rechazo posmodernista de las ‘grandes narrativas’, existe un rechazo ideológico de los grandes diseños, incluso por parte de muchas personas que aún se encuentran en la izquierda del espectro político. Esto no tiene por qué significar un abandono de los valores emancipatorios profundamente igualitarios, pero sí refleja un cinismo sobre la capacidad humana de realizar esos valores a una escala sustancial. Este cinismo, a su vez, debilita a las fuerzas políticas progresistas en general”.

107. Véanse, por ejemplo, Mattick (1935) y Schütrumpf (2006).

108. Véase Pannekoek (2008: p. 297 y ss.).

109. Balibar y Wallerstein (1992) han demostrado que “el universalismo de la ideología burguesa (y, por lo tanto, su humanismo) no es incompatible con el sistema de jerarquías y exclusiones que se manifiesta fundamentalmente en forma de racismo y sexismo” (p. 14).

110. En el siglo XVIII, cuando la burguesía desafió el particularismo aristocrático con la declaración del universalismo, el principio de universalidad sirvió selectivamente como instrumento de lucha contra las pretensiones feudales de la nobleza y la Iglesia; incluso entonces, la burguesía disfrazó sus intereses particulares como derechos humanos universales. Véase Wood (2015: p. 212f).

Desde mediados del siglo pasado, a menudo ha perseguido Estados Unidos sus intereses imperiales con el pretexto de una lucha por los "derechos humanos universales" (véase Peck, 2010). Asimismo, las organizaciones de derechos humanos con sede en Estados Unidos (como Amnistía Internacional o Human Rights Watch) muestran a veces una tendencia a defender de modo selectivo los principios universales de derechos humanos en casos en los que se ven afectados los intereses de Estados Unidos (como en Israel, Ucrania, Libia, Siria, Arabia Saudí o Yemen), poniéndose así al servicio de una propaganda de justificación particular.

111. En su libro Eurocentrismo, Samir Amin sitúa el origen del pensamiento igualitario universalista en el antiguo Egipto: el avance moral universalista de los egipcios es la piedra angular del pensamiento humano posterior. Sin embargo, este invento egipcio tardó varios siglos en generalizarse (Amir, 2009: p. 107).

112. Wallerstein (2007: p. 8).

113. Wallerstein (1992: p. 40).

114. Wallerstein (2007: p. 43) describe este excepcionalismo euroamericano de la siguiente manera: "Solo la 'civilización' europea, con sus raíces en el mundo grecorromano de la antigüedad (y para algunos también en el Antiguo Testamento), podría haber producido la 'modernidad' [...]. Y como la modernidad era supuestamente la encarnación de los verdaderos valores universales, el universalismo no solo era un bien moral sino también una necesidad histórica. En las civilizaciones avanzadas no europeas siempre debió existir algo que no era compatible con la marcha general hacia la modernidad y el verdadero universalismo. A diferencia de la cultura europea, de la que se afirmaba que era inherentemente progresiva, las otras culturas tenían que estar

congeladas en su trayectoria de desarrollo, por lo que eran incapaces de transformarse por sí mismas sin la intrusión de poderes externos (es decir, europeos)".

115. La historia también muestra que, en las democracias capitalistas occidentales, los logros emancipatorios fundamentales tuvieron que ser arrancados a los poderes fácticos en largas y arduas luchas sociales —véase, por ejemplo, Gerstenberger (2017), quien muestra, a través de una profunda investigación histórica, que donde se domesticó el capitalismo solo pudo lograrse a través de poderosas luchas sociales—. En vista de la asimetría fundamental del poder social y la violencia, los movimientos sociales actuales solo pueden contribuir a transformar estas relaciones si no son presa de la ilusión ingenua de que los cambios fundamentales pueden lograrse a través de un diálogo con quienes ejercen el poder. Los antagonismos que caracterizan un orden social y de propiedad capitalista no pueden ser desactivados por una ilusión de diálogo. Desde la perspectiva de los centros de poder, forma parte de la gestión eficaz de la democracia hacer ofertas de "cooperación para el consenso" con el fin de neutralizar las energías de indignación y cambio, dividir los movimientos sociales y aumentar así la estabilidad de las relaciones de poder. Véanse también Wagner (2013) y Wilk y Sahler (2014).

116. La relación entre la Ilustración, la Ilustración radical y la contrailustración es sumamente compleja. Un ejemplo instructivo es el liberalismo, que tiene dos caras en su relación con la Ilustración: desde sus inicios históricos, su concepción de la "libertad" es en extremo particularista y antiuniversalista, ya que se limita —explícita o, sobre todo, implícitamente hoy en día— a ciertas agrupaciones sociales, culturales o racialmente determinadas. Sobre este tema, véanse Schneiders (1974), Schmidt (1989) y Blom (2013).

117. En su relato introductorio, conciso e históricamente amplio,

sobre el surgimiento del sistema mundial capitalista, Fabian Scheidler (2015) pone de manifiesto las fuerzas destructivas inherentes al capitalismo. Heide Gerstenberger (1990/2017) ofrece un profundo análisis histórico de la relación entre las condiciones capitalistas de apropiación y el surgimiento del poder estatal burgués en su clásico estudio Die subjektlose Gewalt (La violencia sin sujeto). La autora también analiza con detalle los procesos de disolución de las fronteras de la explotación capitalista violenta que están culminando en la llamada globalización (Gerstenberger, 2017).

118. Gabor Steingart, Handelsblatt, 20 de enero de 2018.

119. Streeck (2016).

120. Streeck (2015: p. 116).

121. Un ejemplo histórico de las consecuencias que puede acarrear una conquista radical del espacio de debate público es la Revolución francesa, en la que la formación de una esfera pública revolucionaria fue uno de los prerrequisitos estructurales. Gerstenberger (1989) muestra que los acontecimientos revolucionarios "no fueron el resultado de la intensificación de las contradicciones materiales, sino del surgimiento de una esfera pública revolucionaria. Esto no solo fue la condición estructural de la revolución, sino también la forma de su movimiento. La lucha por la determinación del nuevo orden se materializó en la lucha por el dominio en la opinión pública. [...] Las esferas públicas, más pequeñas o más grandes, son el lugar social de la constitución de los intereses. Porque los intereses no son reflejos mecánicos de las condiciones materiales de vida, sino que surgen de la percepción y valoración de la propia situación vital" (p. 134). A través de la irrupción de una esfera pública revolucionaria, se rompió la

hegemonía de la clase propietaria sobre el discurso político. Véase también Israel (2017: p. 41 y ss.).

-
-
-
-

El centro fantasma, los partidos del cártel y las elecciones del Bundestag

Antes de darnos una palmadita en la espalda porque pensamos que, en las últimas elecciones, hemos votado al centro político con el fin de asegurar nuestro bien común, deberíamos mirar la realidad más de cerca. Por desgracia, esto no es fácil, ya que los partidos gobernantes y los medios de comunicación hacen todo lo posible por nublar y oscurecer nuestra visión de la realidad social.

La realidad es que quienes han determinado el rumbo hasta ahora han desencadenado todos los problemas y crisis económicas y sociales para los que ahora se ofrecen como salvadores. Entre ellos se encuentran la destrucción del estado de bienestar, la expansión de un sector de bajos salarios y la precarización del trabajo asalariado, la enorme desgravación fiscal para los ricos y las corporaciones, la entrega del Estado a los mercados financieros, la decadencia de las infraestructuras, el estrangulamiento financiero de las instituciones públicas —como los hospitales, las residencias de ancianos, las guarderías o las escuelas—, la disciplina y el desempoderamiento del parlamento por parte del ejecutivo, y la expansión de un Estado de vigilancia y seguridad.

Los problemas sociales causados por estas opciones políticas no fueron provocados por supuestas “leyes naturales” del “libre mercado globalizado”, como se nos dice repetidamente, sino de manera deliberada e intencionada por los intereses y el consenso de las élites de poder transatlánticas neoliberales, es decir, en Alemania por decisiones concretas de los partidos del cártel gobernante CDU, SPD[1], FDP y Die Grünen (Los Verdes).

Estos partidos tradicionales han cambiado de manera fundamental desde la década de 1970 —es decir, con el inicio de la revolución neoliberal— porque su anclaje social ha disminuido al adoptar objetivos neoliberales. Por ello, se han integrado cada vez más en los aparatos de poder del Estado para su autopreservación. Cuanto

más disminuyen los vínculos con el electorado tradicional, más se entrelazan los líderes de los partidos entre sí. Para los principales partidos, esto tuvo la ventaja de que las derrotas electorales perdieron importancia, ya que podían distribuirse los recursos y los puestos estatales con gran independencia del resultado de las elecciones.

Con el creciente distanciamiento de los líderes de los partidos de sus bases, estas han quedado relegadas a meras "animadoras" de las elecciones. Este fenómeno se ha estudiado con profusión, y el investigador Peter Mair acuñó el término "partido cártel", una denominación que resume el asunto en pocas palabras.

Precisamente forma parte del carácter de los "partidos cártel" el hecho de que ya no están comprometidos con las preferencias de los ciudadanos, sino con los intereses de los grupos de poder relevantes, es decir, los intereses económicos de las empresas y los ricos, así como con los intereses geopolíticos de las élites transatlánticas. Incluso la formulación "necesidades del mercado" no es más que una expresión encapsulada para las exigencias de la clase propietaria. Esto puede sonar abstracto, pero se puede demostrar sin demasiado esfuerzo por el patrón concreto de los votos de los partidos en el parlamento en los ejemplos mencionados. Lo mismo ocurre con las decisiones políticas sobre la expansión de la OTAN hacia el este, la promoción de guerras contra el derecho internacional —desde Kosovo hasta Libia y Siria—, las exportaciones de armas a Arabia Saudí, la militarización de la UE, etc. Todo esto está bien documentado. La verdadera cuestión política apremiante no es, por lo tanto, cuál de los partidos del cártel del llamado "centro" forma el Gobierno, sino por qué la gran mayoría sigue eligiendo precisamente a los partidos responsables de la destrucción sistemática y deliberada de la esencia civilizatoria durante las últimas décadas.

Las razones son complejas: la desinformación sistemática por parte del Gobierno, los partidos del cártel y los medios de comunicación, la generación de miedo entre la población y, por supuesto, la ideología del "centro político", que no es más que la bandera y el manto del consenso neoliberal. Como parte esencial de la "revolución desde arriba" neoliberal, esta representa una posición

extremista en su desprecio por la democracia y por todas las ideas de una comunidad solidaria.

El “centro” es, en realidad, un término con connotaciones positivas que se asocia a sentimientos de armonía y estabilidad. Sin embargo, lo que se declara como “centro” no tiene nada en común con los conceptos históricos de un centro político, que ya están ampliamente vacíos de contenido. Se trata de un centro fantasma, bajo cuyo manto los autores se hacen pasar por salvadores, y con bastante éxito hasta ahora.

Ahora bien, el triunfo de la revolución neoliberal se ha basado desde el principio en el uso de términos familiares y positivos, como “reforma”, “flexibilidad”, “libre comercio” o “estabilidad”. Dándoles un nuevo significado, se ha logrado envenenar de tal modo el pensamiento que las consecuencias sociales de esta revolución aparecen como una necesidad natural de un mercado libre globalizado. Sin embargo, incluso la “globalización” y el “libre mercado” son términos que describen ilusiones ideológicas que nada tienen que ver con la realidad: al contrario, pretenden ocultarla. Pero, dado que las consecuencias de la destrucción neoliberal de la comunidad se dejan sentir en la población —a pesar de los esfuerzos de adoctrinamiento masivos— y provocan gran incertidumbre, es crucial para el éxito de los programas neoliberales neutralizar de manera eficaz el potencial de indignación y cambio de la población.

Los gobiernos de Blair (1997-2007) y de Schröder (1998-2005) muestran cómo se impulsó una agenda neoliberal que socavó y destruyó la esencia democrática y el estado de bienestar bajo la apariencia de un “centro” político. Por cierto, esto no habría sido posible sin la ayuda propagandística de los medios de comunicación. En 2015, el periodista Heribert Prantl lo expresó con claridad en el Süddeutsche Zeitung con respecto a la Agenda 2010: “Esta agenda fue también el resultado de una campaña publicitaria a gran escala, como nunca se había visto en la historia de la República Federal de Alemania”. Con esta forma de extremismo político que se ha producido y se produce bajo la bandera del “centro” —y que, además, se ha definido como la “necesidad natural de los mercados globalizados” y, por lo tanto, “sin

alternativa"—, está claro que ya no puede haber ninguna oposición fundamental a este nuevo centro fantasma. Al fin y al cabo, según el consenso neoliberal, ahora las decisiones políticas consisten solo en tomar las decisiones más "racionales" y "sostenibles" en el desarrollo de soluciones "eficientes" para una adaptación óptima a las "limitaciones" de los mercados globalizados y transmitirlas a la población como "verdades incómodas".

La democracia va en contra de esta agenda y, por lo tanto, constituye una "interrupción del mercado". Para evitar esta "perturbación", es necesario etiquetar cualquier desviación de este centro fantasma como "irracional" o, incluso, "extremista". Desde el punto de vista propagandístico, una nueva versión del concepto de populismo —que históricamente tenía una connotación positiva— está resultando especialmente eficaz, y los partidos neoliberales del cártel del centro fantasma lo utilizan en la actualidad para deslegitimar cualquier forma de disidencia política.

Con ello, todos los partidos pretenden ganar votos de forma oportunista y utilizan para ello una retórica populista, es decir, su publicidad electoral se dirige directamente a las emociones y hace uso de simplificaciones inadmisibles. Este componente populista es el resultado del actual modelo estándar de "democracia de élites" capitalista, en el que se asigna a los ciudadanos el papel de consumidores políticos. Conceptos propagandísticos como "centro", "falta de alternativas" y "populismo" están estrechamente vinculados y sirven para estabilizar el programa neoliberal. Hay, por supuesto, diferencias en la naturaleza del populismo en la medida en que los resentimientos xenófobos y racistas culturales se expresan explícita o indirectamente a través de medidas políticas. Pensemos en la campaña contra "los vagos griegos" o en otros resentimientos racistas culturales, como los expresados contra los árabes en la llamada "guerra contra el terrorismo" o en la política económica de la UE hacia África. O lo que el historiador Immanuel Wallerstein llama la "etnización del trabajo", a través de la cual se justifican las estructuras de desigualdad. Por lo tanto, el componente cultural racista está mucho más arraigado en nuestra sociedad de lo que nos sugieren los partidos del cártel. Por desgracia, la sensibilidad de la opinión pública ante estos resentimientos ya está distorsionada por la política de partidos,

como se pudo ver en la campaña de desprestigio de Wolfgang Schäuble y otros políticos de la CDU/CSU contra la "avalancha de solicitantes de asilo", a principios de la década de 1990. Es sorprendente la constancia con la que se ha suprimido de la memoria pública esta campaña de desprestigio y la conexión entre las declaraciones de Schäuble y los posteriores excesos violentos.

La actitud de los partidos del cártel ante el resentimiento racista directo o indirecto es, por lo tanto, mucho menos clara de lo que estos partidos nos sugieren con el objetivo de reforzar su pretensión de "falta de alternativas". Es este esfuerzo de los partidos neoliberales del cártel del "centro" lo que hace del término "populismo" un concepto propagandístico. Y esto sirve tanto para la economía como para atacar el radicalismo de derecha. Por lo tanto, hay que avivar los temores al deterioro del propio statu quo y a los partidos de la derecha. Estos temores pueden ser utilizados para desacreditar y neutralizar cualquier forma de crítica fundamental al consenso neoliberal. Dado que la AfD comparte el consenso neoliberal, los partidos del cártel identifican a su principal enemigo en la izquierda, puesto que las posiciones de esta apuntan a las raíces de los problemas sociales y buscan alternativas ante la carencia de opciones neoliberales frente a la destrucción de las bases sociales y ecológicas de la vida. En particular, consideran que la imagen de humanidad que subyace al programa neoliberal es profundamente antinatural y perversa.

Por ello, los partidos del cártel neoliberal deben desacreditar y desintegrar toda forma de organización colectiva de la crítica desde la izquierda. Para ello, el populismo resulta muy adecuado como término arrojadizo. Uno simplemente declara populista toda crítica fundamental al "centro" neoliberal y así confunde las posiciones de izquierda con las populistas de derecha, Corbyn con Le Pen o Trump, y las ideas de una organización comunitaria solidaria con actitudes excluyentes, culturalmente racistas y nacionalistas. El objetivo de esta confusión es desacreditar las posiciones de la izquierda. El populismo como concepto de enfrentamiento dirigido ostensiblemente contra las posiciones de la derecha apunta, en realidad, a las alternativas de izquierda ante el consenso neoliberal.

Esto nos lleva de nuevo a las elecciones mencionadas al principio,

que representan una especie de entretenimiento político y deportivo para espectadores, y que fueron concebidas históricamente para la consolidación de las democracias de élites. Estas relajan la vida política cotidiana de los ciudadanos privados de sus derechos y les dan la ilusión de que tienen algo que decidir sobre cuestiones relevantes. Porque en la "democracia conforme al mercado", las decisiones políticas relevantes no están determinadas por las preferencias de los ciudadanos. Por el contrario, los estudios demuestran que las preferencias de la mayoría no influyen en absoluto en las decisiones políticas y que, por lo tanto, las decisiones electorales son políticamente intrascendentes. Por lo tanto, no es de extrañar que en toda la UE el programa neoliberal ya no pueda ser votado democráticamente. Los que se han instalado cómodamente en el statu quo están tranquilos porque, hasta ahora, las consecuencias de la destrucción neoliberal las sufren principalmente individuos que social y geográficamente se hallan muy distantes. Los que, sin embargo, no se conforman con esto —con total independencia del resultado de las elecciones— tienen motivos para estar muy preocupados.

NachDenkSeiten, 19 de septiembre de 2017.

1. SPD es la sigla, en alemán, del partido político Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

Racismo, capitalismo y la comunidad de valores de los “dueños y señores”Entrevista con Marko Junghänel

Prejuicios-discriminación-deshumanización. ¿Describiría esta cadena causal un racismo universalmente válido como base de la sociedad capitalista? Si es así, ¿qué característica humana lleva a esta negación de la dignidad humana universal?

El racismo, en su sentido más amplio, tal y como lo entienden hoy en día los investigadores, no es, en absoluto, un fenómeno humano universal. Por lo tanto, no es una reacción natural al “exceso de libertad”, sino que se desarrolló solo en la medida en que se consideró necesario para justificar la desigualdad social. Como ha señalado especialmente Immanuel Wallerstein[1], su aparición está estrechamente vinculada a los modos de organización capitalistas. El racismo, pues, se diferencia de fenómenos como el temor al extraño o la xenofobia, que son expresiones de rasgos generales de nuestras mentes y, en este sentido, universales. Análisis históricos como los de Immanuel Wallerstein demuestran que el racismo no es una reacción a la alteridad y la extranjería, sino que afirma y, por lo tanto, genera precisamente esa “alteridad”. Así, el racismo antiislámico también produce el tipo de “alteridad” esencial de los musulmanes que la “comunidad occidental de valores” necesita para su propia identidad política y para la legitimación de sus necesidades de dominación.

Por lo tanto, la discriminación racista como forma sistemática de deshumanización no puede entenderse simplemente como la expresión de una tendencia omnipresente o reducirse a prejuicios individuales. El racismo solo se ha desarrollado en condiciones históricas y económicas específicas.

Por supuesto, el racismo —como todo lo que genera nuestra mente — debe tener una base en ciertas características e inclinaciones de

nuestra mente. Por naturaleza, esta se caracteriza por tener una flexibilidad única para seleccionar la categoría social de otros a partir de casi cualquier característica, ya sea el color de la piel, la religión, el origen, el género, la orientación sexual, etc., y así excluir a los que no pertenezcan a la categoría social "mis iguales". La forma en que se activa esa exclusión depende en gran medida de factores culturales. Sin embargo, nuestra disposición a impedir a otros lo que sentimos que debemos exigir para nosotros y para quienes percibimos como "nuestros iguales", representa un punto débil que puede ser utilizado con fines de manipulación política. Por lo tanto, el "racismo desde arriba", con el que las respectivas élites de poder explotan estratégicamente estas características para sus propios intereses, debe tratarse de forma diferente a las manifestaciones de "racismo desde abajo".

La resistencia psicológica a la idea de la dignidad humana universal y, por lo tanto, de la igualdad de todos los seres humanos, tiene sus raíces en nuestra tendencia natural a no conceder, a los que percibimos como extraños, todo lo que naturalmente reclamamos para nosotros mismos en términos de dignidad humana. Por lo tanto, fue necesario un largo proceso y dolorosas experiencias colectivas antes de que dicha idea pudiera codificarse como norma moral con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 y la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

Crear comunidad a través de la exclusión y la marginación. Por lo tanto, ¿los Estados naciones se basan necesariamente en la exclusividad? ¿Qué modelo se puede oponer a esto para evitar la barbarie?

Mientras tengamos un orden económico capitalista, no será posible evitar la barbarie, ni la barbarie doméstica en forma de empobrecimiento psicológico y material de gran parte de la población, ni la barbarie de la política exterior en forma de neoimperialismo, neocolonialismo y guerra. El capitalismo necesita guerras para su supervivencia; para los pueblos del sur —como señaló Jean Ziegler[2]— hace tiempo que ha comenzado la tercera

guerra mundial.

En cuanto a las manifestaciones de racismo, no se puede negar una relación con la idea de Estado nación, aunque las relaciones históricas entre el desarrollo de los Estados nación europeos, el colonialismo imperial y el racismo son extraordinariamente complejas. Al fin y al cabo, los Estados nación se basan en la idea —o más bien en la ficción— de una homogeneidad étnica, cultural y lingüística en gran medida inalterable[3]. En este sentido se basan naturalmente en la exclusividad, aunque esto como tal no implica necesariamente una exclusión racista.

Sin embargo, debemos tener siempre presente que la idea de una correspondencia entre pueblo —como comunidad étnica y cultural —, territorio y Estado no es natural ni inevitable, sino que ha surgido debido a determinadas constelaciones históricas[4]. En la estela de la Ilustración, los Estados nación se consideraron inicialmente como una base natural para promover la democratización. Esto se basaba en la opinión de que solo ellos podían constituir una base natural para la democracia debido a su homogeneidad étnica. Sin embargo, la idea de que la democratización requiere un cuerpo étnico mayoritariamente homogéneo ha demostrado ser inexacta. Además, ya en el siglo XIX, los intentos de conciliar el Estado nación con la globalización necesaria para sostener el capitalismo condujeron a formas de imperialismo que socavaron su idea. Del mismo modo, este se ha reestructurado recientemente mediante la incorporación deliberada y sistemática de empresas transnacionales del ámbito de los sistemas de regulación estatal nacional. Todo ello ha contribuido a que el Estado nación en su forma tradicional ya no pueda considerarse un modelo viable o ejemplar para el desarrollo de una sociedad seriamente democrática.

La cuestión de cuál es el modelo de organización social adecuado a la naturaleza humana y apropiado, al mismo tiempo, para prevenir la barbarie, se relaciona con el que, con probabilidad, sea el mayor y más acuciante problema de la historia de nuestra civilización. Aunque todavía estamos lejos de tener ideas claras sobre las posibles soluciones a este problema, la experiencia histórica nos permite hacer una delimitación: cuanto más autoritaria es una

forma de organización social, más tiende a las condiciones inhumanas y a la barbarie. Esto también se aplica a las formas de organización dentro de las sociedades democráticas, como las grandes empresas, que se organizan de forma muy totalitaria. A la inversa —y esta fue precisamente la idea de la Ilustración tras largas experiencias sangrientas—, una organización de la sociedad basada en el reconocimiento de una igualdad fundamental de todos los seres humanos, es decir, en el humanismo universal, promete una sociedad digna del ser humano. Esta visión, que no hemos podido realizar a pesar de los discursos, que apenas se ha tomado en serio en la medida necesaria y que, mucho menos, se ha puesto en práctica políticamente, sigue proporcionándonos los ideales rectores a través de los cuales podemos esperar protegernos mejor contra las recaídas en la barbarie.

La idea rectora del humanismo universal puede parecer sencilla a primera vista, pero tiene enormes consecuencias. Implica que todo el mundo tiene una participación justa en todas las decisiones que afectan a su propia vida social y, por lo tanto, exige una organización radicalmente democrática de la sociedad. También implica que todas las estructuras de poder deben demostrar su razón de ser y justificarse ante la opinión pública, pues de lo contrario son ilegítimas y deben ser eliminadas. También implica que debemos utilizar los criterios morales con los que juzgamos las acciones de los demás para juzgar nuestras propias acciones y, por ello, desaprueba el doble rasero moral. Pero, sobre todo, la idea rectora del humanismo universal excluye toda idea de primacía del propio grupo biológico, social, cultural, religioso o nacional, y, por lo tanto, el racismo, el nacionalismo y toda forma de excepcionalismo.

En su libro Los condenados de la tierra, Frantz Fanon formuló, entre otras cosas: “En los países capitalistas, entre los explotados y el poder hay una multitud de predicadores y maestros de la moral que causan desorientación”. ¿Qué significa esta afirmación para nuestro mundo mediatizado y sus relaciones de poder/propiedad?

La invisibilidad de las relaciones de poder y propiedad es más importante que nunca en una "democracia impulsada por el mercado". Una herramienta central para ello es la desorientación afectiva y cognitiva de todos aquellos que no pertenecen a la clase propietaria —o, como se llamaba en el siglo XVIII, la clase "consumidora"—. Para ocultar las verdaderas relaciones de poder, las élites se valen de una multitud de voluntariosos intelectuales que proporcionan marcos interpretativos y técnicas de manipulación que permiten presentar los intereses de la clase dominante como intereses generales o generar un letargo político. Los correspondientes mecanismos de desorientación política están estructuralmente muy arraigados en todas las instancias de nuestra sociedad, en especial en las escuelas y universidades. En consecuencia, los que llevan más tiempo en estas etapas de socialización están adoctrinados de una manera tan profunda que, normalmente, ya no perciben el adoctrinamiento como tal, sino que lo ven como algo natural que apenas puede cuestionarse. En el ámbito del periodismo, este efecto ha alcanzado en la actualidad proporciones desastrosas para la democracia y los objetivos asociados a ella, como la justicia social o el mantenimiento de la paz.

¿Son los nuevos grupos de derecha, desde la AfD hasta el Pegida[5] y el Movimiento Identitario, en última instancia, la evidencia de una asunción del mundo basada en la divisibilidad exacta de las culturas, que determina automáticamente una clasificación de estas?

El racismo culturalista o "racismo sin razas"[6], que es la base constitutiva de estos movimientos y que se camufla necesariamente con el concepto de "etnopluralismo", se basa en la idea de un "cuerpo del pueblo" que debe entenderse como ampliamente homogéneo. En lugar de identidades raciales, ahora son "identidades culturales" o "identidades étnicas", conceptos que son tan ficticios como el concepto biológico de las razas humanas. El racismo cultural afirma la irreversibilidad de las diferencias culturales y la nocividad de cualquier difuminación de las fronteras entre las diferentes culturas, y siempre va acompañado de la noción

de una jerarquía cultural inmutable.

Entonces, ¿dónde está el modelo del futuro, o no hay ninguno?

Las culturas occidentales, que culminan hoy en día en la "comunidad occidental de valores", tal y como se celebra a sí misma, han cultivado el camino de la violencia. Desde las cruzadas, pasando por el colonialismo y su mission civilisatrice, hasta el actual "imperialismo humanitario", han dejado probablemente el mayor rastro de sangre en la historia de la humanidad. Al mismo tiempo, han desarrollado las formas más sofisticadas de doble moral e hipocresía, según las cuales incluso nuestras mayores atrocidades no son más que la expresión de nuestros esfuerzos benévolos y altruistas por el bien común y el progreso civilizatorio de la humanidad.

Solo si tomamos conciencia de nuestra responsabilidad histórica en este camino de violencia podrán abrirse oportunidades que permitan hablar del futuro de la humanidad. Si no queremos seguir por este camino, que destruye cada vez más nuestros propios medios de vida, los ideales rectores que se formularon durante la Ilustración —y que ahora debemos continuar y poner en práctica— abren perspectivas mucho más prometedoras para el desarrollo de formas de organización que puedan llamarse "democráticas". No puede tratarse de un modelo uniforme y estático, sino de un proceso continuo y dependiente de las formas vividas de una democratización, que —incluso sin estar vinculadas a los conceptos tradicionales de homogeneidad de pueblo y nación— se apoyan desde abajo. Este tipo de evolución hacia formas de democratización, que se discute en la ciencia política bajo términos como "democracia participativa" o "democracia deliberativa", puede observarse en todo el mundo. Son adecuados para contrarrestar el creciente vacío de la idea de democracia y darle un nuevo brillo. De este modo, ofrecen una esperanza para el desarrollo de una sociedad más humana.

Hintergrunds, 12 de octubre de 2016.

1. Véase, por ejemplo, Wallerstein (1992).

2. Ziegler (2017: p. 18).

3. Esta caracterización solo se aplica a determinadas formas históricas de los Estados nación y no puede considerarse una característica necesaria de los Estados individuales en general. En la concepción de la democracia de la Revolución francesa, "pueblo" y "nación" no se basan en una identidad interna, sino que son conceptos puramente constitucionales. Los requisitos básicos de la "soberanía popular" y la "democracia" solo pueden darse en niveles organizativos inferiores a un "Estado mundial" (sobre esto, véase p. 194), de modo que la creación de un Estado de este tipo solo podría lograrse renunciando al ideal rector democrático. Sobre esto, véanse en particular: Maus (2002; 2015), Zürn (1998) y Streeck (2013).

4. Wallerstein (1992: p. 273) volvió a subrayar que las comunidades "a las que todos pertenecemos", de las que sacamos nuestros "valores", a las que expresamos nuestra "lealtad" y que determinan nuestra "identidad social" son construcciones históricas por derecho propio. Y, lo que es especialmente importante, son construcciones que están permanentemente en reconstrucción. Esto no significa que carezcan de solidez o permanencia, o que sean meros fenómenos transitorios, al contrario. Pero nunca son comunidades originales y, por lo tanto, cualquier descripción histórica de su estructura y desarrollo a lo largo de los siglos es necesariamente una ideología del presente.

5. Pegida es la sigla, en alemán, del movimiento Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente).

6. “Ideológicamente, el racismo contemporáneo se inscribe en el contexto de un ‘racismo sin razas’, [...] un racismo que”, al menos a primera vista, “ya no postula la superioridad de ciertos grupos o pueblos sobre otros, sino que se limita a afirmar la nocividad de toda difuminación de fronteras y la incompatibilidad de estilos de vida y tradiciones”, Balibar (1992: p. 28).

Democracia y tortura blanca Cómo contribuyó la psicología a hacer invisible la tortura

“Quienquiera que haya sucumbido a la tortura no se puede sentir más en casa en el mundo”. (Jean Améry)

Hace 70 años, el 10 de diciembre de 1948, los representantes de los gobiernos de todos los Estados de la ONU se reunieron para adoptar una declaración en la que acordaron —todavía bajo el efecto del horror inmediato de las atrocidades cometidas por el hombre— la formulación de unos valores cuya validez debía reclamarse en todo el mundo: la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

El acto en sí mismo y la unanimidad en la adopción de normas tan trascendentales de igualdad, justicia y Estado de derecho (a pesar de la multitud de visiones del mundo que seguían siendo irreconciliablemente opuestas entre sí) parecen, en retrospectiva, un golpe de suerte histórico en el desarrollo cultural de la humanidad. Aunque, en 1948, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto habían terminado hacía tres años, esta declaración formulaba poco más que una utopía jurídica.

En el año en que se aprobó la Carta Internacional de Derechos Humanos de la ONU —también denominada Declaración Universal de Derechos Humanos—, el choque entre el ideal y la realidad no podía ser más claro: se asesinó a Mahatma Gandhi, se inició lo que muchos intelectuales llamaron la “limpieza étnica” de Palestina[1], se estableció el apartheid en Sudáfrica… Procesos que, como muchos otros, tenían sus raíces en la cosmovisión imperialista del colonialismo europeo y en la imagen racista del hombre asociada a él[2]. La idea de los derechos humanos universales es, por su propia naturaleza, irreconciliable con el supuesto que subyace a todo pensamiento racista. Según este, hay grupos étnicos y culturales

inferiores a nosotros, los llamados “occidentales”, a los que, por lo tanto, podemos negar la dignidad y los derechos humanos que reclamamos para nuestra propia especie como algo natural. La tortura también sería inconcebible sin una categorización “que divida al hombre en torturable y no torturable” (Amnistía Internacional).

Hoy, más de 70 años después, sigue existiendo una brecha enorme entre la pretensión formulada en la Declaración y la realidad. Tras la Segunda Guerra Mundial, se llegó a un acuerdo sobre la inadmisibilidad absoluta de la tortura de una forma que antes era difícilmente concebible.

Sin embargo, al mismo tiempo, como ya señaló en 1973 Amnistía Internacional en su Informe sobre la Tortura, la práctica de esta había alcanzado proporciones epidémicas. La tortura, que durante mucho tiempo había existido de forma marginal, “ha desarrollado de repente una vida propia y se ha convertido en un cáncer social”[3]. En 2007, Amnistía Internacional documentó casos de tortura sistemática en más de 81 países, incluidas las democracias occidentales.

Por lo tanto, la distancia entre las aspiraciones y la realidad es grande. Organizaciones internacionales de derechos humanos como Amnistía Internacional, Human Rights Watch o Physicians for Human Rights lo documentan continuamente y con detalle. ¿Por qué se presta tan poca atención al hecho de que los valores, que constituyen la base de nuestra autoimagen cultural, son gravemente violados cada día, incluso en nuestro ámbito de responsabilidad social? Evidentemente, tendemos a afrontar este desfase mirando hacia otro lado, es decir, negando o reprimiendo. Por lo tanto, es aún más importante constatar primero las realidades y centrarse en aquellos acontecimientos y procesos políticos que discrepan de manera absoluta con nuestras normas y valores.

Me gustaría ilustrar lo fácil que nos resulta mirar hacia otro lado con el ejemplo de un estudio de caso: la participación de los psicólogos en el desarrollo y la aplicación de los métodos de la llamada “tortura blanca” en Guantánamo. De hecho, se trata de todo un periodo en el que los psicólogos participaron de forma significativa en el desarrollo de técnicas de tortura que no eran

visibles de forma inmediata. Estos hechos salieron a la luz pública en 2007, cuando la Asociación Americana de Psicología (APA), la mayor asociación profesional de psicólogos del mundo, con unos 150.000 miembros, declaró que la ayuda de los psicólogos en el desarrollo de "técnicas de interrogatorio alternativas" y en la formación de los interrogadores "es una contribución valiosa y éticamente justificada para evitar daños a nuestra nación, a otras naciones y a civiles inocentes".

A primera vista, este estudio sobre el desarrollo de las técnicas de "tortura blanca" parece referirse únicamente a un grupo profesional concreto, los psicólogos. Además, en comparación con la gravedad de otras violaciones diarias de los derechos humanos, constituye apenas una nota marginal. Sin embargo, evidencia los procesos políticos y los mecanismos psicológicos que son de interés general tanto para el proceso de consolidación legal de los derechos humanos como para nuestra comprensión de la responsabilidad política de los científicos.

En las últimas décadas, se han realizado esfuerzos considerables para que la tortura sea, por así decirlo, invisible para la opinión pública. Las técnicas desarrolladas en este proceso se denominan "tortura limpia", "tortura sin sangre", "tortura blanca" o "tortura psicológica". Estos esfuerzos están relacionados de manera estrecha con el desarrollo de los Estados constitucionales democráticos y el mayor control público asociado a ellos. El politólogo Darius Rejali, que se ha ocupado de la relación entre la democracia y el desarrollo de las técnicas de "tortura blanca", ha demostrado en un amplio estudio que "históricamente, la tortura blanca y la democracia van de la mano". Con esta evolución, el rostro de la tortura ha cambiado: "Se hacen grandes esfuerzos para no dejar rastro" (Amnistía Internacional).

La implicación de los psicólogos en el desarrollo de técnicas de tortura apenas visibles concierne, pues, no solo a este grupo profesional, sino a todos los ciudadanos de Estados democráticos de derecho. Porque, más allá de los casos concretos, se trata de cómo manejamos las violaciones de las normas jurídicas fundamentales en nuestra sociedad y hasta qué punto somos corresponsables de ellas. Puesto que no queremos renunciar a las normas y valores que

constituyen el núcleo de nuestra autopercepción social y, al mismo tiempo, no podemos negar por completo sus violaciones —en especial cuando la prensa diaria las ha documentado sobradamente —, tendemos a hacer frente a la tensión que surge como resultado de este doble rasero. Así que lo siguiente también tendrá que ver con la naturaleza y los mecanismos del doble rasero en la evaluación de nuestros valores y normas. Antes de hablar de los antecedentes y los detalles, quiero extenderme un poco más en el tema de la tortura.

■

Con el término “tortura blanca” se resumen los méto

La capacidad humana para la tortura

La naturaleza ha dotado al hombre de un "órgano de posibilidad", un cerebro cuyo potencial va mucho más allá de lo que era necesario o útil en el momento de su aparición. El homo sapiens entra así en la historia evolutiva equipado con un instrumento cuyas posibilidades explota, al principio con mucha lentitud, y luego a mayor velocidad por un efecto de palanca cultural. Tardó casi cien mil años, por citar un ejemplo trascendental, en hacer un uso sistemático de las matemáticas y las ciencias naturales. Otros aspectos se desarrollaron más rápidamente. Desde muy pronto —hace unos 14.000 años, en la llamada revolución neolítica—, el homo sapiens comenzó a ver la naturaleza no solo como algo dado —donde tenía que encajar como cazador-recolector—, sino también como un adversario que podía ser sometido o moldeado según sus intenciones. De igual forma, pronto reconoció que también era capaz de considerar como herramientas a los miembros de su propia especie y de someterlos a su voluntad, lo que constituye una capacidad única en la naturaleza y, al mismo tiempo, la base del desarrollo de la guerra, la esclavitud y la tortura. La tortura, puede considerarse, pues, una característica humana, al igual que la risa, el arte o el lenguaje.

A medida que siguió explorando las posibilidades de su cerebro, se desarrollaba su cultura, pero cada vez resultó más evidente —de forma muy lenta y como consecuencia de experiencias infinitamente dolorosas— que los mecanismos internos de su especie —al contrario de lo que sucede con los animales— no sirven para limitar su potencial destructivo. Con esfuerzo, y tras grandes catástrofes civilizatorias como la Guerra de los Treinta Años, el Holocausto o las dos guerras mundiales, y atemorizado repetidamente por lo que es capaz de hacer, trató, por lo tanto, de someterse a un proceso de domesticación y de control racional mediante una juridificación de sus relaciones. En este proceso llegó a la idea normativa de una igualdad fundamental de todos los seres humanos —es decir, la idea de los derechos humanos universales—

y al ideal normativo de que los seres humanos son un fin en sí mismo y, por lo tanto, no deben ser utilizados como medios para los fines de otros.

- La Revolución Neolítica se refiere a la primera apari

El ser humano solo pudo alcanzar tal comprensión de sí mismo, es decir, la universalidad de esta afirmación, a través de la razón. Al mismo tiempo, los sentimientos son esenciales para esta comprensión, para ponerse en la piel del otro, es decir, para empatizar.

Sin embargo, y a pesar de esta capacidad de empatía, hemos recorrido un camino largo y doloroso antes de estar preparados para comprometernos con los principios éticos universales. Eso tiene que ver con la forma en que definimos nuestra identidad. En la vida cotidiana, no es la categoría biológica de "ser humano" la que configura nuestra personalidad. Más bien, son las diferencias con respecto a los demás las que definen y delimitan lo que cada uno de nosotros está dispuesto a aceptar como "sus iguales". No tenemos dificultades para identificarnos y empatizar con aquellos a los que consideramos "nuestros iguales" y, por lo tanto, les reconocemos principios elementales de dignidad humana. Pero ¿por qué alguien que no se ve a sí mismo como musulmán, ni como judío, ni como negro, ni como mujer, ni como gay, debe permitir que "esos otros" se salgan con la suya? Para él, la idea de la dignidad humana universal debe parecer una imposición. Y, de hecho, lo es y lo fue, como demuestra la historia en numerosas ocasiones.

El ser humano se caracteriza por su singular flexibilidad para excluir a otros de la categoría de "mis iguales" en función de cualquier característica: el color de la piel, la religión, el origen, el género, la orientación sexual, etc., y para negarles la dignidad que reclama para quienes percibe como "sus iguales"[4].

Esto lo hace insensible al sufrimiento de los "no semejantes", una indiferencia que encuentra su expresión en la respuesta del torturador al torturado que suplica "Un peu d'humanité!": "Pas d'humanité pour les arabes!"[5].

La prohibición absoluta de la tortura en el derecho

internacional

Como hemos visto, con el trasfondo antropológico de las peculiaridades evolutivas del cerebro humano y la exploración del "espacio de posibilidad" asociado a él en el desarrollo de la cultura, tal vez resulte algo más comprensible que el ser humano haya logrado de forma tan laboriosa, y a través de sus experiencias históricas, el reconocimiento de una dignidad humana universalmente válida. Fueron sobre todo las experiencias de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto las que llevaron a reforzar las barreras protectoras del derecho contra las posibilidades de exclusión, y se concedió especial importancia a la prohibición de la tortura. La Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 establece, en su artículo 5: "Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes". Asimismo, el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos de 1953, el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de 1976 y la Convención de la ONU contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes de 1984 prohíben los actos o la amenaza de tortura. Las personas tampoco deben ser trasladadas a zonas donde puedan correr el riesgo de ser torturadas.

La "tortura" se define como "todo acto por el cual se inflige intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales"[6]. Tal definición es, sin duda, difusa, incompleta y, por lo tanto, muy inadecuada en términos de práctica jurídica —una situación usual en el desarrollo del derecho, ya que lo mismo puede decirse de la esclavitud, el genocidio u otros crímenes contra la humanidad—. Sin embargo, al centrarse en una forma extrema de trato cruel y degradante, esta definición representa un primer intento de formular un límite consensuado ante el cual la comunidad mundial, tras la experiencia histórica, no debería retroceder. Por ello, no son tanto las consideraciones de filosofía jurídica como la experiencia histórica las que hablan a favor de no permitir excepciones en la prohibición de la tortura. Tal prohibición absoluta está formulada de modo inequívoco en la Convención de la ONU de 1984: "En ningún caso podrán invocarse circunstancias excepcionales tales como estado de guerra o amenaza

de guerra, inestabilidad política interna o cualquier otra emergencia pública como justificación de la tortura". La prohibición absoluta de la tortura es un elemento central e indispensable de la protección general de los derechos humanos, así como del derecho internacional humanitario y de todos los ordenamientos jurídicos internacionales y nacionales.

La tortura constituye, pues, un ataque que no merece una protección relativa sino absoluta. La prohibición de la tortura no permite ninguna excepción —ni siquiera en el caso de una emergencia pública que amenace la existencia de la nación— y excluye su conciliación con otros intereses legales, como las necesidades de seguridad de los Estados. Por lo tanto, establece un claro límite al poder del Estado para proporcionar ayuda de emergencia y seguridad ilimitada. Debido a la tentación totalitaria inherente a la pretensión de poder de todo Estado, esta prohibición debe aparecer, inevitablemente, para el Estado individual como una imposición al proporcionar una norma para la acción estatal que está en sí misma fuera del alcance del Estado.

Por lo tanto, no es de extrañar que, en los últimos tiempos, un número creciente de juristas haya tratado de evitar esta limitación de los poderes estatales difamando ese rango absoluto de la prohibición de la tortura como un hecho injustificado y como una especie de aberración jurídico-filosófica. El profesor de derecho de Harvard, Alan Dershowitz, critica la "voluntad petulante y autocomplaciente de condenar públicamente la tortura"[7]. Según este autor, ya que la tortura está ahora muy extendida y resulta inevitable en situaciones de extrema amenaza para la seguridad, su práctica debe ser regulada desde el punto de vista legal. La prohibición de un equilibrio de intereses es poco realista y ajena al mundo, y el Estado debe tener la posibilidad, en materia de seguridad, de permitir que los derechos humanos pasen a un segundo plano si con ello se pueden salvar vidas humanas.

Admitir tales opiniones no es difícil siempre que se construyan las situaciones hipotéticas adecuadas —los llamados "escenarios de bomba de relojería"— con las que se pueden poner en entredicho las cuestiones morales y las jurídicas[8].

Dichos escenarios, con su apelación al sentido común moral,

pretenden justificar la tortura con el fin de evitar un peligro imaginario. Al mismo tiempo, pretenden acostumbrar a la población a la normalidad de los incumplimientos estatales de las normas a través del miedo mediático que generan.

Dershowitz y otros proponen la introducción de una tortura controlada judicialmente que solo pueda aplicarse bajo los criterios más estrictos[9], por los que, por supuesto, siempre se entienden los que convienen a los propios intereses[10]. Aunque la idea de la regulación jurídica de la tortura preventiva, que pretende elaborar normas jurídicas a partir de casos extremos ficticios, es una construcción abstrusa, ha encontrado numerosos partidarios en la jurisprudencia alemana.

Tortura preventiva y dignidad humana

Winfried Brugger, jurista de Heidelberg, lamenta la "fuerte resistencia" a la idea de un derecho estatal para la tortura, "presumiblemente arraigada en la experiencia del Tercer Reich", "que sigue proyectando una larga y oscura sombra sobre cuestiones como la tortura y predetermina el resultado sin diferenciación".

Esto se parece a lo que Heribert Prantl escribió en el Süddeutsche Zeitung del 10 de marzo de 2003: "como si los nazis hubieran desacreditado un método interrogatorio que, por lo demás, es perfectamente razonable. Según esto, uno de los hechos vergonzosos de los nazis es que, gracias a ellos, no se puede tener un debate imparcial sobre la tortura en Alemania". El jurista Volker Erb, de Maguncia, considera, incluso, que la prohibición absoluta de la tortura es el "espíritu del totalitarismo" y una autonegación de la política de seguridad del Estado.

Los puntos de partida para una justificación de estas posiciones se abren en la medida en que se esté dispuesto a decir adiós "por fin" a la idea "anticuada" y jurídicamente "problemática" de un concepto de dignidad humana, que se sitúa por delante y por encima de los derechos específicos y se considera un principio fundador al que

todo derecho debe subordinarse. Si se está dispuesto a adoptar este nuevo enfoque, muchos juristas difícilmente tendrán dificultades para crear matices mediante los cuales se pueda proporcionar un marco conceptual abierto a la ponderación de las violaciones de la dignidad humana frente a los intereses de seguridad del Estado. Un nuevo enfoque flexible para proteger la actuación de los órganos del Estado lo tenemos, por ejemplo, en la necesidad de distinguir los "ámbitos centrales" de los "ámbitos periféricos" en la comprensión de la dignidad humana. Si se restringe suficientemente ese "ámbito central", y se limita solo a violaciones dirigidas al "núcleo de la dignidad", que solo existen en condiciones extremas —persecución en regímenes totalitarios, genocidio o expulsiones masivas—, entonces, en nuestra sociedad democrática, solo pueden existir violaciones correspondientes al ámbito marginal y que, por lo tanto, sí admiten consideración. Si ahora se postula que el carácter absoluto de la prohibición de la tortura solo puede referirse a violaciones del "núcleo de la dignidad", entonces, y a partir de esta redimensión del sistema de referencia para la dignidad humana, el carácter absoluto de la prohibición de la tortura no podría reclamar ninguna validez para la realidad constitucional alemana. Así, la tortura en los Estados democráticos constitucionales se convierte no solo en un instrumento permitido de los órganos del Estado "tras sopesar todas las circunstancias", sino que en determinadas circunstancias resulta incluso necesaria, como "tortura preventiva".

Esta "corrección" de la "aberración" jurídico-filosófica provocada por la prohibición absoluta de la tortura parece determinar cada vez más el discurso constitucional en Alemania. Se supone que la referencia a situaciones extremas ficticias ayuda a que sean consensuadas. Con estas pruebas de fuego morales, los intelectuales "responsables" pueden separarse con facilidad de los "ideólogos de los derechos humanos". Aquellos que, con el telón de fondo de la abrumadora experiencia histórica, no quieren renunciar ni subordinar la dignidad humana a otros bienes, e insisten en el carácter absoluto de la prohibición de la tortura, pueden ser considerados fácilmente como moralistas fundamentalistas que tratan de evitar la "consideración responsable" mediante la insistencia "irresponsable" en una ética rígida.

Este debate, destinado a abolir el carácter absoluto de la

prohibición de la tortura, se ha plasmado en una extensa bibliografía. Difícilmente se puede hablar de una "fuerte resistencia" a la idea de un derecho estatal a la tortura; más bien, en la actualidad estamos en camino —en consonancia con la exigencia del entonces ministro del Interior Schäuble de eliminar "tabúes y restricciones mentales" en cuestiones de seguridad interior— de encontrar por fin una "relación más relajada" con el uso de la tortura[11].

Eufemismos para referirse a la tortura

A estos intentos de declarar injustificado el carácter absoluto de la prohibición de la tortura, se suman los intentos de socavarla por definición. Los defensores de un interrogatorio que permite métodos similares a la tortura y que están supeditados al rango absoluto de su prohibición, procuran deslizarse a través de las grietas semánticas entre la tortura real y el trato cruel y degradante, para que sus acciones se clasifiquen como no tortura, especialmente en los estados constitucionales democráticos. Por ejemplo, el Departamento de Justicia de EE UU sostuvo que, para ser considerados tortura, los actos tenían que ser de naturaleza extrema, de dolor físico sumamente intenso como el ocasionado por la lesión más grave comparable, por ejemplo, a un fallo orgánico. Causar dolor de forma menos extrema no podía considerarse, técnicamente hablando, tortura en absoluto, sino simplemente un comportamiento inhumano y degradante, y por lo tanto escapaba a las sanciones legales contra la tortura. Sin embargo, el Protocolo Facultativo de la Convención contra la Tortura adoptado por la ONU en 2002 deja claro que no existe tal distinción categórica[12]. Sin embargo, esta distinción y la definición de la tortura como una forma extrema de trato cruel e inhumano se utilizan a menudo para socavar semánticamente el carácter absoluto de su prohibición. Como ha declarado Amnistía Internacional, "dado que la palabra 'tortura' transmite una idea repugnante y antitética a la idea de humanidad, hay una fuerte tendencia a que los torturadores lo llamen por otro nombre". Lo mismo puede aplicarse a los términos

“terrorismo”[13], “crímenes de guerra” o “crímenes contra la humanidad”. Son expresiones que, de modo tácito, se utilizan de forma asimétrica: se emplean para describir los delitos de otros, mientras que para los propios actos se utilizan términos más inofensivos[14].

Lo mismo ocurre con la tortura: siempre son los otros los que torturan. Se recurre a “medidas especiales” y, además, se legitima por motivos que hallan justificación en sí mismos, como la “autodefensa”[15], la “difusión de los valores democráticos” o los “intereses de seguridad del Estado”. Por lo tanto, la justificación de la tortura sigue siempre el mismo patrón: los elevados valores de las personas civilizadas y decentes se ven amenazados por personas que utilizan medios bárbaros para lograr sus objetivos malvados; solo utilizando medios similares se pueden frustrar dichos planes y proteger los valores propios[16].

Francia, Gran Bretaña, Israel y Estados Unidos son cuatro ejemplos de democracias occidentales que utilizan eufemismos para encubrir el uso de la tortura ante la opinión pública.

Francia utilizó varios eufemismos para justificar sus torturas masivas durante la guerra de Argelia; habló de “métodos especiales de interrogatorio” que eran necesarios para obtener “información vital” en la lucha contra el “terrorismo” del FLN. Solo en la ferme Améziane, uno de los mayores centros de tortura, se estima que el número de víctimas de superó los cien mil[17].

En el conflicto de Irlanda del Norte, Gran Bretaña llamó a sus métodos “interrogatorio profundo”. Durante estos, también conocidos como las “cinco técnicas”, se colocaban capuchas opacas sobre las cabezas de los hombres y se les sometía en sus celdas a ruidos similares a los de un martillo neumático, permaneciendo contra la pared hasta 16 horas seguidas con las piernas abiertas y las manos sobre la cabeza (las llamadas posiciones de estrés)[18]. Además, durante 70 horas no se les permitía dormir[19].

En 1978, en el caso de Irlanda contra Gran Bretaña, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos llegó a la conclusión de que las técnicas de interrogatorio utilizadas no constituían tortura individualmente, pero podían ser interpretadas como tortura si se

combinaban entre sí. Las “cinco técnicas” ya indican un nuevo enfoque de la tortura de las instituciones estatales: el carácter absoluto de la prohibición de la tortura puede debilitarse si se ensamblan técnicas de interrogatorio a partir de componentes modulares[20].

Estos deben ser tales que, tomados de manera individual, no puedan calificarse de tortura, pero que, utilizados en una combinación adecuada, sean capaces de doblegar la voluntad del preso. Esta concepción modular hace posible que los Estados constitucionales democráticos no tengan que renunciar por completo a las ventajas de la tortura como instrumento de poder, ya que esta sigue siendo, en gran medida, invisible para la opinión pública. Además, a la hora de determinar los módulos adecuados y sus combinaciones óptimas, la psicología tiene aportaciones “interesantes” que ofrecer.

Israel se refiere a sus métodos de interrogatorio como “presión física moderada” y “presión psicológica no violenta”[21]. Según las estimaciones del Comité Público contra la Tortura en Israel (PCATI, por sus siglas en inglés), más de 23.000 palestinos fueron torturados solo entre 1987 y 1994, incluidos cientos de niños. Los métodos de tortura que aún se practican hoy en día incluyen los simulacros de tortura o el abuso real de los familiares en la celda vecina del preso[22].

Aunque el Tribunal Supremo de Israel consideró en 1999 que estos y otros métodos eran tortura y prohibió su uso rutinario, al mismo tiempo se declaró permisible su uso en “circunstancias excepcionales”, en particular por “necesidades de seguridad”[23].

Al legalizar la tortura en “circunstancias excepcionales”, la más alta instancia jurisdiccional de Israel contradice la Convención de la ONU contra la Tortura, ratificada por Israel en 1991 y, por lo tanto, contradice el carácter absoluto de su prohibición. La campaña de Alan Dershowitz contra este carácter absoluto de la prohibición está estrechamente relacionada con esta interpretación del derecho; como señaló el Frankfurter Allgemeine Zeitung el 18 de junio de 2004, su único objetivo es adaptar el derecho internacional a la práctica israelí y, por lo tanto, hacerlo aceptable con carácter retroactivo.

El hecho de que se produzcan violaciones de los derechos humanos de tal gravedad y magnitud, apoyadas institucionalmente por alguna democracia occidental sin que se produzca una oleada de indignación por parte de la opinión pública[24], es notable, sobre todo en comparación con la reacción pública que se produjo en Guantánamo[25].

Un análisis de las razones sería muy revelador e, inevitablemente, nos enfrentaría de nuevo a nuestros mecanismos de doble rasero.

Desde 2002, EE UU viene hablando de técnicas de interrogatorio mejoradas o creativas. El infame memorando Bybee-Gonzales[26] de 2002 marca un punto en estos esfuerzos por encubrir el uso de la tortura con eufemismos[27].

Tal como informó el Süddeutsche Zeitung (14 de julio de 2005), las técnicas de interrogatorio en Guantánamo fueron "creativas", con referencia a un informe interno del Pentágono, y también "agresivas". Pero, según dicho informe, ninguna de las prácticas tenía que ver con la tortura, y todo lo referente a tortura y malos tratos carece de fundamento. Entre los métodos creativos, se desnudaba a los prisioneros musulmanes en presencia de mujeres soldados, se les hacía llevar ropa interior femenina y realizar trucos como si fueran perros. Los frotaban con tinta roja, alegando que era sangre menstrual.

Al igual que las "cinco técnicas" británicas, los métodos de interrogatorio los constituyen componentes, cada uno de los cuales puede ser clasificado como trato cruel e inhumano, pero que están diseñados para que la opinión pública no los perciba en sentido estricto como tortura. El Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung del 19 de agosto de 2007 publicaba la descripción de dichos componentes, que figuran en los informes de investigación de la siguiente manera: "Comienza con un ataque general masivo a los sentidos: música atronadora, ladridos de perros, luces estroboscópicas. A esto se suman las torturantes posturas rígidas —en las instrucciones de Guantánamo hasta cuatro horas—. Luego, el preso es humillado psicológicamente: se le interroga desnudo, tiene que posar en ropa interior femenina, es insultado por vigilantes femeninas o forzado a masturbarse. Otra técnica muy popular consiste en que los creyentes estrictos vean profanadas sus sagradas

escrituras". Estos métodos son, como escribe el FAS, "parte de un elaborado programa de tortura mental que los psicólogos al servicio del ejército estadounidense y de la CIA llevan desarrollando desde 2002 para ablandar a los sospechosos de terrorismo". Según el Plan de Gestión del Comportamiento de Guantánamo, estos métodos se utilizaron de manera principal para "reforzar y utilizar la desorientación y la desorganización del nuevo detenido"[28].

Contribuciones de la psicología al desarrollo de las técnicas de "tortura blanca"

Las principales características de este manual de organización fueron desarrolladas por psicólogos. Esto nos lleva a la gran aportación que ha hecho la psicología para que la tortura sea lo más invisible posible para la opinión pública en las sociedades democráticas. ¿Qué hallazgos puede ofrecer la psicología que permitan desarrollar métodos de interrogatorio que, por separado, no puedan calificarse como tortura, pero cuya combinación apropiada[29] tiene efectos tan graves como los de la tortura física?

Una de las técnicas más importantes de la psicología es la privación sensorial. En la década de 1950, uno de los psicólogos más importantes de la época, Donald O. Hebb, se dedicó de forma significativa a su estudio[30].

Hebb informó de que "la identidad de los sujetos comenzó a disolverse" después de llevar auriculares insonorizados, una venda en los ojos y ropa que bloqueaba el sentido del tacto durante solo dos o tres días. De este modo, Hebb consiguió que los sujetos entraran en un estado similar a la psicosis en 48 horas, que inicialmente se asociaba a alucinaciones y luego conducía a un colapso mental y, a menudo, físico[31].

El trabajo de Hebb es solo un ejemplo, aunque especialmente importante, de la multitud de trabajos que indagan en métodos para quebrar la resistencia psicológica y la voluntad de una persona[32].

A principios de la década de 1950, en plena Guerra Fría, los servicios secretos y el Pentágono asignaron muchos millones de dólares a fondos de investigación para explorar tanto las posibilidades de manipulación masiva como la manipulación de la conciencia de los individuos. La psicología tuvo una participación central en este programa llamado MK Ultra[33]. Ya en 1977, cuando el contenido de este programa salió a la luz a través de las investigaciones del Senado, el Journal of the American Psychological Association publicó, a su vez, un artículo en el que desvelaba la participación en el MK Ultra de renombrados psicólogos. Más tarde, se obtuvieron aún más datos que ponían en evidencia la amplia participación de la psicología académica en este proyecto. Entre los psicólogos implicados de modo directo o indirecto se encontraban: Adalbert Ames, John Carrol, Hans J. Eysenck, Donald Hebb, Kurt Lewin, Margaret Mead, Martin Orne, Charles Osgood, Carl Rogers, Daniel Schachter y Muzafer Sherif.

Estos ejemplos ilustran la aplicación de la investigación psicológica en el contexto de las técnicas de tortura al servicio de la "seguridad nacional".

En el marco del MK Ultra, los investigadores mostraban interés por las drogas y otros medios bastante inusuales a través de los cuales se creía que se podía manipular la conciencia. Los resultados de la investigación psicológica demostraron que esto podría lograrse con medios mucho más sencillos. Albert Biderman, en su documento de 1959 sobre el desarrollo de "técnicas de interrogatorio mejoradas", que resumía la investigación psicológica de esa década, afirmaba que la tortura psicológica era "la forma ideal de doblegar a un prisionero" porque "el aislamiento tiene el mismo efecto sobre su función cerebral que golpearlo, matarlo de hambre o privarlo de sueño".[34] Para quebrar la voluntad de una persona, basta con privarla de todo contacto social, desorientarla, alterar sus ritmos biológicos y someterla a un estrés masivo. Si se combinan de forma adecuada los procedimientos más elementales para ello, como la desorientación, la privación del sueño, la privación sensorial o las técnicas de humillación, se puede provocar la rápida regresión del preso a un estadio infantil y lograr la desintegración de su integridad psicológica.

En el KUBARK, el manual de interrogatorios de la CIA de 1963, se consideraba fundamental el trabajo de Biderman. La palabra KUBARK es un criptónimo de la CIA para referirse a su cuartel general en el que se recopilaba el resultado de muchos años de investigación psicológica intensiva para la práctica de los interrogatorios[35].

El manual KUBARK[36] se situaba a la vanguardia de la investigación psicológica[37], y describía con meticulosidad cómo quebrantar la voluntad del individuo de la mejor manera posible y cómo se pueden utilizar sus vulnerabilidades emocionales y afectivas para lograr este objetivo, prestando mucha atención a la estructura de su personalidad y a su historia de apego en la primera infancia[38]. Hasta el día de hoy, el KUBARK marca la pauta de los interrogatorios en el sentido concreto de la palabra[39]. El manual afirma al principio que "las cuestiones relativas a la técnica de los interrogatorios no pueden seguir tratándose seriamente sin tener en cuenta la investigación psicológica que se ha llevado a cabo en la última década". Y anima a los que están aprendiendo estas "técnicas innovadoras de interrogatorio" a ponerlas en práctica: "Doblegar la voluntad de una persona mediante la manipulación psicológica y sin el uso de métodos externos parece más difícil de lo que en realidad es".

Según el KUBARK, estas técnicas, cuyos efectos y combinación óptima se describen en detalle en los interrogatorios, incluyen la manipulación constante del tiempo haciendo girar las manecillas del reloj hacia delante y hacia atrás[40], lo que "probablemente llevaría al sujeto a encerrarse más y más en sí mismo hasta no poder controlar sus reacciones como un adulto", así como la privación del sueño, el tapado de la cabeza, la música alta y la humillación sexual y cultural[41]. Una vez que los interrogados han perdido la orientación, pueden pasar a la segunda etapa, el dolor autoinfligido, por ejemplo, obligándoles a permanecer de pie durante horas en posiciones corporales antinaturales. En esta fase, es importante hacer sentir al interrogado que es responsable de su propio dolor y que depende de él liberarse del mismo.

Para llevar a cabo los interrogatorios, es especialmente importante hacer que el conjunto de experiencias de la persona interrogada sea

por completo imprevisible y caótico[42]. El objetivo de un interrogatorio es desencadenar un proceso en el que la persona interrogada retroceda a niveles de desarrollo anteriores. La privación sensorial es especialmente adecuada para conseguirlo: "La privación de estímulos sensoriales conduce a la regresión, ya que se aísla a la persona interrogada del mundo exterior y se la abandona a su suerte. Al mismo tiempo, el suministro selectivo de estímulos sensoriales durante el interrogatorio hace que la persona en estado de regresión perciba al interrogador como una figura paterna. El resultado de ello es que la tendencia del interrogado a ser complaciente se refuerza"[43]. En hábil combinación con las demás técnicas, la privación sensorial conduce con rapidez a la disolución de la identidad de la persona y a la ruptura de su voluntad: "Los mecanismos de defensa maduros del interrogado se desintegran al tiempo que este vuelve a caer en un estadio de desarrollo infantil".

Basándose en el manual KUBARK, los esfuerzos de investigación psicológica para desarrollar técnicas de interrogatorio "óptimas" se intensificaron de nuevo después de 2001. Una técnica de interrogatorio se considera óptima si las consecuencias de esta no alarman indebidamente a la opinión pública. Además, debe combinar las técnicas individuales de forma tan hábil que incluso las personalidades más fuertes puedan ser reducidas "a un cuerpo y ofrecer a la muerte una presa lastimera" (Jean Améry); los resultados de la investigación psicológica y la alta competencia experimental-metodológica de la psicología abrieron aquí un amplio fundamento para la práctica.

De este modo, se lograron considerables "perfeccionamientos" de la combinación óptima de las diferentes técnicas y, en particular, las humillaciones culturales y sexuales abarcaron un amplio espectro de nuevos desarrollos "creativos". En la jerga técnica de los protocolos de Guantánamo, estos "métodos creativos" aparecen bajo términos como "pride and ego down", "fear up harsh", "futility" o "invasion of space by a female", eufemismos para prácticas perversas de humillación y tortura sistemáticas que difícilmente pueden traducirse de manera adecuada.

Lo que se esconde detrás de esto puede verse en los protocolos de interrogatorio meticulosamente guardados del prisionero

Mohammed al-Qahtani[44]. El módulo “pride and ego down” contiene “técnicas de interrogatorio innovadoras” como “orinarse encima, el desnudo forzoso, la humillación sexual o religiosa, llevar al preso desnudo y atado con una correa u obligarle a ladrar como un perro”, entre otras[45]. El prisionero fue privado de todos los intervalos de sueño, excepto de los más pequeños, durante 50 días, un tratamiento que requirió un apoyo médico considerable[46].

Un informe de investigación interna señaló que este tratamiento había sido excesivo porque la destrucción de la personalidad era tan grande que el preso se había vuelto “inservible” para seguir siendo interrogado o para ser procesado[47].

La tortura y la Asociación Americana de Psicología

Fueron psicólogos los que diseñaron las técnicas de interrogatorio utilizadas en Guantánamo, en concreto una consultora psicológica, Mitchell, Jessen & Associates, en la que también participaba un antiguo presidente de la Asociación Americana de Psicología (APA)[48]. Esta empresa se especializó en la formación de interrogadores y se cree que diseñó los programas de los centros clandestinos a los que se trasladan los detenidos para facilitar las prácticas especiales de interrogatorio. Es decir, que la tortura se externaliza a Estados en los que es poco probable que se produzca una reacción pública[49]. James E. Mitchell y John Bruce Jessen habían participado en un simposio organizado por el Pentágono y la CIA en mayo de 2002, en el que se trataron “técnicas innovadoras de interrogatorio” con motivo de la detención de un dirigente de Al Qaeda, Abu Zubaydah. El centro de este simposio fue una conferencia de tres horas del renombrado psicólogo Martin Seligman, en la que habló de las “posibilidades de producción” y los efectos de la “indefensión aprendida”[50]. Sobre esta base, Mitchell y Jessen desarrollaron un concepto de interrogatorio para Abu Zubaydah, que incluía una jaula para perros en la que estuvo encerrado durante varios días, prácticamente sin poder moverse. Mitchell proclamó la creación de un estado de indefensión

aprendida como instrumento central de las “técnicas innovadoras de interrogatorio”[51].

Pero no solo el desarrollo de estas técnicas especiales de interrogatorio se llevó a cabo bajo la dirección de psicólogos; también supervisaron los propios interrogatorios. Por ejemplo, los interrogatorios de Mohammed al-Qahtani —la mayoría de las veces durante 20 horas al día— fueron inspeccionados por John Leso, miembro de la APA, como puede verse en las actas[52].

Después de que se conociera cada vez más hasta qué punto el sistema de “técnicas innovadoras de interrogatorio” utilizado en todo el mundo dependía de la participación de los psicólogos, la presión pública forzó a la APA a adoptar una postura, planteando si dicha colaboración era compatible con los principios éticos profesionales de un psicólogo. Como era de esperar, la APA declaró que se oponía con firmeza a cualquier tipo de tortura. Sin embargo, subrayó que no solo existe la obligación ética de prevenir el daño al individuo, sino también la obligación de prevenir el daño a la nación. En caso de conflicto, aseguró, había que sopesar ambas cosas. La argumentación sonaba familiar, porque los médicos también habían afirmado en su momento un conflicto entre la obligación de servir a la salud del individuo y la de servir a la salud del “cuerpo de la nación”[53]. Y en lo que respecta al bienestar de la nación, la psicología tenía mucho que ofrecer en cuanto a información relevante para la seguridad[54].

Algunos psicólogos no quisieron compartir esta visión por ética profesional. Fueron difamados como “comentaristas oportunistas disfrazados de eruditos”[55] por el entonces presidente de la APA, pero consiguieron resonancia pública sobre sus preocupaciones. Por ello, la Junta Directiva de la APA decidió crear un grupo de trabajo para desarrollar normas éticas de participación en estos interrogatorios.

La composición de esta task force pudo mantenerse en secreto durante un largo periodo de tiempo hasta que uno de sus miembros, la psicóloga social Jean Maria Arrigo, que consideraba que la práctica apoyada por la APA era una violación flagrante de las normas de derechos humanos, violó el deber de confidencialidad impuesto por la asociación e informó a las organizaciones de

derechos humanos sobre cómo el Pentágono y la presidencia de la APA habían determinado la actividad del grupo de trabajo[56].

Cinco de los nueve miembros con derecho a voto de este grupo de trabajo eran psicólogos militares y probados expertos en "técnicas innovadoras de interrogatorio"; algunos de ellos participaron en la planificación y supervisión de interrogatorios en puestos de responsabilidad en Irak, Afganistán y Guantánamo[57]. Por ejemplo, el jefe del Equipo de Consulta de Ciencias del Comportamiento (BSCT, por sus siglas en inglés) en Guantánamo también era miembro de este grupo de trabajo. El presidente de la APA, Gerald Koocher, justificó la selección de los miembros diciendo que estos hombres aportaban una experiencia única al grupo de trabajo ("tenían conocimientos especiales que aportar").

▪

El grupo de trabajo de la APA[58] incluía, entre otros:
Al capitán Bryce Lefever, psicólogo en el programa S

En julio de 2007, en la reunión anual de la APA, se aprobó por abrumadora mayoría una resolución que se oponía a los métodos de tortura durante los interrogatorios y a cualquier tipo de participación de los psicólogos. Sin embargo, en su definición de la tortura, esta resolución siguió con exactitud el lenguaje establecido por la Administración Bush y la definió de manera tan limitada que las mencionadas "técnicas innovadoras de interrogatorio", tal y como se practicaban en Guantánamo, no entraban dentro de esta categoría (aunque en aquella época ya había muchas pruebas de las graves y sistemáticas torturas que se practicaban allí[60]). Una vez más, fue la presión de la opinión pública —o más bien de la contraopinión pública— la que llevó a la APA a realizar nuevas aclaraciones[61].

De los 150.000 miembros de la APA, muy pocos tomaron una posición activa en contra de la postura de la asociación y ayudaron a exponer el alcance real de la participación de los psicólogos en las violaciones de los derechos humanos. A principios de 2008, la APA se vio obligada a aclarar sus directrices éticas sobre la participación de los psicólogos en los interrogatorios mejorados, pero no consideraba todavía que dicha participación en los interrogatorios en los centros clandestinos fuera una violación de las normas éticas profesionales. Después de que se conocieran más y más detalles y de que aumentara la presión pública, la APA —a tiempo para el esperado cambio de poder político en EE UU— dio un giro de 180 grados en su carta del 2 de octubre de 2008. Anunció como un "cambio significativo" en su posición que a partir de ese momento los psicólogos ya no podrían participar en violaciones de los derechos humanos de los presos[62]. Durante más de medio siglo, la psicología, como resume el historiador Alfred McCoy, ha servido al Pentágono y a la CIA como una especie de arma secreta contra todo lo que se consideraba un enemigo ideológico[63].

Tortura psicológica y la cuestión de la responsabilidad de los científicos

Los debates sobre la postura de la APA plantean una serie de cuestiones generales que van más allá del caso concreto. Concluiré abordando dos de estas cuestiones. La primera se refiere a nuestra evidente dificultad para definir la tortura psicológica como un delito, para percibirla y para escandalizarnos por su uso del mismo modo que hacemos con la tortura física. Las consecuencias de la tortura psicológica[64] son al menos tan profundas y duraderas como las de la tortura física[65]. Aunque la tortura física conlleva siempre tortura psicológica, no se dirige directamente a la destrucción de la integridad psicológica y, por lo tanto, deja al menos una pequeña posibilidad de que un ego intacto, incluso en el dolor, se distancie del torturador, manteniendo un área sobre la que este no tiene el poder absoluto, que es el punto crucial. Mientras las instancias psíquicas responsables de la integridad personal permanezcan, en cierta medida, intactas, existe la posibilidad de que la víctima de la tortura supere, al menos parcialmente, el trauma sufrido. En el caso de la tortura psicológica, que apunta de un modo directo al núcleo de la identidad del individuo, la persona queda destruida, no solo parte de su cuerpo.

Tanto la tortura física como la psicológica no pueden acotarse solo a la intensidad del dolor físico o psicológico que un sujeto inflige a otro. Más bien, la clave para comprender el alcance de la tortura reside en la naturaleza de la situación interpersonal que crea[66]. En esta circunstancia, la persona torturada se percibe a sí misma como un objeto despojado de derechos, lo que representa la forma más eminente de totalitarismo. La pérdida total del control y la entrega sin límites de una persona a otra que, desde el punto de vista del torturado, ejerce una total soberanía[67], semejante a la de un dios, es la característica definitoria de la tortura[68]. La tortura es un medio del Estado que instrumentaliza totalmente a una persona violando y destruyendo la dignidad y la autonomía de la víctima hasta tal punto que la mera posibilidad legal de tal situación socavaría los fundamentos del Estado de derecho[69]. Por lo tanto, el estatus absoluto de la prohibición de la tortura no puede ser cuestionado por ningún Estado constitucional democrático.

Con la experiencia histórica reciente como trasfondo, la comunidad

internacional ha trazado una barrera jurídica absoluta a toda presunción de sacrificio de la dignidad del individuo sobre las promesas totalitarias de salvación o seguridad al otorgar a la prohibición de la tortura un rango absoluto.

Una segunda cuestión de interés más general se refiere a la responsabilidad moral y política de los científicos e intelectuales. Si las razones históricas y morales para una prohibición absoluta de la tortura son tan claras y convincentes, y si está igual de claro que la tortura y el Estado de derecho se excluyen mutuamente, debe haber fuertes factores de motivación a nivel individual que puedan explicar los intentos de justificar la tortura escritos anteriormente. Estos factores de motivación se encuentran en la imagen que tienen de sí mismos los intelectuales y en su relación con el Estado. Porque han sido y son precisamente estos grupos los que, a lo largo de la historia[70], ya sea en dictaduras o en democracias, han hecho un esfuerzo considerable por dar legitimidad al ejercicio del poder y por adaptar el marco moral para justificar las acciones de los respectivos gobernantes. En especial en los Estados democráticos, en los que los procesos políticos están sometidos a un cierto grado de control por parte de los ciudadanos, y las formas de ejercicio del poder estatal no legitimadas democráticamente deben hacerse lo más invisibles posible mediante marcos interpretativos ideológicos adecuados. Para ello, quienes ejercen el poder dependen de un coro de voluntariosos intelectuales y expertos que aportan las argumentaciones y las diferenciaciones necesarias para los intereses del Estado[71]. Si hacemos un recorrido histórico, el memorando Bybee-Gonzales y la línea argumental de la APA ni siquiera destacan en esta vergonzosa tradición de elasticidad moral hacia los poderosos.

Los hechos descritos pueden considerarse crímenes de guerra según las normas y principios jurídicos internacionales[72]. Por lo tanto, se plantea la cuestión de hasta qué punto dichas normas y principios, desarrollados en el contexto de otras situaciones históricas y políticas, pueden aplicarse también a todos aquellos implicados en el apoyo institucional, la concepción, la preparación y la ejecución de “técnicas innovadoras de interrogatorio”[73]. Sin embargo, si no reconocemos la validez de estos principios y tratamos de justificar nuestras delitos o violaciones de las normas con una pretendida

superioridad moral de los objetivos que perseguimos y por las necesidades de seguridad del Estado, entonces con esa doble moral perdemos cualquier pretensión ética de poder evaluar las acciones de los demás según estos principios del derecho. Más allá de la responsabilidad de los científicos, esta cuestión nos afecta a todos, porque en los Estados constitucionales democráticos no se puede eludir la cuestión de hasta qué punto cada individuo es responsable de las violaciones de los derechos humanos que se producen en nuestra sociedad.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos no solo formuló valores morales, sino también derechos jurídicos: consagró los derechos humanos como norma jurídica fundamental. Sin embargo, todavía estamos lejos de tomarnos en serio estas normas legales, porque permitimos repetidamente que la ley del más fuerte las anule a voluntad. El hecho de que estas normas se violen gravemente y a diario en todo el mundo no puede ni debe utilizarse como argumento para cuestionar su validez y justificación. Como todas las normas jurídicas, deben ser defendidas, consolidadas y desarrolladas en la confrontación diaria. Y esto solo puede hacerse, como muestra el caso de la APA, a partir de un compromiso continuo de cada individuo. Solo si no miramos hacia otro lado y estamos dispuestos a defender estas normas frente a los intereses de los poderosos tenemos una oportunidad de convertir en realidad jurídica la norma fundamental del derecho internacional declarada hace 70 años. Si no queremos repetir una y otra vez los episodios más destructivos de nuestra historia, no tenemos otra alternativa que señalar las violaciones de las normas fundamentales como tales y llamar la atención sobre la discrepancia entre la pretensión y la realidad en cada caso concreto. Por lo tanto, la decisión es nuestra.

1. Véanse Pappe (2007) y Chomsky (2002).

2. Los patrones de pensamiento de este colonialismo pueden distinguirse en la actividad política de las democracias occidentales hasta nuestros días. Es cierto que, en el pensamiento neocolonialista, los instrumentos de ejercicio del poder son más

abstractos y, por lo tanto, más difíciles de reconocer, ya que consideran los medios militares solo como ultima ratio tras el agotamiento de los medios económicos. Dado que el pensamiento colonialista utiliza la idea de los derechos humanos como medio para la política global y la violencia organizada de Occidente, su propagación ha establecido de manera inevitable un doble rasero sobre cuándo pueden invocarse y cuándo deben ignorarse, poco más que una "carta a Papá Noel", tal como resumió Jeane Kirkpatrick, embajadora estadounidense de la ONU, la posición de su país con respecto a la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1981.

3. Amnistía Internacional (1973: p. 27 y 7). La razón por la que el uso de la tortura "está hoy más extendido y es más intenso que hace quince años", la sitúa Amnistía Internacional (1973: p. 29) en que las democracias occidentales han transmitido sistemática y ampliamente las técnicas de tortura "modernas" a los gobiernos amigos del tercer mundo (véase también Chomsky y Herman, 1979).

4. Probablemente la manifestación más trascendental de este empoderamiento sea el colonialismo europeo y la "misión civilisatrice" que lo acompaña (Maran, 1996), con su premisa de la superioridad o la inferioridad de ciertas categorías de personas y de culturas. Por lo tanto, como señala Maran, la tortura está estrechamente vinculada a la "misión civilizatoria".

5. Maran (1996: p. 44).

6. Véase Nowak y McArthur (2008).

7. McCoy (2005: p. 173).

8. En Brecher (2007) y Ginbar (2008) se pueden encontrar amplios análisis críticos de los argumentos de “la bomba de relojería”.

9. Israel tiene una ley de tortura de este tipo, “la única ley de tortura propuesta por una nación democrática” (Gross, 2004), que solo se utiliza por “necesidades de seguridad”. En su análisis crítico de esta ley, Anat Biletzki (2001: p. 11) identifica como premisa tácita la de “considerar al pueblo de toda una nación, bajo nuestra ocupación durante más de treinta años, como bombas de relojería andantes”. En consecuencia, la restricción de facto de una “necesidad de seguridad” no constituye una limitación al uso de la tortura: “En casi todos los casos en los que se pidió al tribunal que interviniera y pusiera fin a los tratos inhumanos, y en los que el Estado, es decir, las fuerzas de seguridad, exigieron que continuaran, el tribunal evitó adoptar una postura firme en favor de los derechos humanos, alegando que no eran justiciables o permitiendo que las atrocidades continuaran según fuera necesario” (ibid.: .p. 8 y ss.). El Comité Público contra la Tortura en Israel (PCATI) señaló en su informe de abril de 2003 la amplia práctica de la tortura en Israel. “El fiscal general concede —al por mayor, y sin excepción— la aprobación de la ‘defensa por necesidad’ para cada caso de tortura”. Véase también PCATI (2007).

10. Amnistía Internacional (1973: p. 22) volvió a dejar claro que los intentos de justificar la tortura, aparentemente destinados a situaciones reguladas, no son más que propaganda: “La historia demuestra que la tortura nunca se limita a ‘una sola vez’; ‘una sola vez’ tiende a convertirse en un hábito y finalmente en una institución. Permitir su uso una vez, en una circunstancia extrema, como, por ejemplo, en quienes han puesto una bomba, abre la posibilidad de utilizarla en personas que podrían poner bombas, o en personas que podrían pensar en poner bombas, o en personas que podrían pensar en defender a personas que podrían pensar en poner bombas [...]”.

11. La práctica política del gobierno de Merkel y de su predecesor también revela el habitual doble rasero que se esconde detrás de la retórica de los derechos humanos, como puede verse, entre otras cosas, en la estrecha colaboración del Servicio Federal de Inteligencia y de la Bundeswehr con los regímenes de tortura. Esto es especialmente llamativo en el caso de Uzbekistán, un país en el que, según Human Rights Watch (6 de noviembre de 2007), "la tortura está profundamente arraigada en el sistema de justicia penal", pero con cuyo régimen autocrático Alemania mantiene relaciones amistosas. Incluso, y según el exembajador británico Craig Murray, ha utilizado información procedente de confesiones obtenidas mediante tortura (Süddeutsche Zeitung, 21 de abril de 2006). Como señaló Craig Murray en The Guardian (3 de agosto de 2005): "De todos los ministros occidentales, el invitado más frecuente en Uzbekistán, el que más acríticamente alaba al régimen, es Joschka Fischer, el moderno ministro de Asuntos Exteriores alemán". La Oficina Federal de Investigación Criminal (BKA, por sus siglas en alemán) también trabaja muy "pragmáticamente" con los regímenes de tortura: "En forma de ayudas bilaterales para equipamiento y formación, un total de 57 Estados fueron apoyados por la BKA y el Ministerio del Interior entre 2000 y 2006. Según las conclusiones de las organizaciones de derechos humanos, 35 Estados están acusados de tortura sistemática y 7 de malos tratos regulares. En consecuencia, muchos Estados recibieron ayuda policial durante años a pesar de las torturas y los malos tratos, sin cesar o cambiar su comportamiento" (Schenk, 2008: p. 228).

12. Véase Nowak y McArthur (2006 y 2008).

13. Según los documentos del Gobierno estadounidense, el "terrorismo" es "el uso calculado de la violencia o la amenaza de violencia para alcanzar objetivos de naturaleza política, religiosa o ideológica [...] mediante la intimidación, la coacción o la infusión de miedo". Esta definición puede ser un punto de partida para evaluar determinados actos y actividades. Si se reconoce la validez

de tal definición, entonces una gran parte de las acciones militares de EE UU o Israel también pueden clasificarse como “terrorismo” (véanse Stohl, 1988; Herman y O’Sullivan, 1991, y Chomsky, 2000). Como señala también Atran (2003): “De hecho, no parece haber ninguna distinción entre el ‘terror’, tal como lo define el Congreso de Estados Unidos, y la ‘contrainsurgencia’, tal como admiten los manuales de las fuerzas armadas estadounidenses”. Sin embargo, que los creadores de opinión y los medios de comunicación califiquen solamente de terrorismo aquellas acciones correspondientes a los enemigos de la nación debe considerarse un gran éxito de la propaganda política.

14. Para ejemplos concretos de la historia de la posguerra, véase Chomsky y Herman (1979).

15. Véase Byers (2005: p. 65 y ss.).

16. “No se equivoquen: todo régimen que tortura lo hace en nombre de la salvación, de algún objetivo superior, de alguna promesa de paraíso. Llámenlo comunismo, llámenlo libre mercado, llámenlo mundo libre, llámenlo interés nacional, llámenlo fascismo, llámenlo líder, llámenlo civilización, llámenlo servicio de Dios, llámenlo necesidad de información; llámenlo como quieran, el coste del paraíso, la promesa de algún tipo de paraíso [...] siempre será un infierno para al menos una persona en algún lugar, en algún momento” (Ariel Dorfman, 2004). Dado que toda ideología tiende a proporcionar justificaciones para violar los derechos individuales en su nombre, los acuerdos sobre derechos humanos internacionales son medios civilizatorios para garantizar su protección independientemente de cualquier ideología.

17. Véanse, por ejemplo, Maran (1996), Branche (2004), Rejali (2007) y Lazreg (2008).

18. Véanse McGuffin (1974) y Rejali (2007: p. 373). “El encapuchamiento y el ruido continuo fueron diseñados no para aislar a los hombres entre sí, sino como un método deliberado para producir desorientación mental y confusión” (Asociación Médica Británica, 1986: p. 16).

19. Según Shallice (1972), los psicólogos también contribuyeron al desarrollo de estas técnicas.

20. Sobre esta “agrupación sistemática de técnicas de tortura limpia”, véase también Rejali (2007: p. 568).

21. Como afirma Biletzky (2001: p. 8): “la ‘presión física moderada’ se ha convertido en el eufemismo israelí para referirse a la tortura”. La organización de derechos civiles B’Tselem (2000) afirma que el servicio secreto israelí (General Security Service, GSS) “utilizó métodos comparables a los utilizados por los británicos en 1971, es decir, privación del sueño, imposición de sufrimiento físico y aislamiento sensorial. Pero el GSS los utilizó durante periodos mucho más largos, por lo que el dolor y el sufrimiento resultantes fueron sustancialmente mayores. Además, el GSS utilizó la violencia directa [...] Así, [...] en la práctica, los métodos del GSS fueron sustancialmente más severos que los utilizados por los británicos en 1971 [...]”. Según estima B’Tselem, el 85% de los prisioneros palestinos siguen siendo torturados.

Véanse también Phillips (1995: p. 67), Cook (2003), B’Tselem (2007) y Svensson-McCarthy (United Against Torture, UAT, 2007). El grado de “moderación” de los métodos utilizados también puede verse en el número de muertes asociadas a ellos (Addameer, 2003: p. 43).

22. Comité Público Contra la Tortura en Israel (PCATI) (2008).

23. “A partir de 1987, la tortura en Israel fue efectivamente legalizada. [...] Los palestinos, libaneses y otros ciudadanos no israelíes fueron considerados víctimas ‘aceptables’ de la tortura, y los métodos también fueron considerados ‘aceptables’” (Amnistía Internacional, 2004; véase también 2008). Esta comprensión de la justicia se inscribe en una concepción específica de la dignidad humana: “El concepto sionista de la dignidad humana no es universal. Es idéntico al concepto de honor judío. La violación de la dignidad humana de los no judíos, como los palestinos, no está contemplada en este concepto y, por lo tanto, permanece invisible dentro de la reflexión sionista” (Tiedemann, 2007: p. 101; véase también Kamir, 2002: p. 253).

24. “Israel sigue siendo, con diferencia, el mayor destinatario de la ayuda estadounidense, y en 2007 recibió 2.280 millones de dólares en ayuda militar y 280 millones en ayuda financiera. En esa fecha estaba previsto su incremento a 3.000 millones de dólares para cada uno de los diez años siguientes. A pesar de su influencia, Estados Unidos no ha condicionado la financiación a que Israel mejore su historial de derechos humanos” (Human Rights Watch, 2008: p. 491).

25. Esto también revelaría la premisa racista asociada a la larga tradición del colonialismo y a su “misión civilizadora” (Maran, 1996). En los análisis del ejercicio global del poder occidental, esta premisa rara vez se expresa con tanta claridad como en Schoultz (1998), que la caracteriza, en el caso de América Latina, como “una creencia generalizada de que los latinoamericanos constituyen una rama inferior de la especie humana”. En el caso de los árabes, es una premisa esencial que subyace a la llamada lucha contra el terrorismo (véase Kateb, 2006: p. 65). Sin esta premisa racista, no serían concebibles ni Guantánamo, ni Bagram, ni Abu Ghraib, donde el “Pas d’humanité pour les arabes!” encontró su

simbolización más icónica. Esta premisa se refleja de modo explícito en el protocolo de interrogatorio (de 11 de diciembre de 2002) del miembro de Al Qaeda Mohammed al-Qahtani, encarcelado en Guantánamo: “Se le recordó que era menos que humano”. “Para que se produzca la tortura, la víctima debe aparecer ante el torturador como ‘infrahumano’” (Maran, 1996: p. 313).

26. Véanse Greenberg y Dratel (2005), Paust (2007), Mayer (2008: p. 151 y ss.) y Sands (2008: p. 73 y ss.).

27. Véase también Diane Beaver, “Memo 18: Legal review of aggressive interrogation techniques” (11 de octubre de 2002), Karen Greenberg y Joshua Dratel (eds.) (2005), The Torture Papers: The Road to Abu Ghraib, pp. 226-235), que enumera las técnicas de interrogatorio que se consideran legalmente permitidas, entre las que se incluyen “el uso de escenarios diseñados para convencer al detenido de que experiencias sumamente dolorosas o incluso la muerte son inminentes para él y/o su familia” o “el uso de una toalla húmeda y el goteo de agua para producir la percepción errónea de asfixia” (es decir, el llamado waterboarding).

28. Véase en https://bit.ly/3ytGYJj.

29. “Lo que importaba era que las cosas se hicieran en combinación”. Mayer (2008: p. 275) cita a un “antiguo funcionario estadounidense, con acceso a los detalles del programa de interrogatorios”, que al mismo tiempo subrayaba que “pocas personas de fuera comprendían realmente el poder abrumador del programa”.

30. Véanse McCoy (2005: p. 41 y ss.), McCoy (2007) y Koch (2008: p. 140 y ss.).

31. La intención real de los experimentos de Hebb, que en el inicio se llevaron a cabo de forma confidencial con fondos del Ministerio de Defensa canadiense, quedó oculta bajo el pretexto de que su objetivo era investigar los efectos de actividades ocupacionales muy monótonas en el rendimiento de las personas (véase Heron, 1957).

32. Véase, por ejemplo, Benjamin (2007a, b).

33. McCoy (2005: p. 36 y ss.) y Greenfield (1977).

34. Biderman (1959, 1960). Los trabajos de Biderman sobre esta materia también se utilizaron para la formación de los interrogadores ("an in-depth class on Biderman's Principles") en Guantánamo (The New York Times, 2 de julio de 2008). Una presentación tabular del "concepto Biderman" puede encontrarse en Koch (2008: p. 194 y ss.).

35. El libro de Biderman tiene, según el KUBARK, "la ventaja añadida de incorporar los hallazgos y puntos de vista de una serie de estudiosos y especialistas en temas estrechamente relacionados con los interrogatorios. Como indica la frecuencia de las citas, este libro fue una de las obras más útiles consultadas; pocos interrogadores del KUBARK dejarían de beneficiarse de su lectura" (CIA, 1963: XI, 3).

36. CIA (1963); véanse también McCoy (2005: p. 49 y ss.) y Koch (2008: p. 156 y ss.).

37. Hay muchos indicios de que este manual fue escrito por psicólogos (véase Gray y Zielinski, 2006).

38. El Human Resource Exploitation Training Manual (CIA, 1983; véase también McCoy, 2005: p. 66 y ss.), que se utilizó principalmente para formar a los "interrogadores" sudamericanos, también se basa en el KUBARK: "El propósito de todas las técnicas coercitivas es inducir una regresión psicológica en el sujeto haciendo que una fuerza superior o externa influya en su voluntad de resistencia. La regresión es básicamente una pérdida de autonomía, una vuelta a un nivel de comportamiento anterior. A medida que el sujeto retrocede, sus rasgos de personalidad aprendidos desaparecen en orden cronológico inverso. Comienza a perder la capacidad de llevar a cabo las actividades creativas más elevadas, de enfrentarse a situaciones complejas o de hacer frente a relaciones interpersonales estresantes o frustraciones repetidas" (CIA, 1983).

39. En un informe reciente, funcionarios del Departamento de Defensa recomiendan basarse en el KUBARK para el desarrollo de nuevas técnicas de interrogatorio: "Un examen minucioso del manual KUBARK arroja una gran cantidad de conceptos potencialmente valiosos que, o bien tienen el potencial de aplicarse de forma inmediata en el desarrollo de una nueva generación de tácticas, técnicas y procedimientos para producir información, o bien justifican un estudio más profundo por parte de los profesionales pertinentes" (Kleinman, 2006: p. 137).

40. "La capacidad de resistencia disminuye por la desorientación. Se puede dejar al sujeto solo durante días; y se le puede devolver a su celda dejándole dormir durante cinco minutos y llevarlo a un interrogatorio que se realiza como si hubieran pasado ocho horas. El principio es que las sesiones deben estar planificadas de tal manera que alteren el sentido del orden cronológico" (CIA, 1963: VII, C, 5).

41. “Un sujeto aislado del mundo busca recrearlo de alguna manera en el nuevo y extraño entorno. Puede que intente seguir la pista del tiempo, vivir en el pasado familiar, aferrarse a viejos conceptos de lealtad, establecer —con uno o varios interrogadores— relaciones interpersonales que se asemejen a las que ha tenido antes con otras personas, y tender otros puentes hacia lo conocido. Frustrar sus intentos de hacerlo es probable que lo lleve a encerrarse más y más en sí mismo, hasta que ya no sea capaz de controlar sus reacciones de forma adulta” (CIA, 1963: VIII, C).

42. El KUBARK denomina la técnica de evocación de una experiencia similar a la psicosis como “Alicia en el país de las maravillas”. Esta alusión, presumiblemente considerada sutil por los autores, demuestra una vez más la actitud profundamente sádica y perversa de este manual: “El objetivo de la técnica de ‘Alicia en el país de las maravillas’ es confundir las expectativas y las reacciones condicionadas del interrogado. Está acostumbrado a un mundo que tiene sentido, al menos para él: un mundo de continuidad y lógica, un mundo predecible. Se aferra a este mundo para reforzar su identidad y su capacidad de resistencia. La técnica de la confusión está diseñada no solo para borrar lo familiar, sino para sustituirlo por lo extraño [...]. A medida que el proceso continúa, día tras día según sea necesario, el sujeto comienza a tratar de dar sentido a la situación, que se vuelve mentalmente intolerable [...] es probable que haga confesiones significativas o, incluso, que confiese sin parar” (CIA, 1963: VIII, C, 9).

43. “La privación de estímulos induce la regresión al privar a la mente del contacto con un mundo exterior y forzarla así a encerrarse en sí misma. Al mismo tiempo, la provisión calculada de estímulos durante el interrogatorio tiende a hacer que el sujeto en regresión vea al interrogador como una figura paterna. El resultado, normalmente, es un refuerzo de las tendencias del sujeto hacia la conformidad” (CIA, 1963: IX, E, 4).

44. Véase en https://bit.ly/3T8hmcX.

Sobre al-Qahtani, véase Mayer (2008: p. 190 y ss.). Susan Crawford, que fue nombrada "autoridad convocante de las comisiones militares" por el secretario de Defensa en 2007, explicó en una entrevista (The Washington Post, 14 de enero de 2009): "Torturamos a Qahtani. [...] Su trato cumplía la definición legal de tortura. [...] Cuando se piensa en la tortura, se piensa en algún acto físico horrible realizado a un individuo. No se trataba de un acto concreto, sino de una combinación de cosas que le afectaron médicamente [...]".

45. En estas técnicas también queda claro que, tras la retórica de justificación por parte del Estado para la obtención de información, el uso sistemático de la tortura tiene como objetivo disciplinar, humillar y degradar a determinados grupos —en su mayoría, étnicos— (véanse, por ejemplo, Rejali, 2007 y Lazreg, 2008) cuya identidad social o cultural se pretende destruir. Para legitimar los "métodos de interrogatorio reforzados" en los Estados de derecho democráticos se expone como único objetivo la obtención de información. Sin embargo, esto oculta el hecho de que la práctica de la tortura rara vez sirve para obtener información, sino que siempre ha sido un instrumento de control y disciplina del Estado contra aquellos que ponen en peligro el orden imperante.

46. En todos los sistemas políticos en los que existe cierto grado de control político por parte de los ciudadanos, el uso de la tortura depende de la participación de los grupos profesionales pertinentes. Véase Addameer (2003: p. 68): "Los profesionales médicos de las prisiones israelíes parecen estar presentes no para ayudar al preso, sino como parte del proceso de tortura".

47. Véanse Sands (2008: p. 161f) y Mayer (2008: p. 203); véase

también Bob Woodward, Detainee was tortured, US official says (NBC News, 14 de enero de 2009, https://nbcnews.to/3EpOEjM).

48. Véanse Eban (2007), Soldz (2008) y https://bit.ly/3VeyLTa.

49. Sin embargo, hay indicios de que la tortura en nombre de la CIA también puede haber tenido lugar en Alemania. Según los testigos, tres hombres de lengua árabe fueron retenidos durante meses como sospechosos de terrorismo en el cuartel estadounidense Coleman Barracks de Mannheim. “Los detenidos fueron torturados con descargas eléctricas en los genitales por especialistas que los soldados estadounidenses creían que eran miembros del servicio secreto de la CIA. Se les ataba a camas metálicas durante días, donde también tenían que defecar; los hombres y sus camastros eran regados con mangueras contra incendios cuando era necesario” (Der Spiegel, 24 de enero de 2009).

50. Mayer (2008: p. 164) y Valtin (2008); véase también Der Spiegel del 11 de septiembre de 2008.

51. La importancia de crear ese estado de indefensión y pérdida de control para los interrogatorios ya había sido destacada por Orne (1961: p. 206): “[...] las condiciones de los interrogatorios son a veces propicias a una regresión por parte del prisionero. El interrogador puede ejercer un control total sobre él: sus necesidades primitivas, como evacuar, comer y dormir, e incluso las posturas corporales. También está en posición de premiar o castigar cualquier actividad predeterminada por parte del cautivo. Esto tiende a crear una situación en la que el individuo se siente incapaz de tener ningún control sobre sí mismo. Esta pérdida extrema de control se maneja de diversas maneras, una de las cuales es la regresión a un estado infantil de dependencia e identificación con el agresor. [...] Cumplir ‘voluntariamente’ en tales casos es menos

amenazante, y puede ser considerado por ellos como menos vergonzoso, que perder el control por completo de sus acciones".

52. Véase también Olsen, Soldz y Davis (2008).

53. Lifton (1988), la Comisión Médica Francesa de Amnistía Internacional (1989) y Ebbinghaus y Dörner (2001). Uno de los principios del juicio a los médicos de Nuremberg es que ninguna forma de orientación ética colectiva puede suspender o contraponerse al compromiso ético individual de una profesión médica.

54. "Los psicólogos tienen importantes contribuciones que hacer para obtener información que pueda ser utilizada para prevenir la violencia y proteger la seguridad de nuestra nación" (Declaración de la APA, 2007).

55. Gerald Koocher, presidente de la APA, supervisor de psicología, febrero de 2006.

56. Arrigo (2007).

57. https://bit.ly/3selPzD. Véase también Soldz (2006).

58. Véase la "Carta abierta al presidente de la Asociación Americana de Psicología", 6 de junio de 2007.

59. Sobre el programa SERE y la “ingeniería inversa” llevada a cabo por Mitchell, Jessen & Associates, entre otros, como base para el desarrollo de “técnicas de interrogatorio innovadoras”, véanse Eban (2007), Benjamin (2007b), Soldz (2007) y Mayer (2008: p. 157 y ss.).

60. Esta evidencia fue corroborada por el informe publicado por la Cruz Roja (Danner, 2009). Tras visitar Guantánamo y conversar con 14 detenidos en diciembre de 2006, los representantes de la Cruz Roja redactaron un informe confidencial sobre la situación en la prisión.

En este informe se describen con detalle, capítulo por capítulo, los “métodos innovadores de interrogatorio” aplicados:

Confinamiento solitario continuo y detención incomunicada.

Otros métodos de maltrato.

Asfixia por agua.

Estar de pie durante un tiempo prolongado.

Golpes con un collar.

Golpes y patadas.

Confinamiento en una jaula.

Desnudez prolongada.

Privación del sueño y exposición a música estridente.

Exposición a bajas temperaturas o al agua fría.

Uso prolongado de esposas y grilletes

Amenazas.

Afeitado forzado.

Privación/restricción de alimentos sólidos.

El informe concluye que “los malos tratos a los que fueron sometidos mientras estaban retenidos en el programa de la CIA, ya sea por separado o en combinación, constituyeron tortura”. Por lo tanto, no cabe la discusión en la evaluación de estos métodos como tortura. Dado que los psicólogos de la APA participaron de manera directa en el desarrollo y la aplicación de estos “innovadores métodos de interrogatorio” en Guantánamo, la APA no podrá excusarse en que desconocía los detalles de estos procedimientos.

61. Véanse Olsen, Soldz y Davis (2008) y Arrigo y Long (2008).

62. Carta del presidente de la APA, Alan E. Kazdin, al presidente Bush: “[...] Me dirijo a usted para informarle a usted y a su Administración de un cambio significativo en la política de nuestra asociación que limita las funciones de los psicólogos en ciertos entornos de detención ilegal en los que se violan los derechos humanos de los detenidos [...]”.

63. “Durante más de medio siglo, desde la Guerra Fría hasta la guerra contra el terror, la psicología ha servido a la inteligencia estadounidense como arma secreta en las guerras contra sus enemigos ideológicos” (McCoy, 2007). Esta estrecha relación continúa en el presente. Por ejemplo, el reputado psicólogo Paul Ekman ha prestado sus servicios a la CIA, el FBI y el servicio secreto israelí y ha trabajado en la programación de las cámaras de vídeo que supuestamente reconocen a los terroristas en los aeropuertos por sus expresiones faciales (The New York Times, 8 de septiembre de 2002). En particular, las llamadas neurociencias cognitivas han atraído el interés de la CIA y el Ministerio de Defensa. El informe

Emerging cognitive neuroscience and related technologies (Neurociencia cognitiva emergente y tecnologías relacionadas) del Consejo Nacional de Investigación (2008) trata en detalle las "potenciales aplicaciones militares y de inteligencia de la neurociencia cognitiva" (p. 100 y ss.). La Oficina de Investigación del Ejército de Estados Unidos y la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa (DARPA, por sus siglas en inglés) están financiando proyectos de investigación a gran escala en el marco de la "guerra contra el terror" en los que participan destacados investigadores del campo de la neurociencia cognitiva. Entre otras cosas, estos proyectos pretenden explorar las formas en que las técnicas de IRMf (imagen por resonancia magnética funcional) pueden utilizarse para la "lectura de la mente" y la "huella cerebral". Los neurocientíficos cognitivos están al servicio de este propósito, entre otras cosas, con el argumento de que los métodos de tortura serían superfluos si se pudieran detectar los pensamientos de los terroristas mediante técnicas de IRMf (Marks, 2007).

64. Patsalides (1999) describe las consecuencias psicológicas típicas de estos traumas desde una perspectiva terapéutica: "A medida que se profundiza la brecha entre el 'yo' y el 'mí', aumentan la disociación y la alienación. El sujeto que, bajo tortura, fue obligado a una categoría de puro objeto ha perdido su sentido de interioridad, intimidad y privacidad. El tiempo que experimenta ahora se reduce al presente, y la perspectiva —la que permite un sentido de relatividad— queda excluida. Los pensamientos y los sueños atacan la mente e invaden el cuerpo como si se perdiera la piel protectora que normalmente contiene nuestros pensamientos, nos da espacio para respirar entre el pensamiento y el objeto del pensamiento, y separa entre el interior y el exterior, el pasado y el presente, el yo y el tú".

Desde el punto de vista de la víctima, Albie Sachs, un abogado sudafricano que pasó 168 días en régimen de aislamiento a principios de la década de 1960, describe las consecuencias psicológicas de la siguiente manera: "Hay síntomas extraños que, analizados en conjunto, presentan un cuadro de desintegración

mental incipiente. De vez en cuando, cuando me acuesto en la cama, siento como si mi alma se separara de mi cuerpo [...] Mis miembros, mi tronco y mi cabeza yacen en una masa vegetal inerte sobre el colchón, mientras que mi alma flota suavemente hacia el techo, donde se fusiona y se encarna en una forma que se aloja en la esquina y mira hacia abajo mi cuerpo. Normalmente la forma es la de un búho que me mira fijamente, con calma, paciencia y sin emoción. Es mi propio búho, mi propio yo. Soy yo mirándome a mí mismo. Es más, soy consciente de todo el proceso como si hubiera otro yo, que observa al yo que se mira a sí mismo. Soy un espejo doblado sobre sí mismo, una unidad y, sin embargo, una multiplicidad infinita de reflejos internos" (Sachs, 1966).

65. Véanse, por ejemplo, Bettelheim (1980), Somnier, Vesti, Kastrup y Genefke (1992), Doerr-Zegers, Hartmann, Lira y Weistein (1992), Başoğlu, Livanou y Crnobarić (2007) y Campbell (2007).

66. Véase Sussman (2005, 2006).

67. "Porque quien es capaz de reducir a un hombre a un simple cuerpo y a una lastimera presa de la muerte, ¿no se asemeja tal vez a un dios o al menos a un semidiós?" (Jean Améry, 1966: p. 67).

68. "La ratio legis, es decir, el núcleo de la prohibición de la tortura, no es el daño a la salud, ni las lesiones corporales, sino el ataque a la dignidad humana. La persona afectada tampoco debe ser convertida en objeto en el proceso. [...] La tortura es cuando le quito la autonomía a una persona por la fuerza, la convierto en un mero cuerpo" (Winfried Hassemer, profesor de derecho penal y exvicepresidente del Tribunal Constitucional Federal, 2003).

69. "Lo más pérfido de la introducción de la tortura en un derecho

penal civil no es que quiebre a sus víctimas, sino que el mismo conocimiento de la posibilidad de su uso amenaza con arruinar la confianza en la integridad del Estado de derecho" (Pavlik, 2003).

70. Véanse, por ejemplo, Benda (1927/1978) y Chomsky (1969).

71. Chomsky y Herman (1979: p. 93) señalaron en el contexto de su extenso análisis de las pruebas correspondientes: "No hay forma de apología de la violencia estatal que no se encuentre en las producciones actuales de la intelectualidad".

72. Véase Paust (2005; 2007). En cuanto a la responsabilidad de los abogados implicados, Paust (2005) afirma: "Desde la época nazi, no ha habido tantos abogados tan claramente implicados en crímenes internacionales relacionados con el trato y el interrogatorio de personas detenidas durante la guerra".

73. Las mismas preguntas se plantean más allá del ámbito puramente jurídico. Como se preguntan acertadamente Gray y Zielinski (2006: p. 132): ¿Qué normas de juicio queremos utilizar para aquellos académicos "que participan en la tortura, cuyos nombres, rango y especialidad se publican, o cuyos currículos laborales o membresías revelan su historial de tortura? ¿Serán aceptados en simposios internacionales, se publicarán sus trabajos, se les darán puestos universitarios, becas u otros empleos?". La respuesta, a la luz de toda la experiencia histórica, es tan clara como deprimente.

Un epílogo que también puede leerse como prefacio

La lectura de este libro probablemente dejará en los lectores sentimientos poco agradables. Puede provocar sensaciones deprimentes, agobio, impotencia, desesperanza, indignación, rabia o rebeldía, según la personalidad y las experiencias vitales de cada uno, pero también quizá una cierta satisfacción intelectual al comprobar que una serie de cuestiones antes fragmentadas se unen para dar sentido al conjunto. Como siempre nos sucede ante situaciones fuertes, debemos soportar, procesar y comprender estos sentimientos para que puedan integrarse en nuestra estructura psicológica y guiarnos de manera productiva a la acción. Es difícil emprender esta tarea de forma aislada. Somos seres sociales y nuestros sentimientos quieren ser sentimientos compartidos. Solo si compartimos nuestra experiencia, los sentimientos que amenazan con abrumarnos como individuos pueden sobrellevarse y ser fructíferos. En el ámbito sociopolítico, esta fecundidad de los sentimientos significa también nuevas posibilidades de ampliar el espacio propio de pensamiento y acción, y crear formas para afrontarlos con eficacia.

Los temas incómodos, como su propia expresión indica, provocan sentimientos incómodos, pero estos forman parte de la vida y son ineludibles, tanto en el ámbito privado como en el sociopolítico. Entonces, ¿cómo podemos abordarlos de forma que los sentimientos negativos no bloqueen desde el comienzo un enfoque racional conjunto? El problema, que se ha tratado desde la Antigüedad, es bien conocido por los políticos. Según las reglas de la retórica romana, una buena aportación a un debate político público debe presentar una perspectiva propia que, a partir de hechos y argumentos, consiga convencer al adversario a través de un proceso racional de conocimiento. Pero dicha aportación resulta más persuasiva si no se limita a un nivel puramente racional y provoca también sentimientos agradables. Por lo tanto, para generar cierta simpatía hacia el tema presentado, este también debe proporcionar

placer y disfrute. Esto es más cierto cuanto más desagradable es un tema.

Según esta recomendación clásica, no es posible calificar las aportaciones de este libro como éxitos retóricos precisamente porque carecen de ese alivio. Su lectura es a menudo tediosa —en especial agónica en el capítulo dedicado a la tortura— y provoca en los lectores sentimientos de todo tipo pero que, ciertamente, no incluyen el placer ni la comodidad. Entonces, ¿por qué hay que someterse a la lectura de un relato saturado de temas tan desagradables, cuando no amenazantes? Esta es una pregunta muy oportuna, y puede aplicarse a todos aquellos planteamientos que contienen manifestaciones del lado más oscuro del ser humano. Solo trabajando juntos pueden soportarse estos temas y tratarse de forma fructífera.

Esto nos lleva al tema central y transversal de este libro, la democracia, cuya idea surgió precisamente de los esfuerzos históricos por erigir barreras protectoras contra los lados más oscuros del ser humano en la organización de la sociedad. Este objetivo es hoy más relevante que nunca, ya que el neoliberalismo ha conseguido establecer que esos aspectos sombríos —es decir, la competencia despiadada y la búsqueda insolidaria del interés propio — constituyen la esencia misma del ser humano, construyendo todo un orden social sobre ellos.

Sin embargo, los problemas sociales que se abordan en este libro se remontan a una época mucho más lejana. La “misión civilizadora” de Occidente —desde las cruzadas hasta el colonialismo, pasando por los crímenes actuales cometidos bajo la bandera de la lucha por “la democracia y los derechos humanos”— ha creado una cultura cuya práctica política viola a diario los derechos humanos elementales y el derecho internacional, al tiempo que se celebra a sí misma como “comunidad occidental de valores”. La ideología de la “misión civilizadora” de la “comunidad occidental de valores”, que no perdona ningún rincón de la tierra en su despiadado afán de poder, puede describirse como la ideología más agresiva y asesina de la historia. ¿Cómo ha podido producirse esta ruptura en la conciencia colectiva y de qué manera se pueden volver a armonizar los hechos políticos con las normas y valores culturales adquiridos

en un largo y arduo proceso de civilización? Esta es la gran tarea social a la que nos enfrentamos. Es mucho lo que está en juego, porque una solución —frente a las amenazas actuales para la supervivencia de la civilización humana— es más urgente que nunca. Enfrentarnos a estos desafíos puede causarnos, dentro de nuestro rico espectro emocional, sentimientos difíciles de sobrellevar, como preocupación y temor, impotencia y resignación o indignación y rabia. Sin embargo, son inevitables, porque un intento de abordar estas cuestiones de forma puramente racional no haría justicia a la naturaleza de la mente humana, ya que los motores esenciales de nuestras acciones sociales residen en nuestras capacidades afectivas y morales.

Así que no se trata solamente de conocimientos y argumentos. "Sabemos lo suficiente. No nos faltan conocimientos. Lo que nos falta es el valor de comprender lo que sabemos y sacar conclusiones de ello". Esta afirmación, que pone en primer plano el valor y su carencia, ya sea por conveniencia, desánimo o cobardía, parece responder a la pregunta de por qué la actual situación social, que incomoda a amplios sectores de la población, no da lugar a cambios políticos apropiados. Sin embargo, si uno comienza a pensar en esta afirmación con más detenimiento, rápidamente se hace evidente que conduce a preguntas más profundas, en cuyo tratamiento asoma la promesa de comprender por qué existe una voluntad tan grande para tolerar condiciones sociales que no concuerdan con nuestras ideas y valores. Después de todo, ¿qué significa decir que sabemos lo suficiente? ¿Sabemos realmente lo suficiente? ¿Y quién es ese "nosotros", es decir, la persona que porta el conocimiento? ¿Y qué significa en realidad comprender lo que sabemos?

Nunca antes la cantidad de conocimientos disponibles había sido tan grande como ahora. Con la revolución digital, una parte enorme del conocimiento adquirido en la historia de la civilización, ahora al alcance de todos, pareciera mostrar que la monopolización del conocimiento por parte de los poderosos ha sido superada. Es casi imposible, al menos en principio, adquirir conocimientos sobre acontecimientos y procesos que, alejados de nuestra experiencia, son importantes para una evaluación de nuestra propia situación social. Por ejemplo, bastan unos pocos clics en Internet para obtener información sobre los sucesos descritos en este volumen. Al mismo

tiempo, gran parte de los hechos y procesos socialmente relevantes son prácticamente invisibles para nosotros, sobre todo cuando contradicen nuestros valores. Las naciones en las que vivimos pueden ser responsables a escala mundial de graves violaciones de las normas morales más elementales sin que lo notemos: miles de asesinatos y crímenes, genocidios, torturas, destrucción masiva de nuestros ecosistemas, devastación social y destrucción de los avances de la civilización. Y aunque tomemos nota o nos indignemos por ello, esto no cambia el hecho de que, a pesar de los crímenes cometidos por nuestra "comunidad occidental de valores", la mayoría de la población tolera las relaciones de poder responsables de tales desastres. El dramaturgo británico Harold Pinter describió esta situación de la siguiente manera: "Nunca sucedió. Nunca pasó nada. Incluso cuando se produjo, no sucedió. No importaba. A nadie le importaba". Esta gigantesca escala de engaño, negación y represión que caracteriza a nuestra "comunidad occidental de valores", debería dejar consternado y sin palabras a cualquier observador neutral externo. Estamos obligados a buscar una explicación.

▪

En su informe de 1992, Exterminad a todos los salva

Se pueden buscar muchas explicaciones. ¿No sabíamos todo esto? ¿No podemos saber o no queremos saber? Tal vez no queramos mirar tan de cerca porque, en última instancia, estamos convencidos de que todos estos acontecimientos no son más que desafortunados incidentes aislados en una comunidad de valores que, por lo demás, se caracteriza por su nobleza; solo en el curso posterior de la historia será posible una evaluación adecuada de estos terribles actos.

La explicación más favorable para nosotros sería que, en realidad, no podíamos saberlo.

Sin duda, existe una brecha gigantesca entre el conocimiento potencialmente disponible y el que en realidad está al alcance de la gran mayoría de la población como conocimiento efectivo. Teniendo en cuenta la limitadísima ventana de nuestras capacidades de atención y recepción, el conocimiento solo será entendible si no está fragmentado y puede situarse en un contexto más amplio. Comprender significa colocar lo que sabemos en un contexto global, establecer conexiones y ver las interrelaciones. El conocimiento sin comprensión queda fragmentado y sin consecuencias para la acción racional. La inmensa cantidad de conocimiento disponible en cualquier momento y lugar gracias a la revolución digital depende, por lo tanto, de mediadores que lo procesen para nuestras necesidades. Si estas instancias mediadoras están contaminadas ideológicamente —porque están al servicio de poderosos grupos de interés político y económico—, el conocimiento que transmiten tampoco sirve para obtener una imagen apropiada de la realidad social. En la actualidad esto es así en un grado alarmante. Así que no sabemos lo suficiente. Al menos, no lo suficiente para aquellos hechos y procesos sociales que son relevantes para nuestra participación política en la conformación de nuestra sociedad.

Esta incomprensión es un aspecto característico de las democracias capitalistas, y no se trata de una simple carencia que se pueda remediar. Probablemente, nunca antes se ha establecido un sistema social tan eficaz como la democracia capitalista en la generación de ilusiones que impregnan todos los ámbitos de la vida. Nos inundan

a diario con conocimientos fragmentados cuya función es, precisamente, crear en nosotros la ilusión y la autocomplacencia de estar informados, de tal manera que no seamos capaces de reconocer nuestro desconocimiento. En las democracias capitalistas, la ignorancia bajo la apariencia de una ilusión de información es la base para garantizar la estabilidad de las relaciones de poder. En palabras de Harold Pinter, "es esencial que la gente permanezca ignorante, que viva ignorando la verdad, incluso la verdad de sus propias vidas".

Pero si el conocimiento relevante no está disponible cognitivamente y es invisible, por así decirlo, la exigencia de entender lo que sabemos y de sacar conclusiones sociales adecuadas también se vacía de contenido. No importa el tipo de conocimiento irrelevante que se nos dé, porque las conclusiones que extraigamos de él tampoco podrán ser muy notables: los conocimientos irrelevantes conducen a conclusiones irrelevantes. El conocimiento que realmente nos falta es el de las causas y las razones de nuestra ignorancia. Así que no sabemos lo suficiente porque carecemos de conocimientos relevantes. Y nos falta entender por qué no lo sabemos. Si queremos adherirnos al objetivo de la Ilustración de formar seres humanos racionales y construir juntos una sociedad sobre esta base, tenemos que entender las razones de nuestra ignorancia y sacar las conclusiones adecuadas. Esto nos lleva de nuevo a la cuestión de qué constituye en realidad un conocimiento social relevante y quién es el portador de este conocimiento.

El conocimiento del que dependemos para la comprensión y la acción política se refiere a las experiencias y percepciones de las generaciones anteriores, es decir, se trata de un conocimiento colectivo. La portadora de este conocimiento —que se refiere a los objetivos deseables, a los obstáculos en el camino y a las estrategias para su consecución— es la comunidad en la que vivimos. Como individuos aislados, separados de estas experiencias y percepciones colectivas, no tenemos la posibilidad de obtener una comprensión política ni una acción social adecuada. Con la negación neoliberal de la idea de sociedad ("la sociedad no existe") también se niega la relevancia del conocimiento emancipador adquirido a través de los siglos con gran esfuerzo colectivo, negación que ha traído una creciente pérdida de memoria colectiva acerca de estas ricas

experiencias y conocimientos.

Esta amnesia social solo puede eliminarse si recuperamos la idea de una comunidad basada en la solidaridad. Sin embargo, esto a su vez solo puede tener éxito si aprovechamos la enorme riqueza de experiencias adquiridas históricamente. Se trata de un círculo vicioso que solo puede romperse pieza a pieza mediante esfuerzos conjuntos. Un punto de partida necesario es aclarar primero qué experiencias históricas no queremos repetir. De este modo, nuestras aspiraciones sociales —más allá de meras utopías— pueden buscarse, delimitarse y articularse con mayor claridad. Entre las experiencias históricas a evitar están, sin duda, las relaciones de poder —en la sociedad y entre las naciones— que se basan en el derecho del más fuerte o que pretenden legitimarse a partir de premisas racistas o excepcionalistas. Partiendo de lo que se quiere excluir como base de legitimación del poder social en el futuro, el camino conduce al principio básico universalista de todos los seres humanos como libres e iguales independientemente de sus diferencias.

Este principio igualitario fue reconocido en los inicios de la historia de la civilización como una forma radical de construir una barrera social normativa contra los excesos del poder. Su historia se remonta al antiguo Egipto; ocupó una posición central en el proyecto de la Ilustración, y desde entonces se considera el fundamento del progreso de la civilización y la sociedad. En particular, niega la legitimidad a todas las relaciones de poder basadas en un derecho del más fuerte o en motivos racistas o excepcionalistas. Este principio constituye también el punto de referencia moral de este volumen.

El principio básico igualitario no contiene, por supuesto, ninguna concepción específica de una organización social, sino que simplemente proporciona el punto de partida necesario, una especie de concepción mínima para la contención del poder. Este es un principio muy poderoso porque da lugar a múltiples y amplias implicaciones sobre cómo asegurar su validez normativa en sociedades complejas caracterizadas por una gran heterogeneidad y pluralidad de intereses. Su elaboración detallada deja un margen casi ilimitado a diferentes perspectivas. La forma concreta de una

sociedad y las estrategias para lograrla deben ser elaboradas y decididas desde abajo en un discurso social libre en cada situación histórica y en cada lugar geográfico. No puede haber soluciones prefabricadas ni fórmulas mágicas como las del neoliberalismo con su teología del mercado.

En consecuencia, este libro no contiene directrices que vayan más allá de algunas cuestiones evidentes sobre cómo debería ser la acción emancipadora en la situación actual. Su objetivo es recordarnos una vez más, a partir de nuestra propia percepción social y atendiendo a nuestros principios básicos igualitarios, qué actos políticos no deberíamos repetir, es decir, qué actos que son incompatibles con el concepto de sociedad humana y que, sin embargo, se producen cada día: la manipulación sistemática de las opiniones y las emociones de la población, la represión y otras formas de poder estatal ilegítimo, las guerras de agresión, los crímenes de guerra y las matanzas masivas, las sanciones económicas a civiles, la destrucción de la esencia democrática, el destrozo de nuestro sustento vital social y ecológico, la creación sistemática de desigualdad, los asesinatos con drones, la tortura y un largo etcétera. Solo cuando estemos suficientemente sensibilizados con las violaciones de los valores y las normas elementales y volvamos a tener una idea clara de qué experiencias históricas no queremos repetir, podremos reconocer el significado civilizatorio del principio básico igualitario y obtener de él objetivos sociales más concretos para nuestra acción política.

El objetivo de este libro es contribuir a ello. Está pensado como herramienta de estudio y trabajo. Esto significa que —a diferencia de muchos otros ensayos políticos— no es muy recomendable leerlo de un tirón. Su objetivo es más bien proporcionar un material que anime a los lectores a formarse su propia opinión sobre los problemas centrales de nuestra sociedad y, al mismo tiempo —y esta era también una preocupación central de la Ilustración—, perfeccionar la metodología de pensamiento con la que se abordan dichos problemas y otras cuestiones sociales. Un libro de este tipo solo puede contribuir a la emancipación si el lector lo completa con sus propios pensamientos, y su amplio margen también debería invitar a ello durante la lectura.

Un libro que se pone al servicio de los esfuerzos de la Ilustración emancipadora cuenta con las habituales objeciones de los beneficiados por el statu quo, que, por lo tanto, se defienden contra cualquier forma de crítica fundamental. Esto es una constante en la historia de la "comunidad occidental de valores" desde la época de las cruzadas, pasando por los tiempos del colonialismo y la esclavitud, hasta el capitalismo industrial y financiero. No es sorprendente, pues, que en todo momento quienes se benefician de posiciones privilegiadas hayan defendido el statu quo y hayan pasado también por alto las fechorías cometidas por quienes ejercen el poder. Desde tiempos inmemoriales, los defensores del statu quo han contrarrestado toda forma de crítica de las relaciones de poder y de la violencia con dos tipos de objeciones: la primera consiste en atribuir unilateralidad y desequilibrio a las críticas, y la segunda las acusa de plantear alternativas poco convincentes y realistas. Ambas, que aparecen bajo diferentes formas, son hipócritas y sirven para defender las relaciones de poder imperantes.

La primera objeción —la acusación de unilateralidad— no se refiere a si los hechos presentados son correctos, sino a que falta algo decisivo relevante para evaluarlos. Tal acusación es descabellada cuando se describen y evalúan los delitos más graves. ¿Se haría la misma acusación contra el informe de Bartolomé de Las Casas (1484-1566), que denunció con insoportable detalle los graves crímenes cometidos contra los pueblos originarios durante la conquista de América, y que es considerado hoy como uno de los fundadores del derecho internacional? ¿Se criticaría su informe Brevísima relación de la destrucción de las Indias como unilateral y desequilibrado? Según esta objeción, ¿qué le faltaría a este informe para ser más equilibrado y "justo"? ¿Debería haberse escuchado también a la "otra parte", es decir, a los responsables de la matanza de millones de personas? ¿Podrían aparecer los hechos bajo una luz más favorable? Las mismas cuestiones se plantean con respecto a las graves violaciones de las normas morales elementales. Violaciones que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, "la comunidad occidental de valores", bajo el liderazgo de Estados Unidos, ha cometido y sigue cometiendo. Pero ¿fueron los informes de las organizaciones de derechos humanos sobre la tortura sistemática en Abu Ghraib y Guantánamo "desequilibrados" y "unilaterales" porque no investigaron si la tortura podría haber carecido de

motivaciones nobles? Entonces, ¿qué habría que añadir a este libro para que el relato de tales actos fuera más "equilibrado"? La propia demanda es grotesca. Si una persona comete un asesinato, a nadie se le ocurre rechazar la acusación de asesinato por considerarla "unilateral", ya que ignora a cuántas personas dejó de asesinar esa persona o cuánto dinero donó a los pobres. Lo mismo ocurre con los Estados. Emprender guerras de agresión contra otros Estados y reducirlos a escombros, imponer sanciones económicas que matan a cientos de miles de niños, asesinar a innumerables civiles, matar a personas con drones o torturar a prisioneros a placer son actos absolutamente reprobables. No hay ningún tipo de justificación para ellos ni ninguna forma de relativización moral. Por lo tanto, no hay forma de hacer más justa su representación mediante una alusión a las "buenas" acciones. Todas ellas serían irrelevantes para evaluar las fechorías mencionadas. Objeciones como que hay que tener en cuenta el número de civiles que EE UU no asesinó en Guatemala, Vietnam, Haití o Irak al evaluar sus actos reprobables, o cuán notables y extensas son las buenas acciones mediante las cuales EE UU ha promovido la libertad, la democracia y los derechos humanos en el mundo o cuántos civiles de otras naciones ha matado Rusia.

Así, la acusación de unilateralidad suele servir para defender el statu quo. Además, es hipócrita porque solo arremete contra las críticas a las fechorías propias, porque, naturalmente, las del "enemigo" están sujetas a otras normas. En estos casos, se justifica la unilateralidad deliberada e incluso es necesaria, ya que atestigua precisamente la firmeza y la constancia en la defensa de los propios valores y normas morales.

La segunda objeción se refiere a la acusación de que una crítica es irrelevante porque no aporta alternativas convincentes y realistas sobre cómo se podría hacer mejor. Además, lo que se propone como alternativa está a medio hacer y resulta vaga. La crítica debe ir siempre acompañada de propuestas concretas sobre cómo evitar lo que se critica, es decir, debe contener propuestas de solución "factibles". Incluso tal afirmación es absurda, de manera especial en el caso de los actos moralmente reprobables, porque una crítica ya contiene la propuesta de solución más sencilla: abstenerse de tales actos. Sin embargo, dado que una solución de este tipo pondría en

tela de juicio las relaciones de poder imperantes, la exigencia asociada de abstenerse de cometer crímenes de guerra, asesinatos masivos de civiles o torturas, por ejemplo, también debe declararse poco razonable y realista.

Las soluciones sociales propuestas solo se consideran “razonables”, “aceptables” y “realistas” si no desafían las relaciones de poder imperantes. En consecuencia, por ejemplo, la propuesta de crear una democracia digna de su nombre sobre el principio fundamental igualitario tendría que considerarse poco razonable y poco realista. Esto ya es reconocible por el hecho de que dicha propuesta no se ha realizado todavía en ningún sitio. Solo las propuestas de órdenes sociales que han demostrado su adecuación a la realidad mediante su existencia pueden considerarse razonables y realistas. Esta es precisamente la figura estándar del pensamiento reaccionario. Este tipo de objeciones se plantearon en su momento contra todo lo que después se han considerado logros de la civilización: contra la abolición de la esclavitud, contra el fin del dominio colonial, contra la democracia, contra la Declaración Universal de los Derechos Humanos, contra la prohibición de la tortura, contra el derecho internacional y, por supuesto, contra el principio fundamental igualitario. La exigencia de combinar una crítica fundamental de las relaciones de poder con una propuesta alternativa “razonable”, “aceptable” y “realizable” es, sencillamente, una apología del statu quo. Al fin y al cabo, según esta actitud, las relaciones de poder del statu quo correspondiente ya han demostrado su idoneidad por el mero hecho de existir. Además, los defensores del statu quo no necesitan ningún argumento para justificarlo. Sin embargo, un orden social no se justifica o legitima solo por existir, y por eso las condiciones básicas para un orden social más humano no carecen de justificación solo por no existir todavía.

Esta objeción a las demandas emancipadoras es hipócrita y pretende ocultar lo que está en juego. No se puede poner en duda la validez de las exigencias normativas refiriéndose a sus violaciones regulares y generalizadas y, por lo tanto, descartarlas como irreales. Incluso la violación masiva de una norma no supone la pérdida de su validez. Esto también se aplica al principio básico igualitario que constituye la base de un orden social democrático digno de ese nombre.

Para reconocer el carácter hipócrita de estos dos tipos típicos de objeciones, primero hay que ocuparse de la discrepancia entre los hechos y las normas de nuestra comunidad de valores en su alcance y naturaleza, y estar dispuesto a soportar las tensiones psicológicas que implica. Así se nos abren dos caminos: podemos reducir esta discrepancia trabajando de forma coherente y decidida para hacer realidad socialmente los valores y normas declarados; o podemos declarar que el mundo es como es y reconocer así los principios de la realpolitik, es decir, la ley del más fuerte. Esta vía es la que favorecen aquellos que se benefician del respectivo orden de poder social. Si aceptamos la validez de los principios de la realpolitik desde el punto de vista normativo y no meramente descriptivo, es lógico considerar que postulados normativos como el principio igualitario de los derechos humanos y los formulados en el derecho internacional no son más que una "carta a Papá Noel". Así resumió la exembajadora de EE UU ante las Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick (1926-2006), la actitud de la realpolitik ante los principios normativos. Si optamos por la vía de la realpolitik también suscribiremos sin esfuerzo la antropología perversa del capitalismo y veremos que el ser humano es de naturaleza abominable, un lobo cuya esencia es maximizar sus propios beneficios de forma despiadada. Por esta vía, se pondría fin a todos los esfuerzos emancipadores, lo que incluye la lectura de la literatura correspondiente. La referencia al derecho del más fuerte ahorra todo el esfuerzo de una argumentación.

La decisión de sumarse al proyecto emancipador de la Ilustración y, por lotanto, al objetivo de crear una sociedad digna del ser humano, conduce a un camino que requiere un esfuerzo afectivo e intelectual para recorrerlo. Este solo puede seguirse en comunidad y con solidaridad. El inconmensurable tesoro de experiencias y conocimientos adquiridos en la larga tradición de los movimientos emancipadores, cuyos libros llenarían una biblioteca alejandrina, solo puede evaluarse a través de un esfuerzo conjunto y fructificar en nuestras acciones. A pesar de los múltiples reveses, los grandes avances, logrados en largas y arduas luchas sociales que cada día se libran y ganan en todo el mundo, deberían servir para que estos esfuerzos merecieran la pena. Esto, por sí solo, ya es motivo suficiente para tener la esperanza de que se puede conseguir más, siempre que esta esperanza se combine con una voluntad clara y

decidida de cambio.

Bibliografía

Bernays, Edward L. (1928/2011): Propaganda. Die kunst der public relations, Freiburg, Orange-Press. Edición en castellano (2008): Propaganda, Barcelona, Melusina.

Carey, Alex (1997): Taking the Risk Out of Democracy. Corporate propaganda versus freedom and liberty, Urbana (Illinois), University of Illinois Press.

Chomsky, Noam (2003): Hybris. Die endgültige sicherung der globalen vormachtstellung der USA, Hamburgo, Europa-Verlag. Edición en castellano (2005): Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de Estados Unidos, Barcelona, Ediciones B.

DeHaven-Smith, Lance (2013): Conspiracy theory in America, Austin, University of Texas Press.

George, Alexander (ed.) (1991): Western State terrorism, Cambridge, Polity Press.

Gilens, Martin y Page, Benjamin I. (2014): "Testing theories of american politics: Elites, interest groups, and average citizens", en Perspectives on Politics, 12 (3), pp. 564-581.

Greiner, Bernd (2009): Krieg ohne Fronten. Die USA in Vietnam, Hamburgo, Hamburger Edition.

Jones, Adam (ed.) (2004): Genocide, war crimes and the West. History and complicity, Londres, Zed Books.

Lasswell, Harold D. (1927): Propaganda technique in the World War, Londres, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.

Lazarsfeld, Paul F. y Merton, Robert K. (1948): "Mass communication, popular taste, and organized social action", en

Lyman Bryson (ed.), The communication of ideas. A series of addresses, New York, The Institute for Religious and Social Studies, pp. 95-118.

Maus, Ingeborg (2011): Über volkssouveränität. Elemente einer demokratietheorie, Berlín, Suhrkamp.

Ober, Josiah (2009): Mass and elite in democratic Athens. Rhetoric, ideology, and the power of the people, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Paech, Norman (2013): “Drohnen und völkerrecht”, en Peter Strutynski (ed.), Töten per fernbedienung: Kampfdrohnen im weltweiten schattenkrieg, Viena, Promedia Verlag.

Paust, Jordan J. (2015): “Operationalizing use of drones against non-State terrorists under the international law of self-defense”, en Albany Government Law Review, 8 (1), pp. 166-204.

Peck, James (2010): Ideal illusions how the US Government co-opted human rights, Nueva York, Metropolitan Books.

Risen, James (2014): Pay any price. Greed, power, and endless war, Boston, Houghton Mifflin Harcourt.

Scahill, Jeremy (2013): Schmutzige kriege. Amerikas geheime kommandoaktionen, Munich, Kunstmann.

Tarkiainen, Tuttu (1966): Die athenische demokratie, Zurich, Artemis.

Tirman, John (2011): The deaths of others. The fate of civilians in America’s wars, Oxford, Oxford University Press.

Turse, Nick (2013): Kill anything that moves. The real american war in Vietnam, Nueva York, Picador. Edición en castellano (2014): Dispara a todo lo que se mueva, Madrid, Sexto Piso.

Valentine, Douglas (1990): The Phoenix Program: America’s use of terror in Vietnam, Nueva York, William Morrow & Co.

Vorländer, Hans (2004): “Grundzüge der athenischen demokratie”,

“Prinzipien republikanischen denkens” y Wege zur modernen demokratie”, en Informationen zur politischen Bildung, 284.

Zumbrunnen, John G. (2008): Silence and democracy. Athenian politics in Thucydides’ history, University Park (Pensilvania), The Pennsylvania State University Press.

El miedo de las élites del poder al pueblo

Abts, Koen y Rummens, Stefan (2007): “Populism versus democracy”, en Political Studies, 55, pp. 405-424.

Adler, Hans (ed.) (2007): Nützt es dem volke, betrogen zu werden? Est-il utile au peuple d’être trompé?, Die preisfrage der Preußischen Akademie für 1780, Stuttgart, Frommann-Holzboog.

Agnoli, Johannes (1967/2004): Die transformation der demokratie und verwandte schriften, Hamburgo, Konkret Literatur Verlag.

Altvater, Elmar y Brunnengräber, Achim (2002): “NGOs im spannungsfeld von lobbyarbeit und öffentlichem protest”, en Aus Politik und Zeitgeschichte, B 6-7, pp. 6-14.

Arato, Julián (2015): “Corporations as lawmakers”, en Harvard International Law Journal, 56, pp. 229-295.

Arendt, Hannah (1951): Origins of totalitarianism, Nueva York, Harcourt Brace & Co. Edición en castellano (1998): Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Alianza.

— (1963): Über die revolution, Munich, Piper. Edición en castellano (1988): Sobre la revolución, Madrid, Alianza.

Blum, William (2004): Killing hope. US Military and CIA interventions since World War II, Monroe (Maine), Common Courage Press.

Bouton, Terry (2007): Taming democracy. “The people”, the

founders, and the troubled ending of the American revolution, Nueva York, Oxford University Press.

Carey, Alex (1997): Taking the risk out of democracy. Corporate propaganda versus freedom and liberty, Urbana (Illinois), University of Illinois Press.

Chomsky, Noam (1989): Necessary illusions. Thought control in democratic societies, Londres, Pluto Press. Edición en castellano (1992): Ilusiones necesarias. Control de pensamiento en las sociedades democráticas, Madrid, Libertarias/Prodhufi.

— (1992): Deterring democracy, Nueva York, Vintage Books. Edición en castellano (1992): El miedo a la democracia, Barcelona, Crítica.

— (2017): Hegemonie oder untergang. Amerikas streben nach weltherrschaft, Frankfurt am Main, Nomen. Edición en castellano (2004): Hegemonía o supervivencia: La estrategia imperialista de Estados Unidos, Barcelona, Ediciones B.

Coates, Benjamin Allen (2016): Legalist empire: International law and American foreign relations in the early twentieth century, Nueva York, Oxford University Press.

Dahn, Daniela (2013): Wir sind der Staat! Warum volk sein nicht genügt, Reinbek, Rowohlt.

Domhoff, G. William (1990): The power elite and the State. How policy is made in America, Nueva York, Aldine de Gruyter.

— (2013): The myth of liberal ascendancy. Corporate dominance from the Great Depression to the Great Recession, Boulder (Colorado), Paradigm Publishers.

— (2014): Who rules America? The triumph of the corporate rich, Nueva York, McGraw-Hill.

Durkee, Melissa J. (2017): “Astroturf activism”, en Stanford Law Review, 69, pp. 201-272.

Engels, Jeremy D. (2010): Enemyship. Democracy and counter-

revolution in the early republic, East Lansing (Michigan), Michigan State University Press.

— (2015): “The Trouble with ‘Public Bodies’: On the anti-democratic rhetoric of the federalist”, en Rhetoric & Public Affairs, 18 (3), pp. 505-538.

Farrant, Andrew y McPhail, Edward (2014): “Can a dictator turn a constitution into a can-opener? F. A. Hayek and the alchemy of transitional dictatorship in Chile”, en Review of Political Economy, 26 (3), pp. 331-48.

Finley, Moses (1973): Antike und moderne demokratie, Stuttgart, Reclam.

Fones-Wolf, Elizabeth A. (1994): Selling Free Enterprise. The business assault on labor and liberalism, 1945-1960, Urbana (Illinois), University of Illinois Press.

Fraser, Steve (2015): The age of acquiescence. The life and death of American resistance to organised wealth and power, Nueva York, Little, Brown and Company.

Friedman, Max Paul (2012): Rethinking anti-americanism. The history of an exceptional concept in American foreign relations, Nueva York, Cambridge University Press. Edición en castellano (2015): Repensando el antiamericanismo, Madrid, Antonio Machado Libros.

Gerstenberger, Heide (2017): Markt und Gewalt. Die Funktionsweise des historischen Kapitalismus, Munich, Westfälisches Dampfboot.

Gilens, Martin y Page, Benjamin I. (2014): “Testing theories of american politics: elites, interest groups, and average citizens”, en Perspectives on Politics, 12 (3), pp. 564-581.

Gordon, Rebecca (2016): American Nuremberg. The US officials who should stand trial for post-9/11 war crimes, Nueva York, Hot Books Press.

Gorz, André (1968): Der schwierige sozialismus, Frankfurt,

Europäische Verlagsanstalt.

Grear, Anna y Weston, Burns H. (2015): “The betrayal of human rights and the urgency of universal corporate accountability: Reflections on a post-Kiobel lawscape”, en Human Rights Law Review, 15, pp. 21-44.

Haffner, Sebastian (1968): reseña de Johannes Agnoli, Die transformation der demokratie und andere schriften, en la revista Konkret, pp. 213-218.

Hitchens, Christopher (2001): Die akte Kissinger, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt (DVA). Edición en castellano (2002): Juicio a Kissinger, Barcelona, Anagrama.

Hixson, Walter L. (1998): Parting the Curtain: Propaganda, culture, and the Cold War, 1945-1961, Camden (Londres), Palgrave.

Hofstadter, Richard (1963): Anti-intellectualism in American life, Nueva York, Vintage Books. Edición en castellano (1969): Anti intelectualismo en la vida norteamericana, Madrid, Tecnos.

Horne, Gerald (2014): The counter-Revolution of 1776. Slave resistance and the origins of the United States of America, Nueva York, New York University Press.

Huntington, Samuel P. (1999): “The lonely superpower”, en Foreign Affairs, 78 (2), pp. 35-49.

Huxley, Aldous (1958): Brave new world revisited, New York, Harper & Brothers. Edición en castellano (2003): Un mundo feliz, Barcelona, DeBolsillo.

Ignatieff, Michael (2002): “Barbarians at the gate?”, en New York Review of Books, 28 de febrero de 2002.

Illich, Ivan (1971/2003): Entschulung der gesellschaft. Eine streitschrift. Munich, C.H. Beck. Edición en castellano (1974): La sociedad desescolarizada, Barcelona, Barral.

Jaspers, Karl (1967): Antwort. Zur Kritik meiner Schrift “Wohin treibt die Bundesrepublik?”, Munich, Piper.

Johnson, Chalmers (2004): The sorrows of empire. Militarism, secrecy, and the end of the republic, Nueva York, Henry Holt and Company. Edición en castellano (2004): Las amenazas del imperio. Militarismo, secretismo y el fin de la república, Barcelona, Critica.

Kelsen, Hans (1920): Vom wesen und wert der demokratie, Tubinga, Mohr. Edición en castellano (2006): De la esencia y valor de la democracia, Oviedo, KRK Ediciones.

Kinzer, Stephen (2006): Overthrow. America's century of regime change from Hawaii to Iraq. Nueva York, Times Books, Henry Holt and Company.

Klarman, Michael J. (2016): The Framers' coup. The making of the United States Constitution. Nueva York, Oxford University Press.

Koskenniemi, Martti (2004): "International law and hegemony: A reconfiguration", en Cambridge Review of International Affairs, 17 (2), pp. 197-218.

Lasswell, Harold D. (1927): Propaganda technique in the World War, Londres, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.

Levin, Dov H. (2016): "When the great power gets a vote: The effects of great power electoral interventions on election results", en International Studies Quarterly, 60 (2), pp. 189-202.

Lofgren, Mike (2016): The deep State: The fall of the Constitution and the rise of a shadow Government, Nueva York, Penguin Books.

Ludwig, Otto (1988): Der schulaufsatz: Seine geschichte in Deutschland, Berlín, De Gruyter.

Lynd, Robert S. (1949): "The science of inhuman relations", en The New Republic, 121, pp. 22-25.

Maier, Charles S. (2006): Among empires: American ascendancy and its predecessors, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Manin, Bernard (2007): Kritik der repräsentativen demokratie, Berlín, Matthes & Seitz. Edición en castellano (1998): Los principios

del gobierno representativo, Madrid, Alianza.

Markel, Lester (1949): Public opinion and foreign policy, Nueva York, Harper & Brothers.

Maus, Ingeborg (1991): “Sinn und bedeutung von volkssouveränität in der modernen gesellschaft”, en Kritische Justiz, 24 (2), pp. 137-150.

— (2010/2015): “Verfassung und Verfassunggebung: Zur kritik des theorems einer ‘emergenz’ supranationaler und transnationaler verfassungen”, en Ingeborg Maus (ed.), Menschenrechte, demokratie und frieden: Perspektiven globaler organisation, Berlín, Suhrkamp, pp. 122-191.

— (2011): Über volkssouveränität. Elemente einer demokratietheorie, Berlín, Suhrkamp.

McClintock, Michael (1992): Instruments of Statecraft: US guerrilla warfare, counterinsurgency, and counter-terrorism, 1940-1990, Nueva York, Pantheon Books.

McCrisken, Trevor B. (2002): “Exceptionalism”, en Alexander DeConde, Richard D. Burns y Fredrik Logevall (eds.), Encyclopedia of American foreign policy, vol. 2, Nueva York, Charles Scribner’s Sons, pp. 63-80.

— (2003): American exceptionalism and the legacy of Vietnam: US foreign policy since 1974, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Meadowcroft, John y Ruger, William (2014): “Hayek, Friedman, and Buchanan: On public life, Chile, and the relationship between liberty and democracy”, en Review of Political Economy, 26 (3), pp. 358-367.

Mearsheimer, John J. (2003): Why leaders lie. The truth about lying in international politics, Nueva York, Oxford University Press.

Mégret, Frédéric (2002): “The politics of international criminal justice”, en European Journal of International Law, 13 (5), pp. 1261-1284.

Michels, Robert (1911): Zur soziologie des parteiwesens in der modernen demokratie. Untersuchungen über die oligarchischen tendenzen des gruppenlebens, Leipzig, Klinkhardt.

Mises, Ludwig von (1927): Liberalismus. Jena (Turingia), Gustav Fischer. Edición en castellano (1977): Liberalismo, Madrid, Unión Editorial.

Mudde, Cas (2004): "The populist zeitgeist", en Government and Opposition, 39 (4), 541-563.

— (2007): Populist radical right parties in Europe, Cambridge, Cambridge University Press.

Nedelsky, Jennifer (1990): Private property and the limits of American constitutionalism. The madisonian framework and its legacy, Chicago, University of Chicago Press.

Nippel, Wilfried (2008): Antike oder moderne Freiheit? Die Begründung der Demokratie in Athen und in der Neuzeit, Frankfurt, Fischer Taschenbuch Verlag.

Nugent, Walter (2008): Habits of empire: A history of American expansion, Nueva York, Knopf.

Parchami, Ali (2009): Hegemonic peace and empire. The Pax Romana, Britannica and Americana, Nueva York, Routledge.

Pitkin, Hanna Fenichel (2004): "Representation and democracy: Uneasy alliance", en Scandinavian Political Studies, 27 (3), pp. 335-342.

Polanyi, Karl (1935): "The essence of fascism", en John Lewis, Karl Polanyi y Donald K. Kitchin (eds.), Christianity and the social revolution, Londres, Victor Gollancz, pp. 350-394.

Rittstiege, Helmut (1975): Eigentum als verfassungsproblem, Darmstadt (Hesse), Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Roberts, Jennifer T. (1994): Athens on trial. The antidemocratic tradition in western thought, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Roelofs, Joan (2003): Foundations and public policy. The mask of pluralism, Albany (Nueva York), State University of New York Press.

Roy, Arundhati (2003): Public power in the age of empire, Nueva York, Seven Stories Press.

Russell, Bertrand (1922): Free thought and official propaganda, Londres, Watts.

— (1952): The impact of science on society, Nueva York, Simon & Schuster. Edición en castellano (1952): El impacto de la ciencia en la sociedad, Madrid, Aguilar.

Saage, Richard (2005): Demokratietheorien: Historischer prozess-theoretische entwicklung-soziotechnische bedingungen. Eine einführung, Wiesbaden, Verlag für Sozialwissenschaften.

Sachs, Jeffrey D. (2011): The price of civilization. Reawakening American virtue and prosperity, Random House. Edición en castellano (2012): El precio de la civilización, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Saito, Natsu Taylor (2010): Meeting the enemy. American exceptionalism and international law, Nueva York, New York University Press.

Saunders, Frances Stonor (2001): Wer die zeche zahlt… Der CIA und die kultur im Kalten Krieg, Berlín, Siedler.

Schabas, William (2012): Unimaginable atrocities. Justice, politics, snd rights at the war crimes tribunals, Oxford, Oxford University Press.

Schmidt, Arno (1958): Deutsches elend. 13 Erklärungen zur Lage der Nation, Zürich, Haffmans.

Schwartz, Lowell H. (2009): Political warfare against the Kremlin: US and British propaganda policy at the beginning of the Cold War, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Shoup, Laurence (2015): Wall Street's Think Tank: The council on

foreign relations and the empire of neoliberal geopolitics, 1976-2014, Nueva York, Monthly Review Press.

Simpson, Christopher (1994): The science of coercion. Communication research & psychological warfare, 1945-1960, Nueva York, Oxford University Press.

Steel, Ronald (1967): Pax Americana, Nueva York, Viking Press. Edición en castellano (1970): Pax Americana, Barcelona, Lumen.

Strauss, Leo (1995): Liberalism ancient and modern, Chicago, University of Chicago Press. Edición en castellano (2007): Liberalismo antiguo y moderno, Buenos Aires y Madrid, Katz.

Tasca, Angelo (1938): La naissance du fascisme: l'Italie de 1918 à 1922, París, Gallimard. Edición en castellano (1969): El nacimiento del fascismo, Barcelona, Ariel.

Taylor, Telford (1993): The anatomy of the Nuremberg Trials. A personal memoir, Nueva York, Knopf.

Thiele, Ulrich (2008): Die politischen ideen: Von der antike bis zur gegenwart, Wiesbaden, Marix-Verlag.

Valentine, Douglas (2017): The CIA as organized crime: How illegal operations corrupt America and the world, Atlanta, Clarity Press.

Vine, David (2015): Base nation: How US military bases abroad harm America and the world, Nueva York, Metropolitan Books.

Weber, Max (1988): Gesammelte politische schriften, Tubinga, Mohr. Edición en castellano (1991): Escritos políticos, Madrid, Alianza.

Williams, William A. (1980): Empire As a Way of Life. An essay on the causes and character of America's present predicament along with a few thoughts about an alternative, Nueva York, Oxford University Press. Edición en castellano (1989): El imperio como forma de vida. Un ensayo sobre las causas y el carácter de la actual circunstancia de los Estados Unidos, seguido de algunas consideraciones sobre una alternativa, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

Wolin, Sheldon (2004): Politics and vision. Continuity and innovation in western political thought, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2013): Política y perspectiva: Continuidad e innovación en el pensamiento político occidental, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

Wood, Ellen Meiksins (2010): Democracy against capitalism: Renewing historical materialism, Cambridge, Cambridge University Press. Edición en castellano (2008): Democracia contra capitalismo, México, Siglo XXI.

El adoctrinamiento neoliberal

Brown, Wendy (2015): Die schleichende revolution. Wie der neoliberalismus die demokratie zerstört, Berlín, Suhrkamp. Edición en castellano (2016): El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo, Barcelona, Malpaso.

Harvey, David (2012): Kleine geschichte des neoliberalismus, Zurich, Rotpunktverlag.

Mirowski, Philip (2015): Untote leben länger. Warum der neoliberalismus nach der krise noch stärker ist, Berlín, Matthes & Seitz Berlin. Edición en castellano (2014): Nunca dejes que una crisis te gane la partida. ¿Como ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la crisis, salir indemne de la misma?, Barcelona, Deusto.

Wilkinson, Richard y Pickett, Kate (2009): The spirit level. Why more equal societies almost always do better, Londres, Allen Lane. Edición en castellano (2009): Un análisis de la (in)felicidad colectiva, Madrid, Turner.

“Quien es dueño del país también debe gobernarlo”

Carey, Alex (1997): Taking the risk out of democracy. Corporate propaganda versus freedom and liberty, Urbana (Illinois), University of Illinois Press.

Domhoff, G. William (2014): Who rules America? The triumph of the corporate rich, Nueva York, McGraw-Hill. Edición en castellano (2003): ¿Quién gobierna América?, México, Siglo XXI.

Dunn, John (1992): Democracy: The unfinished journey, 508 BC to AD 1993, Oxford, Oxford University Press. Edición en castellano (1995): Democracia: El viaje inacabado (508 a.C.-1993 d.C.), Barcelona, Tusquets Editores.

Ferguson, Thomas; Jorgensen, Paul, y Chen, Jie (2017): Fifty shades of green: high finance, political money, and the US Congress, Nueva York, Roosevelt Institute.

Finley, Moses (1973): Antike und moderne demokratie, Stuttgart, Reclam.

Gilens, Martin y Page, Benjamin I. (2014): "Testing theories of American politics: Elites, interest groups, and average citizens", en Perspectives on Politics, 12 (3), pp. 564-581.

Glennon, Michael J. (2014): National security and double government, Nueva York, Oxford University Press.

Heemskerk, Eelke M. y Takes, Frank W. (2016): "The corporate elite community structure of global capitalism", en New Political Economy, 21 (1), pp. 90-118.

Klarman, Michael J. (2016): The Framers' coup: The making of the United States Constitution. Nueva York, Oxford University Press.

Lofgren, Mike (2016): The deep State: The fall of the Constitution and the rise of a shadow Government, Nueva York, Penguin Books.

Madison, James (1787): "Federalist No. 10", en Ian Shapiro (ed.) (2009), The federalist papers: Alexander Hamilton, James Madison, and John Jay, New Haven (Connecticut), Yale University Press.

Maus, Ingeborg (1992): Zur aufklärung der demokratietheorie. Rechts- und demokratietheoretische überlegungen im anschluß an Kant, Berlín, Suhrkamp.

— (2011): Über volkssouveränität: Elemente einer demokratietheorie, Berlín, Suhrkamp.

Mills, C. Wright (1956): The power elite, Nueva York, Oxford University Press. Edición en castellano (2013): La élite del poder, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.

Monaghan, Frank (1935): John Jay: Defender of liberty, Indianápolis (Indiana), Bobbs-Merrill.

Nedelsky, Jennifer (1990): Private property and the limits of American constitutionalism. The madisonian framework and its legacy, Chicago, University of Chicago Press.

Pearce, Frank (1993): "Corporate rationality as corporate crime", en Studies in Political Economy, 40 (1), pp. 135-162.

— (2001): "Crime and capitalist business corporations", en Neal Shover y John Paul Wright (eds.), Crimes of privilege: Readings in white collar crime, Nueva York, Oxford University Press, pp. 35-48.

Pitkin, Hanna Fenichel (2004): "Representation and democracy: Uneasy alliance", en Scandinavian Political Studies, 27 (3), pp. 335-342.

Priest, Dana y Arkin, William M. (2011): Top secret America: The rise of the new american security State, Nueva York, Little, Brown and Company. Edición en castellano, audiolibro (2018): Estados Unidos confidencial: El surgimiento del nuevo Estado de seguridad norteamericano, Nueva York, Hachette Audio.

Roberts, Jennifer T. (1994): Athens on trial. The antidemocratic tradition in Western Thought, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Scott, Peter Dale (2014): American war machine: Deep politics, the CIA global drug connection, and the road to Afghanistan, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield.

— (2017): The American deep State: Wall Street, big oil, and the attack on US democracy, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield.

Streeck, Wolfgang (2016): “Entkoppelt. Kapitalismus und demokratie im neoliberalen zeitalter”, ponencia en la conferencia Ziemlich beste Feinde. Das spannungsreiche Verhältnis von Demokratie und Kapitalismus, 23 de julio de 2016, Fundación Schader, Darmstadt (Hesse).

Tombs, Steve y Whyte, David (2015): The corporate criminal: Why corporations must be abolished, Londres, Routledge. Edición en castellano (2016): La empresa criminal. Por qué las corporaciones deben ser abolida, Barcelona, Icaria.

Valentine, Douglas (2017): The CIA as Organized Crime: How illegal operations corrupt America and the world, Atlanta, Clarity Press.

Vitali, Stefania; Glattfelder, James B. y Battiston, Stefano (2011): “The Network of Global Corporate Control”, en PLoS ONE 6(10), e25995.

Wolin, Sheldon S. (2008): Democracy Incorporated: Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2008): Democracia S.A.: La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido, Madrid, Katz.

Wood, Ellen Meiksins (2010): Democracy against Capitalism: Renewing Historical Materialism, Cambridge, Cambridge University Press. Edición en castellano (2008): Democracia contra capitalismo, México, Siglo XXI.

Cómo mantener en el redil al “rebaño confundido”

Achen, Christopher C. y Bartels, Larry M. (2016): Democracy for

realists: Why elections do not produce responsive government, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Agnoli, Johannes (1967/2012): Die transformation der demokratie und verwandte schriften, Hamburgo, Konkret Literatur Verlag.

Arendt, Hannah (2011): Über die revolution, Munich, Piper. Edición en castellano (1988): Sobre la revolución. Madrid, Alianza Editorial.

Wallerstein, Immanuel y Balibar, Étienne (1992): Rasse, klasse, nation. Ambivalente identitäten. Hamburgo, Argument-Verlag. Edición en castellano (2018): Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas, Barcelona, Dirección Única.

Basaglia, Franco (1980): Befriedungsverbrechen. Über die dienstbarkeit der intellektuellen. Frankfurt am Main, Europäische Verlagsanstalt.

Benda, Julien (1927/2013): Der verrat der intellektuellen, VAT Verlag André Thiele. Edición en castellano (2008): La traición de los intelectuales, Barcelona, Galaxia Gütenberg.

Blom, Philipp (2013): Böse philosophen: Ein salon in Paris und das vergessene erbe der aufklärung, Munich, dtv Verlagsgesellschaft. Edición en castellano (2012): Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea, Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, Pierre (1996): Die Intellektuellen und die macht, Hamburgo, VSA Verlag.

Brecht, Bertolt (1967): Gesammelte werke, vol. XII, Berlín, Suhrkamp.

Carey, John (1992): The intellectuals and the masses. Pride and prejudice among the literary intelligentsia, 1880-1939, Londres, Faber & Faber. Edición en castellano (2009): Los intelectuales y las masas. Orgullo y prejuicio en la intelectualidad literaria, 1880-1939, Madrid, Siglo XXI.

Carroll, William K. y Carson, Colin (2006): “Neoliberalism, capitalist class formation and the global network of corporations and policy groups”, en Dieter Plehwe, Bernhard Walpen y Gisela

Neunhöffer (eds.), Neoliberal Hegemony: A Global Critique, Londres, Routledge, pp. 51-69.

Carroll, William K. y Sapinski, Jean Philippe (2010): “The global corporate elite and the transnational policy-planning network, 1996-2006: A structural analysis”, en International Sociology, 25 (4), pp. 501-538.

Chomsky, Noam (1989): Necessary illusions: Thought control in democratic societies, Londres, Pluto Press. Edición en castellano (1992): Ilusiones necesarias: Control de pensamiento en las sociedades democráticas, Madrid, Libertarias/Prodhufi.

— (1998): The common good, Monroe (Maine), Odonian Press. Edición en castellano (2001): El bien común, México, Siglo XXI.

— (2002): Understanding power: The indispensable Chomsky, Nueva York, The New Press. Edición en castellano (2012): Chomsky esencial, Barcelona, Austral.

— (2003): Media control. Wie die medien uns manipulieren, Hamburgo, Europa-Verlag.

— (2005): Chomsky on anarchism, Oakland (California), AK Press. Edición en castellano (2022): Sobre el anarquismo, Madrid, Capitán Swing.

— (2008): Die verantwortlichkeit der intellektuellen, Munich, Antje Kunstmann. Edición en castellano (2020): La responsabilidad de los intelectuales, Madrid, Sexto Piso.

Creel, George (1920): How we advertised America, Nueva York, Harper & Brothers.

Dewey, John (1927/1996): Die öffentlichkeit und ihre probleme, Berlín, Philo Verlagsgesellschaft. Edición en castellano (2004): La opinión pública y sus problemas, Madrid, Morata.

— (1927/2012): The public and its problems: An essay in political inquiry (editado por Melvin L. Roger), University Park (Pensilvania), The Pennsylvania State University Press

— (1935): “Our un-free press”, en Common Sense, 4, pp. 6-7.

— (2008): The Later Works, 1925- 1953. Volume 9: 1933-1934, Essays, reviews, miscellany, and a common faith (editado por Jo Ann Boydston), Carbondale (Illinois), Southern Illinois University Press

Foschepoth, Josef (2017): Verfassungswidrig! Das KPD-verbot im kalten burgerkrieg, Gotinga (Baja Sajonia), Vandenhoek & Ruprecht.

Formisamo, Ronald (2017): American oligarchy: The permanent political class, Urbana (Illinois), University of Illinois Press.

Fraser, Nancy (2007): “Die transnationalisierung der öffentlichkeit. Legitimität und effektivität der öffentlichen meinung in einer postwestfälischen welt”, en Peter Niesen y Benjamin Herborth (eds.), Anarchie der kommunikativen Freiheit. Jürgen Habermas und die theorie der internationalen politik. Frankfurt am Main, Suhrkamp, pp. 224-254.

Fraser, Steve (2015): The age of acquiescence: The life and death of American resistance to organised wealth and power, Nueva York, Little, Brown and Company.

Gerstenberger, Heide (1989): “Strukturen jauchzen nicht. Über die bewegungsform der Französischen Revolution”, en PROKLA. Zeitschrift für kritische Sozialwissenschaft, 19 (75), pp. 132-157.

— (1990/2017): Die subjektlose gewalt. Theorie der entstehung bürgerlicher Staatsgewalt. Munich, Westfälisches Dampfboot,

— (2016): Markt und gewalt. Die funktionsweise des historischen kapitalismus, Munich, Westfälisches Dampfboot.

Gilens, Martin y Page, Benjamin I. (2017): Democracy in America? What has gone wrong and what we can do about it, Chicago, University of Chicago Press.

Gill, Stephen (2000): “Theoretische grundlagen einer neogramscianischen analyse der europäischen integration”, en Hans Jürgen Bieling y Jochen Steinhilber (eds.), Die konfiguration

Europas, Munich, Westfälisches Dampfboot, pp. 23-50.

Gill, Stephen y Cutler, A. Claire (eds.) (2014): New constitutionalism and world order, Cambridge, Cambridge University Press.

Graeber, David (2002): “The new anarchists”, en New Left Review, 13, pp. 61-73. Véase en https://cutt.ly/aBkVNug.

Harding, Vincent (2008): Martin Luther King: The inconvenient hero, Maryknoll (Nueva York), Orbis Books.

Hayek, Friedrich (1944/2014): Der weg zur knechtschaft, Reinbek (Schleswig-Holstein), Lau-Verlag. Edición en castellano (1976): Camino de servidumbre, Madrid, Alianza.

Heemskerk, Eelke M. y Takes, Frank W. (2016): “The corporate elite community structure of global capitalism”, en New Political Economy, 21 (1), pp. 90-118.

Held, David (2006): Models of democracy, Cambridge, Polity Press. Edición en castellano (1991): Modelos de democracia, Madrid, Alianza.

Herman, Edward y Chomsky, Noam (1988): Manufacturing consent: The political economy of the mass media, Nueva York, Pantheon Books. Edición en castellano (1990): Los guardianes de la libertad: Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas, Barcelona, Austral.

Hirsch, Joachim (2005): Materialistische Staatstheorie. Transformationsprozesse des kapitalistischen Staatensystems, Hamburgo, VSA Verlag.

— (2012): “Radikaler Rreformismus”, en Ulrich Brand, Bettina Lösch, Benjamin Opratko y Stefan Thimmel (eds.), ABC der alternativen 2.0. Von alltagskultur bis zivilgesellschaft, Hamburgo, VSA Verlag.

Israel, Jonathan I. (2011): A Revolution of the Mind: Radical Enlightenment and the Intellectual Origins of Modern Democracy, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2015): Una revolución de la mente: La Ilustración radical y los orígenes intelectuales de la democracia moderna, Pamplona, Laetoli.

— (2017): Die Französische Revolution. Ideen machen politik, Ditzingen (Baden-Wurtemberg), Reclam.

Jones, Daniel S. (2012): Masters of the universe: Hayek, Friedman, and the birth of neoliberal politics, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Katz, Richard S. y Mair, Peter (1995): “Changing models of party organization and party democracy: The emergence of the cartel party”, en Party Politics, 1(1), pp. 5-28.

— (2009): “The cartel party thesis: A restatement”, en Perspectives on politics, 7 (4), pp. 753-766.

Kotz, David M. (2015): The rise and fall of neoliberal capitalism, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Landemore, Hélène (2012): Democratic reason: Politics, collective intelligence, and the rule of the many, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Lasswell, Harold D. (1927): Propaganda technique in the World War, Londres, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co.

Lautemann, Wolfgang y Schlenke, Manfred (eds.) (1961): Geschichte in quellen, volumen V, Munich, Bayerischer Schulbuch-Verlag.

Lessig, Lawrence (2013): “‘Institutional corruption’ defined”, en The

Journal of Law, Medicine & Ethics, 41 (3), pp. 553-555.

Lippmann, Walter (1920): Liberty and the news, Nueva York, Harcourt, Brace and Howe. Edición en castellano (2011): Libertad y prensa, Madrid, Tecnos.

— (1922/2018): Public opinion, Nueva York, Harcourt, Brace and Howe. Edición en castellano (2003): La opinión pública, San Lorenzo de El Escorial (Madrid), Cuadernos de Langre.

— (1925): The phantom public, Nueva York, Harcourt, Brace and Howe. Edición en castellano (2011): El público fantasma, Madrid, Genueve Ediciones.

Lippmann, Walter y Merz, Charles (1920): "A test of the news: Some criticisms", en New Republic, 8 de septiembre de 1922, pp. 31-32.

Lipset, Seymour M.; Lazarsfeld, Paul F.; Barton, Allen H., y Linz, Juan (1954): "The psychology of voting: An analysis of political behaviour", en Gardner Lindzey (ed.), Handbook of Social Psychology, vol. 2, Cambridge (Massachusetts), Addison-Wesley, pp. 1124-1175.

Lupia, Arthur (2016): Uninformed: Why people seem to know so little about politics and what we can do about it, Nueva York, Oxford University Press.

Lupia, Arthur y McCubbins, Mathew D. (1998): The Democratic Dilemma: Can citizens learn what they need to know?, Nueva York, Cambridge University Press.

MacLean, Nancy (2017): Democracy in chains: The deep history of the radical right's stealth plan for America, Londres, Scribe.

Maier, Hans (1971): "Zur neueren geschichte des demokratiebegriffs", en Klaus von Beyme (ed.), Theory and Politics/ Theorie und Politik, La Haya, Martinus Nijhoff, pp. 127-161.

Mair, Peter (2006): "Ruling the void: The hollowing of western democracy", en New Left Review, 42, pp. 25-51.

— (2013): Ruling the void: The hollowing of western democracy, Londres, Verso Books. Edición en castellano (2015): Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental, Madrid, Alianza.

Mattick, Paul (1935): “die gegensätze zwischen Luxemburg und Lenin”, en Rätekorrespondenz, 12, pp. 1-23. Véase en https://bit.ly/3Tcy6jw.

Maus, Ingeborg (1994): Zur aufklärung der demokratietheorie, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

— (2002): “Vom Nationalstaat zum Globalstaat oder: der niedergang der demokratie”, en Matthias Lutz-Bachmann y James Bohman (eds.), Weltstaat oder Staatenwelt? Für und wider die Idee einer Weltrepublik, Frankfurt am Main, Suhrkamp, pp. 226-259

— (2005): “Die errichtung Europas auf den trümmern der demokratie? Zur verteidigung der verfassungsprinzipien des ‘alten’ Europa”, en Blätter für deutsche und internationale Politik, 50, pp. 679-692.

— (2011): Über volkssouveränität: Elemente einer demokratietheorie, Berlín, Suhrkamp.

— (2015): “Wer den Weltstaat etablieren will, riskiert den Weltkrieg”, en Ingeborg Maus (ed.), Menschenrechte, demokratie und frieden: Perspektiven globaler organisation, Berlín, Suhrkamp, pp. 195-209.

— (2018): Justiz als gesellschaftliches über-ich. Zur position der rechtsprechung in der demokratie, Berlín, Suhrkamp.

Mills, C. Wright (1959): Die konsequenz. Politik ohne verantwortung, Munich, Kindler.

Mirowski, Philip (2015): Untote leben länger: Warum der neoliberalismus nach der krise noch stärker ist, Berlín, Matthes & Seitz Berlin. Edición en castellano (2014): Nunca dejes que una crisis te gane la partida. ¿Cómo ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la crisis, salir indemne de la misma?, Barcelona,

Deusto.

Mullen, Andrew (2010): “Twenty years on: the second-order prediction of the Herman-Chomsky propaganda model”, en Media, Culture & Society, 32 (4), pp. 673-690

Müller, Ingo (1987): Furchtbare juristen: Die unbewältigte vergangenheit unserer justiz, Munich, Kindler.

Ostry, Jonathan D.; Loungani, Prakash, y Furceri, Davide (2016): “Neoliberalism: Oversold?”, en Finance and Development, 53 (2), pp. 38-41.

Page, Benjamin I. y Shapiro, Robert Y. (1992): The rational public: Fifty years of trends in Americans’ policy preferences, Chicago, University of Chicago Press.

— (1999): “The rational public and beyond”, en Stephen L. Elkin y Karol Edward Soltan (eds.), Citizen competence and democratic institutions, University Park (Pensilvania), The Pennsylvania State University Press, pp. 93-115.

Pannekoek, Anton (2008): Arbeiterräte-texte zur sozialen revolution, Fernwald (Hesse), Germinal. Edición en castellano (2003): Los consejos obreros y otros escritos, Irrecuperables.

Peck, James (2010): Ideal illusions: How the US Government co-opted human rights, Nueva York, Metropolitan Books.

Philp, Mark y David-Barrett, Elizabeth (2015): “Realism about political corruption”, en Annual Review of Political Science, 18, pp. 387-402.

Rakow, Lana F. (2018): “Family feud: Who’s still fighting about Dewey and Lippmann?”, en Javnost-The Public, 25 (6), pp. 1-8.

Roelofs, Joan (2018): “The political economy of the weapons industry. Guess who’s sleeping with our insecurity blanket?”, en Counterpunch, 25 (3), pp. 1-8. Véase en https://cutt.ly/vBkV8BG.

Said, Edward W. (1997): Götter, die keine sind. Der ort des intellektuellen, Berlín, Berlin Verlag. Edición en castellano (2007):

Representaciones del intelectual, Barcelona, Debate.

Sassen, Saskia (2014): Expulsions: Brutality and complexity in the global economy, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. Edición en castellano (2015): Expulsiones: Brutalidad y complejidad en la economía global, Buenos Aires y Madrid, Katz.

Schattschneider, Elmer Eric (1960): The semisovereign people. A realist's view of democracy in America, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston. Edición en castellano (1967): El pueblo semisoberano. La democracia norteamericana vista por un hombre práctico, México, D.F., UTEHA.

Scheidel, Walter (2017): The great leveler: Violence and the history of inequality from the Stone Age to the twenty-first century, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2018): El gran nivelador: Violencia e historia de la desigualdad desde la Edad de Piedra hasta el siglo XXI, Barcelona, Crítica.

Scheidler, Fabian (2015): Das ende der megamaschine: Geschichte einer scheiternden zivilisation, Viena, Promedia Verlag.

Schmidt, Jochen (ed.) (1989): Aufklärung und gegenaufklärung in der europäischen literatur, philosophie und politik von der antike zur gegenwart, Darmstadt (Hesse), Wissenschaftliche Buchgemeinschaft.

Schreyer, Paul (2018): Die angst der eliten: Wer fürchtet die demokratie?, Frankfurt am Main, Westend Verlag.

Schumpeter, Joseph A. (1950/1994): Capitalism, socialism and democracy, Londres, Routledge. Edición en castellano (2015): Capitalismo, socialismo y democracia, Barcelona, Página Indómita.

Schütrumpf, Jörn (2006): "Rosa Luxemburg, die bolschewiki und 'gewisse fragen'", en Utopie kreativ, 193, pp. 995-1002.

Shoup, Laurence (2015): Wall Street's Think Tank: The council on foreign relations and the empire of neoliberal geopolitics, 1976-2014, Nueva York, Monthly Review Press.

Sklair, Leslie (2001): The transnational capitalist class, Malden (Massachusetts), Blackwell Publishers.

Slobodian, Quinn (2018): Globalists. The end of empire and the birth of neoliberalism, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. Edición en castellano (2021): Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo, Madrid, Capitán Swing.

Sniderman, Paul M. (2017): The democratic faith: Essays on democratic citizenship, New Haven (Connecticut), Yale University Press.

Steel, Ronald (1981): Walter Lippmann and the american century, Boston, Little Brown & Co. Edición en castellano (2007):, San Lorenzo de El Escorial (Madrid), Cuadernos de Langre.

Streeck, Wolfgang (2015): "Wie wird der kapitalismus enden. Teil II", en Blätter für deutsche und internationale Politik, 60 (4), pp. 199-120.

— (2016): "Entkoppelt. Kapitalismus und demokratie im neoliberalen zeitalter", ponencia en la conferencia Ziemlich beste feinde. Das spannungsreiche verhältnis von demokratie und kapitalismus, 23 de julio de 2016, Fundación Schader, Darmstadt.

Struve, Walter (2015): Elites against Democracy: Leadership ideals in bourgeois political thought in Germany, 1890-1933, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Tetlock, Philip (2005): Expert political judgment.: How good is it? How can we know?, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2016): El juicio político de los expertos, Madrid, Capitán Swing.

Thiele, Ulrich (2008): Die politischen ideen: Von der antike bis zur gegenwart, Wiesbaden, Marix-Verlag.

Turse, Nick (2008): The complex: How the military invades our everyday lives, Nueva York, Metropolitan Books.

Van Der Pijl, Kees (2014): The making of an Atlantic ruling class,

Londres, Verso.

Wacquant, Loïc (2009): Punishing the por. The neoliberal government of social insecurity, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press. Edición en castellano (2010): Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social, Barcelona, Gedisa.

Wagner, Thomas (2013): Die mitmachfalle. Bürgerbeteiligung als herrschaftsinstrument, Colonia, PapyRossa Verlag.

— (2017): Die angstmacher: 1968 und die neuen rechten, Berlín, Aufbau Verlag.

Wallerstein, Immanuel (1992): "Ideologische spannungsverhältnisse im kapitalismus: Universalismus vs. sexismus und rassismus", en Immanuel Wallerstein y Étienne Balibar (eds.), Rasse, klasse, nation. Ambivalente identitäten, Hamburgo, Argument-Verlag, pp. 39-48. Edición en castellano (2018): Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas, Barcelona, Dirección Única.

— (2007): Die barbarei der anderen – Europäischer universalismu, Berlín, Wagenbach.

— (2012): Der siegeszug des liberalismus (1789-1914): Das moderne weltsystem IV, Viena, Promedia Verlag.

Washington, James M. (ed.) (1991): A testament of hope: The essential writings and speeches of Martin Luther King, Jr. San Francisco (California), HarperCollins.

Weber, Marianne (1926): Max Weber. Ein lebensbild, Tubinga, Mohr. Edición en castellano (1995): Max Weber. Una biografía, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.

Westbrook, Robert B. (1991): John Dewey and American democracy. Cornell University Press.

Wilk, Michael y Sahler, Bernd (eds.) (2014): Strategische einbindung: Von mediationen, schlichtungen, runden tischen... und wie protestbewegungen manipuliert werden, Lich (Gießen), Edition AV.

Wolin, Sheldon S. (2008): Democracy Incorporated: Managed democracy and the specter of inverted totalitarianism, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press. Edición en castellano (2008): Democracia S.A.: La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido, Madrid, Katz.

Wood, Ellen Meiksins (2010): Democracy against capitalism: Renewing historical materialism, Cambridge, Cambridge University Press. Edición en castellano (2008): Democracia contra capitalismo, México, Siglo XXI.

— (2015): Der ursprung des kapitalismus: Eine spurensuche, Hamburgo, Laika-Verlag. Edición en castellano (2021): El origen del capitalismo: Una mirada de largo plazo, Madrid, Siglo XXI.

— (2016): Das imperium des kapitals, Hamburgo, Laika-Verlag.

Žižek, Slavoj (2018): Der mut der hoffnungslosigkeit, Frankfurt am Main, S. Fischer. Edición en castellano (2018): El coraje de la desesperanza, Barcelona, Anagrama.

Zuckermann, Moshe (2010): “Antisemit!”. Ein vorwurf als herrschaftsinstrument, Viena, Promedia.

Zürn, Michael (1998): Regieren jenseits des Nationalstaates, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

Racismo, capitalismo y la comunidad de valores de los “DUEÑOS Y SEÑORES”

Balibar, Étienne (1992): “Gibt es einen ‘neo-rassismus’?”, en Immanuel Wallerstein y Étienne Balibar (eds.), Rasse, klasse, nation. Ambivalente identitäten, Hamburgo, Argument-Verlag, pp. 23-38. Edición en castellano (2018): Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas, Barcelona, Dirección Única.

Maus, Ingeborg (2002): “Vom Nationalstaat zum Globalstaat oder:

der niedergang der demokratie", en Matthias Lutz-Bachmann y James Bohman (eds.), Weltstaat oder Staatenwelt? Für und wider die idee einer weltrepublik, Frankfurt am Main, Suhrkamp, pp. 226-259

— (2015): "Wer den Weltstaat etablieren will, riskiert den weltkrieg", en Ingeborg Maus (ed.), Menschenrechte, demokratie und frieden: Perspektiven globaler organisation, Berlín, Suhrkamp, pp. 195-209.

Streeck, Wolfgang (2013): Gekaufte zeit. Die vertagte krise des demokratischen kapitalismus, Berlín, Suhrkamp. Edición en castellano (2016): Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático, Buenos Aires y Madrid, Katz

Wallerstein, Immanuel (1992): "Spannungsverhältnisse im Kapitalismus: Universalismus vs. Sexismus und Rassismus", en Immanuel Wallerstein y Étienne Balibar (eds.), Rasse, klasse, nation. Ambivalente identitäten, Hamburgo, Argument-Verlag, pp. 39-48. Edición en castellano (2018): Raza, nación, clase. Las identidades ambiguas, Barcelona, Dirección Única.

Ziegler, Jean (2017): Die schmale Grat der Hoffnung. Meine gewonnenen und verlorenen kämpfe und die, die wir gemeinsam gewinnen werden, Munich, C. Bertelsmann. Edición en castellano (2018): Hay que cambiar el mundo. Combates ganados, a veces perdidos, pero que juntos venceremos, Tres Cantos (Madrid), Foca-Akal.

Zürn, Michael (1998): Regieren jenseits des Nationalstaates, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

Democracia y tortura blanca

Addameer Prisoners Support and Human Rights Association (2003): Torture of Palestinian political prisoners in Israeli prisons. Véase en https://bit.ly/3SRgKbX.

Améry, Jean (1966): Jenseits von schuld und sühne. Bewältigungsversuche eines überwältigten, Munich, Szczeny. Edición en castellano (2001): Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia, Valencia, Pre-Textos.

Amnesty International French Medical Commission y Marange, Valérie (1989): Doctors and torture. Resistance or collaboration?, Londres, Bellew Publishing.

Amnistía Internacional (1973): Report on Torture.

— (2004): USA: Human dignity denied: Torture and accountability in the "war on terror", AMR 51/145/2004.

— (2008): Israel y los territorios palestinos ocupados. Información para el Comité contra la Tortura, MDE 15/040/2008

Arrigo, Jean Maria (2007): "APA interrogation task force member Dr. Jean Maria Arrigo exposes group's ties to military", en Democracy Now!, 20 de agosto de 2007. Véase en https://bit.ly/3RPnWEh.

Arrigo, Jean Maria y Long, Jancis (2008): "APA: denunciation and accommodation of abusive interrogations: A lesson for world psychology", en Psicologia: Teoria e Prática, 10 (1), pp. 186-199.

Atran, Scott (2003): "Genesis of suicide terrorism", en Science, 299 (5623), pp. 1534-1539.

Başoğlu

, Metin; Livanou, Maria, y

Crnobarić

, Cvetana (2007): "Torture vs. other cruel, inhuman, and degrading treatment: Is the distinction real or apparent?", en Archives of General Psychiatry, 64, pp. 277-285.

Benjamin, Mark (2007a): "The CIA's favorite form of torture", en Salon.com, 7 de junio de 2007. Véase en https://bit.ly/3RPLV6n.

— (2007b): “The CIA’s torture teachers”, en Salon.com, 21 de junio de 2007. Véase en https://bit.ly/3T6wUxU.

Bettelheim, Bruno (1980): Erziehung zum Überleben. Zur psychologie der extremsituation, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt (DVA). Edición en castellano (1981): Sobrevivir. El holocausto una generación después, Barcelona, Crítica.

Biderman, Albert D. (1959): A study for development of improved interrogation techniques, Study SR 177-D (U), Secret, final report of Contract AS 18 (600) 1797, Bureau of Social Science Research Inc, Washington, D. C.

— (1960): “Social psychological needs and ‘involuntary’ behavior as illustrated by compliance in interrogation”, en Sociometry, 23, pp. 120-147.

Biletzki, Anat (2001): The Judicial Rhetoric of Morality: Israel’s High Court of Justice on the legality of torture, Ocasional Paper 9, School of Social Science, Institute for Advanced Study. Véase en https://bit.ly/3SRGqW3.

Branche, Raphaëlle (2004): “Torture and other violations of the law by the French army during the Algerian war”, en Adam Jones (ed.), Genocide, war crimes and the west, Londres, Zed Books, pp. 134-145.

Brecher, Bob (2007): Torture and the ticking bomb class, Malden (Massachusetts), Blackwell Publishers.

British Medical Association (BMA) (1986): The torture report: Report of a working party of the BMA investigating the involvement of doctors in torture, Londres, BMA.

Brugger, Winfried (2000): “Vom unbedingten verbot der folter zum bedingten recht auf folter”, en Juristenzeitung, 55 (4), pp. 165-173.

— (2006): “Einschränkung des absoluten folterverbots bei rettungsfolter?”, en Aus Politik und Zeitgeschichte, 56 (36), pp. 9-15.

B’Tselem (2000): Legislation allowing the use of physical force and

mental coercion in interrogations by the General Security Service, Jerusalén, B'Tselem.

— (2007): Absolute prohibition: The torture and ill-treatment of palestinian detainees, Jerusalén, B'Tselem.

Byers, Michael (2005): Kriegsrecht, Berlín, Parthas.

Campbell, Thomas A. (2007): "Psychological assessment, diagnosis, and treatment of torture survivors: a review", en Clinical Psychology Review, 27 (5), pp. 628-641.

Chomsky, Noam (2000): "Die USA und die relativität der menschenrechte", en Noam Chomsky, Die politische ökonomie der menschenrechte, Grafenau (Baviera), Trotzdem-Verlag.

— (2002): Offene wunde Nahost. Israel, die Palästinenser und die US-politik, Hamburgo, Europa-Verlag. Edición en castellano (2002): El triángulo fatal: Estados Unidos, Israel y Palestina, Madrid, Editorial Popular.

— (2003): Media control. Wie die medien uns manipulieren, Hamburgo, Europa-Verlag. Edición en castellano (1995): Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios, Barcelona, Icaria.

Chomsky, Noam y Herman, Edward S. (1979): The Washington connection and third world fascism. The political economy of human rights: Volumen 1, Boston, South End Press.

CIA (1963): KUBARK Counterintelligence interrogation. Véase en https://bit.ly/3Tb7Q9a.

CIA (1983): Human resource exploitation training manual. Véase en https://bit.ly/3T7NEVE.

Cook, Jonathan (2003): "Facility 1391: Israel's Guantanamo", en Le Monde Diplomatique, 12 de noviembre de 2003.

Danner, Mark (2009): "US torture: Voices from the black sites", en The New York Review of Books, 9 de abril de 2009.

Doerr-Zegers, Otto; Hartmann, Lawrence; Lira, Elizabeth, y Weistein, Eugenia (1992): “Torture: Psychiatric sequelae and phenomenology”, en Psychiatry, 55 (2), pp. 177-184.

Dorfman, Ariel (2004): “Are there times when we have to accept torture?”, en The Guardian, 8 de mayo de 2004.

Eban, Katherine (2007): “Rorschach and awe”, en Vanity Fair, 17 de julio de 2007.

Ebbinghaus, Angelika y Dörner, Klaus (eds.) (2001): Vernichten und heilen: Der Nürnberger ärzteprozeß und seine folgen, Berlín, Aufbau-Verlag.

Erb, Volker (2005).: “Folterverbot und notwehrrecht”, en Peter Nitschke (ed.), Rettungsfolter im modernen Rechtsstaat? Eine verortung, Bochum, Kamp Verlag, pp. 149-167.

Ginbar, Yuval (2008): Why not torture terrorists? Moral, practical and legal aspects of the “ticking bomb” justification for torture, Oxford, Oxford University Press.

Gray, Gerald y Zielinski, Alessandra (2006): “Psychology and US psychologists in torture and war in the Middle East”, en Torture: Journal on Rehabilitation of Torture Victims and Prevention on Torture, 16, pp. 128-133.

Greenberg, Karen J. y Dratel, Joshua L. (eds.) (2005): The torture papers: The road to Abu Ghraib, en Nueva York, Cambridge University Press.

Greenfield, Patricia (1977): “CIA’s behavior caper, en APA Monitor, 8 (2), pp. 10-11.

Gross, Michael L. (2004): “Regulating torture in a democracy: Death and indignity in Israel”, en Polity, 36 (3), pp.367-388.

Hassemer, Winfried (2003): “Das Folterverbot gilt absolut – auch in der stunde der not”, entrevista en Süddeutsche Zeitung, 27 de febrero de 2003.

Herman, Edward S. y O’Sullivan, Gerry (1991): “Terrorism as

ideology and cultural industry", en Alexander George (ed.), Western State terrorism, Cambridge (Reino Unido), Polity, pp. 39-75.

Heron, Woodburn (1957): "The pathology of boredom", en Scientific American, 196, 52-56.

Human Rights Watch (2008): World Report 2008. Véase en https://bit.ly/3rJnpcd.

Kamir, Orit (2002): "Honor and dignity cultures: The case of Kavod and Kvod Ha-adam in Israeli society and law", en David Kretzmer y Echart Klein (eds.), The concept of human dignity in human rights discourse, La Haya (Países Bajos), Kluwer Law International.

Kateb, George (2006): Patriotism and other mistakes, New Haven (Connecticut), Yale University Press.

Kleinman, Steven M. (2006): "KUBARK counterintelligence interrogation review: Observations of an interrogator – Lessons learned and avenues for further research", en Robert Fein (ed.), Educing information: Interrogation-science and art, Washington, DC, National Defense Intelligence College.

Koch, Egmont R. (2008): Die CIA-lüge: Folter im namen der demokratie, Berlín, Aufbau-Verlag.

Lazreg, Marnia (2008): Torture and the twilight of empire: From Algiers to Baghdad, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Lifton, Robert Jay (1988): Ärzte im Dritten Reich, Stuttgart, Klett-Cotta.

Maran, Rita (1996): Staatsverbrechen, ideologie und folter im Algerienkrieg, Hamburgo, Europäische Verlagsanstalt

Marks, Jonathan H. (2007): "Interrogational neuroimaging in counterterrorism: A 'no-brainer' or a human rights hazard?", en American Journal of Law and Medicine, 33 (2-3), pp. 483-500.

Mayer, Jane (2008): The dark side: The inside story of how the war on terror turned into a war on American ideals, Nueva York,

Doubleday.

McCoy, Alfred W. (2005): Foltern und foltern lassen: 50 jahre folterforschung und -praxis von CIA und US-Militär, Frankfurt am Main, Zweitausendeins.

— (2007): “Science in Dachau’s shadow: Hebb, Beecher, and the development of CIA psychological torture and modern medical ethics”, en Journal of the History of the Behavioral Sciences, 43 (4), pp. 401-417.

McGuffin, John (1974): The Guineapigs, Harmondsworth, Penguin.

National Research Council (2008): Emerging cognitive neuroscience and related technologies, Washington (DC), National Academies Press.

Nowak, Manfred y McArthur, Elizabeth (2006): “The distinction between torture and cruel, inhuman or degrading treatment”, en Torture: Journal on Rehabilitation of Torture Victims and Prevention on Torture, 16 (3), pp. 147-151.

— (2008): The United Nations Convention Against Torture: A commentary, Oxford, Oxford University Press.

Olsen, Brad; Soldz, Stephen, y Davis, Martha. (2008): “The ethics of interrogation and the American Psychological Association: A critique of policy and process”, en Philosophy, Ethics, and Humanities in Medicine, 3:3. Véase en https://bit.ly/3EpOYiu.

Orne, Martin T. (1961): “The potential uses of hypnosis in interrogation”, en Albert D. Biderman y Herbert Zimmer (eds.), The manipulation of human behaviour, Nueva York, Wiley.

Pappe, Ilan (2007): Die ethnische säuberung Palästinas, Frankfurt, Zweitausendeins. Edición en castellano (2008): La limpieza étnica de Palestina, Barcelona, Crítica.

Patsalides, Beatrice (1999): “Ethics of the unspeakable: Torture survivors in analytic treatment”, en The Journal of the Northern California Society for Psychoanalytic Psychology, 5, 1.

Paust, Jordan J. (2005): “Executive plans and authorizations to violate international law concerning treatment and interrogation of detainees”, en Columbia Journal of Transnational Law, 43, p. 811-863.

— (2007): Beyond the law: The Bush Administration’s unlawful responses in the “war” on terror, Cambridge, Cambridge University Press.

Pawlik, Michael (2003): “Deutschland, ein Schurkenstaat?”, en Frankfurter Allgemeine Zeitung, 1 de marzo de 2003, p. 35.

Phillips, Melissa (1995): Torture for security: The systematic torture and ill-treatment of palestinians in Israel, Ramallah (Palestina), Al-Haq.

Physicians for Humanrights (PHR) (2007): Leave no marks: Enhanced interrogation techniques and the risk of criminality. Véase en https://bit.ly/3VaQvyZ.

Prantl, Heribert (2003): “Gute folter, böse folter. Indizien für eine zivilisatorische regression”, en Süddeutsche Zeitung, 10 de marzo de 2003.

Public Committee Against Torture in Israel (PCATI) (1999): Proving torture: No longer necessary in Israel, Jerusalén, marzo de 1999.

— (2003): Back to a routine of torture. Torture and ill-treatment of palestinian detainees during arrest detention and interrogation, Jerusalén, agosto de 2003.

— (2007): “Ticking bombs”: Testimonies of torture victims in Israel, Jerusalén, mayo de 2007.

— (2008): “Family matters”: Using family members to pressure detainees under GSS interrogation, Jerusalén, abril de 2008.

Rejali, Darius M. (2007): Torture and democracy, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

Sachs, Albie (1966): The jail diary of Albie Sachs, Londres, Harvill Press.

Sands, Philippe (2008): Torture team: Rumsfeld's memo and the betrayal of american values, Nueva York, Palgrave Macmillan.

Schenk, Dieter (2008): BKA: Polizeihilfe für folterregime, Bonn, Dietz.

Schoultz, Lars (1998): Beneath the United States: A history of US policy toward Latin America, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.

Shallice, Tim (1972): "The Ulster depth interrogation techniques and their relation to sensory deprivation research", en Cognition, 1 (4), pp. 385-405.

Soldz, Stephen (2006): "Psychologists, Guantanamo and torture", en Counterpunch, 1 de agosto de 2006. Véase en https://bit.ly/3CIvvIC.

— (2007): "Psychology and Coercive Interrogations in Historical Perspective. Aid and Comfort for Torturers", en CommonDreams, 15 de abril de 2007. Véase en https://bit.ly/3enAZ1R.

— (2008): "The Torture Trainers and the American Psychological Association", en Counterpunch, 24 de junio de 2008. Véase en https://bit.ly/3yt7B18.

Soldz, Stephen; Olson, Brad; Reisner, Steven; Arrigo, Jean Maria, y Welch, Bryant (2008): "Torture and the strategic helplessness of the American Psychological Association", en Coalition for an Ethical Psychology, 22 de julio de 2008.

Somnier, Finn; Vesti, Peter; Kastrup, Marianne, y Genefke, Inge Kemp (1992): "Psychosocial consequences of torture: current knowledge and evidence", en Metín Başoğlu (ed.), Torture and its consequences: Current treatment approaches, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 56-71.

Stohl, Michael (1988): "States, terrorism and State terrorism", en Robert O. Slater y Michael Stohl (eds.), Current perspectives on international terrorism, Londres, Macmillan, pp. 155-205.

Svensson-McCarthy, Anna-Lena (2007): Israel and the Occupied

Palestinian Territories. A study on the implementation of the EU guidelines on torture and other cruel, inhuman or degrading treatment or punishment, Jerusalén, United Against Torture (UAT).

Sussman, David (2005): “What’s wrong with torture?”, en Philosophy and Public Affairs, 33 (1), pp. 1-33.

— (2006): “Defining torture”, en Case Western Reserve Journal of International Law, 37 (2), pp. 225-230.

Tiedemann, Paul (2007): Menschenwürde als rechtsbegriff: Eine philosophische klärung, Berlín, Berliner Wissenschafts-Verlag.

Valtin (2008): “Physicians, psychologists & the problem of ‘the dark side’”, en The Public Record, 15 de julio de 2008.

Índice onomástico

A

Abts, Koen 106

Achen, Christopher C. 205

Adler, Hans 105

Agnoli, Johannes 96

al-Qahtani, Mohammed 241, 242, 249, 250

Altvater, Elmar 107

Améry, Jean 225, 241, 253

Amin, Samir 211

Anderson, Perry 210

Arato, Julian 109

Arendt, Hannah 40, 71, 105, 108, 205

Aristóteles 34, 57, 68, 132

Arkin, William M. 142

Arrigo, Jean Maria 243, 251, 252

Atran, Scott 248

B

Balibar, Étienne 211, 224

Bartels, Larry M. 205

Basaglia, Franco 122, 208

Battiston, Stefano 142

Becker, Rudolph Zacharias 70

Benda, Julien 208, 253

Bentham, Jeremy 195

Bernays, Edward 38, 57, 58, 135, 175

Bettelheim, Bruno 252

Biderman, Albert 239, 250

Blom, Philipp 212

Blum, William 107

Böll, Heinrich 190

Bourdieu, Pierre 158, 208

Bouton, Terry 108

Brecher, Bob 247

Brecht, Bertolt 114, 189, 208

Broder, Henryk 201

Brown, Wendy 116

Brugger, Winfried 232

Buchanan, James 180, 205

Byers, Michael 248

C

Carey, Alex 58, 109, 132

Carey, John 202

Carroll, William K. 206

Carter, Jimmy 35

Chomsky, Noam 27, 61, 77, 85, 107, 109, 124, 147, 158, 160, 164, 174, 178, 201, 203, 204, 208, 247, 248, 253

Clinton, Bill 46, 82

Clinton, Hillary 82, 87

Coates, Benjamin Allen 105

Creel, George 175, 176, 203

D

Dahn, Daniela 108

Dershowitz, Alan M. 231, 232, 236

Dewey, John 147, 160, 166, 167, 168, 170, 171, 172, 173, 174, 178, 198, 202, 203

Domhoff, G. William 142

Dorfman, Ariel 248

Dunn, John 142

E

Ekman, Paul 252

Engels, Jeremy D. 108

Enzensberger, Hans Magnus 149, 150, 151

Eysenck, Hans Jürgen 238

F

Fanon, Frantz 222

Federico el Grande 69, 70

Ferguson, Thomas 142

Finley, Moses 91, 105, 107, 142

Fischer, Joschka 248

Fones-Wolf, Elizabeth A. 109

Formisamo, Ronald 200

Foschepoth, Josef 209

Fraser, Nancy 157, 204

Fraser, Steve 105, 155, 200, 201

Friedman, George 85, 86, 107

Friedman, Max Paul 76, 105

Friedman, Milton 36

G

Gauck, Joachim 37, 63

Gerstenberger, Heide 108, 204, 206, 211, 212

Gilens, Martin 35, 57, 108, 142, 200

Gill, Stephen 207

Ginbar, Yuval 247

Glattfelder, James B. 142

Gorbachov, Mijaíl 87

Gordon, Rebecca 106

Gorz, André 97, 206

Graeber, David 204

Gramsci, Antonio 128

Greenberg, Karen J. 249

Greiner, Bernd 52

Gysi, Gregor 205

H

Haffner, Sebastian 96, 205

Hamilton, Alexander 91, 95, 131

Harvey, David 118

Hayek, Friedich 206

Hayek, Friedrich 109, 159, 179, 180

Hebb, Donald O. 238, 249

Heemskerk, Eelke M. 142, 206

Held, David 210

Herman, Edward 147, 174, 203, 247, 248, 253

Hirsch, Joachim 206

Hitchens, Christopher 105

Hitler, Adolf 58, 201

Hixson, Walter L. 107

Horne, Gerald 108

Hume, David 163, 200

Huntington, Samuel 35, 106

Huxley, Aldus 71, 105

I

Ignatieff, Michael 105

Illich, Ivan 106

Israel, Jonathan 210, 212

J

Jackson, Robert H. 77, 106

James, William 168

Jaspers, Karl 97

Jay, John 142

Johnson, Chalmers 107

Jones, Daniel S. 206

Jorgensen, Paul 142

Juncker, Jean-Claude 71

Junghänel, Marko 219

K

Kant, Immanuel 17, 57, 103, 201

Kateb, George 249

Katz, Richard S. 184, 208

King, Martin Luther 47, 210

Kinzer, Stephen 77, 105

Kirkpatrick, Jeane 201, 247, 265

Kissinger, Henry A. 62

Klarman, Michael J. 108, 142

Koskenniemi, Martti 105

Kotz, David M. 206

L

La Boétie, Étienne de 61, 71

Landemore, Hélène 203

Las Casas, Bartolomé de 262

Lasswell, Harold 37, 58, 66, 73, 105, 176, 203

Lazarsfeld, Paul F. 38, 39, 58, 210

Lazreg, Marnia 249, 251

Lenin, Vladimir I. 194

Lessig, Lawrence 207

Lewin, Kurt 238

Lifton, Robert J. 251

Lincoln, Abraham 91

Lindqvist, Sven 258

Lippmann, Walter 36, 134, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173,

174, 179, 199, 200, 202

Lipset, Seymour M. 210

Lofgren, Mike 142, 143

Lupia, Arthur 203

M

Madison, James 34, 95, 133, 142

Maier, Charles S. 106, 107

Maier, Hans 204

Mair, Peter 184, 207, 208, 214

Mandela, Nelson 47

Manin, Bernard 108

Maran, Rita 247, 249

Markel, Lester 106

Marks, Jonathan H. 252

Marx, Karl 109, 195

Mattick, Paul 211

Maus, Ingeborg 27, 57, 95, 99, 105, 108, 109, 110, 165, 201, 202, 203, 204, 207, 208, 209, 210, 224

Mayer, Jane 249, 250, 251

McClintock, Michael 107

McCoy, Alfred 244, 247, 249, 250, 252

McCrisken, Trevor B. 105

Mearsheimer, John J. 105

Mégret, Frédéric 106

Merkel, Angela 58, 186, 248

Merton, Robert K. 58

Merz, Friedrich 37, 202

Michels, Robert 72, 105, 137

Mills, C. Wright 67, 105, 143, 201

Mirowski, Philip 116, 122, 205

Mises, Ludwig von 109

Mudde, Cas 106

Müller, Ingo 209

Murray, Craig 248

Mussolini, Benito 93

N

Nedelsky, Jennifer 108, 142

Netanyahu, Benjamin 201

Nippel, Wilfried 107

Nowak, Manfred 247, 248

Nugent, Walter 107

O

Obama, Barack 20, 58, 66, 67, 82, 85, 107

Ober, Josiah 57

Orne, Martin T. 239, 251

Orwell, George 71

P

Paech, Norman 57

Page, Benjamin I. 35, 57, 108, 142, 173, 174, 200, 203

Pannekoek, Anton 194, 211

Pappe, Ilan 247

Parchami, Ali 106

Paust, Jordan J. 57, 249, 253

Pawlik, Michael 209

Pearce, Frank 143

Peck, James 211

Peck, Jamie 117

Pickett, Kate 114

Pinter, Harold 47, 50, 59, 258, 259

Pitkin, Hanna Fenichel 108, 142

Platón 60, 168

Polanyi, Karl 109

Prantl, Heribert 215, 232

Priest, Dana 142

R

Rejali, Darius M. 227, 249, 251

Rittstiege, Helmut 108

Roberts, Jennifer T. 108, 142

Roelofs, Joan 107, 203

Rogers, Carl 239

Roosevelt, Theodore 135

Rothbard, Murray 117

Roy, Arundhati 88, 107

Russell, Bertrand 68, 80, 81, 106

S

Saage, Richard 107

Sachs, Albie 252

Said, Edward W. 208

Saito, Natsu Taylor 106

Sassen, Saskia 206

Saunders, Frances Stonor 82

Scahill, Jeremy 51

Schabas, William 106

Schattschneider, Elmer Eric 202

Schäuble, Wolfgang 127, 191, 208, 216, 217, 234

Scheidel, Walter 207

Scheidler, Fabian 212

Schirrmacher, Frank 149

Schmidt, Arno 87

Schmidt, Jochen 211, 212

Schoultz, Lars 249

Schreyer, Paul 208

Schumpeter, Joseph A. 92, 134, 179, 200, 202, 204

Schütrumpf, Jörn 211

Schwartz, Lowell H. 107

Seligman, Martin 242

Shapiro, Robert Y. 173, 174, 203

Shoup, Laurence 106, 202

Simpson, Christopher 105

Sklair, Leslie 206

Slobodian, Quinn 205

Sniderman, Paul M. 203

Soldz, Stephen 251, 252

Soros, George 53, 88

Steel, Ronald 106, 202

Steinmeier, Frank-Walter 58

Stoiber, Edmund 191

Strauss, Leo 72, 105, 200

Streeck, Wolfgang 210, 212, 224

Struve, Walter 202

Sussman, David 253

T

Tarkiainen, Tuttu 57

Tasca, Angelo 108

Taylor, Telford 106

Tetlock, Philip 203

Thiele, Ulrich 105, 204

Tiedemann, Paul 249

Tietmeyer, Hans 138

Tucídides 33, 64

Turse, Nick 59, 107, 203

V

Valentine, Douglas 59, 107, 142

Van Der Pijl, Kees 206

Vine, David 107

Vitali, Stefania 142

Voltaire 69, 209

Vorländer, Hans 57

W

Wacquant, Loïc 204

Wagner, Thomas 210, 211

Wallerstein, Immanuel 195, 208, 211, 216, 219, 224

Weber, Max 108, 109, 205

Wehner, Herbert 205

Wernicke, Jens 111, 129, 142, 144, 160

Westbrook, Robert B. 202, 203

Wilkinson, Richard 114

Wilk, Michael 211

Williams, William A. 83, 107

Wolin, Sheldon 24, 108, 142, 203, 204

Wood, Ellen Meiksins 91, 108, 142, 204, 207

Wright, Erik Olin 211

Y

Yeltsin, Boris 86, 107

Z

Ziegler, Jean 19, 44, 118, 220, 224

Zielinski, Alessandra 250, 253

Žižek, Slavoj 210

Zuckermann, Moshe 208

Zumbrunnen, John G. 57

Zürn, Michael 207, 224